

teófilo cid
i hasta mapocho
no más!



nascimento

TEOFILO CID

EL PANTANILLO

1976

¡hasta mapocho no más...!

El día de Teófilo Cid...
este día...
Cid...
calle de...
ra el español...
ce que...
faltando...
sico...
romano...
tanta...
además...

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1976 CHILE

N.º 3714

Portada: IVAN OLGUIN.
Tiraje: 1.500 ejemplares.
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1976

EL FANTASMA DE "THEOPHILE"

*"Filoteo, que quitas los pecados
de la poesía, danos la paz..."*

E. LAFOURCADE.

Eduardo Molina ha traído la noticia de que el fantasma de Teófilo Cid vaga por las calles de París. Se han cumplido, estos días, diez años del momento en que el poeta Teófilo Cid dejó de vagar, "en vivo y en directo", por las calles de Santiago. Pierre de Place, que maneja con soltura el español, acaso por ser hijo adoptivo de Venezuela, dice que nuestro "Théophile" es el fantasma que le estaba faltando a París. Agotado el recuerdo del "Théophile" clásico; desvanecida —por ahora— la imagen del "Théophile" romántico, la presencia de ultratumba de nuestro poeta constituiría un ingrediente novelesco que la ciudad de París bien reclamaba.

Al parecer, las historias acerca de la angustiosa, torturante bohemia de Teófilo Cid, narradas por Molina en tertulias de la "orilla izquierda", deslumbraron a una nueva y prometedora pléyade surrealista. Pues, como apunta Molina, el surrealismo se encuentra en plena resurrección.

Es curioso el destino "post mortem" —a diez años plazo— de un poeta como Cid, que en la década del 30 arribó a Santiago, al igual que Neruda, otrora, procedente de Temuco. La verdad es que Cid, de seguro prejuiciado por la definición adverbial con que su amigo Pablo de Rokha había querido dejar fuera del juego a su adversario Neruda —"completamente de Temuco"—, ideó la manera de perder algo de esta integridad fronterina. Aquí, un día, desoyendo los consejos paternos en el sentido de no hacer caso omiso de una buena carrera en el "servicio ferroviario", se convirtió primero en poeta y luego en "dandy". Poeta y dandy no son términos de avenencia frecuente. Sin embargo, el Romanticismo francés logró hacer de este híbrido un espécimen considerable. "En aquella época de excentricidad —escribe Théophile Gautier— cada uno buscaba señalarse por alguna singularidad del traje, sombrero de fieltro a lo Rubens, capa con vueltas de terciopelo echada al hombro, jubón a lo Van Dyck, polonesa a lo brandeburgo, levitón cruzado o cualquier otro vestido exótico..." Teófilo Cid no se incorporó al "servicio ferroviario", como prescribía su padre. Ya provisto de la actitud aparentemente desdeñosa y altanera que llegaría a caracterizarlo —morros levantados, cierto aire despreciativo en el pliegue de la boca, párpados grandes, aplastando la mirada—, hombros hacia atrás, el pecho un tanto en bomba, desmentía la silueta del "littérateur" clásico. Con las manos cruzadas a la espalda —sin la muletilla trivial del libro bajo el brazo!—, mostraba el aspecto de un desencantado rentista joven. Abrazó entonces la "carrera" por excelencia: ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores. Allí en-

trarían a sacarlo la Mandrágora y los vaivenes de la "poesía negra".

Nadie habría podido registrarlo ya como "completamente de Temuco". Pero hay otra fractura, una todavía demasiado ignota, secreta y casi indescifrable como para hablar de ella, que vendrá a cambiar radicalmente el curso de esta vida. Si hombres como Braulio Arenas y Eduardo Molina, que fueron sus amigos de tú por tú, no han conseguido aún esclarecer los motivos que lo condujeron a cambiar el mundo de la luz radiante por el laberinto de las sombras, no se espere que seamos nosotros los encargados de precisar las causas o trazar un diagnóstico.

Queda en pie, eso sí, la existencia de una grave trizadura. Indudablemente, interior. No se trata de un acto de snobismo intelectual ni menos de una fijación en modelos librescos.

Teófilo Cid pasa del dandysmo a la menesterosidad; de la pulcritud casi elegante en el vestir al raimiento del faldón, a la crasa negligencia corporal.

La otra noche, en la Sociedad de Escritores, después de oír la descripción que de este fenómeno hizo Braulio Arenas, nos tocó escuchar explicaciones tentativas de Eduardo Molina: "No fue una caída. Fue una convicción. El desdén por el cuerpo formaba parte de esta convicción".

Cid murió en 1964. Con exactitud, los fríos de junio arrasan unos extraños harapos vivientes.

Unos pocos meses antes, al atardecer, vemos que un fantasma camina a tumbos por San Diego. Cae, se levanta, se golpea contra los muros, vuelve a caer. Es el fantasma de Teófilo Cid que ya se adelanta. Un día Enrique Lafourca-

de y Hernán Valdés pondrán a este fantasma en sus novelas. Escribió un libro premonitorio: "El amateur de la lepra".

Ahora vaga por las calles de París.

FILEBO.

"Las Últimas Noticias", jueves 20 de junio de 1974.

“HASTA MAPOCHO NO MAS...”

¿Cuántas veces hemos escuchado este grito, lanzado desde la plataforma del tranvía que debería conducirnos a Independencia o Recoleta? Un conocido indagador del ambiente, hombre caracterizado por la vehemencia y la justeza de sus juicios, me hizo ver la adscóndita señal sociológica del expresado pregón.

“Hasta Mapocho no más, señores...” que es como si el entusiástico funcionario dijese: “No se hagan Uds. ilusiones, no podrán llegar, por más que lo pretendan, al fin del recorrido, se quedarán en la mitad...”

Pues bien, existe, entre esa frase y nuestras posibilidades actuales de inmediato desarrollo cultural, social y económico, una abstrusa consonancia. No podremos avanzar más allá del Mapocho fronterizo que nos demarca las precarias condiciones del medio, a menos que se ensaye una modificación radical de nuestra psicología. Estamos, por desgracia, demasiado acostumbrados a quedarnos en la mitad de la ruta. Se queda allí, estupefacto solitariamente de su ciencia, el médico mediocre que, sin embargo, no titubea en presentarse a oposiciones universitarias; se queda allí junto a él, el testaferrero provinciano que, de pronto, sin otra visión que la de su campanario de aldea, pretende dirigir el país manejando los asuntos políticos más importantes; se queda, en fin, junto a ellos, integrando la *sabia* reunión, el artista que saltó a pies juntos los años de la academia, del Conservatorio o de la Universidad. Puede que en el fondo de sus almas brille una luz; pero, como en el caso de

las vírgenes necias, es luz condenada a la extinción por exclusiva falta de voluntad en conservarla intacta.

A todos estos personajes no les importa, sin embargo, que la fresca llama de la juventud creadora se extinga en sus almas vanidosas y soberbias. Están rodeados, generalmente, por el aplauso gratuito de todos aquellos que, corriendo su misma suerte, se encuentran, parigual, en la frontera que les impuso una pareja mediocridad. De ese modo surgen vanas nombradías, frágiles e inconsistentes nombradías de políticos, artistas y hombres de ciencia.

La situación, de ninguna manera, es nueva. Para comprobar su acendrada antigüedad os bastaría recordar las páginas más fehacientes de Teofrasto y, en general, los libros de los moralistas franceses tan amados por ese temible acusador de la vida que se llamó Nietzsche.

El oropel ha brillado siempre tanto como el oro, y la ganga es parte casi indispensable de todo metal precioso. Sin embargo, los pueblos cultos y realmente equilibrados por la fuerza acumulada de un henchido pretérito, han influido, en cierta forma, siempre el verdadero valer que reside en el fondo de los hombres, y han dedicado asimismo sus más profundos y auténticos esfuerzos a acrecentarlo. Ha gastado las energías de su vida, el artesano orgulloso de su oficio y enamorado de su progresivo primor; ha volcado su alma, el músico en la talla incorpóral del sonido; y ha quemado sus pupilas, el sabio inclinado sobre los libros. Todos ellos, desde el humilde laborante de los campos hasta el engreído jefe de industria, todos han trabajado por traspasar las fronteras de sus propias condiciones naturales, en aquellos países en que las exigencias del medio son tan grandes que, en cierto modo, constituyen verdadera presión física. Aquí, en Chile (tal vez sería más propio decir aquí en América), las exigencias son mínimas, y como

son mínimas nadie espera tomar el tranvía adecuado; tomamos el primero que pasa, sin importarnos el grito de: "Hasta Mapocho no más..."

Se ha repetido hasta el cansancio eso de que América es el continente del futuro. Perdonadme que insista, yo también, en tan manido asunto. La falsa impresión que poseemos al referirnos al remoto pasado nos induce a los americanos a esperarlo todo del porvenir.

Como nos parece que hemos nacido ayer, después del traumatismo histórico que rompió la unidad del continente, suponemos erróneamente que todo, incluso la cultura, esa imponderable flor de la existencia, nos llegará mañana, o pasado, o cuando lo quiera el tiempo eterno.

Somos los amos del futuro y los huérfanos del pasado. ¿Para qué apresurarse entonces en exigir? ¿Somos tan niños y tenemos tanto tiempo por delante!

Mientras tanto, nos conformamos con los juguetes que nos suministra nuestra pródiga imaginación. "El doctor Fulano es el mejor del mundo, el poeta Mengano, el más grande de la tierra". "Dicen que Einstein cualquiera de estos días le va a calcular la relatividad a la Virgen del San Cristóbal, y que Godoy le pegará fuerte, por fin, a esos negros zambos que hay en los Estados Unidos". "Dicen, además, que Valery-Radot quedó pasmado de envidia, terror y admiración, cuando leyó la obra del matemático Leiva de la Universidad de Chuchunco..."

Así nos entretenemos los niños americanos con tanta eternidad a nuestra disposición, y con tan poco —¿por qué negarlo?— presente. Por eso, sin duda, no nos importa averiguar a dónde nos lleva el tranvía que tomamos apresuradamente, casi antes de aprender a leer.

Así, también, se llega a la causa que como un hueso de fruta se esconde en tanto fracaso. El estudiante calentó el examen; el profesor no preparó su lección de cátedra; el obrero se ausentó el lunes; el poeta no conoció ni siquiera la métrica; y, en general, todo el mundo se quedó en la frontera misma de su propia espontaneidad, confiando en las luces provenientes de la inspiración. Todos ignoraron que la inspiración es el premio que se obtiene por medio del trabajo y la constancia. Si bien es cierto que a Newton le cayó una manzana en la cabeza y con esa manzana la ley de la gravitación universal, no lo es menos que todos aquellos que duermen siesta bajo los árboles, si no trabajan como Newton, tienen muy pocas probabilidades de descubrir una nueva ley.

El estudiante confió demasiado en la mecánica de su memoria y, claro, obtuvo mala nota; el profesor prefirió ser hombre de sociedad, jugó canasta con las amigas de su mujer y, claro, es un mal profesor, ¿para qué insistir? Prefiero evitar la cruel enumeración.

Todos llegaron hasta Mapocho no más. Nadie quiso, trabajando, seguir más allá de esa frontera.

REFLEXIONES SOBRE MI GENERACION

Cuando surge la pregunta ¿por qué?, uno se queda en situación de inapelable angustia si, como ahora sucede, ella va dirigida hacia el pasado. El pretérito se muestra duro e impertérrito para responder. El personaje que ahora somos, cubierto como estamos por la configuración social, ha escapado ensangrentado de una cantidad de sucesivos avatares; ha recibido marcas y huellas que lo han convertido en otro ser, distinto del que fue en un tiempo.

Si me preguntara hoy por qué el surrealismo satisfacía ciertas necesidades al parecer ineludibles y cuya capacidad lírica no podía ser expuesta en otra forma que no fuera el "estado automático", la prescindencia de toda moral impuesta por el medio, y contando con una exclusiva confianza en los poderes de la imaginación, es probable que pecara de suprema arrogancia. Sin embargo, eso fue así. Ahora cuento con otras experiencias, con otras adquisiciones morales, y puedo, en cierto modo, decir que el surrealismo era una entre muchas de las posibilidades abiertas. Y esa sería la prueba fehaciente de la arrogancia que la edad ha ido agregando en cada uno de nosotros, a medida que crecemos interiormente. Lo bello de todo eso es que el surrealismo "era nuestra única tabla de salvación". Puede parecer enfática la frase y seguramente lo es. Pero el énfasis no lo pongo hoy, sino que lo pusieron esos años de ternura, de rabiosa y mal entendida ternura del alma.

El vínculo generacional debió ser demasiado fuerte, mucho más de lo que rigurosamente se acepta hoy como vínculo de tal clase. Corría por la sangre de toda la generación que aparecía a la vida, un fermento de extraña protesta. Ibamos a ser los campeones. El elemento subversivo proporcionado por el surrealismo hacía el resto: nos enfocaba en una deliberada lucha contra la corriente. Algunos, desde luego, tuvieron las precauciones sanitarias a mano, y operaban con excelentes antibióticos morales para neutralizar los fermentos revolucionarios e incómodos que llevaban en las venas. Celebro mucho, por ejemplo, que más de un poeta se haya recibido de abogado, como buen chico que era, y que ahora gane dinero para la patria y la familia. Lo que no puedo celebrar, en cambio, es que otros hayamos caído en la trampa tendida, con la inconsciencia de los inocentes. El surrealismo no era cosa de broma, y eso es lo que los muchachos de hoy, libres de su influencia,

no podrán entender. Era un estado moral, un estado de fervor que impedía el matricularse, el prender la escarapela o el rosario. Un estado de disgusto así, claramente diseñado, sólo puede operar con éxito, y no empleo la palabra en el vulgar sentido de triunfo que le prestan los ignorantes, en el confuso y diluido ambiente americano. Nuestra diatriba resultaba inoperante desde todo punto de vista. Recuerdo, a propósito, que el recital hecho por los miembros de Mandrágora, en 1938, no despertó cólera alguna, como debiera haber provocado, sino más bien un inexplicable deleite estético. El público parecía entender que nuestra posición era una más de las muchas traídas por el deseo de innovar la "bella expresión literaria". Habrían quedado conmovidos, o por lo menos conmisericordiosos, de saber cómo cada uno de nosotros estaba despedazando su particular destino en las letras por no *embellecer*, en el sentido áureo de la literatura oficial y mundana.

Tal vez debimos darle importancia exclusiva al documento. Hijos de los dos "ismos" violentos del siglo, del comunismo por un lado y del nazismo por el otro, nuestra existencia se movía pendularmente atraída por las dos compulsiones de la centuria. Eran movimientos imitativos, desde luego pero que infundían la creencia de estar viviendo la vida histórica.

América no es todavía un sujeto directo y agónico del drama de la cultura sino en situación refleja. La manera de vivir la vida americana, la única posible para nosotros, es sumergirse en sus temas, por desdichados y atrasadamente culturales que nos parezcan. No hay cosa más terrible que vivir el préstamo anticipado que uno adquiere de las valoraciones europeas y tratar de obtener, a través de las galas conseguidas en esa forma, un mundo aparte. El surrealismo, a la verdad, no combina con el espectáculo deprimente ofrecido por un mundo en que aún las piedras milia-

res de la arqueología no han sido constituidas como columnas y sólo son eso, piedras descarnadas.

Esto es, en lo que puedo recordar, el drama íntimo del sector generacional en que pasé la juventud. ¿Qué hacía el resto?

La noche portaliana parecía caer sobre el resto. Gesticulación cultural, si la hubo, se ofrecía vanamente, siguiendo caminos manidos y de frecuentación múltiple. Como no es mi intención escribir sobre cada uno de los escritores jóvenes de aquellos años, trataré de aclarar la terrible imagen, recordando lo que fue uno solo de ellos, el poeta Omar Cáceres.

Es la imagen de la desesperación, terrible imagen de una generación que buscaba afanosamente su expresión, no literaria, sino moral.

Habría, tal vez, que hacer un detenido análisis de estas proyecciones de la bella literatura y la otra, producto del infierno de la época. La generación de actuales muchachos parece haber regresado al punto de vista de la satisfacción estética, aislándose de la consideración vital de los problemas. En cierto modo, ha seguido el ejemplo de lo que, en una de estas crónicas, llamé "dejación espiritual" de mi sector generacional.

Omar Cáceres presenta, nítido al análisis, la problemática de un espíritu exacerbadamente romántico, a quien la realidad niega la posibilidad exacta para realizarse. En una próxima nota hablaré *in extenso* sobre su curiosa persona, tomada como símbolo generacional.

REFLEXIONANDO ACERCA DE MI GENERACION

Los deseos no son sino manifestaciones anticipadas de lo que más tarde haremos, a pesar de todo. Hay una edad consagrada por el ritmo vehemente del afán, en que nuestra persona vibra al contacto mísero del acontecer cotidiano, como la carne ante la brasa. Quisiéramos que el mundo adaptara sus formas al vago deseo que crece en nosotros y a cuyo fuego en cierne echamos los leños más jóvenes del alma. Abastecer el deseo de la edad juvenil es la principal faena, frente a la cual las otras son tareas miserables o poco dignas. Vivimos en función de lo que se va a vivir; el deseo no es sino la manifestación privada de lo que deseamos ser en público, sometidos a la conjugación de otras voluntades.

Pensaba en esto al verme, en esa introspección que se hace, de vez en cuando, realizando actos más o menos monótonos y que al parecer forman parte consubstancial de mi persona. No diré que tengo especial fruición en ejecutarlos, porque ya ni siquiera pienso en sus discutibles deleites; pero, en cambio, puedo asegurar que sin ellos algo de mí quedaría inválido y sin acabo. Porque durante años he pronunciado la palabra poesía, por ejemplo, ahuyentando con su resplandor, sombras acogedoras y amenas. Esto indica que he hecho de mi vida un acto profeso, dedicado a investigar asuntos que la gente considera de carácter baladí, y que a una altura de edad en que los hombres se entregan a soluciones prácticas, yo me sigo gozando en el cultivo de los deseos. Todo esto no deja de ser singular y hasta acaso descomunal. No puede ser natural, me repito a veces, que tú te pases largas horas hablando de Baudelaire o de la influencia del adjetivo abolido en la poesía

francesa; más te valiera entrar a la acción, coger una pluma y largarte, como diz que lo hacen los poetas. Pero soy así por naturaleza, y pertenezco por hábito social a la categoría de los que aludía Larra al bautizarse a sí mismo como un "pobrecito hablador".

La generación literaria que nació conmigo a la vida espiritual, puede dividirse en dos partes, perfectamente claras y taxativas. En una formó rango la gente trabajadora que escribía y publicaba libros. No voy a nombrarla, ni quiero referirme a la calidad de sus obras. No viene al caso la mención, ni el juicio estimativo. En la otra, estaban los que un crítico castizo llamaría los dejados, rara especie de intelectuales amantes de la crítica por la crítica misma. Entre éstos me he pasado la vida y, al parecer, no lo he pasado del todo mal.

Perdonadme que hable de temas íntimos, pertenecientes al lado que conozco personalmente de mi generación. Hasta alguien pensó darle un nombre y bautizarla recordando el año 1938. Si con ello se quiere evocar una serie de fenómenos importantes de la política nacional y se pretende enlazar nuestra formación juvenil a dicho proceso, no me parece mal el nombre, aunque sigo pensando que la aludida generación, considerada como núcleo aglutinante de ideas, no existe. En cambio existe, si se atiende a la actitud vital, por lo menos en aquella parte que he tenido más próxima, actitud proclive a los placeres de la teoría más que a los azares de la realización. En cierto modo, los reproches que se nos han lanzado de ser poco activos y de habernos sumergido demasiado, es justo.

Hace poco celebrábamos los cuarenta años de uno de nosotros, y la oportunidad se ofrecía pintada para la reflexión y el balance. Los que rodeábamos la mesa habíamos estado siempre juntos, aunque sólo fuera para pelearnos. En otro lugar señalé que

el odio nos unía y que la afición nos separaba. Ahora no sabemos qué nos une, después de tanto cambio producido. Tal vez —y esto es lo grave— nuestra decidida repugnancia a convertirnos en profesionales, pese a la instancia vocacional muy enérgica en algunos. A mí mismo, a pesar de que tengo la obligación de escribir a diario, me ocurre pensar que mi destino personal era otro y que los libros que escribí no hay para qué publicarlos. Me divierto al reconocer en Eduardo Anguila, por ejemplo, la misma disposición, y saber que él también, como yo, tiene abundantes manuscritos en casa.

No hay duda de que esta disposición no es natural, en seres que se han pasado los tres cuartos de la vida soñando, elaborando y concertando, de una manera u otra, palabras, y hasta ideas, en ocasiones especiales. Como escritores, somos curiosos escritores. Algunos exageran la nota hasta la más púdica rareza y sólo publican ediciones que pululan en secreto, como si fueran actos sediciosos. Mi sector generacional es extraño, lo confieso, y aunque me nutrí de sus principios, no termino de entenderlos. El escritor que no publica, que no mantiene contacto con el público, sólo a medias es escritor.

La calidad excéntrica de mi sector generacional, aunque roto a veces por el periodismo o la actividad fugaz, ha sido celosamente mantenida. Me explico su falta de trascendencia hacia el lector en el hábito de misterio con que ha cubierto su pensamiento o en su extremado deseo de disfrazarlo con actitudes arrogantes. En algunos esta actitud ha significado, incluso, hostilidad manifiesta hacia todo lo que pudiera juzgarse como una condescendencia con la tradición.

REFLEXIONES ACERCA DE MI GENERACION

II

De muy buena fe, por cierto, se creía en la universalidad, considerando que esta condición del espíritu humano nos proveería de un correlato anímico semejante al de Europa. Nuestra participación en los "ismos" de la postguerra de 1914, originados exclusivamente en el estado de escéptica moral-filosófica que aquella hecatombe produjo, suponía desde luego la existencia de una crisis. No sé hasta qué punto nuestra crisis de 1936 a 1938, determinada por la guerra civil de España y las luchas políticas que precedieron a la instauración del Frente Popular, tuvo la hondura de la que zanjó en el continente europeo una raya sangrante, parecida a la que cruza la cara de Apollinaire, en el simbólico retrato pintado por Rousseau. Por más que trato de recordarlo sentimentalmente, es decir, por mucho esfuerzo que gasto en revivir la vibración espiritual de esos años, no encuentro sino vagos indicios, como marcas arqueológicas indescifrables. ¿Cuál fue la vibración espiritual que recorría el cuerpo de mi generación y que podía conferirle un estado de crisis y frenesí? No obstante, al leer los poemas de los muchachos de hace 20 años, tanto las palabras empleadas como los conceptos invocados hacen pensar que esa crisis existió, por lo menos en el sector a que estoy dedicando este recuerdo. ¿Serían solamente los modales de una tragedia, la mímica expresiva y abultada de hechos particulares y desprovistos de trascendencia?

No hay duda que la gestión avasalladora de esa época fue la guerra civil española. Este tremendo conflicto, inaugural de todos los que vinieron más tarde —e inaugural en todos los sentidos

y aspectos—, formaba el telón de fondo de nuestro escenario espiritual. De uno y otro lado caía sobre la juventud de entonces, en forma violenta y, por decirlo así, autoritaria, una responsabilidad política que nos obligaba a un empleo a fondo en los temas epocales controvertidos. Estábamos *encagés*, usando la expresión grata a Sartre, al movimiento direccional de las ideas en lucha, y ese compromiso nos imponía una gesticulación intelectual angustiosa.

La muerte del joven Barreto, acaecida en las calles de Santiago, fue como un disparo en la oscuridad. Ignoro la trascendencia que tuvo este innoble hecho sobre los otros; la único que sé decir, por mi parte, es que me produjo un asco profundo hacia los términos de ignominia moral que aquello representaba. El escritor Miguel Serrano ha sido el único, que yo sepa, en agotar las posibilidades de deducción espiritual anudadas en la muerte de Barreto. Los demás, por razones diversas, mantuvimos en silencio la protesta.

Por primera vez en la historia intelectual del país, el Partido Comunista se hacía presente, despertando simpatías y antipatías medulares. La adhesión a las ideas representadas por el marxismo militante daba el tono a un amplio sector generacional y prestaba a los otros un matiz indiscutible. Ser comunista o por lo menos, adherir en forma romántica a la idea de revolución social era una especie de marca de fábrica de intelectualidad y conciencia "libre". Es curioso cómo se conjugaba la idea de libertad con un movimiento que más tarde se caracterizaría por el más acusado totalitarismo antilibertario.

Sin embargo, existía un hecho que no podemos desmentir: los comunistas luchaban juntos y del bracero con el resto de la izquierda, tanto en España como en Chile. La formación del Fren-

te Popular, plataforma de lucha contra el fascismo y las fuerzas reaccionarias, prosperó en los intelectuales en el mundo, y de esta extraña raíz psicológica surgieron las famosas Alianzas en Defensa de la Cultura.

Esta expresión me pareció siempre sospechosa. Compartían esa sospecha mis amigos y la ahondaba en nuestras mentes la incurrancia fantasmal de algunos mitos poéticos muy en boga por esos años. La cultura era defendida por los medios menos plausibles y eficaces, en asambleas delirantes o en las mesas desahoradas de los cafetines. Se hablaba de la campaña de alfabetización emprendida por los soldados de la República española y se gritaba "no pasarán" en todos los tonos y en todas las lenguas. Pero las tropas moras y alemanas pisaban ya la sagrada tierra de Cervantes y Góngora, hollando las sanas, bien que caóticas, intenciones de la democracia peninsular. Aquello, según la historia lo ha comprobado, no pasaba de ser mero romanticismo. Las Alianzas en Defensa de la Cultura se desmoronaron rápidamente. El primer síntoma de su endebles lo pudimos advertir con ocasión de la signación del pacto entre el Kremlin y Berlín.

Caía todo esto como grasosa lluvia en nuestras mentes, induciéndonos al escepticismo y al abandono de la lucha inmediata. Los términos claros enunciados en los libros, la propia palabra libertad y sus vibraciones románticas, parecían comprometidos y embadurnados.

Mi sector generacional, a quien he acusado de dejación en mi primera nota, se inclinó, pues, al retraimiento absoluto. El acontecer de la historia, complicadísimo y en alto grado turbio, nos empujaba al cultivo de la teoría y del pensamiento puro.

El surrealismo, expresión de alta frecuencia europea, se abría ante nosotros. ¿Cómo negarnos a su seducción?

III

Se necesitó una guerra pavorosa para crear el estado de conciencia surrealista en Europa. Su primer síntoma intelectual fue, sin lugar a dudas, el estado Dadá. Se han escrito volúmenes acerca de esto, y no creo, por lo tanto, necesario insistir acerca de su emotiva procedencia. La crisis que perturbaba a las sensibilidades más penetrantes del viejo continente no tenía paralelo en América. El paralelismo cultural entre las dos geografías espirituales que forman las riberas del Atlántico tiene sólo un carácter epidérmico. Nos engañamos, al leer las "Cartas de Guerra" de un Vaché, por ejemplo, si creemos advertir analogía entre el estado de conciencia del hombre que las escribió y nuestro propio estado espiritual. Jacques Vaché es un desilusionado de los poderes de la razón, un producto del hartazgo a que llega la cultura cuando ésta revela en forma demasiado visible la contradicción en que reposa. Predicadores de toda especie, inspirados en principios periclitados por el uso —es el uso el que produce asco, no el abuso, como decía Ortega—, tratan de mantener vigentes las formas de un mundo cuya base moral y económica tambalea. La guerra lo ha hecho dudar y le suministra los principales motivos de la acusación. Esta va dirigida contra la cultura misma. El estallido dadaísta no es sino la expresión lúdica, por decirlo así, de la gran angustia que se apodera de una juventud a quien el análisis crudo de las convenciones culturales decepciona y precipita hacia el terreno opositor y aniquilador. América, por lo contrario, si bien refleja un estado parecido, copia aparente como es de la vida problemática europea, ofrece estructuras blandas, cartilaginosas, no formadas to-

avía. La oposición resulta mezquina desde el punto de vista moral en un mundo que espera ser reconstruido espiritualmente. La repetición del sarcasmo dadaísta es, pues, retórica en nuestros labios. El mundo americano no está constituido, ni los usos han logrado periclitación, porque recién se inician desde el punto de vista cultural. Lo demás es humo.

No teníamos, empero, esa visión los muchachos de 1938. Nos parecía cumplir un cometido semejante al de Obligado y Echeverría cuando trasladaron el pesimismo romántico en la decena del treinta decimonónica. Olvidábamos que el romanticismo podía ser *trasladado* —subrayo adrede la palabra— porque satisfacía una necesidad americana, cual era alentar el crecimiento de las nacionalidades. Como carezco de un sentido nacionalista, siempre he creído ver en esa política del siglo diecinueve la substanciación de un grave error histórico. No obstante, crítica aparte —que a nada conduce—, el impulso romántico nos dotaba de métodos suficientes para encauzar los anhelos nacionales despiertos después de la disgregación del imperio hispánico. Los políticos románticos americanos —a pesar de todo— pudieron aprovechar de la actitud de un Byron. No veo actualmente la posibilidad de que la crítica contenida en los Manifiestos o en las actitudes paradigmáticas de André Breton puedan ser objeto de una imitación que no sea la retórica y la gimnasia de la palabra.

Personalmente creo que el surrealismo asfixió a nuestra generación, ya que ella íntegra, en cierto modo, fue determinada por su problemática. Esta problemática, como todos lo saben, de índole foránea, nos inducía a deformar la producción espontánea del pensamiento, y le impedía un amplio acceso hacia nuestra realidad. Tuvimos siempre la tendencia evasiva a considerar con menosprecio la realidad, en circunstancia de que el surrealismo europeo, por

lo contrario, si la fustigaba era porque la amaba. No hay más que releer las páginas de Aragon —el buen Aragon anterior a la intoxicación comunista— para convencerse de ello. Desafío a los lectores a que encuentren algo semejante en la desdeñosa actitud de cualquiera de nosotros de aquel entonces.

Se ha dicho que el amor al cuerpo desapareció en la Edad Media y que las pruebas ascéticas indicarían atroz menosprecio hacia lo real. Es ésta una necia manera de considerar las relaciones entre espíritu y cuerpo. Si la aplicamos a la relación actual que crea el surrealismo, veríamos que la fustigación del poeta surrealista obedece a una misma instancia de amor "configurativo". El surrealista quiere cambiar la realidad porque la ama, porque sin ella no puede vivir. Cuán lejos de esto es el caso dramático del americano "culturizado", lleno de horror y menosprecio hacia el continente en que vive y en el cual, felicitémonos de ello, va a morir.

El sector generacional próximo a mi persona vivió esa tragedia. Los ismos europeos, divulgados por la facilidad cultural de los aviones y los barcos, ingresaban a nuestro núcleo mental y lo herían de muerte.

Tengo en la punta de la pluma los nombres que prefiero callar de las víctimas múltiples, entre las que me cuento, de esta enojosa divulgación mecánica del pensamiento que impide el crecimiento espontáneo del propio pensamiento arraigado a un paisaje.

El que más, el que menos, cada miembro individual de mi generación sintió la necesidad de recurrir a las formas paroxísticas de la protesta surrealista. Era el camino llano, sin duda, por ser el menos frecuentado y el que más posibilidades ofrecía para la no

intervención en los asuntos inmediatos. El surrealismo nos daba la justificación a toda clase de evasión...

Mi generación, en el sector que me interesa por ahora, se dejaba llevar por el surrealismo hacia un deliberado "ausentismo" de lo real. Es curioso, pero en todos ellos veo aún la marca del adolescente en los rostros; son como seres inmaturos que viven un sueño subjetivo sin proyección real. No quiere decir esto que los abomine; en cierto modo, padezco del mismo mal.

No debe olvidarse nunca que el talento es operante y que se prueba en la capacidad de alteración que promueve en el mundo real. Los poderes de la imaginación —aun en los místicos más refinados— cuando son realmente promotores es cuando la poesía los premia con sus regalos más bellos.

REFLEXIONES ACERCA DE MI GENERACION

IV

La llegada del poeta Vicente Huidobro, desde Europa, acontecimiento que ocurrió en la década del treinta, fue en cierto modo augural. Aventó el polvillo de monotonía que el hacer doméstico iba depositando en nuestras almas. Traía nuevas ideas, propósitos lozanos de renovación, interrogantes que engastaban, como anillo al dedo, a los afanes de una extensa zona espiritual de la juventud. No sé hasta qué punto su influencia fue beneficiosa para la formación de mucha gente; me atrevo a creer algunas veces que tal vez no estuvo bien su llegada para muchos. Es posible que haya contribuido a poner en nivel de zozobra y naufragio la incipiente ola que hacía balancear nuestras inquietudes. Algunos han

quedado marcados con la nostalgia europea... Es verdad, era un tanto peligroso introducir los elementos del arte moderno, disociadores por excelencia, en algunas almas ingenuas. Desde entonces, la juventud ha seguido tomando por modelo a Rimbaud o Lautremont, sin comprender que estos dos grandes poetas no tienen nada de paradigmáticos tanto en su actitud vital como en su obra. Son señeros y excepcionales en el más amplio e higiénico sentido de la palabra.

Con todo, Vicente Huidobro nos ayudó a movilizar conceptos que, de no haber contado con su sostén, habrían marchitado por falta de riego adecuado. Consideremos botánicamente las ideas que crecían en nuestras mentes por esos años. La verdad es que su casa, en Cienfuegos primero y la Alameda más tarde, concentró a una verdadera cohorte de almas ávidas de cultura europea. Yo no sé lo que pudo ser de ese grupo sin ese alero familiar, abierto a a la fogosa discusión de ideas y al examen crudo de la realidad del país. Allí nos acostumbramos a mirar fríamente los lugares comunes de la literatura, de la sociedad y de la política chilenas. Sin embargo, aun añorando esos tiempos, no creo que ésa haya sido la mejor educación que pudiéramos haber obtenido. El examen frío no conviene a quien desea construir por medio del entusiasmo, base única de la poesía. Por lo contrario, contribuía a clausurarnos en el desdén.

Hubó una época en que por cada cien libros leídos, noventa y nueve eran leídos en francés y sólo la ínfima cuota del uno por ciento, en la sonora lengua de Darío. Pongo el adjetivo sonoro para indicar una de las causas de esa repulsa automática al idioma patrio. Después del fugaz contacto que tuvimos con la poesía peninsular, en la antología de Gerardo Diego, pocas ocasiones tuvimos de reanudarlo. Por lo demás, la poesía allí recolectada, nos

parecía insípida, de una insipidez casi aldeana. No he variado de opinión. El idioma francés en cambio, nos proporcionaba los medios plausibles para solidificar la evaporada actitud de desdén y retraimiento vital que ya he anotado anteriormente. Lo exacto estaba en Eluard —no el Eluard comunista, sino el eterno— y lo único que importaba era acentuar la contradicción de la pareja antagónica de los sexos, expresada en las altas jerarquías del pensamiento. Amor-pasión —desgraciadamente alimentado en sueños y no en hechos reales— constituía el índice de nuestra actitud, cuya raíz profundamente reaccionaria, pertenecía, como bien comprenderán, a la familia romántica.

Vicente Huidobro no era surrealista y miraba con acritud esa simpatía nuestra hacia el movimiento dirigido por Breton.

Ante todo debemos aclarar por qué sucedía esto y por qué casi todo el grupo generacional aparecía imbuido de ideas surrealistas, en circunstancias que los realmente surrealistas nunca alcanzaron a superar en número los dedos de una sola mano. Me parece que el público —y hasta los que se consideran hombres cultos e informados— no saben lo que fue y es el surrealismo. Les bastó leer algunas páginas de Breton, mal traducidas por lo general, o conocer una anécdota de Salvador Dalí, para adquirir nociones que sólo sirven para conversaciones de café.

Algo parecido ha pasado más tarde con la corriente existencialista y la boga que ha tenido en ciertos grupos excéntricos. El surrealismo se proyectó deformado hacia la conciencia del público y no dio en el clavo, como vulgarmente se dice. Dar en el clavo habría sido, en buena plata, su más terrible expresión de fracaso. "Exijo la auscultación profunda del surrealismo", pedía Breton. El bien sabía el enorme peligro que debería afrontarse, cuando la de-

formación previsible de la idea permitiera su acceso a la mente de los públicos de Europa y el mundo.

Debemos considerar el surrealismo sin ningún género de prevención mental, reconocer el fenómeno como algo determinado localmente primero en Francia y generalizado después en Europa. Su traspaso a la lengua española —me refiero a lo exclusivo literario, como veis—, se hizo por intermedio de América hispana. Escritores surrealistas, en el restringido sentido de escuela, no los hubo en España; pero sí en Perú y Chile. ¿Por qué?

"ANDAR CON LOS MONOS"

Hace muchos años leí unos versos de los que, apenas, si conservo en la memoria el título. La composición se llamaba "Mis pequeños diablos azules". En ese entonces, ignoraba el sentido de aquella expresión y atribuí el mérito humorístico del título al autor de los versos. Más tarde, me enteré que dicha frase ha servido internacionalmente para designar el extraño temblor psíquico que sufre el individuo demasiado asiduo al jugo de la vid.

Aquí en Chile la frase no ha tenido el éxito que se merecía y el humor criollo la ha reemplazado por otra de su propio estipendio e invención. "Anda con los monos" suele decirse de aquel que ha traspasado la frontera habitual de la lógica y se deja arrastrar por las visiones de su cerebro alcoholizado. "Andar con los monos", tener la victrola funcionando, son calidades que alcanza, en su pequeño paraíso artificial, el obrero en la taberna y el fute en el "night club" de moda. Baudelaire no tendría nada que reprochar, sino que, tal vez, lo de constituir un hábito demasiado corriente. La verdad es que "andar con los monos" es una calidad

chilena que, incluso, puede prescindir de la requerida circunstancia ética para revertirse en el confuso ambiente de la larga y angosta faja de tierra. En cierto modo, todos andamos con los monos en esta querida patria, dulce y áspera a la vez, como el regusto de los viejos mostos.

Si usted visita una oficina pública a tomar nota de un expediente, o en su forma más primaria, a tramitar un legajo, puede suceder que el funcionario encargado de atenderle "ande con los monos". No es que deseemos atribuirles veleidades alcohólicas a los funcionarios; pero ya lo hemos dicho antes: la mencionada circunstancia ética que dio origen al término puede faltar. Andar con los monos es ahora una calidad espiritual independiente del funcionamiento más o menos elástico del codo.

¿Historia? ¡Quia!

Puede también, el concejal, el diputado, el ministro mismo "andar con los monos", es decir, extraviado en la niebla de su imaginación volandera y trajinante.

Así es América, papá, ese país de América como se le llama al continente de Colón en "Flor de un día", dramón representado alguna vez por Lafertte. Un continente de flora que exulta y derrama sus lianas poderosas a través de las rampas cerebrales y en donde el paisaje crece con fuerza brutal. De ahí que muchas veces la trabazón lógica de los acontecimientos históricos se nos escape y de ahí, asimismo, nuestra plural falta de conciencia para penetrar en la claridad del mundo intelectual.

Como en cierta medida casi todos andamos con los monos, la sociabilidad se torna difícil y, en cambio, reina el recelo privativo de la sombra. Como ejemplo, recordaré lo que me preguntó una amiga, una amiguita agradable y con humanidades más o menos completas. —¿Pero no cree usted, me decía, que esos pobre-

citos yanquis tienen toda la razón al darle a Guatemala su merecido?

Esta pregunta ingenua revela hasta qué punto la aludida película emocional nos envuelve la conciencia. Los yanquis indudablemente que no son unos pobrecitos como mi pequeña amiga los define. Pero es que hay una cosa más importante aún. Hemos desorientado tanto nuestro pensamiento que casi no sabemos nada de nosotros mismos. La situación cobra extraordinaria importancia cuando se celebran, por ejemplo, las efemérides patrióticas, gastando toneladas de salvas en homenaje a los héroes de la independencia. ¿Hasta qué punto la gesta de 1810 nos pertenece, y hasta qué punto el período colonial es nuestro?

La intención que encierran estos artículos que ahora inicio es antes que nada lanzar un rayo de luz en nuestra propia conciencia; atisbar en su oscuridad y, vehementemente, dar un toque de alarma. Es indudable que América entera, ibera o hispánica, se ha estremecido estos últimos días ante la noticia de los sucesos de Centroamérica. El continente que fuera el norte de las aspiraciones democráticas del mundo, el paisaje donde luchó Lafayette, donde inspiró su pluma Tocqueville, ha perdido su noción idílica; no es ya la cuna de la libertad.

No podemos, bajo el pretexto de contener la aventura expansionista del Kremlin, dejarnos estrangular en nuestra más alta razón de ser. Fuimos libres, la Edad Media no proyectó sobre nosotros el tinte sombrío de sus mazmorras. Antes que la propia Europa lo ensayara, nosotros condicionábamos el mundo democrático, desterrando toda veleidad de tiranía, fuera ésta impuesta por la misma mano de un Bolívar, de un San Martín o de un O'Higgins. Nuestra aventura democrática, aunque señalada por inmensas ci-

catrices, ha durado más de un siglo. ¿Podríamos desdeñar ese pasado?

En diferentes ocasiones me ha asaltado la duda acerca de la trascendencia espiritual que ha querido atribuírsele al año 1810. Considero que se ha idealizado abusivamente esta fecha, discerniéndola como un hito de partida, como una partenogénesis de valor integral para todo lo que sea o pertenezca a la América Latina. Se olvida que dicha data histórica es, a pesar de su revestimiento liberal y democrático, el instante en que comenzó la gran trizadura del continente.

Ahora mismo, aunque las líneas de avión lo atraviesan de extremo a extremo, estamos mucho más lejos de Guatemala, espiritualmente se entiende, que en la víspera de la particularización del continente. Antes nos unía un anhelo común, una historia compartida y una economía regida por intereses correlativos. Las constituciones particulares no habían elevado aún su "romántica" concepción nacionalista; el romanticismo nacionalista, trasladado de Europa a la América española no hizo otra cosa que estimular una política de campanario, un concepto universitario provinciano y una literatura en muchos casos intrascendente.

La exagerada importancia conferida a la liberación política, en muchas oportunidades nos ha conducido por el camino de la desproporción. En gran parte, nuestra falta de historicismo, de raíces hacia el pasado proviene de esa exageración. Y es extraño que los personajes que menos tuvieron que ver con la segmentación hispánica (en Venezuela y Chile, los ejemplos de Bello y Portales son relevantes) hayan sido los que más importancia tienen aún para nosotros. Estructuraron y jerarquizaron; es decir, fueron fuente de cultura.

No tiene, pues, nada de extraño que nuestra psicología indi-

vidual se vea asiduamente cohibida por una especie de trastorno originario, como bajo el peso de un pecado original. ¿Qué somos? En el mundo repartido entre el imperialismo mercantilista, en forma tan radical representado por el Partido Republicano de Norteamérica, y la ambición totalitaria del Estado soviético, América ha llegado a convertirse en somero campo de disputa. Aunque forma el contorno geográfico de las regiones más extensas del planeta, redúcese su papel a representar un mero objeto de la historia. Esta juega con su destino, sin que logremos participar en su elaboración.

Por eso, no nos debe extrañar la incongruencia, el estado alóxico de nuestra mentalidad. Más que sujetos voluntariosos de la historia, somos su materia plasmable. Hasta la guerra del 14, no lo olvidemos, pudimos mantener neutralidad ante los grandes conflictos. Nuestra política internacional se reducía a los superficiales términos del *uti possidetis* y de la libre determinación de pueblos que aún no accedían al mundo del pensamiento y la cultura. En eso entreteníamos al personal de nuestras cancillerías pueblerinas. Pero he aquí que de pronto, nuestra personalidad adquiere desmesurada importancia internacional. Desgraciadamente no nos hemos acostumbrado todavía a esa nueva forma de vida exterior y seguimos pensando con los mismos moldes particularistas creados en 1810. Nos cuesta trabajo imaginar que el asunto de Guatemala es nuestro, como si hubiera ocurrido en nuestro propio fondo visceral, y no faltan personas, de incluso muy buena voluntad, que piensan que es una maniobra comunista aseverarlo.

Bien. Esto es "andar con los monos". Esto es padecer de obnubilación. Y la responsabilidad la tienen estos extraños nacionalismos creados a base de "poetas de fama universal", de ingenuas publicaciones filosóficas y vagas, probabilidades de ganar un campeo-

nato de box o de fútbol. Se nos obnubila el pensamiento si creemos que Chile es superior al Perú, o si el destino de Guatemala por extraño azar pudiera ser distinto del nuestro.

Frente al poderío material de Norteamérica, por tantos conceptos grandiosa (Poe y Whitman están ahí para afirmarlo), nosotros debemos oponer el poder del espíritu. No procedió en otra forma la Francia de Mallarmé, derrotada y exánime frente a la fuerza brutal del Canciller de Hierro.

Pero, para eso, es necesario no andar más con los monos.

CARTA DEL CAFE

Gárgolas vivientes de esta verdadera catedral moderna que es el café, aquí estamos comprometidos por una espera inútil durante largas horas del día. ¿Qué nos retiene en este sitio? ¿Qué hilo invisible nos ata? Nosotros no somos *les assises* de que hablaba Rimbaud en un poema inmortal. Somos los parados. Impenitentes y vagos.

Qué curiosa es esta peña, me dijo en cierta ocasión Humberto Díaz Casanueva; una peña de pie es única en el mundo.

No es exacto el término peña. La expresión podría hacer suponer que se trata de una peña a la manera española, hirviente de conversaciones, retablo clásico de la sociabilidad hispana. Chile hasta hace unos doce años no tenía cafés, estas absurdas derivaciones hacia la inactualidad que ellos constituyen. Lo normal era que dos amigos, cuando querían reunirse, lo hicieran en torno a una botella de vino.

Ahora existen cafés. Pero se hallan aún en una etapa primitiva y bárbara. Todavía no son salones de buena sociedad, donde

chispea el ingenio y se esgrime la agudeza; todavía son hangares. ¿De qué puerto, de qué estación ferroviaria conservan aún los rasgos? Aquí se promueve siempre una partida hacia alguna parte. Aquí he visto, poco después de septiembre de 1952, despedirse a muchos futuros cónsules y secretarios de embajada. Para decir la verdad, continúan desempeñando su papel de friso, adosado a las paredes del recinto que nos acoge.

Aquí viene toda clase de gente. Podría hacer la enumeración que da don Jacinto Benavente en "Los Intereses Creados". En verdad, viene gente de toda condición e índole. Artistas, comerciantes, chalanés de feria. Rostros descompuestos por la brega espiritual, sombríos y taciturnos; rostros desvaídos por la avidez atenzante de la riqueza; rostros árabes y antiguos; finos rostros israelitas. En su compañía, sumergido en el vaho de su tumulto, parece que pierdo la noción de mi propia carta de mear y que me ahogo en un océano de anonimato colectivo.

No. No constituye una peña a la manera de las restantes capitales hispánicas este café. Aquí estamos, más que discutiendo, más que esgrimiendo agudezas, perdiendo el tiempo. Un amigo español me lo reprocha a menudo. Es cierto. La única riqueza que un chileno medio posee actualmente es el tiempo. ¡Y cómo la derrochamos! No nos extrañe, por eso, que los sajones nos consideren pintorescos. En verdad, la imagen con que ellos nos conciben puede ser exagerada, pero no desprovista de una fresca captación de nuestro carácter atrabiliario.

Los países americanos hemos civilizado el espacio hasta donde se ha podido intentar esa conducta. Hemos conquistado el orden de nuestros ríos para aprovechar sus rápidos y cascadas y convertirlos, ora en canales, ora en flagrante energía eléctrica. Hemos invadido el espacio exterior, civilizando su maleza originaria, su

falta de talladura histórica. Pero no hemos civilizado el tiempo, esta medida que surge en el latido de la sangre, de la raíz del ser, y del reloj. Nos parece que no existe, que su consabida brevedad y ligereza son cuentos de viejas. Sin embargo, el tiempo crece, desborda su imagen alegórica y nos oprime, nos conduce, y nos mata, al final, cansado y harto ya de nuestro continuo desangramiento.

Un amigo, un curioso novelista, aún no lanzado al público, ha edificado toda una teoría al respecto. Le ha dado nacionalidad al tiempo y dice, con absoluta seriedad, que existe un tiempo chileno. ¿Un tiempo chileno? Sí, en realidad, y debe ser éste que perdemos en el café, sumidos en un contacto social heterogéneo.

Componemos varios grupos, fácilmente distinguibles como en la fauna de Linneo. Algunos somos literatos, y se nos reconoce por la raída indumentaria, y el agrio gesto. Escribir en España, decía Larra, es llorar. Aquí en Chile, escribir es llorar a gritos, agrego yo. Los literatos nos subdividimos en varias parcialidades disociadas por convicciones, si no antagónicas, por lo menos repelentes.

Otros son pintores, gente cáustica si la hay. Los pintores son, de todos los artistas, los más intolerantes y más proclives a la querrela. Pero son pocos los pintores que vienen acá. Pocos, pero estrictos y exigentes. Entre ellos, un maestro que, al escuchar la incesante queja de la falta de salas donde exponer, responde con maquiavélica sonrisa: "Que esta falta de salas es una fortuna, dada la baja calidad de la pintura nacional" ¿Tiene razón? *Chí lo sa...*

Otros, por fin, son los comerciantes. Entre ellos, como en las dos clases anteriores, se da también el tipo soñador, el hombre que se deja sacudir por las errátiles brisas de la volubilidad. No conozco a fondo lo que realmente ejecutan en la vida (el café no es vida, es pre o postvida); pero me asaltan serias dudas, cuando al-

guno de ellos me declara misteriosamente al oído: "por levantarme tarde, perdí de ganar un millón de pesos"... Entre los comerciantes, grey numerosa y múltiple, se encuentra el hombre más rico del planeta, futuro consorte de Margaret Rose y Embajador de los Mau-Mau.

También tenemos aquí a los políticos. ¿Dónde no están los políticos? Es ésta una fauna de extraordinario poder mimético y por esa causa no puede definírsela con exactitud. Varía, cambia y se modifica constantemente. Sobre todo, aquí, en el café. Hace dos años, apenas, llegaron los radicales a sumarse a las huestes de los parados. A muchos de ellos, hace dos años, había que hacer antesala para verlos. Ahora nadie quiere verlos. *Sic transit gloria mundi.*

Entre los políticos, también la diosa imaginación prodigó sus dones. ¡Y qué dones! Conozco a alguno que todos los meses anuncia a sus amigos que "por patriotismo" tendrá que aceptar una cartera. Pero... no hay cuidado que se vaya a ningún Ministerio. El café lo retiene en sus redes invisibles y no lo suelta. Sigue, pues, a mi vera, a la vera de los muchos que aquí perdemos el tiempo.

¿Por qué? ¿Por qué, desafiando el rigor del frío en el invierno y del calor en el verano, me quedo detenido aquí? ¿Tendrá razón mi amigo el novelista cuando afirma que el tiempo chileno existe? El tiempo banal (así se llama su novela) sería, pues, la cuerda tensa por donde bajamos hasta la hondura misma de nuestro tedio. El tedio es poético, ya se sabe. No en balde, en este sitio, no se vive; se ve pasar la vida, la vida estrafalaria y bulliciosa de la calle más importante del país.

ELOGIO DE LA POBREZA

Antes que nada, quiero aclarar el concepto que tengo sobre la pobreza. No soy de aquellos que incurren en la afasia mental de verter elogios sobre algo que puede constituir manantial de molestias y dolores. Es ésta una manía de ricos que el autor de estas líneas, siendo pobre como es, no podría alimentar. La pobreza en sí misma, sobre todo cuando limita con la miseria, es repugnante, sórdida y moralmente dañina. No tengo tampoco el ingenuo desprecio que poseen algunas películas de Franz Capra, pongo en caso, por el dinero y la posibilidad de dicha que la riqueza encierra. El "Vive como quieras" me parece una propaganda hecha desde arriba para consolar a los de abajo, diciéndoles donosamente que el dinero no sirve de nada y que es mejor no preocuparse de tal minucia. Esto me parece un descaro. Como me parecería un descaro predicar a un ciego las delicias de la no videnencia. Sólo un no vidente sabe cuáles, si las hay, son dignas de encomio y especial elogio.

Por eso yo, "hombre humilde y errante", tal diría Baroja, puedo edificar la loa de la pobreza. No me enturbia ningún billete falaz el bolsillo y tengo, por lo tanto, el paso aligero de un Mercurio desmemoriado y sin destino.

Se ha dicho que la pobreza es una buena escuela. Es cierto. La pobreza enseña a redondear con cautela y primor el instante de felicidad y a destacarlo señero en el tiempo. Son piedras preciosas, diría Shakespeare, las fiestas para el pobre. La pobreza enseña, además, a distinguir con claridad los sentimientos ajenos y a pesar químicamente el sabor de las pequeñas cosas de la vida. Un *tramonto* de sol, una mañana caldeada de euforia en la calle, una languidez otoñal en los nervios, todo eso, caudal y multiforme, son

tesoros en el saco del pobre. Los ricos, en cambio, imbuidos de su propia importancia, asignan poco valor a las cosas corrientes de la vida.

Pero no quiero referirme a la pobreza individual, sino a la más trascendente y ponderable de los pueblos. Hay pueblos pobres. Ya sea porque florecieron en regiones áridas del planeta o porque pagan tardíamente el error acumulado de la historia, los pueblos pobres existen. En Europa hay varios. Italia, la hermosa Italia, entre ellos, herida en su dorso geográfico por la furia telúrica de los Apeninos. Grecia, entre ellos, despedazada su Morea por las olas tajantes del Jónico y el Egeo. ¿Para qué nombrar los otros pueblos pobres que existen en Europa?

Todos ellos, sin embargo, a fuerza de valor, prudencia y genio, revocaron su destino y lo cambiaron. Espiritual y culturalmente, ahora, son ricos.

América, continente grácil y jocundo, pareciera ofrecer escasas regiones inhóspitas. Siempre se le ha mirado como a legendaria fuente de riqueza inagotable. No falta, por cierto, en la novelística española el personaje que informa literariamente dicha impresión. El indiano millonario que regresa de América, bruto y ahído de millones, es personaje ya clásico. Los folletines del inefable Pérez Escrich, están llenos de estos tipos. Son tan clásicos, a la verdad, como la expresión "vale un Perú".

Bien. ¿Pero es cierto eso? ¿Somos todos los países americanos dignos de esa leyenda? ¿Es que como un gran vitral hecho trizas cada uno de nuestros países es un trozo bullente de luz? Que conteste nuestro primer gran padre de la patria, el valiente Pedro de Valdivia. Como primer chileno que fue, él supo a qué realidad adaptar la fabulosa avidez de su espíritu y templearlo a la congrua, si no modesta, proporción que exigían las circunstancias. Es sabi-

da la decepción de sus soldados y es conocida también la noble entereza con que el gran Jefe los exhortó al trabajo.

Pedro de Valdivia, antes que nadie, se dio cuenta de la posibilidad económica de Chile. No era un país rico, en la medida casi orgiástica de los otros países descubiertos. Ni aun en la época de la conquista lo fue. Sin embargo... pobre como ha sido a lo largo del curso de su historia, Chile ha sido, de todos los países hispanoamericanos el menos atribulado por el desorden y la anarquía. Parece que aprendió en la gran escuela.

Los políticos más conscientes y capaces que hemos tenido, Portales, Montt, Varas, Balmaceda, se dieron cuenta de la modestia de nuestra economía y regularon los gastos públicos de acuerdo a normas espartanas. Nuestro siglo diecinueve fue magnífico en materia de probidad administrativa, espíritu de ahorro y pulcritud financiera. Es la época del *estado en forma*, tan exaltada por don Francisco Encina, época en que la conciencia de nuestra propia pobreza modeló las virtudes ciudadanas, igual que en la Prusia de los primeros Hohenzollern. Desgraciadamente, vino el huracán del salitre, e, hinchándose las velas de la imaginación, nos separó de la ruta exacta. Por espacio de más de medio siglo nos creímos ricos y ¿por qué olvidarlo?, en cierta manera lo fuimos. Se aumentó el volumen de los gastos públicos, se costó un numeroso y decorativo cuerpo diplomático y... lo que hacen todos los ricos... pedimos dinero prestado. Ahora, una vez desvanecido el espejismo, debemos abrir los ojos otra vez a la realidad, no a la realidad de otros tiempos, sino a la actual.

Somos pobres. Somos un pueblo pobre. No contiene ningún vejamen para nuestra dignidad reconocer esa deplorable condición. La pobreza, ya se sabe, es la escuela de los justos y los sabios. Ella nos enseñará muchas cosas. Cosas que no aprenden, por lo general,

los ricos: la disciplina, la cautela, la paciencia. Edificaremos nuestro goce, redondeando el instante señero, el goce de ser libres en un mundo amagado constantemente, desde todos los puntos, por los enemigos de la libertad. Porque en un país como el nuestro no existe la posibilidad siquiera de que alguien pretenda amenazar nuestra libertad, cimentada en el respeto a la ley. ¿Cómo podría comprar este derecho, si es que se puede hablar de derecho al referirse a los enemigos del derecho? ¿Con qué caminos, con qué edificios, con qué dineros habilidosamente manejados un posible dictador nos daría *pan y circo*?

Cuando se es libre, es bello hasta ser pobre. En Chile lo somos y lo seremos por mucho tiempo aún.

CUARENTA AÑOS, SI, MI VIDA...

A ti, que te encuentras en algún punto de la tierra, disimulada bajo las arrugas y el cabello que comienza a encanecer, a ti te escribo. Han pasado veinte años desde eso, sin embargo, me parece que el tiempo ha cristalizado en torno a mi persona una redoma, deteniéndome todo impulso de fuga, como a un pez irremediable. He cumplido cuarenta años y, al cumplirlos, no he sentido ninguna desazón particular, como esa, tan famosa, que sobrecogió a nuestro romántico en sus treinta. Pero debo confesártelo: alguna ayuda me sostuvo en el tránsito. Fue la lectura de un libro que anda por ahí y que, al oído, te aconsejo que tú también leas, aunque sostengas que aún estás en tus treinta y cinco.

No, no te asustes. No se trata de ninguna obra literaria, de esas que, al igual que a la heroína de Lewis Carrol, te infundían tanto miedo, "por no tener diálogos, ni estampas". No. No es una

obra literaria. Es más bien un libro exhortativo, de esos libros que el ingenio norteamericano prodiga a toneladas, y que, por ser prodigados copiosamente carecen de valor personal. Sólo aquellos que están en un tránsito como el nuestro pueden saborear el libro de mi referencia.

Sin quererlo, pues, al escribirte a ti, mi vida, escribo para todos los hombres y mujeres de cuarenta.

Dice mi autor que la vida comienza verdaderamente a los cuarenta. ¡Agradable noticia! En lo literario, fue Balzac el autor que descubrió a la mujer de treinta años, y solamente este siglo ha pensado poéticamente en la mujer de cuarenta años. A esta edad, afirma mi autor, el hombre comienza realmente a dar, tanto en lo social como en lo referente a la obra de creación. ¿Será así? Me asisten serias dudas. Durante largo espacio he concedido, acaso supersticiosamente, un tremendo valor a la juventud. Allegándome a tenencia exclusiva de mi oficio, he visto florecer la gran poesía en hombres que ni siquiera alcanzaron a cumplir los treinta años, "la amarga edad de los desengaños", al decir de nuestro romántico. Chatterton, Rimbaud, Keats, Lautréamont... ¿Para qué enumerar una lista con que tanto castigué tus oídos ingenuos, hace veinte años? En la tierra especulativa, el joven Schelling es magnífica flor de juventud; el joven Marx barbudo; Marx... ¿Sabes tú que el joven Marx es más grande creador aún que el de los retratos? Pero veo que caigo, sin quererlo, en un vejamen de lo que precisamente trato de elogiar.

Todos los hombres amamos nuestra juventud. Es justo. Es una edad de poderoso desinterés, de apasionada generosidad vital. Pero la amamos con exceso. Hay una frase de Baroja, viejo hasta la médula, en que dice algo terrible de la juventud. Dice que ella es sucia. Hasta cierto punto, es cierto. Es la edad del instinto loco,

desafiante y jactancioso; edad de soledad, de ensueño convulsivo, de acción inexacta. Y edad, extraña cosa paradójal, edad sin mujer.

Me explico, mi vida, no te asustes. Es una edad sin mujer, porque es el período en que el hombre, desprendido de los lazos maternos, aún no ha hallado compañera. Yo, que soy un soltero *par dessus le marché*, me admiro a veces cuando visito a mis amigos casados. Pasan su vida entre mujeres, como cuando eran niños. Y eso, eso es lo natural. Lo demás no sirve de nada. En la mujer existe una fuente permanente de ilusión de la vida. El hombre sin mujer, lo digo con algo de vergüenza, es un traidor digno del Transtiber.

Con la mujer acaso ocurre lo mismo. En la madurez, sólo en la madurez, deshoja el deslumbramiento de sus fuerzas doradas. El caso de Lady Chatterley no es un caso que Lawrence haya inventado. Es el caso común que une, con su calor de savia, a todo el sexo femenino. Ya no os sentís estupendas como el día del primer baile; ahora sabéis que un hombre al lado es sólido baluarte.

Mi autor llega a consideraciones punzantes. No las repetiré, en honor al distinguido público que suele depositar sus miradas sobre lo que escribo; su libro, no te olvides, es un producto híbrido. Posee un próximo parentesco de propósito con los libros del Dr. Van der Velde, o como se llame el tal Dr. ése; pero a mí me ha servido para tragar el sollozo involuntario que me vino a la boca cuando descubrí que una sola trasnochada me destruía, a mí, futuro campeón del mundo en el salto largo del insomnio voluntario. ¿Te das cuenta? Ahora he comprendido que hay una parte de mi organismo denominada hígado, y he sabido, además, que en las boticas se venden ciertas sales para silenciar sus protestas. ¡Las cosas que he aprendido estos últimos tiempos! Pero todo tiene sus compensaciones. Ahora no engullo los libros, los paladeo; ahora

no me dejó elegir por los demás, los elijo. Mis opiniones, más en la medida en que es de uno todo lo que pertenece al acervo humano y nada más, tienden a paralizar su tendencia a la volubilidad y me parece que me ocupo un poco más de conservarlas que de cambiarlas. No exagero, claro está. Para discípulo de Gide, es probable que sea algo conservador; pero, como chileno conservador, todavía la nueva conducta me resulta falsa.

Esperemos los sesenta.

Sin embargo, estoy contento de pertenecer a esta absurda falange de los que, no teniendo ya juventud, están cercanos aún a ella. Empezaré, en consecuencia, a vivir de acuerdo con la mágica y providencial admonición de este querido norteamericano autor del libro.

Pero, ¿por qué te hablo de estas cosas, a ti, que aún no has cumplido los veinte años? Te juro que palpita un perfume primaveral cuando te recuerdo.

POR QUE ESCRIBO

Siempre me he quedado pensando por qué escribo. Para escribir no existe ninguna necesidad de ir a la Universidad, ni de frecuentar los conservatorios. La profesión de escritor es la profesión más libre que hay en el mundo. Jamás podría alguien siquiera imaginar que un poeta vaya a una academia a aprender a escribir sonetos, pongo por caso. Yo, al menos, aprendí a escribir sonetos cuando tenía doce años y me costó muchos dolores de cabeza el darme cuenta de que un soneto perfecto debe estar compuesto en versos iguales. Mi padre, que no quería saber nada de

sonetos, expresaba su espantosa discrepancia y me decía: muchacho, te va a ir mal.

En el mundo latino, los escritores no tenemos nada que hacer. Nos pagan mal, nos acusan de comunistas y nos molestan. Yo estoy acostumbrado a eso. Como no represento a nadie y como, además, pertenezco a un mundo espiritual sin estructura, a esta desgraciada clase media chilena que todos ustedes conocen, cada vez que firmo un artículo hay por lo menos cien que protestan. Por otra parte, me encanta saber que existe gente que protesta cuando yo respiro.

Hace muchos años, no tenía doce años aún, me ocurrió la idea de meterme al escritorio de mi padre. Como este caballero, ferroviario antiguo, para que lo sepáis de una vez por todas, era propietario de una máquina de escribir, yo me di cuenta de que había que aprovecharla. Me puse a escribir como un loco. Como un loco lo sigo haciendo todavía. Creo que, para hablar con honradez, ningún escritor verdadero podría declarar otra cosa. Nunca he podido, por eso mismo, saber para quién escribo. Se escribe, en último término, para un adolescente de provincia, magnánimo y generoso que todavía cree en los escritores. Para un adolescente como yo era hace veinte años, cuando todavía creía en los poemas cubistas de Juan Marín, cuando me encantaba con los relatos de Salvador Reyes; cuando, en fin, era inocente. En esa época, entre *malón y malón* penquista, me metía a la biblioteca de la Universidad de Concepción, bajo la sombra poderosa de don Enrique, a quien a pesar de todo sigo considerando el más grande de los chilenos, y allí, golpeado por el hálito estremecido de Ortega y Gasset, de Unamuno y Pérez de Ayala, me divertía pergeñando versos. Ahora, cuando escribo versos, no me divierto nada. Incluso me da un poco de vergüenza.

¿Por qué escribo? ¿Para quién escribo? Mi conciencia profesional, si es que la tengo, no es otra cosa que copia de ese acto inicial de hace veintisiete años. Tengo la impresión de que mi conciencia no está arrendada a nadie. No soy comunista, no soy partidario de nadie. Gózome, en cambio, refugiándome en mi propia vida. Desde allí, como un francotirador, disparo a voluntad sobre el mundo. Llorando, porque esa es la única actitud digna del ser humano, religioso sin religión, partidario sin partido, simpatizante sin objeto loable de simpatía, así soy yo. No hago otra cosa que llorar.

ERA DEL SALON COLORADO

Dicen que los malestares hepáticos traen aparejadas horribles pesadillas. No lo creo. Como estoy en la edad en que el hígado comienza a dar a conocer sus aguijonazos, el otro día, más bien dicho la otra noche, asistí, por una de esas fantásticas transferencias del sueño, a unos funerales equivocados. Asistí a los funerales del eminente servidor público don Tiburcio Pamplona y Zumbalacárregui. Como se ve, sus nombres vascos hasta la exageración denuncian la alta prosapia de un abolengo que según se asegura se remonta a la edad de los conquistadores. No tengo para qué, en verdad, transcribir los discursos que se pronunciaron. Ya se sabe con qué inaudita volubilidad los oradores se improvisan frente a una tumba. El mejor de los discursos, el que me pareció, al menos, el más digno de recuerdo, es el que inserto a continuación, para ilustración inmediata de los lectores.

Un orador melifluo se levantó, ante la consternación del proficuo y poco entusiástico auditorio. Parece que le conocían, ya de

antiguo, porque muchos de los circunstantes al sepelio se retiraron silenciosamente. En verdad, este humilde servidor vuestro habría querido hacer lo mismo; pero se lo impidió el temor humano, ese sentimiento que dicen perdió a Pilatos en el famoso momento del lavatorio de manos.

El orador empezó así:

"Señores y amigos míos:

Ha muerto Tiburcio Pamplona y Zumbalacárregui, esforzado hombre público que tanta contribución espiritual y física ofreciera, en sus buenos tiempos, a la billa y al bridge. Determinado por los hados desde muy pequeño a la obsequancia de la virtud, este esforzado caballero no leyó en sus días otras páginas que no fueran las editoriales de "El Diario Ilustrado". Desde muy niño lo conocían por un apodo que pudo ser, de no mediar horribles circunstancias, un apodo profético. Le llamaban sus compañeros el "cara de embajador". Por desgracia interfirió en su destino la intervención de la siutiquería del país y su brillante porvenir quedó como tronchado. Sí, señores, la clase de los siutícos se apoderó de la cosa pública del país en el año de 1938, y desde entonces no ha querido soltarla, a pesar de todas las conspiraciones que se han fraguado en su contra. En 1952 creímos poder salvar a la nación de esa bancarrota, pero nuestras esperanzas han quedado frustradas, conjuntamente con las del gran caballero que hoy sepultamos en esta triste necrópolis (sic). ¡Ay!, señores, Tiburcio, a más de gran jugador de billa, era también gran jugador de bolsa, aristócrata, comerciante, prestamista, amigo de príncipes y un poco dado al cultivo de las bellas letras. En él se reunían todas las condiciones del hombre moderno. Nunca se avergonzó, tan demócrata era, de especular con los precios de las propiedades y de especular, simultáneamente, con las acciones de las compañías mineras

que su familia controlaba. Era un gran caballero. A pesar de que de la misa no creía la ese, pensaba que a las mujeres les convenía frecuentar la iglesia, y así fue que todos sus hijos fueron bautizados en el seno de la católica grey. Su hijo mayor, Tiburcito, en discrepancia con la policía de algunos países, es un digno sucesor de su padre en todo lo que atañe a la observancia de la ley".

Desperté asustado. Esa es la concepción más o menos general que en América se tiene de un caballero importante. El caballero puede serlo todo: político, diplomático, comerciante, especulador, vendedor de cualquier cosa y, a séguidas, presumir de sangre azul.

Tan mezcladas se encuentran las idiosincrasias de las diferentes clases, que no podemos asustarnos de que cualquier Babitt regional de Chile, Argentina, Colombia o Bolivia presuma a la vez de descendiente de Conde, Duque o Marqués. Es una lástima, porque en esa forma ellos mismos se cortan las posibilidades de su avidez. Un caballero, en realidad, no puede ser otra cosa que un caballero, o sea, lo que le señala la ley del honor. No puede balancearse en el ritmo de la oferta y la demanda. Sin embargo, aquí las cosas marchan con rumbo diferente. Aquí un caballero puede ser como el Don Tiburcio de mi sueño, un poco tajante de cualquier cosa. Un ser múltiple y extraordinario que a Proust habría arrancado una sonrisa.

SAN AGUSTIN, FILOSOFO DEL AMOR

La inminente inauguración de un nuevo colegio fundado por la Orden de San Agustín en Santiago, me ha incitado a una peregrina meditación sobre el Santo de Hipona. Confieso, no sin poca vergüenza, que a lo largo de mi accidentada existencia he te-

nido parvas oportunidades de recoger la miel de tan gran espíritu. Pero me anima, si no el peso del conocimiento, por lo menos el peso del amor. *Pondus meum amor meus*, decía el propio santo, bajo cuya advocación quisiera ahora amparar mis naturales flaquezas y deficiencias.

Nació Aurelio Agustín en un día trece de noviembre del año 354, justamente hace dieciséis siglos. Sin embargo, cuando se tiene en la mano alguno de sus textos memorables ¡cuánto frescor moderno va invadiendo el alma del lector! Quiere el destino que las almas verdaderamente trásidas de verdad rejuvenezcan siempre y que sean, a través de las generaciones que se les acercan, como esos árboles que nunca se niegan al verdor espléndido. Provinciano de África, de la Municipalidad de Tagaste, emplazada en la antigua Numidia, de inolvidable sabor histórico, el futuro santo es hijo de un patricio romano que, por motivos de carácter económico, debió aceptar un puesto subalterno reñido con sus legítimas ambiciones. Su madre, de cuna noble también, será con el tiempo Santa Mónica, figura exquisita de amor maternal y cohibido arrobamiento místico.

Se conoce ya —y es de público deleite comprobarlo, que así es el ser humano, siempre dispuesto a gozar de los errores ajenos— la vida un tanto disipada que el futuro santo llevó en su primera juventud. Alma pujante, clamorosamente grande en la virtud como en la falta, Agustín se dejó seducir por todos los demonios de la carne y se abandonó a todas las concupiscencias. "En ese tiempo sólo veía cuerpos", confesará más tarde. Pero no olvidemos que, en esa forma, acaso inconsciente, este hombre magnífico pagaba un doloroso tributo a su época, y, sobre todo, al ambiente estragado de la ciudad de Cartago, centro de refinamiento y de escepticismo intelectual. No olvidemos, asimismo, cómo nos

otros, hombres del siglo veinte, estamos asistiendo a una especie semejante de degradación de la fe, de la disolución familiar y de un exacerbamiento parecido de la vida sensual. No obstante, en el amor de una liberta, cuyo nombre se robó la historia, y de Aeodato, su hijo del amor a esa mujer, San Agustín encuentra un freno a sus pasiones. Pero es un libro —siempre será un libro, para un intelectual, la salvación— el que realmente lo convierte a la vida del espíritu, arrancándolo de su fácil vida anterior. Lee el "Hortensio", diálogo supremo entre Cicerón y el terrible destino humano y el Santo, aunque aún deberá caminar mucho para llegar a la santidad, ya está preparado para la famosa escena del jardín.

"De pronto, toda esperanza vana me pareció cosa deleznable y con increíble ardor no codicié ya otra cosa que la inmortal sabiduría".

Sin embargo, no pensemos aún en el arrepentimiento total del futuro santo. Dura será su peripecia; deberá atravesar la extravagante astrología; la antidualéctica doctrina de Manes, el gran hereje de Babilonia, y, poseído de mortal orgullo, combatirá la doctrina de su santa madre. ¿Qué hacía ésta entretanto? Lloraba. ¡Oh poder infinito de las lágrimas! Como se lo dijera un Obispo de Africa, ellas salvaron a su hijo del error.

"Yo fui, y me eché debajo de una higuera; no sé cómo ni en qué postura me puse; mas, soltando las riendas a mi llanto..." Así explica lo que sucedió aquella tarde memorable del jardín. Había necesitado conocer a Platón y San Pablo, porque este hombre de dos mundos que es Agustín no podía conformarse con el anuncio de la buena nueva, expresado en los Evangelios, si no estaba asistido por la sabiduría y la claridad intelectual de la antigua Hélade.

Tal vez esto último es lo que más nos acerca a San Agustín:

el hecho de haber servido de hito espiritual fronterizo entre dos mundos que ya no se entienden y que comienzan a hablar lenguajes diferentes. San Agustín, se ha dicho, es el último hombre antiguo y el primer hombre moderno. "San Agustín, escribe Ortega (citado por Julián Marías), que había permanecido largo tiempo inmerso en el paganismo, que había visto largamente el mundo por los ojos "antiguos", no podía eludir una honda estimación por esos valores animales de Grecia y Roma. A la luz de su nueva fe, aquella existencia sin Dios tenía que parecerle nula y vacía. No obstante, era tal la evidencia con que ante su intuición se afirmaba la gracia vital del paganismo, que solía expresar su estimación con una frase equívoca: —*Las virtudes de los paganos son vicios espléndidos*. ¿Vicios? Entonces son valores negativos. ¿Espléndidos? Entonces son valores positivos".

Toda la filosofía de Agustín es un dorado racimo de amor y caridad. Lo intelectual es una forma, seguramente la más alta, de expresar esta capacidad, de insólita perseverancia, que es el amor. En su osadía, llega tan lejos como ningún otro moralista podría llegar, como suelen llegarlo solamente los místicos, acaso nuestro amado San Juan de la Cruz... *Dilige, et quod vis fae*. Así dice este osado cazador de Dios. "Ama y haz lo que quieras". ¿Se puede pedir una mayor y gozosa libertad? Pero él sabe lo que le ha costado esta libertad, la de su yo encendido, un yo matizado precozmente de romanticismo y *mal du siècle*... Porque este hombre de dos mundos es ya, más que un hombre antiguo, un hombre que sufre y que se *interioriza* con nosotros. Podríamos poner en duda su santidad y absolvernos de creer en el halo que transfigura su cabeza; pero no podríamos dejar de amarle. Porque si no le amamos, no creeríamos ya en nosotros mismos.

LA FAMA DE LA CIGARRA

Estoy bajo el árbol frondoso a cuya sombra tal vez escribiera Andrés Bello su famosa "Oración por Todos". Desde la profunda sonoridad de su fronda me llega el canto monocorde de las cigarras. Estas cigarras clásicas, cantadas por Anacreonte y desprestigiadas más tarde por el ingenio de La Fontaine, continúan, dichosamente vernaes, su canción de estío y pereza. Los poetas, confabulados y parapetados en su ignorancia entomológica, durante siglos le atribuyeron todas las mollares costumbres de la ebriedad solar. Pero no. Las cigarras, según ha dejado constancia de ello Fabre, no son perezosas. Por el contrario, ejecutan trabajos y proezas que la prestigiosa hormiga, su rival de la fábula, no conseguiría jamás realizar. Porque la hormiga, con sus hábitos pedestres de eterna trabajadora y de ávida delicuescente del trabajo, se llevó todas las guirnaldas y todos los galardones: es burguesa, monótona, simple y laborante; en cambio, la cigarra, emplazada en la altura arbórea, la cabeza inyectada de rayos de luz y de éter, parecía la bohemia imprevisora, la perenne desahuciada del invierno y del rigor. Todo por culpa de unos cuantos poetas que, al equivocarse sus dones especiales, contribuyeron a crearle una fama que muy pocos burgueses, de éstos que transitan a diario por las calles urbanas, aceptarían para sí. Es inútil la reivindicación que Fabre, este poeta de la entomología, ha ensayado para exculparla y cohonestarla. Dentro de la imaginación del hombre, la cigarra continúa ocupando el puesto reservado al perezoso inhábil que, por cantar, olvida el trabajo.

¿Pasaste el verano cantando?

Pues bien, baila ahora.

Así pareciera decirle el invierno con su voz de Némesis glacial. "Cría fama y échate a dormir", agregaría yo por mi cuenta.

Tal es la fama. Arraiga en forma tan honda y desarrolla tales raíces en el cerebro de la gente, que pocos o escasos son los medios que existen para ablactar su feroz crecimiento. En la misma forma que le sucede a la cigarra, vemos cotidianamente destruidos los prestigios ajenos. Hombres que jamás ensuciaron sus manos en aguas que no fueran limpias y claras, son a veces motejados por la maledicencia y acusados de ladrones.

¿Por qué te juntas con ese loco? Le dicen a uno. ¿Por qué andas con Fabio? ¿No sabes acaso que "está pasado al enemigo"? Pero resulta que, probado su cerebro en los hechos, el hombre motejado de loco es un hombre sensato y que, el zaherido con la expresión chilena transcrita más arriba, es un padre de familia como hay pocos, casado, tranquilo y honrado a carta cabal. ¿Qué poco cuesta destruir las reputaciones y las honras! Aquellos que vieron un dramón que me tocó ver en la infancia saben con que imperio el Gran Galeoto destruye, quema y socava. Y esto es un mal que va tomando tal impulso, que ya no se sabe cómo detenerlo. El "a mí me lo dijeron" cunde en los labios de los cobardes que no se atreven a discrepar en el momento oportuno y a poner atajo a la opinión desalada del maledicente. Pero "es que a mí no me consta", dicen, para justificar su aberrante labia; pero "es que así lo dice todo el mundo": Fabio es loco, es ladrón, es "pasado al enemigo". ¿Arriesgarían un paseo por los tribunales estos improvisados detractores de la honra ajena?

"La leyenda de la cigarra —nos explica Fabre—, es tan vieja como el egoísmo, es decir, como el mundo".

Víctimas parecidas al insecto devorado de sol y poesía son los espíritus altos que pueblan la tierra. Ellos como están colocados a una altura predominante, son propiciatorios a la maledicencia. Sobre todo esto ocurre frecuentemente en ciudades como la

nuestra; como este Santiago adolescente, fisgón y extraño que vosotros conocéis tan bien como yo. Recuerdo al respecto una de las más sombrías piezas dramáticas de Chejov. En un pueblo provinciano vive un hombre superior, Ivanov; pues bien, este espíritu, destinado en cualquier otro ambiente a los más elevados merecimientos, es unánime objeto de la hablilla y del chisme. En su odio por lo grande, los inocentes pueblerinos llegan a decir que a su mujer, de raza israelita, este canalla la obliga a comer con los peores sarcasmos: come ajo, judía, cuenta todo el pueblo que el fermentido infame profiere. Pero nada de esto es verdad, Ivanov está sufriendo el castigo que ya sufrió la cigarra antes que el propio ser humano. De haber vivido en Santiago de Chile, le habrían acusado de "pillo", de "loco", de "curado" y de "pasado al enemigo".

Pero yo estoy con la cigarra.

Termino con Fabre, y perdonadme la cita:

"El pordiosero sin delicadeza, que no retrocede ante el robo, es la hormiga; el artesano industrioso, que comparte voluntariamente su alimento con el necesitado, es la cigarra".

Por eso es cuestión de pública moral no repetir a tontas y a locas la difamación gratuita que diariamente llega a nuestros oídos. Y esto toca un fondo muy delicado cuando la honra comprometida es femenina. Entonces la situación moral se agrava, ya que como alguien lo decía, la fama reemplaza, en la mujer, el olor de la hembra. Hay mujeres con una fama que envidiaría cualquier mofeta del bosque... ¿Y qué hacemos los hombres? Parodiamos a La Fontaine y decimos:

"¿Pasaste el verano cantando?"

Pues bien, baila ahora".

PENELOPE YA NO TEJE

Dice la leyenda homérica que mientras Ulises navegaba por el piélago innumerable, Penélope tejía. Tejía durante el día y destejía por la noche. Sana ocupación, muy comprensible que se produjera en el espíritu de una matrona de cuarenta años, colocada por el destino en una roca desnuda, porque no otra cosa era Itaca, el feliz reino de su marido, el infatigable y astuto Ulises.

Imaginémonos, por un momento, lo que le ocurriría a un Ulises chileno, de este año de gracia, dado a la aventura y a la trampa. ¿Tejería su Penélope? ¿Destejería por la noche, con el fin más o menos púdico de rechazar propuestas matrimoniales?

Me inclino a creer que no.

Numerosas son, por el contrario, las causas que nos darían la clave de una conducta diferente en esta Penélope imaginaria del siglo veinte.

Una pregunta, antes de lanzarnos a la insólita averiguación. ¿Tejen las mujeres todavía? Recuerdo los complicados y bizantinos gestos de mi madre sobre el bolillo. Siempre tuve respeto por ese arte, supremamente femenino, que consiste en dejar la cabeza, cavilante, inclinada sobre la randa exquisita y primorosa que va apareciendo entre los dedos maravillosos y sabios. Repito: ¿tejen todavía las mujeres? En todas las tiendas del centro veo chombas tejidas a máquina, heladas e impersonales confecciones de fábrica. No recuerdo que ninguno de mis amigos jóvenes me haya dicho en estos últimos tiempos: este *sweater* me lo tejió mi madre o mi hermana... ¿Pero es que las hermanas existen todavía? Una hermana es algo muy serio, colocado como un ser misterioso a nuestro lado, en leve anticipación del eterno femenino que nos torturará más tarde. Tengo la impresión que las hermanitas actuales es-

criben a máquina todo el día, después de tragarse a medias un desayuno apresurado y, convulsa aún, de sueño, la mente.

Esta vida moderna... El moderno Ulises, después de transitar por el camino innumerable del mar océano, encontraría a su mujer divorciada y paseando con otro.

Es cosa bien curiosa que, a medida que la mujer se libera del yugo impuesto por miles de generaciones masculinas y adquiere mayores compromisos con la sociedad, sus condiciones femeninas vayan desapareciendo. Comparemos el atuendo femenino, descrito por un P.oust, con el vestuario ingenuo de nuestra época. Comparemos, incluso, el fresco vocabulario de nuestras abuelas con el lenguaje soez que muchas mujeres de nuestro tiempo nos han ido copiando a nosotros, los hombres. Mi abuela, recuerdo al respecto, hablaba con un lenguaje conservador de la más cautivante cepa criolla-castellana. Ahora todo se ha transformado en jerga fácil, denigrante del genio del idioma y disolvente al máximo. El atuendo complicado del siglo XIX mantenía a la mujer dentro de un halo especial y la separaba, en consecuencia, a misteriosa e inefable distancia. El lenguaje femenino, depurado por la coerción tradicional, la distinguía y, por lo tanto, la exaltaba. La vida moderna, al confundirla con los hombres en el mismo plano de lucha por la vida, ha rebajado a nuestras mujeres y las ha convertido en competidoras.

No creáis que guardo, con relación a esta triste circunstancia, una posición reaccionaria. Me agrada que las mujeres sean libres y que se manejen, al igual que los hombres, dentro de la vida económica y social. Pero, por favor, que procedan con discreción... Si saben más, que lo callen delante del marido o del novio; si desarrollan una actividad importante, que lo disimulen. ¿Es egoísmo esto? Una tradición de siglos nos somete, a los hombres, a esta for-

ma de pensar: nos agrada saber que somos un poco Ulises, aventureros, y que tenemos siempre una Penélope que nos espera.

"En un país libre las mujeres son libres y adoradas", decía Saint-Just. Bien por lo de libres; pero que no dejen nunca de ser adorables. En mi patio particular de la calle Ahumada las veo pasar todos los días. Ocupan la ancha gama que va de la tontería a la inteligencia, del mal gusto al buen gusto. Algunas se depilan las cejas en tal forma que uno piensa, forzosamente, que detrás del arco ciliar no hay gota de materia gris. En todo caso, queda la duda. Y unas Penélopes crasas, de más de cincuenta, que pasan onradas por la acera con el rostro embadurnado de afeites y los vestidos ceñidos sobre la musculatura ya flácida... ¿Para qué se pintan? *Elles se fardent pour s'effacer...* Se pintan para borrarse, cantaba el poeta Paul Eluard.

El moderno Ulises, me da pena considerar su melancólico regreso, haría un poco el ridículo en estos tiempos.

GENTE TRANQUILA

Cumplo hoy con un deber. El deber sagrado para todo literato de dar a conocer y divulgar su propio vocabulario. A veces me he sorprendido escribiendo el adjetivo tranquilo, un adjetivo cargado de vaga e irresponsable impopularidad. Siempre se le ha puesto como coronación de la idea de "cornudo", de "provinciano", de "colgado". Para mí, en cambio, la idea de tranquilidad, expresada en el adjetivo tranquilo, está cargada de filosóficas beatitudes. Como soy estoico, y me glorío de serlo, tengo la impresión de que Horacio y Fray Luis de León tenían toda la razón cuando exaltaban las amabilidades del retiro campestre. La tranquilidad es idea

unísona al paisaje; no se puede, por desgracia, ser tranquilo esperando un trole o un micro, vehículos acalorados y desasosegados.

Es difícil ser tranquilo en una ciudad.

Por eso me refiero a esta clase de gente heroica, gente que no se deja seducir por las blandas insinuaciones de una máquina de escribir, ni por los halagos fáciles de un caballete o una paleta. La gente tranquila, dentro de la aceptación privada, etimológicamente aburrída que le confiere mi diccionario personal, es gente que no escribe con afanes literarios, que no pinta con afanes artísticos; es gente, en una palabra, resignada a la suerte anónima de los seres que mueren sin discursos en el cementerio.

Es difícil resignarse a morir sin un discurso en el cementerio.

Cualquier rotario sabe lo que es eso. Ellos saben, dentro de la intranquilidad más o menos literaria y gastronómica en que viven, que un rotario perteneciente a cualquiera actividad sospechosa de la vida, proferirá preces cuando están metiendo su cadáver en la cripta. Es un gran consuelo, para la gente intranquila, saber que alguien dirá mentiras piadosas algún día en el cementerio.

En cambio, la verdadera gente tranquila, que no va al "follís", que no lee, por ejemplo, a los sexólogos modernos, que no sabe nada de complejos ¡qué feliz es!

Como ustedes comprenderán, yo me llevo la vida entre gente intranquila. Incluso me escriben desde la Penitenciaría, comunicándose afanes literarios. A mí, personalmente, no me disgusta. Pero ¿qué dice en cambio la sociedad? Me conmueve, por eso, la idea de encontrar algún día a un hombre que me declare, sinceramente, una de las cosas que más ansío oír: "no tengo ambiciones".

La ambición es la base de la intranquilidad. La ambición y la falta más o menos endémica del "conócete a ti mismo", que predicaba aquel que ustedes conocen. Hay gentes que, por el hecho

medianamente escolar de conocer las leyes de la sintaxis, se creen literatos ilustres. Aquí en Chile conozco más de un caso de niña arrogante, de primera agua social, que, porque conversa muy bien en la mesa, tiene antojos poéticos. En seguida, se sienten mujeres liberadas y comparten sus hormonas con el primer barbudo que se les acerca. No hay duda. Son niñas tridimensionales e intranquilas.

Si ustedes, gente tranquila para quienes escribo, tienen la idea de visitar los cafés santiaguinos, verán mucha gente intranquila. Se dejan crecer la barba, se visten como mamarrachos, impostan la voz y expresan en alta sonoridad, como quien transmite para el porvenir, que "el suicidio es lo único que nos queda".

La intranquilidad es, también, un acto político. Los adolescentes que leen a Marx, o que suponen leerlo cuando leen sus horribles compendios, experimentan una especie de intranquilidad sexual que los agobia. En último término, hay algo de zona erógena en la intranquilidad de la gente. Todas pertenecen, por lo general, al género melancólico de los que no fueron invitados a la orgía de Trimalción. Cargan un secreto Nerón en la cintura.

Yo amo a la gente tranquila. Es gente que no lee prensa amarilla. Es gente que, cuando está en provincia como suele suceder, cree todo lo que dice "Ercilla". Con todo, es gente que a uno le dice, de repente "qué inteligente es fulano". Y le nombran, a seguidas, al más estúpido de los políticos de moda. La gente tranquila por lo general, considera que Neruda es el más grande de los poetas de la tierra. Dicen: Homero y Neruda. No saben que para unir estos nombres hay que quedarse una galaxia de años callados.

¿Cuáles son, por lo tanto, sus virtudes? No opinan, señores, no opinan. Lo quedan a uno mirando, le dicen tonterías, pero no

opinan. ¡Qué feliz sería el mundo si a la salida de los teatros no se escucharan tantas necesidades!

Desgraciadamente, el mundo está lleno de gente opinante, gente que ha leído los innobles libros de Somerset Maugham y que, por ese hecho, se creen intelectuales; rotarios que se desperducen en banquetes de vaga solidaridad social y que inflan los carrillos pronunciando la palabra democracia; comerciantes áridos que escriben al calor de regalonas digestiones; tontos de remate que eructan el nombre de Platón. Son gente intranquila.

Cuando tenga un hijo y le descubra estos síntomas, me iré a llorar junto al muro. Se los digo yo... Y ... ¿qué soy yo?

No se lo digáis a nadie. ¿Yo? Dios mío, yo no soy tranquilo...

CONFESION DEL ATARDECER

Cuando a la edad de doce años se nos ocurrió escribir los primeros versos, y esto ya lo he dicho en ocasión anterior, la libertad era nuestro lema. Por ella habríamos sacrificado el bienestar de la casa y la tranquilidad de nuestra familia. El sentido profundo del compromiso que estábamos suscribiendo se nos escapaba. ¡Oh, dulce perfume de inocencia, comparable tan sólo al acto pasado de encanto, que se produce en el sueño! Habíamos aprovechado la bondad paternal para adquirir algunos libros, celosamente leídos en horas reservadas a la antipática disciplina del colegio. Abajo, entre las nubes, como engarzado en ellas, estaba el pueblo. El pueblo anterior al terremoto, con las fruiciones primitivas del cine mudo, y con la maravilla de la Pastelería "Palet", surgiendo sobre una meseta de natilla y mermelada. Estoy en el Cerro "Caracol", cerca del

Mirador de Paló. ¿Qué leo? Acaso un poco de Rousseau, este nauseabundo y sentimental autor de "Las Confesiones".

Como ya estoy próximo a la pubertad, sueño con una señora Warrens que a mí también me preste un poco de su ajamonada luminosidad de cuarenta años. Sueño, entre erguidos follajes púberes, en una soledad que mi madre, activa y poco sentimental, habría declarado sospechosa. Pero no ocurre nada malo en mi soledad del cerro. Aquí pienso un poco todavía en el plural destino del bello Lagardère..., porque, Dios mío, todavía soy un niño y llevo los pantalones más arriba de las rodillas. Caso triste para un poeta, para un poeta como soy yo, codicioso pretendiente de la primera señora Warrens que se me aparezca.

Leí por ahí que todos los adolescentes son algo artistas. Esta observación que ahora, con los años, comparto, entonces, a la edad de la furiosa conquista del sexo, me produjo inusitado enojo. ¿Podían ser artistas estos niños que me acompañaban durante gravosas clases de caligrafía? Siento aún el zumbido de una mosca extraviada a la hora de la siesta. Por la ventana entreabierta se ha colado la intrusa y produce estridente zumbido sobre nuestras cabezas inclinadas. Se escucha el rasgueo de las plumas. Yo, para decir la verdad, no copio la inglesa letra que el profesor ha diseñado sobre el pizarrón. Leo, en cambio, clandestinamente, un libro que a duras penas he logrado que en la biblioteca me presten. ¿Y cómo no? Se trata de un libro cuyo argumento actualmente no recuerdo... "Dulce y Sabrosa", de Jacinto Octavio Picón. El título me ha parecido erizado de extrañas sugerencias poéticas. "Dulce y Sabrosa"... Me ha hecho pensar en la más dulce de las hermanitas que viven al frente de mí, olorosas a jabón de Castilla y a crema del Harem. ¿Existen todavía esos perfumes?

Por eso, cuando escribo versos, cosa que me sucede cada vez

más distante, siento que me bullen las palabras que conscientemente no he solicitado. La poesía es una forma concreta del pensar. El poeta piensa *sobre* las palabras; no piensa *con* ellas. La poesía es un sistema analógico del pensar. Cada palabra irradia una imagen física, ya sea si evocamos su contenido o su simple sugerencia. Para el poeta no existe, pongo por caso, el árbol, sino en dependencia natural y exclusiva de su representación oral o gráfica. De ahí que el pensamiento poético resulte, en muchas oportunidades, una melancólica incursión hacia lo más puro subjetivo. El poeta, y me refiero al poeta de verdad, neutraliza voluntariamente esta inclinación eligiendo un repertorio de palabras cuyas imágenes reales le son conocidas, y en consecuencia, sujetas a la caución de la voluntad creadora. Cuando me surgen estas imágenes del Mirador de Palo, por ejemplo, si es que estoy escribiendo versos, no permito que ellas invadan con arbitrariedad y capricho mi propósito de escribir sobre tal o cual tema. Pero los poetas saben, por íntima experiencia, con qué voluptuosa abundancia se derrama el pensamiento, siguiendo acaso el dechado que le muestra la naturaleza, lujosa y abundante. Para producir un verso de mi "Camino del Nielo!" cuántos versos he tenido que desechar, recuerdos frustrados, síntomas que no lograron componer dolencias, pero que estuvieron de breve tránsito en el extremo de mi pensamiento, gravitando como racimos condenados a morir en agraz. Hubiera querido expresarlo todo...

Habría querido, en una palabra, reducir a polvo mi propia conciencia. Que escribir es dar, nadie lo duda. Escribir es la más alta forma de dádiva que existe. No importa que la cosa entregada sea humilde: ella estuvo en nuestra mente y ya no nos pertenece, desde el momento mismo en que se produjo esta misteriosa transferencia que es escribir.

Ninguna de estas reflexiones la púdimos hacer a los doce años. Entonces el mundo nos parecía una bella ensenada a la luz de los astros con muchos barcos aparejados en su puerto y con algunos marineros ebrios en la playa. Nos parecía justo saltar a la cubierta de ese hermoso barco de elegantes líneas que nos iba a conducir, de golpe y porrazo, a la tierra de Idalia, o al país de los Feacios, tierra de ensueño. Ahora, con el correr de los años, decepcionados, un poco viejos ya, y de corazón cansado, ¿con qué gusto volveríamos a la playa original! Pero eso ya no se puede hacer. Y... con rabia, con apetito violento o con desgano indecible, lo mismo da todo, seguimos escribiendo versos. Me da pena confesarlo. Y escribimos versos, sabiendo, con plena conciencia, *que no lo diremos nunca todo*. Ni siquiera este bello resplandor que me ha iluminado el rostro al recordar esa tarde, tendido sobre las pinojas, cuando leí a Rousseau, maestro mío que tanto mal me hizo.

EL MES DE MARIA

Hoy termina el Mes de María. De todos los ritos cristianos, ninguno hay que toque con más acendrada ternura el corazón de los hombres. Parece que, en realidad, hubiera precedido en el tiempo a toda otra manifestación de veneración y acatamiento.

El hecho de que el templo se envuelva en una atmósfera vaporosa de perfumes y flores, de rostros femeninos y juveniles, nos da sin duda la clave del conjuro que ejerce, aún sobre nosotros pobres seres desprovistos de destino religioso. El culto a María parece arraigar, sin que esto importe un desmedro a su pura esencia católica, en las profundidades ancestrales del paganismo, anterior a la ley dictada por la Iglesia. En estos días, bajo la fastuosa

luz de mayo en España y de noviembre en los países hispánicos que radican bajo la línea ecuatorial, se celebra el inmortal rescate de Proserpina, hija de Ceres, raptada por Plutón a los infiernos en los grises días del invierno. La tierra, esta tierra nuestra y segura, se cubre de flores, y en los tapices de sus prados elocuentes vuelve a cantar la golondrina recuperada. Con flores a María, en una palabra, quizás no hacemos sino repetir uno de los mitos más antiguos y profundos de la humanidad enamorada de la Madre, de las Madres diría Goethe, del ancho seno de Natura.

En un tiempo, según he sabido, la práctica de este culto misterioso y galante que es el Mes de María, solía ejercerse en los hogares. La madre, representante de lo eterno que vuelve y retorna, elevaba sus preces en un pequeño altar doméstico, lar de la más ingenua y primitiva latinidad. Los hijos, el padre entre ellos, escuchaban la voz sacramental del "eterno retorno".

Debe ser por esa causa que, aún en medio del atroz ateísmo que ha ido engendrando la vida moderna, son muchos los seres que, voluntariamente, en estos días de floral celebración, entran al templo, repitiendo un gesto que los ata al ancestro y a los hábitos milenarios de la raza latina. El Mes de María es latino por excelencia.

Aquí en Chile, según me avisaba una persona muy docta en asuntos católicos, se celebra con especial fastuosidad y brillo. Acaso en esta fiesta, nuestro pueblo, inmerso aún en las vivencias primitivas, encuentra un "modus operandi" de trascendente reconciliación entre su fondo pagano indígena y el genio católico que le concedió la conquista civilizadora.

Pero, en todo caso, el Mes de María es el más bello acto católico, por lo gratuito y poético, que yo conozco. El culto a la mujer, en su más pura y delgada expresión, allí columbra exaltadas

planicies de serenidad. El culto a la doncella de Nazaret, llevado a la exaltación romántica que le prestó la Edad Media y, más tarde, la época moderna, es propio e indisoluble de nuestra forma de ser occidental. Y, de entre los occidentales, somos los hijos de "hispania fecunda" los que, seguramente, nos distinguimos más en ese culto. No olvidemos que pertenece a las letras españolas la más exquisita, reveladora y graciosa historia de María. Fue escrita por la Venerable María Coronel, nacida en villa de Agreda, en las fronteras mismas de Castilla la Vieja, en donde peleó el Cid. No puedo resistirme al placer de citar el nombre de su obra, escrita en el agrídulce idioma barroco del siglo diecisiete:

"Mística ciudad de Dios, milagro de la omnipotencia y abismo de la gracia, historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, Reina y Señora Nuestra, María Santísima restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia: manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora a su esclava sor María de Jesús, para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia Católica y confianza de los mortales".

La obra de la humilde monja, escrita a los veinticinco años de edad, atravesó diversas vicisitudes y debió, en consecuencia, ser juzgada por los tribunales de la Inquisición, de donde salió absuelta y consagrada. A nosotros los artistas nos interesaría, por sobre manera, una edición completa de ella, no sólo para incrementar el acervo literario, sino, también, para acrecer el tesoro, no menos importante, que forma la mística española, cuna del alma nuestra.

Sor María de Agreda, entre otros sabrosos decires, nos da la siguiente curiosa cronología de la Virgen, que transcribimos con el respeto que nos merecen estas proyecciones fundamentales:

"Después de la muerte de Cristo sobrevivió la Madre en el mundo veintiún años, cuatro meses y diecinueve días, de su vir-

gíneo parto era el año 55. El cómputo se hará fácilmente de esta manera: cuando nació Cristo tenía su Madre Virgen quince años, tres meses y diecisiete días; vivió el Señor treinta y tres años y tres meses, de manera que al tiempo de su sagrada pasión estaba María Santísima en cuarenta y ocho años, seis meses y diecisiete días; añadiendo a estos otros veintiún años, cuatro meses y diecinueve días, hacen los setenta años menos veinticinco o veintiséis días”.

Así se expresa Sor María de Jesús, la iluminada biógrafa de María, que hoy en los templos celebra la fiesta más hermosa de la cristiandad.

¿Quién no tiene recuerdos de esta fiesta? Yo recuerdo el Mes de María, en la modesta iglesia del Corazón de María, en Temuco. Asimilo curiosamente esta celebración a los primeros barruntos sentimentales y a los primeros cigarrillos. Que Ella me perdone. El Mes de María, en medio de sus cánticos y flores, traía a nuestros corazones de niños un hálito de inmensidad y, acaso por eso mismo, nos sentíamos adultos. Más tarde, al entrar al perfumado ambiente del templo, sin quererlo nos hemos sentido niños. Extraña, flagrante contradicción de una fiesta henchida de inmemorial solemnidad.

CHILENO BASICO

Me decía un director teatral que una de las ventajas de la formación de un público de teatro, aquí en Chile, era la creación eficaz de un lenguaje verdaderamente social. Es evidente que los chilenos, dentro del conglomerado hispánico, somos los más inclinados al mutismo. Por pereza mental, o simplemente por languidez

espiritual, el chileno no habla. Recuerdo una vez, en una fiesta del sur, cómo un amigo concitó el odio, la acrimonia, de un grupo de jóvenzuelos locales: este señor habla demasiado, decían, entre enojados y sonrientes. Incluso le miraban con sospecha. Porque aquí, en Chile, es creencia arraigada que el hombre que habla es como el que toca la guitarra, un individuo de oscilante vida sexual. El silencio se ha ido cultivando hasta la exageración de evitar el empleo de palabras nuevas. Existe una palabra, que por pudor literario no voy a nombrar, palabra que ha ido substituyendo a todas aquellas que el chileno evita con singular cuidado. Es una palabra de inmensa indiscreción, palabra que, incluso, se transforma en verbo y que usamos con irresponsable locuacidad cuando estamos entusiasmados, es decir, cuando hablamos, cosa que pocas veces sucede.

No somos un pueblo locuaz. Esto, que podría ser una virtud si lo administráramos con discreción, se transforma en defecto si examinamos ese gran espejo semoviente que es la literatura. Aquí, en Chile, cualquiera se siente literato por esta razón. Porque es fácil escribir empleando el chileno básico. Es como leer a Shakespeare, después de aprender el inglés básico divulgado por ciertos innobles folletos de procedencia utilitaria y mercantil. Cualquiera, de acuerdo con esa falta de rigor en el idioma, se lanza a pergeñar artículos y novelas. ¿Para qué recordar a Cervantes? ¿Para qué traer a la memoria el impertinente recuerdo de Santa Teresa? En cambio, nos admira la claridad lingüística, el florido ramillete de palabras que aparece en los labios de cualquier labriego peninsular. El silencio que nos traba la lengua nos ha ido oprimiendo en tal forma que, cuando queremos pedir algo, decimos sencillamente, *pásame esa...* Perdón, estuve a punto de lanzar el exabrupto.

En realidad, tenía toda la razón ese director teatral cuando

me aseguraba que el teatro, por camino sutil, endereza a la gente hacia el desarrollo del lenguaje. Reemplazaría a la antigua tertulia del salón con estrado, en donde, quieras que no, se cultivaba el pulimiento idiomático. Ahora, las tertulias de la mayoría de los habitantes se realizan en torno a esos artefactos que se llaman radios, por donde es posible escuchar toda la sagrada tontería moderna. Recuerdo, al respecto, lo que le ocurrió a la hija menor de un amigo. Le preguntaron a la chica, en la escuela, qué es el Canadá. Y ella contestó: *una bebida*. Y claro. ¿Qué iba a decir? Se había llevado escuchando eso de Canadá en el aparato receptor que mi pobre amigo tuvo la malhadada idea de comprar. Sin tertulia, sin cafés donde charlar, ¿en dónde es posible escuchar la resonancia de un idioma digno? En el teatro. Porque no hablemos del cine, mejor. El cine es otro de los instrumentos al uso, puestos al servicio del envilecimiento del idioma. El cine y el fútbol. Mucha gente, de la que practica el chileno básico, habla cine o habla fútbol. Son como Babbit, el engreído personaje de Sinclair Lewis, un norteamericano que merece mi mayor respeto. Babbit decía, enorgullecido: yo hablo dos idiomas, el inglés y el póker. Y mentía, claro está, el pobrecito, porque solamente hablaba póker. Y... un poco de "slang" californiano. Aquí, nosotros, hablamos de fútbol y jugamos con esa palabrita cuyo signo es la mano cóncava.

Vamos al teatro, chilenos; vamos a ver el Teatro Experimental y gocemos con la palabra que le prestó a Shakespeare León Felipe, y si nos asustamos con nombres tan graves; vamos al Talía a escuchar la excelente prosa de Isidora Aguirre. Aprenderemos a no temer a las palabras. Y cuando empecemos a hablar bien, nos vamos a dar cuenta de que estamos pensando correctamente.

Los dioses nos enviaron a la tierra para que hablemos bien, decía un latino exagerado. Pero no le faltaba una porciúncula de

razón cuando lo decía. Estaba la barbarie, ya, golpeando en las puertas de Roma. No seamos bárbaros. Hablemos. Discutamos. Los pueblos más finos de la tierra han sido pueblos habladores. Gente de Agora, al cabo Gente acaso un poco charlatana; pero llena de elegancia espiritual.

ESAS NIÑAS DEL FOLIES

El mundo se transforma velozmente, con una celeridad impresionante. Veleidades que ayer no más conmovían el corazón de las gentes, enhechizándolas y deslumbrándolas, hoy las dejan frías. Esta impresión de fugacidad que ha ido adquiriendo el tiempo es, tal vez, la principal característica de nuestra época. La era mecánica no sólo ha atentado contra el tradicional sentido de la permanencia, sino que, desbordando su proyección espacial, ha entrado de lleno a colorear la categoría del tiempo. De ahí que la queja clásica que alienta los versos de Manrique cobre novísimo, inquietante paterismo moderno.

La mujer, aunque un ser conservador por específica conformación de su delicada naturaleza, ha sido alcanzada también por este espíritu de aventura y velocidad. He conocido, a lo largo de mi existencia, tres generaciones de mujeres. La generación de mi abuela, la de mi madre y la de mis primas jóvenes. ¿Cuáles son, intentando una leve irrupción al campo de la psicología, sus principales características?

Los seres humanos, al revés de lo que pasa en el mundo zoológico, más que lo que realmente somos, somos lo que desearíamos ser. Cada uno de nosotros alimenta en la sentina de su alma vequeños fantasmas representativos de lo que *habríamos podido*

ser si este mundo traidor, etc. Estos pequeños fantasmas de la parte inferior del barco, la que queda más abajo de la línea de flotación real, se encargan a veces de fastidiarnos o, simplemente, de provocarnos nostalgia. Yo habría sido esto, decimos, si el papá en vez de jugar *Llallaguas* hubiera jugado *Barcos*. Yo habría sido esto otro, dice el de más allá, si en vez de sufrir paperas me hubiera atacado de catarro intestinal. Siempre tenemos, en potencia larvaria, pequeños frustrados ideales que no pudieron desarrollarse por los mil motivos pueriles de contradicción y vejamen que el mundo ofrece a diario.

En las mujeres, constreñidas por una presión moral mucho más grande que la barométrica normal que aguantan los varones, esta variedad fantasmal, que farfulla y pulula bajo la línea de flotación, es también mayor que en los hombres. Son muy pocas las mujeres que se sienten verdaderamente identificadas con el destino que desarrollan en la vida. Casi todas ellas, en grado menor o mayor, según sea su estilo de inteligencia y carácter, se sienten un poco frustradas. Escasean las mujeres que, en forma abierta y decidida, nos confiesen estar contentas consigo mismas.

Sus ideales, sus pequeñas larvas de la sentina, les devoran de nostalgia el corazón. Ay, dicen algunas, yo pude ser la Rita Hayworth, o ganarme el concurso de belleza de la Sociedad de Hortelanos Ciudadanos. En fin, algo siempre les corusca el alma y las hincha de deleitosa compasión de sí mismas.

Volvamos a mis tres generaciones femeninas. La generación de mi abuela, generación del decimono aún, se parecía, eso es indudable, por la ópera. Cada una de las niñas educadas de esa época encerraba una *Celeste Aída* en su corazón, y más de alguna habría dado el alma por seguir la huella de la Malibrán o de la Patti, astros enormes de un firmamento lleno de *fiattos* y *romanzas*.

La generación de mi madre, en cambio, se pirraba por la Pina Menicelli o la Francisca Bertini. Es la edad de oro de la película muda, que llegó a su más excelsa demostración insurgente con la aparición de la Garbo. Cada una de las señoritas pertenecientes a esa generación debió sentir el llamado del celuloide con fuerza inigualada.

La generación de mis primas jóvenes sabe más, indudablemente. Estas niñas, recién inauguradas en las artes de la seducción magnética, como diría alguien que conozco, no se pirran tanto ya por el cine. Son escépticas en cierto modo, al imperativo cósmico del celuloide. Y... en cierto modo parigual han descendido en sus aspiraciones de tipo romántico. Se contentan con imitar a las chicas del Folies.

Es increíble, por cierto, la gran cantidad de chicas del Folies que me encuentro a diario. Ingenuamente, al principio, me acercaba a ellas con la vaga esperanza de escuchar frases de un pícaro y galante francés que nunca he podido encontrar en mis lecturas galas. ¡Quia! Sólo escuché lo que he llamado, desde estas mismas columnas, el chileno básico.

Las nuevas chicas del Folies, que usted encuentra por todas partes, ingenuo lector, no pertenecen todas a la compañía francesa. Son primas nuestras, hijas de la tía Celia, por ejemplo; trabajan en cualquier oficina comercial y, por la tarde, cuando la ciudad comienza a refrescar, salen a hacer inocentemente el folies por las calles. Platinadas ahítas de perfume, encanto y solidaridad social, estas nuevas del Folies no cobran nada por el lucimiento de sus formas o por el hechizo nocturnal que despiden sus pupilas pecadoras. Pero no nos dejemos engañar; todas ellas son buenas niñas, trabajadoras como las que más, que cuando se casen darán robustos hijos a la patria.

Expresan, solamente, una ambición fallida, fallida para suerte nuestra y de todos los varones solteros que ambulamos por las calles.

LITERATURA PARA NIÑOS

Vice impium, vicio impune, lo llamaba Valery Larbaud. Consiste en quedarse varias horas sumergido en el ambiente de cristal de nuestra propia ensoñación, suspendido el ánimo sobre el mundo, conrito el semblante, volandero el pensamiento. De todas las ocupaciones del hombre, la más digna, la más encomiable, es la lectura. Por medio de ella surge la aventura, el claror del alba o el misterio de la noche, el simún encantado de la planicie africana, el espejismo de la imaginación. Desde niño, el hombre culto lee. Lee durante largas horas del día, distrayéndose de la vana pelea de los demás hombres. Desde niños hemos aprendido a separarnos de la gente, estableciendo una ancha bahía entre sus intereses inmediatos y nuestra desinteresada actitud de lectores. En posición de cúbito-dorsal o en la menos eficaz del "Penseroso" de Miguel Angel, nuestros ojos maravillados han corrido, por las líneas de miles de páginas, una especie de maratón espiritual de la más aérea categoría. Después las peripecias narradas por el capitán Mayne Reil, desde las empalagosas enseñanzas de Edmundo de Amicis, desde las escalofriantes escenas de la Radcliffe, siempre hemos dejado mecer, en esa disertada calistenia, a nuestro espíritu. El libro ha cautivado todos nuestros impulsos vitales; ha sido, por decirlo así, nuestro único almáxico de tentaciones.

Esto, por lo que respecta a nuestros ingenuos recuerdos personales. Porque ¿cómo olvidar las coloreadas estampas del "Tesoro

de la Juventud"? A nuestro padre se le ocurrió traer los veinte volúmenes de dicha obra maravillosa cuando aún no habíamos cumplido los seis años. Y después, muchos años más tarde, se quejaba: ¿por qué se le habrá ocurrido escribir a este muchacho? No me cabe la menor duda de que el único culpable del *vice impium* fue él mismo. Sin la lectura ansiosa —mi madre tocaba al piano una pieza de Chopin y la lluvia caía, incesante, afuera—, nunca habría tenido la veleidad de tomar el lápiz y trasuntar los endiablados acertijos que me enviaba mi yo de niño.

En la biblioteca del colegio se nos suministraban los hermosos tomos de la colección Araluce, lleno de luminosos grabados. ¿Os acordáis? Por intermedio de estos graciosos tomitos aprendí a tener vagas referencias de Shakespeare, de Wagner, de Moliere. Allí supe de los amores de la Reina Ginebra y de los votos místicos de los caballeros artúricos.

Mediante esas páginas supe quién era el Rey Lear y supe, asimismo, de su triste destino. ¿Creéis que algo así se puede olvidar cuando ese algo ha ingresado a nuestro espíritu antes de los siete años? Leer un cuento de hadas a esa edad es dar alimento prodigioso al espíritu para toda una vida. Yo creo que es el paseo nocturno de la Cenicienta lo que ilumina el rostro de ciertos ancianos vencidos por la vida.

Más tarde, en mi adolescencia ya, leímos a Dumas. Dumas fue nuestro verdadero profesor de historia. Según he sabido posteriormente, este macizo genio fue un gran falsificador de cronologías y hechos. Pero ¿qué importa eso? El amor que siempre he sentido por la galante Francia de los Valois no habría ganado una pizca si lo hubiera adquirido, morosamente, en la obra de Bussy-Rabutin, por ejemplo, o extraído directamente de los versos latinos de un Ronsard o en la traducción de Plutarco hecha por Amyot,

favorito de Carlos IX. Prefiero volver a Dumas y frecuentar, tomado de su mano, el pequeño Trianon en donde María Antonieta discreta con su cuñado Carlos, Conde de Artois. Prefiero volver con Dumas a visitar el palacio de "Des Eaux", para allí escuchar una inocente bufonada de Lafontaine. Su propietario, el Duque de Belle Isle, aún no pierde la validez de Luis Catorce, el Rey Sol. O si me vengo a frecuentar el ámbito español, me solazo aún de gusto, mezclado de terror, presenciando al Rey Rodrigo, el último del linaje visigótico, el día de su muerte en Guadelete, cuando las armas cristianas cedieron al empuje de los árabes numerosos. Esto me lo cuenta Navarro Villoslada en "Amaya o los Vascos del siglo Octavo", libro que leí cuando niño... ¿Y Macías, el enamorado doncel de don Enrique El Doliente, evocado por Larra, nuestro padre Larra; y Sancho Saldaña, evocado por Espronceda, padre nuestro también? Y... tantos otros.

Estas lecturas hacíamos los niños de hace treinta años, adosados a perpetuidad todavía a la verdadera tradición europea, inmune todavía, también, a la invasión bárbara de los films comerciales. ¿Qué leen, en cambio, los niños ahora?

Un padre, aterrorizado justamente, me explicaba hace algunos días sus legítimos temores. Los niños, ahora, me decía, no leen sino deplorables necesidades. Me invitó a un quiosco vecino y allí revisamos los títulos de las revistas dedicadas a la niñez, expuestas a la venta: "Aventuras de King, de la policía montada", "El Llanero Solitario", "Gene Autry", "El Super Ratón". ¿Cree usted, me decía este padre alarmado, que mi hijo pueda pensar correctamente alguna vez si lee estas cosas? ¡El Super Ratón! ¡Nada menos que la apología del animal más dañino, más inundo y más intolerable de la naturaleza! ¿No cree usted que esto es sencillamente un crimen de lesa niñez? En mis tiempos leíamos "El Flautista de

Hamelin", historia conmovedora en la que se cuenta de cómo un flautista maravilloso se llevó a todos los ratones de la aldea de Hamelin con sólo el sonido de su instrumento mágico; más tarde, en castigo a la ingratitud de los pobladores, con ese mismo sonido se llevó, entre las lágrimas de las madres y las airadas protestas de los padres, a todos los niños de la aldea. ¡El Super Ratón, compare usted!

En el mismo quiosco pudimos ver otros títulos, no menos curiosos y vejatorios de la verdadera salud mental de los niños. "Ponla entre los lirios", por ejemplo, de una pretendida colección estelar; "El jurado tenía sed"... ¿Qué puede aprender la juventud en estos libros? No digo nada de "La Ronda", revista que ni siquiera tiene el tino de poner "impropio para menores" en la tapa.

No. Así no se adelantará un ápice sobre las generaciones anteriores y se destruirán las verdaderas bases de la tradición castellana y europea. Con vaqueros a lo "Hopalong Cassidy" o "Steve Cayon", nuestros niños sólo aprenderán a manejar armas de fuego, a matar al prójimo o a concertar emboscadas.

No. Me quedo con los libros saludables de mi niñez lejana.

VILLANCICOS DE NAVIDAD

Caido se le ha un clavel.

Hoy a la Aurora del seno;

¡Qué glorioso que está el benco

Porqué cayó sobre él!

(Góngora).

El heno del pesebre en la lejana Belén. Resplandece la estrella sobre el cielo implacable de la noche semita. Los reyes magos han llegado a saludar al nuevo espíritu que nace, encarnado en el niño que hoy mece la Madre entre los brazos.

El nuevo Espíritu, que con el andar del tiempo impregnará de dulzura la estrictez de los códigos romanos y que dará batallas por los humildes, reclamando para ellos una nueva indulgencia y una lozana caridad, ese nuevo Espíritu ha nacido.

Desde entonces los pueblos occidentales, alimentados por su resplandor, han querido que esta fecha signifique tregua de concordia, cortesía y bondad. Aun aquellos que, quizá por escasa ciencia, nos mantenemos alejados de las prácticas regulares religiosas, sentimos que una dulce tentación nos induce al perdón para todos esos que, de una manera u otra, nos hicieron mal.

¡Paz a todos los hombres de buena voluntad!

La humanidad, desde aquel lejano esclarecimiento epifánico, ha hundido sus garras en tenebroso légamo, olvidando los preceptos de tolerancia, de verdadera libertad espiritual, que nos legara el aparecer del nuevo Espíritu. Olvidando sus enseñanzas, nos hemos dejado atenzar por la soberbia y el orgullo. Y hemos dejado a la vez que el demonio de la frivolidad —el demonio es siempre frívolo, ya se sabe— enturbie con sus gestos obscenos hasta las intenciones más puras.

Seamos "alegremente" serios este día. El espíritu religioso, aun entendido en la acepción más distante de los ritos oficiales, es la sana expresión del respeto que nos merecen la vida y su templo, la personalidad humana.

Los campesinos chilenos, descendientes de la heroica hibridez de dos razas incontenibles, saben expresar este espíritu, sin que malicia alguna dañe la albura de su ingenuidad. El contacto con

la inmediatez de la tierra arroja sobre sus almas los rayos de un transparente entendimiento. Estas cosas de Pascua no se pueden captar sino por el corazón.

*Señora doña María
Yo vengo de Quilicura
Y de pasá le agarré
Una sandilla maúra.*

Así expresan ellos el temblor epifánico. No elevan árboles de Pascua, ni falta que les hace, para seguir la escondida senda de su propia consecuencia hispánica. Humildes retabios adornan sus iglesias y casas. Esto de los pinos de Navidad pertenece a otra forma de sentir, de vivir; pertenece a la respetable también, por lo antigua y poética forma cultural de los pueblos nórdicos y sajones. De nosotros, herederos directos de España, son los Reyes Magos, misteriosos mensajeros de la ciencia del lejano Oriente. De sus manos recibimos, pues, los preciosos aguinaldos de la niñez.

*Ay qué chiquitito
Qué lindo que está
Recostado en paja
Junto a su mamá...*

¿Se puede pedir una mayor emoción en versos de tanta sencillez y de tan elemental prosodia? Adivinamos tras los versos el rasgueo de nuestro principal instrumento folklórico, animado por las manos sabias de las niñas Aguilera del Ñuble tradicional, tierra de Violeta Parra, la mejor "cantora a lo divino" que yo conozco.

Ella misma me ha suministrado los villancicos que ahora reproduzco; versos como éstos, por ejemplo:

Señora doña María

Yo vengo de Casablanca

Y a su niñito le traigo

Una bonita potranca.

Son auténticas expresiones del alma popular campesina, recogidas por nuestra folklorista en el fundo "Sagrada Familia" de San Fernando a la costa, en la provincia de Colchagua, la más chilena y, tal vez por eso mismo, la más hispánica de nuestras provincias.

Señora doña María

Hasta mañana otra vez

Que pase muy buenas noches

En compañía de on José

Para terminar recordemos a Josef de Valdivieso, maestro de la ternura y príncipe de nuestro Parnaso clásico:

Panadera de Belén

Que vendéis el Pan de flor

Que como está a vuestro pecho

De leche lo llamo yo.

Esta es nuestra Navidad, la Navidad sencilla de los humildes, de los que están dispuestos a la cortesía y la tolerancia.

¡Paz y salud, yo pido, humildemente, para todos ellos!

Contaba Vicente Huidobro una anécdota que él acostumbraba a disponer como decorado de sus convicciones particulares sobre el tema que este domingo me preocupa. Es la siguiente: En cierto lugar de Bretaña, en donde nuestro poeta pasaba los ardientes veranos europeos, un día se declaró un incendio. En seguida se agolpó la muchedumbre ante el inusitado espectáculo que ofrecían las llamas devorantes. Ruinosa, la habitación ardía como un leño seco. Un bombero apareció entre la gente reunida; un bombero impecable y bizarro en su uniforme perfecto y bordado de refulgentes condecoraciones. Ya se sabe lo que es un bombero en Europa, un individuo que ha dado origen al término "pompier" con que se reconocen ciertos artículos de arte de dudoso origen espiritual.

Pues bien, este bombero avanzó ante la expectación del público de marras, y, en gesto heroico, rompió la barrera lancinante de las llamas. Un ¡ah! de admiración sobrecogió a los numerosos espectadores; un ¡ah! de admiración que a poco se cambió en risas y carcajadas. El bombero había reaparecido, ante la vista de sus admiradores, cubierto de extraña materia... por todas partes. ¿Qué había ocurrido? En su heroica precipitación había dado con su humanidad refulgente en los tenebrosos ámbitos de una letrina.

—Esa es la historia de las generaciones —nos agregaba a manera de comentario el autor de "Altazor"—; entramos a la lid cubiertos de oro y galas naturales y, sin darnos cuenta, salimos de ella cubiertos como el bombero, de... materia deleznable.

No hay para qué decir que Vicente mencionaba, en esta última parte, la palabra que hizo célebre al General Cambronne.

Gran verdad es ésta. Al comenzar la lucha literaria, pongo por caso, cada generación se siente obligada a cambiar el mundo.

Una insuflación de fresca espiritual les anima el corazón a cada uno de sus miembros y levanta en ellos grandes olas de esperanza.

¡Oh! pureté, ¡oh! pureté, decía Rimbaud.

No han transcurrido muchos años, hasta el momento, de la aparición de la revista "Mandrágora", órgano de poesía en que puse todo el acento lírico de mis veinte años. Estos últimos días del año, días que invitan al recuerdo y al balance mental, único balance que mis medradas fuerzas me permiten, he tenido en mis manos un número de esa revista.

¡Cuántas ilusiones desaparecidas! ¡Cuánto esfuerzo disgregado y cuánta energía polinizada al desgaire! Cuando recuerdo esos hechos, hechos que tienen para mí una especie de perfume particular, no puedo vencer el deseo diabólico de recuperar la época perdida, como el héroe de Alain Fournier. Pero ¿cómo? La vida nos ha ido enseñando diversos manejos, diversas tácticas ajenas, otras maneras de disociar la vida y de integrarla; la vida nos ha ido desfigurando el rostro, en tal forma que es difícil ya reconocerse frente al espejo que nos levanta la mano fatídica de los veinte años. Somos viejos fantasmas de lo que pudimos ser.

Ante nosotros están los fantasmas. Estos jóvenes de veinte años, jóvenes que a Baudelaire mismo exasperaban, hablan un lenguaje distinto al que hablábamos nosotros a esa edad. Es la lucha de las generaciones. Nacidos nosotros en el albor del comunismo y desarrollados bajo el influyente proceso del fascismo, éramos jóvenes dispuestos a vender caras nuestras vidas. Nos creíamos pertenecientes a una época en que el derrumbe general serviría de tumba al mundo clásico y tradicional. Hasta el idioma nos parecía fastidiosa traba; habríamos querido escribir por medio de exaltados ayes o de transfigurados bufidos de odio o regocijo.

¿Le pasa otro tanto a la generación de los jóvenes que este

año cumplieron veinte años? ¿Piensan que el mundo va a disolverse al mero contacto de sus ideas flamígeras? Todos, en cierto modo, nos sentimos desempeñando el papel del ángel policial, cuando tenemos veinte años. Expulsamos a nuestros padres del paraíso que no supieron aprovechar, por ignorancia, malicia o desvarío.

En el caso literario, esta conminación se ejerce sobre los escritores que nos precedieron inmediatamente en el tiempo. Contra ellos se azuza la irrespetuosa jauría de los veinte años. Ellos no supieron ver el mundo; ellos no lo supieron denominar, ni cantar. ¿Qué hicieron estos desgraciados escritores de la generación anterior? ¿Qué hicieron, señor, nuestros padres?

Ese es el clamor que nos desataba la lengua en imprecaciones, en "Mandrágora".

Pero ahora tengo cuarenta años. Tengo ante mi vista a una legión de escritores noveles. ¿Qué soy para ellos? ¿Aquilatarán el esfuerzo ideal que me ha guiado durante un largo transcurso a despreciar el mundo aparential y a refugiarme en el puro nómeno de la verdad trascendente? ¿He sabido rayar con mi huella humana un trozo permanente de la realidad?

Un día alguien me dijo lo siguiente, algo que me conmovió en indecible evaporación de inútiles lágrimas. ¿Qué ha hecho este señor Cid que apenas nos mira? Razonable pregunta, después de todo, florecida en labios de un muchacho que siente, con imperativo hormonal y juvenil, la necesidad de cambiar la vida. El señor Cid, en realidad, no la cambió; debe, por lo tanto, adoptar la actitud modesta de los "cadáveres inminentes". Razonables palabras, divorciadas de la razón, pero llenas del sentido pascaliano que todos ustedes conocen. Los veinte años si no son despiadados no sirven de acicate. Escritores de mi generación, cuidémonos de ciertas miradas. Los muchachos nos miran y vigilan. Una dulce igno-

rancia tapia su visión y esa dulce ignorancia es un poder que, ya, nosotros no tenemos. Por desgracia, nada nos tapia la mirada y sabemos muy bien lo que nos espera. No hay como ignorar la dimensión del salto para saltar verdaderamente.

Recuerdo, a la vez, mi irrespetuosa actitud frente a mi propio padre. Me llenaba el alma una calurosa pedantería juvenil que me impedía, desde luego, calcular la dimensión de su fingida indiferencia ante mis ardores intelectuales.

A mis amigos, padres ya de algunos hijos, les está sucediendo lo mismo. Inconscientemente, por eso, me he sumado a los padres y "ya no tengo actitud de hijo en la riña de las generaciones". Creo en la estructuración tradicional, hasta el mismo romanticismo me parece una aventura indecente del espíritu. El muchacho de veinte ha muerto en mi escéptico corazón de cuarenta.

Todas estas ocurrencias, que tienen a la literatura por escenario particular en mi caso, me han servido para explicarme muchos errores y muchas distorsiones del pensamiento literario. Así se explica uno que la insolencia sea frecuente, incluso en labios que fueron formados para dispensar elogios y no desatinos. ¿Son así los muchachos siempre; son los bomberos magníficos que entran a apagar el incendio!

¿BROMAS DE INOCENTES?

Ellos son los descendientes de Petion y de Barnave. Giron-dinos somos, dicen, porque aunamos el moderado parlamentarismo a un candente federalismo. Hace veinte años, en clamorosa reunión provinciana, se declararon partidarios de la lucha de clases. Pero todo ese encanto político, que les ilumina el rostro cuan-

do están en la oposición, se les mengua y se les acaba en pisando los umbrales de Palacio. En un artículo anterior me referí a la desintegración, a la disolución, que las ideas sufren con el andar de los siglos. Con estos preclaros y antiguos alumnos del Pope Julio y Belén de Sárraga, está sucediendo lo mismo.

Hermes Trimegisto, con toda su sabiduría hierática y eterna, no habría dado en bola para presentír siquiera lo que le pasará a un homónimo suyo este mediodía. Congregará junto a su persona, bajo la mirada tutelar de algunos próceres republicanos, un poco más republicanos que todos ellos, sin duda alguna, a unos cuantos retoños extraviados del árbol radical. ¿Estarán reunidos bajo los retratos de Julián Besteiro, de Alcalá Zamora, de Ortega y Gasset, de Manuel Azaña? Me imagino que esa mirada tutelar, a que me refería más arriba, no será sino un guiño malicioso... Estos hijos de Marat, estos defensores del Parlamento, comerán hoy día en el Círculo, en el Círculo en donde fue proclamado, con justo asombro de la ciudadanía, el candidato del "Continuismo".

Gente menguada, diría Larra, que sólo sabe confundir los términos y que sigue las aguas regias por donde corre, veloz, el dios Mercurio, fementido y fanfarrón. Mientras éste gira las duales serpientes de su malicia en torno al clásico caduceo, emblema del comercio, los descendientes de Barnave y de Petion corren, como en acabo de mundo, tras el condumio, vulgo "causeo", para hacerlo precisamente donde ellos no tienen por qué hacerlo. ¿Por qué?

Bromas de ellos. Bromas de 28 de diciembre. De un lado lanzar ayes por las pretendidas heridas de la libertad y, del otro, entonar las fuerzas, para seguir gritando la libertad, en casa de quienes, de buenas ganas, les harían morder el polvo.

Es motivo de extrañeza para el autor de estas líneas un tan

extraño comportamiento. Ellos poseen opíparos clubes donde ejercer su comensalía de cocotrices. ¿Por qué, entonces, doblar la hoja de la convicción y garrapatear en el reverso?

Entiendo muy poco de negocios políticos; pero me parece que la política, por mucho que esté expuesta al lodo de los caminos, no justifica bromas de esta especie. ¿Creerán estos descendientes de los Matta, que es posible aún el juego doble? A Chile terminará por fastidiarle esta clase de bromitas del 28 de diciembre, desprovistas de gracia y que sólo indican carencia absoluta de verdadera orientación ideológica.

No es extraño, por eso, que junto con leer al "Pobrecito Hablador", muerto hace más de veinte años, se nos vengan lágrimas a los ojos. La turbia realidad española de ese tiempo en que Larra escribía sus artículos, se nos viene encima, gualdrapada como una hacanea fantástica. Larra nos habla de la misma situación o estado de confuso discernimiento. "A la gente le da lo mismo", pareciera decirnos Larra, cuando desliza los amargos renglones de su verba zahorí. "Le da lo mismo a la gente", diría El Pobrecito Hablador, ir acá o ir acullá, con tal que el condumio esté fresco. "Yantares, yantares de la patria mía". En el expresado estado de confusión no será difícil que las cosas resulten al revés de lo que una opinión ligeramente avisada podría estimar, que estos opositores, ganosos de ensueños libertarios, se olvidaran de la libertad, en escuchando eso de... "Yantares, yantares de la patria mía".

Porque en este país, que yo amo por sobre sus defectos, aún palpándolos y sopesándolos, como su buen hijo que soy, es país hartito curioso y lleno de gente maliciosa y equívoca. Estos, por ejemplo, estos de mi inocente comentario de 28 de diciembre. ¿No lo son acaso?

Aun a riesgo de repetirme, insistiré. En Chile, acaso porque

somos pocos, siempre desempeñamos papeles más o menos dobles. Los aristócratas, cuando nuestro apellido adorna una etiqueta de vino, somos también comerciantes; los hombres de Izquierda nos olvidamos de la política zurda y comemos a dos carrillos en casa de nuestros probados detractores, y si tenemos los pies alados y el caduceo en la mano, símbolo de la gran "causa" (a la peruana, se entiende) nacional, nos convertimos en los defensores de la libertad de prensa...

No hay que negarlo. Somos un país privilegiado, en el que, como sucede en ciertas audiciones de radio, cada actor emite dos o tres voces diferentes... de acuerdo con las necesidades del momento. Esto, si bien nos convierte en singulares personajes, no llama ya la atención a ninguno de los extranjeros que nos visitan. ¡Extraña condición la nuestra!

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

Esta expresión, puesta en labios de un americano, resulta casi un pleonasma. Vivimos inmersos en el sentimiento del futuro, sin que nos acicale la idea del pasado profundo. A nosotros, americanos, nos acicala solamente el sentimiento difuso, en cierto modo nostálgico —aunque esto parezca irreverencia hacia el idioma— del porvenir, que nos depara un sentido precario del presente. De todas las razas que pueblan la tierra, los americanos somos los que más carecemos del sentido del presente, del goce griego, hasta cierto punto eutrapélico, del instante fugaz.

Año nuevo, vida nueva. Siempre estamos dispuestos a vivir esta frase, a poblarla de energías, buenos propósitos, extrañas alucinaciones. El porvenir se nos muestra cargado de promesas, acaso

mentaces; pero posee un precioso sortilegio: es nuevo. No es de extrañar, por eso, que sea el arte llamado de vanguardia, inspirado en la receta moral de un Baudelaire o de un Apollinaire, el arte que más halagüeño resulta para el americano típico. No es un vano afrancesamiento. En último término, por vano que fuera este afrancesamiento, siempre estaría fundado en razones profundas y arraigaría, por lo tanto, en zonas vivenciales. El amor baudeleraiano, por lo nuevo, y la santificación de *l'esprit nouveau*, realizada por Apollinaire, nos compromete a los artistas americanos, porque toca la raíz ésa, comentada más arriba.

Pero yo, en esta crónica, no quiero hablar del porvenir. De temperamento estoico, vagamente inclinado al pesimismo, el porvenir me resulta tierra ardua de labrar. Me quedo con el pasado. Y en estos días, de alegría general y desembozada, me he quedado pensando en mis muertos. No creo, por otra parte, distinguirme al exhumar estos cuerpos que alimentan el vigor de la tierra y, de consuno, el valor de nuestro pensamiento. Me he quedado, melancólicamente, pensando en mis muertos. Pensé que ellos, en estos días de Año Nuevo, nos vigilan desde el fondo de sus raíces esenciales, y que nos acompañan, en consecuencia, a crecer hacia el futuro. Abono de sangre, los cuerpos de nuestros muertos, tendidos cual batallas bajo túmulos de yerba, crisan en nuestras almas su sed solar. Respiran a través de nuestra conciencia y miran al sol por medio de nuestras pupilas.

Estas consideraciones, en cierto modo barresianas, no habrían entrado a mi espíritu para ir, de rechazo, a golpear en vosotros, lectores míos, de no mediar una triste circunstancia. En un día como éste, hace ya siete años, moría uno de mis amigos más diletos, el más grande de los poetas chilenos: Vicente Huidobro. Ante el mar Pacífico, en su finca de Cartagena, el poeta se iba de

nuestro lado, dejando huérfana a la poesía castellana de su gallarda impugnación tutelar. Porque pugnátil sí que lo era, en un grado que me atrevería a calificar de extraordinario.

Aunque educado en Europa y aunque significativamente europeo, por lo tanto, en la formación cultural, Vicente Huidobro era un chileno típico, y compartía, insólitamente, el sentimiento *futurista* americano. A él le parecían buenos todos los cambios, todo lo que fuera innovación, novedad, trastrueque. Le incomodaba el sentido tradicional y le parecía asqueante toda prolongación supérstite del pasado. Era hombre del mañana. Su novela "La Próxima", aunque poco característica de su inmensa potencia intelectual, sí que lo es desde el punto de vista vivencial. El poeta Dorriante, protagonista del relato aludido, es hombre que presiente el porvenir y que desea adelantársele, previendo, precaviendo. En ese aspecto, el libro corresponde a lo que Vicente Huidobro impetraba para los poetas: el don de la adivinación. "Antipoeta y mago": eso es lo que hubiera querido ser mi amigo, estimulando la aparición del oculto Cagliostro que llevaba tenso en su interior.

Colaboraba en la formación de éste, su carácter, el hecho de haber pertenecido a la generación que apareció en las letras inmediatamente después de la primera guerra mundial. Generación que aprendió a confiar en el porvenir, a pesar del horror intenso en que vivió sumergida durante cuatro años de trinchera, barro y sangre. Esta generación vio saltar al hombre hacia el espacio, emitir el sonido a través de la onda hertziana, y bajó a las profundidades del ser tomada de la mano del gran Virgilio del siglo, Sigmund Freud. Es una generación que creció junto con la electricidad, con el automóvil y con el cinematógrafo. ¿Cómo no confiar, pues, en el porvenir?

Aunque la palabra haya sufrido descrédito por su peyorativo

empleo político, me atreveré a decirlo: Vicente Huidobro era un hombre progresista. Jamás traicionó el destino prometeico de la humanidad con excusas más o menos desesperadas, de tipo "existencial". Su línea era la línea del optimismo que causa el espectáculo siempre renovado del mundo.

La renovación, en América, es una categoría de su ser. De otra manera no se podría entender su complicada sociabilidad, su inestable estructura ambiental. Estamos asistiendo, los chilenos, a un fenómeno sumamente extraño; la transformación radical de nuestra capital, por ejemplo. La industrialización iniciada hace algunos lustros, está dando ya sus frutos. Las formas de vida cambian súbitamente, a la par que los edificios y que la configuración de las calles.

En el terreno íntimo, el mismo sentido moral se ha modificado, dando lugar a formas nuevas de criterio y vehementes cambios en la conducta direccional del individuo. Son fenómenos audibles y visibles que, por lo corriente, sería obvio enumerar.

Vicente Huidobro, al mirar por medio de nuestras pupilas (incidiendo nuevamente en la teoría de Barrés), se frota las manos. Yo sé que es su remanente espiritual lo que ha quedado de semilla en mi recuerdo, y que su palabra espolvoreó en mí; yo sé que es eso lo que hoy me alegra, a pesar de todo. Sentimiento mixto, de carácter epiceno, que me niego a elucidar. Tristeza y alegría, sentimiento propio de estos días en que se comienza un nuevo año. ¿Qué nos traerá? ¿Qué sembrará "el sembrador divino"?

Prefiero levantar la pluma y mirar hacia el pasado. Silencio.

RITUAL DE LA CALLE AHUMADA

Como el grafito es el alma del lápiz, así la ciudad tiene su calle principal, con la que va escribiendo, taimada y seguramente, las páginas de su historia. Esta calle, en Santiago, es la calle Ahumada, nombre de resonancia prócer que nos trae un recuerdo de la iluminada Doctora de Avila, que también apellidaba Ahumada. Pero nuestra calle no tiene nada de santa. Por ella se derrama al contrario, toda la pecaminosidad contemporánea que nuestra pequeña urbe, tan alejada como se halla de los centros mundiales del pecado, ha podido, sin embargo, contraer. Por sus aceras fluye, al compás de una inextinguible melodía ciudadana, el tema del trabajo, del amor, del placer.

Es preciso, no obstante, que sepamos amarla para verla. No la ve el provinciano que se detiene a medir el crecimiento de sus edificios; ni la ve, tampoco, el santiaguino apresurado, siguiendo el rumbo loco de sus secretas ambiciones. La ve, en cambio, el poeta, el mendigo, el "faineant". Yo, que he sido durante largo espacio de mi vida un recalcitrante azotador de sus aceras, me glorío de amarla —o de odiarla, que casi es lo mismo—, y por ese motivo me lisonjeo de conocerla. He podido advertir, por ejemplo, las múltiples mutaciones que soporta en el decurso de un solo día.

Cuando el sol, desde el oriente cordillerano, comienza apenas a reverberar en los cristales de la acera poniente, la calle Ahumada se puebla de gente hacendosa: carromatos de la basura, carros cerveceros, proveedores de los restaurantes vecinos. Perdidos entre aquella grey madrugadora aparecen los primeros empleados y las primeras figuras femeninas de la mañana. Estas últimas son las camareras de las fuentes —¿por qué se llamarán así?— de soda. Es una hora en que la calle comienza a abrir las mandíbulas, harta

ya de sueño, y en que principia a vocalizar sus más tempranos aullidos. Como bulliciosa, nuestra calle debe tener pocas émulas en el mundo.

Sólo a eso de las diez se viste de elegante. Entonces podemos ver la policromía de los trajes femeninos, cortados con gracia y sobre gracias dispuestos, destellando en una inútil travesía de acera a acera, de cuadra a cuadra, dentro del breve perímetro que le asignó don Pedro, el fundador. Los cafés de la segunda cuadra se llenan de gárrulos comerciantes, árabes en su gran mayoría, y el sol la comienza a herir a mansalva con sus rayos devastadores. Esto dura hasta la una.

Desde la una hasta las tres, la muerte, el silencio, la piedra alumbrada por la estiva procacidad del sol. ¡Oh, sol burgués —diría Mañakoski—, baja y hábanos...! A esa misma hora, he visto correr de un lado a otro, las orejas gachas, a un quiltro chileno. ¿Por qué serán tan conmovedores los quiltros chilenos que de pronto se escurren por la calle Ahumada? Pocos minutos antes han pasado, triunfales y ebrios de egoísmo, sus hermanos foráneos, daneses o pekineses, a remolque de una dama perfumada. Estos quiltros de la hora ausente, de la hora cero de la calle, continúan, no obstante, deslumbrados, olfativamente deslumbrados, por el paso triunfal del "cocker-spaniel" que pasó una hora antes.

El lapso que separa las tres de la siete de la tarde es un lapso irregular, que puede provocar, por lo mismo, sorpresas. Por lo general, las citas de "La Ville de Nice" o de "Los Gobelinos" comienzan a las cinco. *Cinq à sept*, dicen los franceses. Pero a las siete, cuando el sol en verano comienza a coronar los tejados de la acera oriente, pero a las siete... A esa hora comienza la feria humana. Como extraídos de un grabado de Hoggart, de Goya, diré, para ser más propio, los más extraños rostros surgen en la vi-

tal y voluble corriente. Niñas casaderas, de esas que mamá zaran-
dea todas las tardes; niñas del partido, de ésas que agasajaron a
nuestro buen Quijote; "vamps" de última hora, tocadas de "folies"
o de "Lili" —*chacun a son gout*— pululan . . ., y pululando dan
espuma a esta cerveza de la tarde irisada de salud y olor a *flirt*.
Una vaga inquietud sexual se apodera de los hombres, que les abren
naso como en los matrimonios.

—¡Qué niña tan bonita! Pero va con un desgraciado . . .

No sé por qué razón; pero toda niña bonita va acompañada
siempre de un ser inferior, mitad hombre, mitad gusano.

A las nueve o nueve y media, esa circulación de magnetismo
erótico se detiene. La calle Ahumada se va poniendo provecta; le
va madurando el seso, como se dice. Sólo a eso de las doce, quan-
do los cines expelen centenares de adoradores del celuloide, recu-
pera alguna prestancia; pero ya se ha hecho tarde, y es mejor no
contemplar el mutismo helado de la soledad nocturna. Ahumada
no sonochea.

Las dos aceras de la calle, con pertenecer al mismo centro de
atracción doméstica dentro de la ciudad, no son amigas. Por lo
contrario, se reputan de rivales. Los mismos transeúntes, aún sin
darse cuenta, agudizan aquella discrepancia, marcando su preferen-
cia ya sea por la acera oriente o por la poniente. Estoy seguro de
que esa es la causa de que se me hayan escapado de la vista mu-
chos amigos y amigas, a quienes me gustaría estrechar las manos.
Andan por la otra acera. No pertenecen a mi lado.

Les narraré, para ser claro, cuál es mi manera de salvar el
espacio Alameda-Plaza de Armas. Desde luego, este trayecto lo
efectúo siempre por Ahumada. Hacerlo por una de las calles late-
rales me parecería absurda peripecia, casi tan grande como de La
Perousse o el Duque de Abruzos. Recorro las dos primeras cua-

dras por la acera poniente, y en Agustinas atravieso hacia la acera del levante. En mi continuo recorrido, he notado que otros muchos hacen lo mismo que yo. ¿Por qué? Estoy cierto, además, de que no son pocos los que proceden a la inversa. ¿Qué novia me habrá esperado en la otra acera y no me vio? ¿Por qué me he cerrado las puertas del destino? Este es un misterio que prefiero dejarlo en estado de misterio, cosa de que así pueda servir de abono a la metafísica —*metaphisique du lieu*— de la calle Ahumada. La metafísica del lugar, hallazgo de los surrealistas, está en formación en esta calle. Tal vez he sido uno de los primeros en sentirla.

SAN SEBASTIAN DE YUMBEL

Era un soldado romano. Vestido con esos arreos imperialistas lo hemos visto en viejas estampas. En casa de mi abuela había una de esas viejas estampas iluminadas. Un San Sebastián, glorioso de martirio y santidad, recibía con el estoicismo latino de su raza los homicidas flechazos. Cuando estaba ligeramente resfriado y debía guardar cama, dejaba que mi fantasía irradiase la áurea leyenda de ese santo mediterráneo que pudo beber en el banquete de Trimalción, por decirlo así, y no quiso. Prefirió el martirio, como su émulo Pedro, la piedra universal de la iglesia latinizada ya.

Aquí en Yumbel no es adulto. Obra de un escultor ebene, la figura gordinflona y prieta de un niño sobresale tras los barrotes del atrio. Porque abarrotado sí que lo está. Dicen que hace algunos años pijes diablos, pijes radicales de Concepción, la emprendieron con la pequeña figura del santo y se la robaron del templo. La escondieron, cuenta la leyenda, en un sitio lejano. Pero

el viento, que en aquellas tierras corre desalado, levantó la arena de las dunas —toda la tierra yumbelina es de formación muy nueva—, y dejó al descubierto al santo. ¿Fue ésa su primera carrera de milagros?

Porque Yumbel es nuestra tierra sagrada, como la de Masabielle en Francia. Aquí vienen peregrinos de todos los puntos de Chile. Inefables peregrinos, vestidos de mamarracho algunos. San Sebastián es un santo que impone una moda terrible a sus cultores. Traje amarillo con despuntes de color rojo en las bocamangas y en el cuello. Yo he visto a los sencillos aldeanos chilenos con estas prendas que moverían a risa si no reflejaran la fe rigurosa que visten.

Envuelto todo el año en suprema apatía lugareña, Yumbel renace cada veinte de enero. Ayer ha revivido otra vez. Para este pueblo, el santo es un privilegio acordado por la corte celestial, después de divino cónclave. De trasluz pagano, el campesino gusta de acompañar su veleidad religiosa con harto vino y hasta vihuela. La ramada criolla surge como por encanto y la cueca se derrama por todas partes. Hay un pañuelo con olor a pachulí junto al santo. Pero el santo es comprensivo y los sacerdotes también. ¿Qué tiene de particular que la gente se alegre? Han venido, con el gaznate reseco, desde las profundidades del país a vaciar las escarcelas sobre la infatigable alcancía lilibal. Los billetes los reciben jóvenes seminaristas apostados detrás de ventanillas especiales, como en los bancos. La iglesia se moderniza. Por otra parte, las confesiones han comenzado al amanecer y duran todo el día, hasta avanzadas horas de la noche. Bien confesada el alma y sediento el cuerpo, ¿por qué no ponerle sobre los bienes?

Pero no todo es alegría trivial. También existe el gozo tremebundo. El turbio placer, por ejemplo, con que esta madre do-

liente ha venido de hinojos, cubriendo la espaciosa legua que separa al pueblo y la iglesia, de la estación. Sus rodillas han sangrado en la dolorosa peregrinación; pero, ¿qué importa eso si el hijo está sano? Por lo demás las madres están cumpliendo "mandas" en la vida.

Yo amo el Yumbel de estos días curiosos, henchido de colores fuertes, de color rojo. La pulpa de las sandías y de las brevas, como en un cuadro de Cézanne, y esas flores... que el mismo Juan Francisco González envidiaría. Yumbel retoña alborozado en niñas lindas, en mosto orondo, en acicate salaz. Un ingenuo paganismo pone su pátina de alcohol, de alegría inverecunda, sobre días amenos del sur de la patria.

PERSEVERANCIA DE LA ALAMEDA

Con su alfanje de duro cemento, la Alameda corta en dos el centro de la ciudad. Atravesar su desnuda planicie, por donde corren desaladamente toda clase de vehículos motorizados, es una empresa que supone refinada calidad nerviosa. Me resulta inquietante, lo confieso, llenar con mis pasos peregrinos este ancho espacio, casi tanto como, de niño, cuando tenía que andar en la oscuridad. Se me encienden las reas de la imaginación y una ansia vital incontrolable me frena los pies, justo al emprender su azaroso periplo. Yo sé que a muchos de mis lectores, gente quieta y esperanzada en algo, les sucede lo mismo. Frente a la Universidad Católica, ceñidos los pasos a simples demarcaciones pintadas en el arroyo, esta empresa declama un temple parecido al de los Pinzones, ya que no el de Colón, cuya gloria dejaremos aparte. Siempre he pensado que, por lo menos, en la altura o latitud de las dos

Universidades debieran existir pasos subterráneos para comodidad de los inocentes peatones. El proyecto podría financiarse, acaso, vendiendo locales interiores reservados a tiendas, pequeños despachos de refrescos, etc. De otra manera, existirá siempre un serio recelo hacia todo lo que queda más allá de la Alameda.

Sin ir más lejos, el Teatro de la SATCH, cuyo principal público pertenece al lado norte de la peligrosa arteria, ha debido renunciar al proyecto que le fijara la Sociedad de Autores Teatrales. No tenía público. Es cierto, se me objetará; pero en cambio, Lucho Córdoba desborda. ¿A qué se debe eso? Sin pretender una discriminación estimativa, podría responder que el público de Lucho Córdoba pertenece al lado sur de la Alameda y que ese público, por otra parte, está dispuesto a seguirlo a donde el cómico de referencia lo desee. Es un público tenaz, tan lleno de fe como el público del estadio, por ejemplo.

Al foso de la Alameda va a caer todo: desfile patriótico, manifestación política, procesión con vela o sin vela; en una palabra, todo. Podría ser un Hyde Park, si ofreciese mínimas comodidades. Pero no las ofrece. Ofrece, en cambio, duros, gélidos pozos de cemento, de donde el transeúnte fatigado e ingenuo que se sentó en anhelo de reposo, se para estupefacto y dolidas las carnes de la grupa. La Alameda, entre otras carencias, no tiene álamos. Sus álamos, que diz eran maravillosos, fueron talados por mano municipal hace ya unos buenos años. La Alameda, en casi la mitad de su longitud, no tiene árboles. Una hermosa palmera que acusaba centenidad en sus anillos gloriosos, fue arrancada de raíz. En cambio, ahí queda San Francisco, fábrica sin ningún relieve, cuya torre es un oprobio de la musa de la arquitectura. De la torre, lo único que me interesa es el reloj. Aunque siempre di-

vorciado del tiempo astronómico, es el único reloj, de tantos como he tenido, que conservo.

Frente a la Estación Central, la Alameda es deprimente. Cuando me sentía personaje dostoiéskiano y quería llorar *el mal vivir*, me iba a eso de las seis de la tarde, en pleno verano, hacia la Estación Central. El espectáculo de la Alameda, con los árboles exangües y moribundos de aquel sector, me llenaba los ojos de lágrimas y me hacía, como a Rascolnicov, imaginar los crímenes más horrendos. Es cierto que tenía veinte años y que, por maduro ogaño, evito ponerme en trance análogo de náusea. No voy, de ninguna manera, a las seis de la tarde, a la Estación Central, y, en caso doloroso de tener que hacerlo, no miraría hacia la Alameda y su yermo.

Sin embargo, la Alameda, conservando fresco cierto halo de primitividad, en el Barrio Pila, se embellece. Sus pequeños árboles cabrillean gozosos y en el arriate principal de la avenida juegan niños con júbilo casi rural.

Desde Bascuñán Guerrero, una vez pasado el horroroso Portal Edwards, la Alameda es tibia y prodigiosa. Cumple su antigua función de parque. Niños, nodrizas y carabineros. Trilogía sentimental que suena novelesca en el alma.

Frente a Palacio, la Alameda pierde toda gracia. Se torna hosca, malévola y peligrosa. Desde ese punto hasta los cascos mismos del caballo del General Baquedano, su vadeo se hace pesado aun para los mejores vadeadores.

¿Qué gente anda por la Alameda? De toda condición e índole. Trajineros que vienen de la adyacencia inmediata, trajineros de regiones distantes. Todos recaban aquí cuando se trata de tomar el autobús o el trole. Yo, que tanto la vilipendio, no hay día que no la marque con mis suelas. Desdeñosa confesión que hago

sonriente, a pesar de lo mucho que me cuesta. Metafísicamente, no soy de la Alameda. Prefiero la calle Independencia, antañona cañadilla que vio pasar la carroza del señor Gobernador cuando aún formábamos parte de la gran familia. Me cuesta repugnancia y vehemencia, a la vez conjugadas, superar para ir a ver, como se dice, lo que pasa en la Alameda. Porque yo soy de los que se dicen: esa calle Mac-Iver, ¿qué pasará allí? Y voy a ver. Claro está, no pasa nada, pero me quedo conforme; ahíta, por decirlo así, la alcancía diaria de esperanza y frustración.

Con la Alameda no me sucede igual. Debo cumplir algo en la Alameda, para ir a la Alameda. Pero ¿qué pasa? ¿Siempre debo ir a la Alameda? Porque siempre voy, siempre voy a ver sus edificios, que me están dando cólera de tanto verlos ahí, y siempre me quedo en suspenso, como un ave flamenco, con el pie en alro, cuando intento atravesarla.

PROPAGANDA DEL SUEÑO

Ante el abuso descomedido de la propaganda comercial, cuyos desbordes amenazan con inundar la verdadera libertad del hombre, algunos amigos me han pedido que saque fuerzas de flaqueza y trate de pergeñar un higiénico sustitutivo. Vacilante el pensamiento, durante largas y febriles noches de insomnio he puesto mi cabeza al servicio de la posible solución de este problema. El hombre moderno limita al norte, al sur, al oeste y al este con la propaganda. Un poeta amigo mío vive de la propaganda. Supongo que vive bien. A mí la literatura no me ha dado más que disgustos. En cambio, al parecer, cuando un hombre se dedica a escribir insulseces propagandísticas gana dinero a montones. ¿Qué

asco! Cualquier frase que a usted se le ocurra, lector, con tal que sea lo suficientemente necia como para producir un descenso hacia las multitudes, le producirá bastante dinero que le permitirá comprar un Cadillac o beber ese jarabe de peineta que es la Coca-Cola. Después de eso, la secuela de adulterio, de Folies Bergere, que produce la plata cuando una tradición de siglos, de aljamía o desamparo, no nos ha hecho dignos de ella. A veces en el café me señalan a un tipo humano. Digo tipo por no decir otra cosa. "Se dedica a la propaganda", me dicen. Se me revuelven las entrañas de disgusto moral. Un tipo humano que se dedica a esparcir por el mundo las altas calidades de la Coca-Cola bien helada, pertenece, sin lugar a dudas, a la raza de Caín o de Judas.

Estas consideraciones me arrastraron a pensar soluciones adecuadas. El único mundo que actualmente al hombre moderno le pertenece es el mundo onírico. Mientras duerme, el hombre permanece aparte. ¿Cómo el propagandista ha descuidado esto? Realmente me llama la atención que la propaganda no haya invadido el mundo del sueño. Tienen radios, radares, fuerza atómica a su disposición. La propaganda lo es todo. ¿Por qué, pues, no aligerar estos sueños del hombre con una buena dosis de propaganda comercial?

En estas consideraciones estaba cuando se me ocurrió pensar en Swift, mi buen deán escéptico. El buen deán habría propuesto, sin lugar a dudas, una solución onírica al respecto.

Imaginaos un aparato dirigido contra el sueño del hombre. Un aparato medio radar, medio onda herziana. Entonces se podría proyectar sobre los ensueños particulares del individuo una especie de película privada. Usted, por ejemplo, sueña que está en un desierto... ¿Qué ocurre? Una melodiosa voz femenina surge de entre el misterio del sueño: "Tome una Cachanrún bien hela-

da..." A veces soñamos cosas ridículas. Soñamos, verbigracia, que somos personajes de la revolución francesa y que Robespierre nos ha mandado al patíbulo. Nos consolaría, en el rigor de la pesadilla, escuchar una voz que nos dijera: "Bien vestido, bien recibido"... Bien recibido por las Parcas, se entiende. Una manera digna de morir, a lo Luis Dieciséis.

El aparato en cuestión daría eficaces resultados. Cada vez que el individuo se acuesta se encierra en su mundo particular. ¿Cómo la propaganda no le ha allanado este mundo? Parece increíble. No, señores propagandistas, hay que usar rápidamente el aparato destinado a trizar los ensueños del pobre ser humano. Actualmente no se puede escuchar a Bach ni a Beethoven sin que la frase "compre en tal parte" no surja como por encanto. ¿Por qué, pues, abandonar estas horas preciosas del sueño?

ADORADORES DEL CELULOIDE

Existen fundadas razones para admitir que la generación nacida entre el año 1910 y 1920 es la primera generación cinematográfica por excelencia. Nosotros fuimos los primeros que guiamos nuestros sueños de adolescentes y nuestros juegos de infancia por el resplandor vicioso y mágico que desprende el *ecrán* del cine. La existencia completa de cada uno de nosotros los que pasamos la cuarentena, ha estado como iluminada por la pasión del celuloide. Recuerdo a los 5 años las primeras películas de Chaplin; junto a Edna Purviance, la misma que más tarde trabajó de *lady-partner* en "Una mujer de París"; el protagonista era Adolfo Menjou, el más grande de los cínicos que ha producido la pantalla.

Cosa curiosa, a nosotros los primeros espectadores del cine,

ya formado y adulto, nos pasó lo mismo que a los primitivos espectadores del teatro isabelino. Los actores que desempeñaban roles de bribones o de canallas debían huir por puertas excusadas para salvar a buen recaudo sus existencias de traidores. El público se gozaba y placía en perseguirlos. Así el pobre actor que desempeñaba el papel de Yago, pongo por caso, era objeto unánime de general repulsa. Así se ejercía, en pleno siglo dieciséis, la catarsis moral de que habla Aristóteles en su vieja retórica. En la misma forma, nosotros los infantiles espectadores de "La Moneda Rota", por ejemplo, creíamos que Antonio Moreno era un héroe mucho más grande que Alcibíades y otros griegos de turbia memoria.

El cine, por lo menos en su transcurso de la década del veinte, era un espectáculo profundamente moral. Los norteamericanos, al enseñarnos las proezas de Tom Mix o Ben Wilson, nos edificaban a los niños en el buen empleo de la fuerza puesta siempre al servicio de la justicia. No recuerdo ninguna película que transgrediera esta ley moral. Y nosotros, los niños de aquel entonces, admirados por las regatas de lanchas automóviles o por las carreras de motociclistas fantasmas, salíamos a la calle en demanda de un traidor a quien castigar o de una inocencia herida a quien defender. El film pacifista por excelencia fue rodado al final de ese período. Me refiero, como ustedes comprenderán, a "Sin Novedad en el frente", film que evoca los tristes años de la primera guerra mundial, espantosa guerra de parásitos en el cuerpo y de barro, sí, de barro, en las trincheras.

Actualmente son pocas las películas que cumplen con ese mínimo de cordura ética. Los actuales productores parece que gozan hundiendo las manos en el albañal de las grandes ciudades, concitando crimen y adulterio, droga asesina y prostitución. Las películas que dan a conocer la vida azarosa y múltiple de los *gangsters*,



aunque se complazcan hacia el final en darnos a conocer el triunfo de la ley, durante su discurso nos han envenenado con toda clase de circunstancias innobles. Aunque algunas se desarrollan en un ambiente casi poético, así tal *Scarface*, protagonizada por Paul Muni, los hechos que la componen, de baja raíz moral, dejan un gusto de repulsa. ¿Qué le ocurrirá a los niños? En otros films nos hacen asistir a escenas repelentes, como por ejemplo en la película francesa "Todos somos asesinos". Las truculentas escenas del preparativo de un guillotinado no ayudan en absoluto a temer la sanción social. Yo creo que los gangsters cuando ven estas escenas se refocilan. Y los niños adquieren, por contagio, la aptitud hacia una complacencia sádica, baja y siniestra. Horrible resultado.

Otras películas que nos hermozeaban la vida eran las películas del cine llamado de vanguardia. Nunca el cine, durante ese período en que el sonido lo revistió de otros alcances, ha logrado la misma altura y solidez poética. "El Gabinete del Doctor Galicalri", esa maravilla del pensamiento poético moderno, o "Sueño de Amor Eterno", filmada por Gary Cooper y Anne Harding en los comienzos sonoros del cinematógrafo... Eran Películas vaciadas en un severo crisol de buen gusto, en la que no sólo se podía admirar el estricto trabajo de los actores, sino también la severidad de los directores, verdaderos creadores todos ellos. Hace dos años me tocó presenciar, en exhibición de cine museo de la Universidad de Chile, algunos de estos films maravillosos. "El ciclo de los Nibelungos", recuerdo, en el que las más antiguas leyendas germánicas llegaban a un apogeo de arte e ilusión cinematográficos.

No quiero que el lector me entienda mal. No es que desacuerde de muchas de las aventuras cinematográficas presente. Ahí está "La Opera del Vagabundo", creación magnífica de la colaboración de Peter Brook, uno de los directores más jóvenes y capaces

del teatro inglés; de Christopher Fry, estupendo autor de teatro, y del gran Lawrence Olivier... ¿Qué pasó con este film? Fue sostenido breves días en la pantalla... Al público chileno no le gustó "The Opera Beggars", obra clásica del teatro inglés escrita en el siglo dieciocho por John Gay... Lo mismo ocurrió con "La Opera de Cuatro Centavos", hace veinte años. La versión inolvidable de Gay realizada por Otto Pabst, en los mejores escenarios de Ufa..., tampoco le agradó a nuestro público, acostumbrado a simplezas de carácter comercial. ¿Podríamos reprochárselo? No, de ninguna manera podemos juzgar con aspereza a un público que pasa todo el tiempo presenciando tonterías... Y es una lástima, porque nuestro público es tan inteligente como el de cualquier otra parte del mundo.

Pero basta hoy de cine. Alguna vez quizás me extienda un poco más en tan apasionante tema.

EL MUNDO BALZACIANO

La multiplicidad del mundo balzaciano es hoy, en el mundo actual, mucho más fehaciente que en el siglo diecinueve. En esa época los tipos diferenciados y caracterizados de la burguesía, tal como este genial novelista los concibió, todavía estaban en germen. En cambio, ahora, después de las grandes revoluciones industriales introducidas por la técnica y por la gradual transformación de la economía de los pueblos, se puede decir que es cuando el escalpelo cirujano de Balzac adquiere su más profunda acuidad.

Basta una revisión somera de su obra.

Por ejemplo, revisemos "Les clercs" ("Los empleados", en castellano). En esta novela magnífica se hace una dura y acerba es-

timación de la administración francesa de la época de Luis Felipe. Balzac, en su análisis agudo, pone al descubierto los males que aquejan en volumen la administración civil de aquel tiempo. Como buen legitimista que era —en el fondo no fue sino un revolucionario—, considera que estos males son causados por el abuso intensivo de la burocracia.

A seguidas, para probarnos dicha aserción, se contrae a un examen más o menos voluptuoso de lo que fue la administración de la época de Colbert, o sea, de los primeros años del reinado de Luis XIV. No importa decir hasta qué punto el genial historiador de la comedia humana se muestra partidario de dicha administración, sobria y alquitarada por la idea de la gloria y del servicio a la monarquía. En cambio, según nos asegura, estas ideas —que son las que deben predominar en un buen funcionario—, en la monarquía constitucional, han sido reemplazadas por el propósito —predominante— del medro personal. Como el rey ya no es un rey en el correcto y tradicional sentido, ya no importa servirlo con lealtad, llega a asegurarnos Balzac. Consecuente con esa idea, la República —con su creación alícuota de la impersonalidad del poder— arrastraría a la administración a excesos mucho peores. Como veis, las ideas que tiene Balzac al respecto —aunque historicistamente aceptables— pecan por la base y no son aplicables en el presente. Ya sabemos que no podríamos, aunque lo quisiéramos, retroceder a esa bonanza burocrática de la monarquía. Pasaron los tiempos de los reyes.

No obstante lo dicho más arriba, y aunque las ideas que contenga la crítica balzaciana ya no nos sirvan, es importante comprobar su valor universal. Al hacer la crítica de la administración francesa de la época romántica, época del albor parlamentario a la manera de Constant, este genial novelista ha hecho la crítica de

la administración de un país "lejano y vitivinícola". Me refiero, como bien lo habréis supuesto, a nuestro país, a Chile. ¿Cuántos de los asertos dispersos en esa obra se podrían aplicar a nuestra administración!

No tengo el libro a manos. Esa circunstancia me impide hacer citas que a lo mejor retorcerían la verdadera esencia del pensamiento balzaciano. Pero recuerdo el grave sucedido que el autor nos presenta. Un hombre genial —modesto y moral como todos los hombres geniales— advierte cuáles son los vicios principales que aquejan a la administración de su patria. Para darle el rumbo que él imagina, es necesario que esa administración sufra una general poda de funcionarios inútiles, tramitadores y perezosos que son los que traban la verdadera acción gubernamental. El hombre genial de referencia aspira, para lograr el cometido de su proyecto, a la sucesión del cargo de Subsecretario de un Ministerio. El titular subsecretario se halla enfermo, y aspirar, pues, a sucederle, parece natural para un hombre que ha prestado importantísimos servicios como jefe de una división en el mismo Ministerio. Aquí es donde Balzac introduce valiosas reflexiones de carácter político, al establecer la diferencia que existe entre un funcionario y un verdadero hombre de Estado. No hay para qué repetir cuán vigente es aquella diferencia establecida por un hombre genial en el siglo diecinueve.

El proyecto del gran reformador fracasa ante el trabajo oscuro, la maniobra solapada de un intrigante. Siempre los intrigantes terminan por ganar, parece decirnos Balzac. Aquí, en Chile ¿no hemos visto hasta hace algún tiempo suceder lo mismo? Dios me libre de inmiscuirme en política —ya lo he dicho en otras crónicas—, pero es imposible dejar de hacerlo al tratar a Balzac.

¿Qué es un empleado?, se pregunta Balzac... ¿Es un hombre

que trabaja? No es necesario, responde. Un empleado, termina diciéndonos, es sencillamente un hombre que se sienta detrás de un escritorio.

Este último juicio es verdaderamente genial. Y que me perdonen los funcionarios. Para que lo sepan, yo también lo fui. No hay, pues, mala intención en mis palabras.

ADIOS, MONSIEUR CORNEJO.

Escuela, en su más pura melodía etimológica, significa lugar de ocio. ¡Oh, el ocio espiritual, hundidos los pies de la imaginación en las cristalinas aguas del Cefiso del espíritu! Como Sócrates y sus mancebos atenienses, hunde su cabeza el niño en el corriente estero de la inactualidad. Afuera, contra los muros del instituto, choca sus olas embravecidas el mundo; pero dentro reina el arcano. Son los únicos años felices de la vida, estos años que transcurrimos calculando la suma de los catetos en relación con la hipotenusa; traduciendo a Moliere, sopesando a Lope. No importa que en la calle el clima se muestre moralmente erizado de hirientes escarchas; no importa que tal o cual político haya transgredido las leyes básicas del honor. Nosotros estamos con Alcibíades, con Cicerón; escuchamos la conmovida voz del profesor que nos explica las desinencias del verbo *Avoir o To be*. La escuela es un lugar de ocio, en verdad, en donde la vida se detiene y abre extensa resaca para retirarse, como asustada.

Ha llegado el mes de marzo, mes de los primeros fríos y de las primeras inundaciones de colegialas en las calles. Este era un mes que yo temía, lleno de reverenciales temores al curso próximo, todavía no iniciado. Salíamos a la calle envueltos en un abrigo

nuevo —allá en las provincias del sur—, a comprar esas maravillas que eran los textos de Guzmán Maturana o Ziegler y Gosstling. El libro de lectura y la física; las matemáticas de Yáñez y la gramática de Lenz. Los libros nuevos al abrirse despiden tierna fragancia: todos los libros nuevos poseen el mismo perfume de un alma virgen al abrirse al amor. Pero, ¿por qué los libros del colegio despedían tan exclusivo olor? ¿Recordáis el olor a estuche? Olor a madera riente y sonrosada, el aroma de los estuches, con su mondante goma adentro, me llena la memoria de extraños efluvios. Lo mismo me sucede con los lápices de colores, tan inútiles, tan quebradizos y frágiles entre nuestros torpes dedos de niños. A veces me ocurre lo que a Proust y dejo que los aromas me guíen en el extenso país del pasado. Un estuche abierto, florecido de lápices mordidos, de antiguas calcomanías y de pequeños tesoros intransferibles, acicatea mi poder rememorativo y me induce a soñar. Ahora he visto las librerías llenas de padres y apoderados, comprando acaso los mismos textos escolares que el autor de estas líneas revisó hace veinticinco marzos. ¡Oh mes de marzo!

He salido del Liceo hace varios lustros. Muchos de los que fueron mis profesores están todavía allí amanerados por la ingestión de prolongadas horas de disertación, taladrados por la inquietud y por el desengaño. El oficio de profesor es, en cierto modo, un oficio siempre mal pagado. Es como el oficio de padre. Arenales de olvido van cubriendo al profesor que en un momento de nuestra vida fue nuestro guía, nuestro dechado y espejo de conocimiento y moralidad. Muchas veces me topo con ellos en la calle —con algunos solamente, los demás están muertos—, y una especie de pudor me impide acercarme y saludarlos.

—Lo terrible de los profesores —me dijo en cierta ocasión

un condiscípulo—, es que siempre se quedarán en sexto año de humanidades.

El profesor adquiere una propensión fatigosa al monólogo. De tanto perorar ante un auditorio pasivo, pero lleno de malicia, su personalidad se deforma hasta alcanzar los linderos neuróticos de un Hamlet sombrío.

Todo esto le ha sucedido a Monsieur Cornejo, profesor imaginario que acopia las virtudes y defectos del alma pedagógica en general y que es un símbolo que escojo para no mencionar a ninguno de mis antiguos profesores y no olvidar, sin embargo, a ninguno. Monsieur Cornejo ha estado durante años —los mejores de su vida— explicando a un indiferente auditorio de alumnos las altas calidades sensitivas y literarias del idioma de Pascal. Para eso, ha tenido que recurrir a una paciencia, a una verdadera lilial paciencia pentecostal. Los niños no comprenden que para leer a Racine, se necesita endemoniar la mente con las variaciones de los verbos irregulares y los cambios de tiempo del *si* condicional. Monsieur Cornejo se recibió de profesor hace ya cuarenta años. Tiene la garganta como estragada de tanto repetir las mismas lecciones. Egresó del Pedagógico lleno de ilusiones. Hasta pensó viajar a Francia; pero la vida se le atravesó, y todas esas ilusiones quedaron sesgadas por una existencia sórdida. Monsieur Cornejo tiene los nervios rotos.

Nada de eso comprenden los alumnos. Ellos vienen con la experiencia original a cuestas y tienen, por lo tanto, el corazón helado.

Un día el profesor jefe del curso nos ha pedido, como favor personal, que respetemos a Monsieur Cornejo. Nos ha dicho que este caballero es como un animal viejo que ya no puede tirar con el carromato que le asignó la vida. Los muchachos, a pesar de

todo, no somos malos, y le hemos prometido al profesor jefe no encolerizar más a nuestro anciano profesor de francés. Efectivamente, cuando Monsieur Cornejo entra al aula, lejos de encontrar el bullicio a que estaba más o menos habituado, se encuentra con un respetuoso silencio. Nos hemos puesto de pie y saludamos su presencia con un gentil: "Buenos días, Monsieur Cornejo". El profesor nos contempla estupefacto. En seguida comienza a explicarnos la lección del día. No se escucha el vuelo de una mosca. Su estupefacción crece y, a ojos vistas, se va transformando en otro estado. Ahora lo congestiona la ira.

—¿Qué les pasa, pedazo de idiotas? ¿Qué significa esto? ¿Por qué noto tan poco movimiento en mi clase? ¿Se han transformado en momias? ¿A ver, tú, cabeza de chorlito, qué lección teníamos para hoy?

No hay duda. No ha dado resultado positivo el convenio establecido entre nosotros y, en consecuencia, continuamos como antes. Si Monsieur Cornejo así lo desea, lo haremos sufrir a gusto. La baraúnda, por consiguiente, continúa como en sus mejores días. El profesor sonrío bondadoso.

Después de cuarenta años lo pescó un infarto y lo llevó a la tumba. Bajo tierra se encuentra el leal y maldiciente amigo. Ya no tiene que ir al liceo y, por último, salió de sexto año de humanidades. No fue a Francia pero la amó toda la vida. No fue becario de ninguna embajada pero enseñó a muchas generaciones a amar a la tierra de Moliere. Aún le recuerdo con la Crestomatía de Zapata Lillo en las manos. Adiós, Monsieur Cornejo, adiós. Bien quisiera tenerte junto a mí englobando en tu persona a todos los profesores que me inspiraran un desinteresado amor por la verdad y la belleza: te haría sufrir de nuevo, te lo aseguro...

Perdonad esta digresión del mes de marzo. Mi alma de anti-

guo alumno se me estremece a la llegada de los primeros ciervos del otoño. Una mezcla de pavor, de dulce pavor y entusiasmo, me acicala el pensamiento, de continuo desnudo:

PSICOLOGIA INFANTIL

En la pupila de los niños se abre inmenso el firmamento. Livianas tropas de nubes cruzan esa etérea distancia de sus pupilas cuando nos interrogan, trémulos y ansiosos, acerca de las cosas del mundo. Un sagrado terror nos invade y nos ciega los labios para responder a esas primeras concupiscencias de la curiosidad. Tememos descubrir, rasgando el velo del templo, secretos inoportunos y quizá, por esa razón, peligrosos.

Les mentimos a los niños, con mentiras pueriles que sus mentes rechazan. De pronto, ante la sagacidad que vierten sus miradas, somos más niños que los niños mismos. Porque los niños saben que les estamos mintiendo y ríen, para sus adentros, de los candorosos manejos de nuestra complicada arteria.

Ellos son más astutos, más sutiles, sin duda alguna, que los adultos. Samuel Butlet, al referirse a la experiencia, decía que la verdadera sólo existe en los niños, "porque ellos están más cerca de la experiencia original". Poned un lápiz en las manos infantiles y tratad de ahogar en vuestros insípidos corazones adultos todo barrunto pedagógico; veréis qué maravillas traza aquel lápiz, bosquejando los contornos de la vida interior que lo inspirará. Cuando la zafiedad del maestro no interviene, los dibujos de los niños son sencillamente encantadores. Rivalizan con las ingenuas y casi celestiales concepciones prerrafaelistas que sedujeron a Ruskín.

Con una emoción que no logró coartar el natural escepticismis-

mo de los años, recuerdo que leí "Young Visitors", de Daisy Asford, angelical relato escrito mucho antes que la autora cumpliera los diez años. Me atrevo a recomendar su traducción, ejecutada hace ya veinticinco años, por María Monvel. Conserva, en la versión castellana, la suave índole que caracteriza al relato en su lengua original. No es ciertamente un cuento de hadas; los niños, a la verdad, no aman escribir cuentos de hadas; cuando escriben, por lo contrario, son extraordinariamente realistas; pero realistas a la manera de Bellini, de Giotto, de Paolo Ucciello.

Es el alma monstruosa del adulto la única inductora, por neurosis o ficticia reacción a hábitos mentales primitivos, la única inductora del país de las hadas. Recordad, si no, la monstruosa imaginación de Andersen, cuyo centenario se celebra en estos días; rey de todo un siglo. Andersen fue, sin duda, el más grande de los neuróticos que haya conocido la historia. Aquel encantador relato de la pequeña mujercita que navegaba corriente abajo en un bajel de flores no resistiría un examen freudiano. Claro está que los psicoanalistas... La salud mental de los niños no les permite coaccionar su imaginación con esa clase de elementos ficticios. Su imaginación fresca y apta no necesita de ningún mórbido estimulante para encontrar el propicio campo donde sembrar sus rosales de dicha.

Por eso me estremece de angustia la tristeza de los niños. ¡Es tan fácil su felicidad! Es tan fácil, empero, su llanto. Instados por coerciones múltiples a vivir en un mundo que ciertamente no ha sido hecho para ellos, los niños extravían constantemente la ruta que les diseñamos los adultos. Existe entre ellos y nosotros, entre sus extraños intereses y nuestras rutinarias razones, un mundo. Sus pequeñas alegrías, aunque envidiables, nos parecen desatinadas, y sus penas, aunque lamentables, antojadizas.

Me contaba un psiquiatra especializado en niños, que tuvo como cliente a un impertinente muchachito. Su madre, desesperada, acudió al estudio de mi amigo, pidiéndole que examinara a su hijo, de quien comenzaba a conjeturar un latente estado de insania mental. No era para menos; aquella joven y hermosa madre no podía usar medias, pues su niño había dado en rompérselas como acometido de insólita fobia. Cada vez que ella se aprestaba a salir a la calle, el chico las emprendía con sus piernas, destrozándole a arañazos aquellas prendas que tanto cuidan las mujeres, las medias. Como fracasaran las admoniciones y los restantes expedientes punitivos de la práctica familiar, la madre decidió consultar a un facultativo. Extraño mundo el de los niños. Según se pudo descubrir, después de serias indagaciones, el muchachito de mi cuento estaba celoso de su hermanita menor y castigaba a la madre, tal un amante desengañado, en la parte más sensible de su indumento de mujer frívola y elegante.

Hace poco leí en los diarios el caso extraordinario de un niño que incendió su propia casa, porque la mamá le había dejado sin postre. ¿De qué no sería capaz un niño desengañado del amor materno? Hay rostros ancianos, surcados de arrugas, que conservan aún las huellas de ese primer desengaño.

Pero esto no es todo. Los niños también están expuestos, y en grado mucho mayor que nosotros los "grandes", a los azares derivados de la miseria, tanto moral como económica. ¿Recordáis a Cosette, la dulce heroína de "Los Miserables"? ¿O los pequeños héroes de las novelas de ese sádico genial que fue Dickens? Pues, no existe mucha diferencia entre esos adorables vagabundos y los sucios vagabundos que solemos ver en las calles de Santiago. A veces me detengo a mirar sus perfectas reacciones de picardía, gracia, malicia y pueril falta de decoro.

Hace algún tiempo se detenía frente a la puerta de un café del centro un ciego, pedigüño y musical. Constantemente soplabá, en una vieja armónica, insoportables melodías del novecientos. Como el tal no tenía lazarillo, un chico de esos vagabundos a quienes la malicia no les cabe en el cuerpo, se las compuso para recibir las dádivas que depositaban los transeúntes. Nadie, por cierto, imaginaba que entre el ciego y el atrevido muchachito no existía la más mínima relación. Me tocó por casualidad presenciar la reacción de furor que tuvo el ciego cuando descubrió la patraña de ese "buscón" santiaguino. Adorable niño. De estar en la escuela, habría sido un buen alumno de Quevedo.

DOMINGO DE RAMOS

El día domingo entró Jesucristo a la ciudad de Jerusalén. La plebe agitaba ramos para celebrar su entrada triunfal. El sol de primavera, encendido sol de Judea, dejaba caer sus rayos luminosos sobre la abigarrada muchedumbre, vertiendo acaso un anticipado llanto por la tragedia que breves días más tarde acaecería en el Gólgota. En una mula blanca iba el extraordinario personaje, en una tímida bestezuela que caminaba por una alfombra de flores. Manos humildes y piadosas habían taraceado, con las primeras galas de aquella primavera, el hirsuto suelo de las calles. Era una simple apoteosis rendida en homenaje al ser más puro que jamás haya conocido el mundo.

Calificado soñador, seductor corazón de artista, Cristo había modelado, con el sentimiento de la gente simple del pueblo, una imagen embriagadora. No habló jamás para los engreídos y pedantes. En el lenguaje parvo de los mercados y de los suburbios,

este poeta máximo creó la magnificencia moral de sus parábolas. Para comprender el sentido de sus palabras, bastaba poner oído atento y nada más.

Si hemos de dar fe a los discípulos que años más tarde nos contaron la maravillosa peripecia de su vida, el hijo del hombre fue un ser bohemio, que vivía al día, sin otra preocupación que el destino de sus semejantes. Sólo exigía, de éstos, el amor.

¡El amor! Fácil vocábulo que escapa de la boca con rauda y tal vez sospechosa fluidez. De tanto repetirla, se encuentra como aniquilada esta palabra. ¿No es acaso en su nombre como hemos cometido las mayores iniquidades? Gracias al amor, y al principio de solidaridad cósmica que lo robustece, la materia vive reunida, alzando el imperio de su célebre antitípica. La resistencia que oponemos a los otros cuerpos, cuando éstos cordialmente se nos quieren unir, no es sino la grácil forma de una elevada voluptuosidad.

Voluptuoso, en el más lato y espiritual sentido de la palabra, es el hombre, porque es el único de los seres conocidos que conoce la voluptuosidad de Dios. Este continuo acercarnos a la idea de Dios y este continuo separarnos de ella, en una especie de sístole y diástole, es lo que nos distingue y jerarquiza. Somos pequeños dioses; encarnamos un fin, cada uno, independiente. Así lo comprendía Cristo, cuando exaltaba al humilde, no tanto por enemigo al poderoso, sino por acendrado amor al pequeño dios que habita en cada hombre, por "humillado y ofendido" que éste fuere.

La enseñanza moral del cristianismo no dio, sin duda, caminos nuevos. Toda ella estaba, ya, contenida, para suerte de unos pocos, en la áurea filosofía grecolatina. Pero sólo, como bien lo presentimos, eran unos pocos los que disfrutaban de aquella luz. El cristianismo, en cambio, la extendió; por decirlo así, la hizo

popular. El cristianismo, en verdad, levantó un trono para el corazón ávido de amor, no importándole la sede humilde en que aquel corazón latía.

El Domingo de Ramos es, más que una fiesta católica, una de las grandes efemérides del espíritu.

Puede que estén secas las ramas de nuestro corazón, el enebro o el terebinto mágico de las religiosas peculiaridades ancestrales. Agitamos, en realidad, las palmas celebratorias en medio de una civilización amenazada por sus propias, íntimas, semillas destructoras. Me agradaría, por eso, tener la fe sencilla de esas gentes que poblaban las calles de Jerusalén y que, maravilladas, cundían en asombro al paso del jinete maravilloso, rey del mundo, sobre una modesta acémila. Me agradaría esplender en humildad y perdonar a mis enemigos, si es que los tengo; amaría ser como cada uno de los que agitaban palmas al paso del rey del mundo. Pero presiento que dicho júbilo sencillo es imposible en un mundo que no sigue el ejemplo del Maestro.

El germen de amor que prodigó su palabra de sembrador ha caído sobre el erial. Frente al desarrollo aleve de las armas mortíferas y de una inquietud social siempre creciente, este pequeño dios que es el hombre ha olvidado, al parecer, su oriundez racional. Una prédica de amor y concordia, en estos tiempos, conduciría al impertinente y osado capaz de realizarla a una nueva crucifixión. Porque no olvidemos, ay, que fue la misma gente sencilla que le aplaudió el domingo la que pidió su muerte algunos días más tarde. Así es la multitud. Entre Cristo, imagen de amor y esperanza, y Barrabás, imagen de abyección oportunista y bajeza, siempre se queda con este último.

Sin embargo, el amor lo es todo.

Existe un célebre cuadro, divulgado por medio de muchas reproducciones baratas, llamado "La Madre". Pertenece a Whistler. Recuerdo haberlo visto, cuando niño, reproducido en uno de los tomos de "El Tesoro de la Juventud", mientras seguía la prodigiosa aventura de algún cuento infantil y escuchaba, acaso, "Las Plegarias de una Virgen", obra ingenua de un desconocido compositor polaco. Hace veinte años que mi madre murió, en un día como éste, del gualda comienzo otoñal. Comenzaba a languidecer el sol, los días se acortaban... ¿Pero qué había en mí? La madre es un personaje que realmente conocemos cuando, con el transcurrir sórdido de los años, el olvido la somete a su más artística revelación. Mientras vivió junto a mí, mi espíritu se enseñoreaba en un vano orgullo. Mis vanidosos 20 años no podían aceptar sus discretos reproches y lo único que deseaba era escapar de su lado. ¿Por qué nos ciega tanto la juventud? Ahora no quisiera otra cosa que poder disponer de su presencia y dejarme arrobar por sus palabras gentiles.

Se ha dicho hasta el cansancio, primero por Freud y más tarde por sus discutibles epígonos, que la vida del varón, en último término, no es sino una prolongada idealización de la idea materna. Podríamos arriesgar, incluso, toda una teoría talámica para el desarrollo de las culturas y de los pueblos. Parece que en su prehistoria, vagorosa y desvanecida, una faz femenina nos demarcara, mediante sus rayos, el camino que seguimos. "El eterno femenino de Goethe", frase angustiada de Fausto, que lo siguió al través de su disoluto amor en los inicios y de su engrandecido amor por la belleza clásica, más tarde, el eterno femenino es, sin duda, la madre. También están los orígenes de la materia, de la luz vi-

brante que la atraviesa y vivifica, de la inteligencia máxima del hombre que envuelto en su resplandeciente ropaje se eleva, hasta lo alto. Son estos orígenes, "Las Madres", los que dan fulgor a la materia y la purifican, porque en ellas el mundo encuentra la única solución de unidad que lo puede acercar al Gran Origen, a Dios.

No exageran los psicoanalistas, pues, cuando pretenden hallar, en el amor filial, la base de todos los otros amores. Según hayamos amado a nuestra madre, nos comportaremos en nuestra vida, ulteriormente. De ese amor se extraerá la dosis de cortesía que el hombre necesita para vivir en solidaria circunstancia con el resto de los hombres; de ese amor saldrá, armado como un guerrero, el espíritu de hidalguía.

¿Se ha hablado alguna vez de la madre de Don Quijote? Nos gustaría haber tenido trato espiritual con ella, así como, en los evangelios, con María. Nos habría producido especial deleite saber cómo fue la madre del gran hidalgo. ¿Amó ella también los libros de caballería? ¿Se figuró alguna vez ser Urganda o Berta de los Grandes Pies, madre del emperador caballero, Carlomagno, padre de todas las caballerías del mundo? ¿Por qué Cervantes calló este aspecto de su héroe?

Es posible que así mejor sea y que Cervantes haya procedido con razón sobrada al callar este aspecto del héroe. Los héroes no pueden tener madre que les detenga el brazo armado contra la injusticia. Las madres que arman a los verdaderos héroes se llaman Dulcineas y están esparcidas por el mundo, sin que muchas veces nuestros ojos ciegos las vean.

No puede haber una Hécuba, que llora desconsolada frente al cadáver de Héctor, arrastrado por la ferocidad de Aquiles en torno de los muros de la doliente Troya. Todo el amor que sintió la princesa Rispan, en la pavorosa historia judía, frente a los ca-

dáveres de sus hijos colgados del patíbulo; el llanto de la madre romana ante los hijos justicieramente sacrificados por Bruto... todo eso no puede coexistir junto al héroe. Porque la madre lo quiere hijo y nada más. Cuando ella se transfigura en el tabor íntimo de cada uno, hasta el hombre más humilde puede desarrollar fuerzas de héroe; es imposible negar que la presencia de la madre, idealizada en el corazón del hijo, es una simiente. Todo más tarde dependerá del esmero con que la cultivemos para que esta simiente crezca y dé frutos.

En gran parte la dulcificación de las costumbres alcanzada en el período clásico ha quedado amagada por el rigor que ha introducido la vida moderna en los contactos humanos. ¿Qué ha ocurrido? A mi modo de ver, la idea romántica e idealizada de la mujer ha hecho crisis. Es difícil, en verdad, mantener las prácticas caballerescas dentro de un microbús, donde no hay varón que ceda el asiento a una anciana; o que pretendamos, nostálgicamente, predicar la cortesía a los que hacen cola frente a un cine; el desborde de velocidad, de eficacia y de lucro que da el tono a la sociabilidad actual, no se aviene con las gentilezas de nuestros antepasados. Por otra parte, la propia mujer ha declinado a estos favores destinados a subrayar su debilidad. La mujer actual está decidida a luchar de igual a igual con el hombre.

Todas estas ocurrencias me han asaltado la mente este día, día de luto para mí, mientras recordaba a mi madre. Sé que, al hacerlo, recuerdo a las de todos vosotros. Lo maravilloso es que todos los hombres, pese a nuestras manías personales, somos siempre semejantes. Todos hemos sentido el mismo dolor cuando la perdimos, y cada uno, en verdad, se felicita de conservarla cuando el destino le ha suministrado ese premio.

He recordado de nuevo el dulce rostro dibujado por Whistler

en "La Madre". Es una sencilla figura femenina, sentada frente a un muro desnudo. A la izquierda, pienso que existía una ventana... ¿Qué imponderable gracia presidía a ese modesto cuadro? No lo sé. Tal vez lo recuerde nada más que porque se llamaba así, con tan elocuente como turbador nombre: "La Madre..."

PSICOLOGIA DE LAS PENSIONES

El día que el futuro indagador de nuestra sociedad presente tropiece con la palabra pensión, se va a ver en duros aprietos para definir su epiceno significado. Le pasará lo que a muchos de nuestros etnógrafos frente a las inscripciones hieráticas de los antiguos pueblos orientales. ¿Tendrá este hipotético indagador una piedra roseta capaz de guiarlo en los oscuros laberintos que la palabra pensión suscita en el pensamiento del observador?

Si nos atenemos a los avisos comerciales que pueblan las páginas de cierto diario, la pensión es siempre una casa de familia en donde se alquilan piezas baratas y se gozan las delicias de Capua. En cambio, si refrescamos los años de estudiantes o de impenitente soltería, la palabra asume un agresivo aspecto.

¿Cuándo aparece la primera casa de huéspedes en Chile? Porque debemos distinguirla de la posada, del hotel o de cualquier otro negocio, más o menos vinculado con el habitat humano. La casa de huéspedes en la novela española, por ejemplo, ocupa un glorioso campo, en cuya área campean toda clase de personajes, los unos protervos, y los otros sentimentales y, los más, pícaros redomados. Bastaría echar somero vistazo sobre los relatos de Pérez Galdós —el perínclito escritor canario, como lo llama cierta crestomatía cuyo nombre me callo— para que se perfilen estas ca-

sas de huéspedes, en cuyas reconditeces se consumaban todo género de actos relacionados con la sociabilidad hispana. La casa de huéspedes, tal la imaginamos ahora, es un producto neto del siglo diecinueve. En una casa de huéspedes francesa, la sórdida pensión balzaciana, Vautrin ideó sus más terribles hazañas, emponzoñando el alma ingenua de Rastignac, el mismo que más tarde devendría en el más corrompido de los políticos franceses de la era luisfelipeña.

Pero hablemos de la casa de pensión chilena. Por mis labios hablan dilatadas experiencias. Las he conocido, y muchas, en mi largo deambular por la vida santiaguina.

Un gran sector del centro de la capital está ocupado por pensiones. Son los conventillos de la clase media. Allí atracan, como navíos embromados, las familias venidas a menos; las viudas vergonzantes y los muchachos que vienen a estudiar a la Universidad. Todas son gentes que han tenido un pasar mejor y que sueñan, muchas veces en voz alta, con el departamento independiente o el bungalow en las afueras, bañados por el sol y el aire pulimentado de la cordillera. Sueños son éstos que muy pocos se atreven a realizar, porque el que nació con alma de pensionista morirá, de seguro, como tal.

Las propietarias de estas residenciales, que también llevan ese pomposo nombre las pensiones, son casi siempre personajes de estragados pergaminos, que combinan sus triviales quehaceres con recuerdos lisonjeros de un pasado lejano y lleno de prestancia. Muchas de estas buenas señoras tienen un segundo apellido con olor a membrete de botella vinera. Esto del segundo apellido, aunque el frívolo pueda considerarlo como inútil consideración, tiene, sin embargo, una especial importancia. En este segundo apellido, de

prosapia y abolengo, ellas acostumbran a apoyar todo su orgullo personal, no pocas veces menoscabado por una existencia vulgar.

He conocido abnegadas mujeres que, a la muerte de sus padres o maridos, se han decidido por este epiceño negocio. Y lo llamo así, porque es como ciertas palabras que no tienen género alguno definido.

—¿Es usted solito? —le preguntan cuando uno acierta a golpear a su puerta—. Yo soy una verdadera madre con mis pensionistas. Desde luego, yo como de la misma comida. Aquí, por lo demás, todo se cocina con aceite...

Cuando estas promesas no se cumplen, que es la mayor de las veces, no nos quejemos del destino. Conformémonos humildemente, como lo hacen los buenos cristianos.

El párrafo anterior puede dar al lector el conocimiento siguiente: existen dos clases de pensionistas. Primero, el pensionista quejumbroso, que de todo da cuenta a la patrona y que por lo general desafía las iras de las maritornes de la casa. Segundo, el pensionista resignado, que de todo hace un bulto con que abruma su espalda y que es amable con las empleadas. Yo, con mi experiencia de veinte años, aconsejo el segundo temperamento como el más adecuado. El primero equivale a emprenderlas con los molinos de viento.

Cuando la dueña de la casa es cónyuge de alguien, el cónyuge masculino es, por lo general, un ser misterioso del cual nada se puede decir. Los trabajos que ejecuta escapan a la vigilancia de los pensionistas. Pero, por término medio que he logrado establecer, casi todos disfrutaban de muy buena salud y apetito. Conocí a uno que tenía úlceras. Murió, el pobre, pero no de las úlceras, sino de un carro treinta y seis que lo dividió. En cambio, siempre

comió de lo mejor, el cuitado, alimentando a sus regalonas úlceras con los más deleitosos manjares.

Sucede, también, que los maridos de las patronas se hacen políticos. Como están bien alimentados y carecen a menudo de una competencia especial que los singularice, en medio de su aburrimiento, terminan por hacerse asambleístas. Allí, en la asamblea, sacuden con fiereza la dignidad un tanto transferida a la mandona consorte.

No obstante, estos maridos tienen a su cargo un papel ingrato. Son los cancerberos encargados de recordar la puntualidad a los pensionistas olvidadizos. Por allá, por el día 15, cuando la patrona advierte que no existen síntomas de pago en el recalcitrante, el absorto marido despierta de su misteriosa somnolencia y le sacude a uno del brazo para recordarnos en qué día del mes estamos.

—Esta es mi Universidad —me decía una patrona, refiriéndose a los ámbitos de la casa que dirigía.

Es cierto. Una dueña de pensión es persona muy sabia. Posee dotes agudizadas por heteróclitas experiencias, que van desde psicología individual y social hasta la química. En la medida que es posible aseverarlo, una dueña de casa, de cualesquiera de las que existen, por ejemplo, en los aledaños de Compañía, sabe mucho más de la vida que un viejo profesor universitario. ¡Lo que yo he aprendido de estas señoras!

Existía una, recuerdo, patrona de una casa que el poeta Rojas Jiménez bautizó con el peregrino nombre de pensión *Mahatma Gandhi*. Pobre señora. Goza ahora de la presencia del Señor. Pero, así y todo, conviene recordarla, por las proezas heroicas que ejecutaba en su laboratorio culinario. Nunca ha pasado por la tierra laboratorista igual, y que me perdonen los manes de Madame Curie. Esta señora allí había logrado el descubrimiento de la des-

composición del átomo, mucho antes que Einstein lo presintiera, incluso.

Mucho se puede escribir sobre este tema. Lamento que alguno de nuestros novelistas, sobre todo los jóvenes, lo hayan soslayado. ¿Recuerdan "La Casa de la Troya", de Pérez Lugín? Una novela así nos hace falta, en cuyas páginas vibren, con renovada transparencia sociológica, la psicología de las pensiones...

ANIVERSARIO DE CARLOS GARDEL

Mañana veinticuatro de junio, día de San Juan, y día mágico, en consecuencia, se cumplirán veinte años de los sucesos, sin alcanzar los honores de una efemérides histórica, tuvo, no obstante, honda repercusión en la gente que ahora frisa, como dicen los cursis, en la cuarentena.

Destino especial desarrolló este cantor que ni siquiera era argentino. Había nacido en Francia, y su apellido, Gardes en un tiempo, debió adaptarse a la fonética criolla con la transformación de su última sílaba. Pero si bien no nació en la ciudad de la que iba a ser el indiscutible trovador, bonaerense fue de corazón y bonaerense el estilo que imprimió a sus canciones. Han surgido a la vera de su memoria diferentes imitadores; pero ninguno ha puesto como él tan conmovedora substancia en su canto. Ahí están los barrios de Buenos Aires, con la enorme metafísica del lugar con que Gardel supo relevarlos y construirlos de nuevo por medio de su arte.

No son pocas las personas que arrugan el ceño y fruncen menospreciativos los morros aristocrátizantes cuando se les habla de personajes populares como éste. A ellos, en la celosa intimidad de

sus gustos, por decirlo así, contrapuntísticos, no les agrada otra cosa que la mención de un Mozart o de un Bach. Suponen que, en su esencia última, la música —y con ella todo arte verdadero— ha de estar divorciada del pueblo y de sus ingenuas preocupaciones. Sin duda alguna, les ocurrirá que esta fecha ha de pasarles inadvertida, olvidando la complacencia que obtuvieron cuando los viejos gramófonos de la década del veinte dejaban fluir los compases de "Mano a Mano" u otro tango del gardeliano repertorio. En cierto modo, se traicionan a sí mismos.

Jamás he supuesto que la afición por la música de gran estilo, por los cuartetos de Beethoven por ejemplo, podría distraernos hasta ese punto. A mí me ocurre lo contrario. Concítanse en mi interior, como dentro de un cajón de sastre —¿y qué espíritu no lo es?—, los varios mensajes musicales que la rosa de los vientos de la armonía ha derramado en su ámbito. Cuando quiero referirme a mis primeros años de Universidad —allá por el año treinta y cinco—, váleme más la colaboración de una melodía de Carlitos Gardel que toda la música de Stravinski. Porque en esa época, si bien ya me dejaba embargar por los compases de Petruscka, toda mi porfía sentimental estaba dirigida, en verdad, hacia otra parte. Era la calle la que me interesaba, con sus secretos que se iban abriendo como flores, con sus misterios que se iban revelando, poco a poco, a mi adolescente curiosidad. Para responderme muchas inquisiciones vitales estaban las canciones de Gardel, donde se hablaba de amor, de luchas, de humanas decepciones. Todo el mundo las cantaba. A toda la gente que frisa, como dije antes, en la edad que yo mismo cargo, nos agradaba repetir aquello de:

Barrio plateado por la luna
Rumores de milonga es toda tu fortuna...

Poco sabíamos de la vida en Buenos Aires. Pero poco, dentro de un sentido vital profundo, hemos sabido de París. Sin embargo, todos reconocemos en las canciones parisienses las cantadas por Edith Piaff, verbigracia, el halo en que la Ciudad Luz está incluida. Así, no obstante ignorar las vivencias íntimas porteñas, mediante las canciones de Gardel, nosotros manteníamos trato estrecho con ellas. Fue uno de sus milagros. Tomó el tango y de vernáculo que era lo transformó en algo universal. ¿Podríamos olvidar los versos del tango "Mano a Mano"?

*Rechiflado en mi tristeza, hoy te evoco y veo que has sido,
en mi pobre vida paria sólo una buena mujer.*

Tu presencia de bacana puso calor en mi vida.

*Fuiste buena, consecuente y yo sé que me has querido,
como no quisiste a nadie, como no podrás querer. . .*

Este tango, uno de los más antiguos, lo compuso en colaboración con el uruguayo Razzano. Recuerdo, a propósito de este último, que en un disco grabado en homenaje a Gardel, poco después de su muerte, se describe el encuentro de los futuros colaboradores, destinados a formar un dúo histórico en los anales del tango. El encuentro es descrito allí en la forma en que pudo describirse, acaso, la entrevista de Tilsit, entre Napoleón y el Zar Alejandro. En cierto modo, ambos cantores eran emperadores dentro del mundo sentimental y primitivo de la poesía popular.

Ahora, la estatua de Gardel en Buenos Aires amanece todos los días cubierta de flores. Es el homenaje agradecido del alma de un pueblo que se sintió interpretado y de una ciudad que encontró a su poeta. Ocurre algo parecido con Evaristo Carriego en el cementerio de Chacaritas. Con todas las ciudades acaece lo mismo.

No son los artistas llamados cultos los que logran, en realidad, una completa afinación espiritual para transformarse en los depositarios de los anhelos populares. El mismo lo pide así en una de sus canciones:

*Sólo pido al destino el favor
de que al fin de mi vida,
oiga el llorar del bandoneón
entonando tu nostálgica canción.*

¿Qué canción es ésta? La canción de Buenos Aires.

A su muerte, ocurrida, como todos lo saben, en un accidente de aviación en la ciudad de Medellín, muchas doncellas sentimentales decidieron poner fin a sus días, no encontrando ningún aliciente en proseguir vivas después de aquel infausto deceso. Inútil resultaría insistir sobre lo absurdo del gesto. Pero, en cambio, revela hasta qué punto el cantor porteño había adentrado en el alma de muchas gentes.

Personalmente me tocó saber de una niña, hermosa y gentil, y no desprovista de cultura, que estuvo a breves centímetros de cometer ese glorioso disparaté. En esos días, por razones que no recuerdo, habían cerrado la Universidad. Hice viaje, pues, al sur a casa de mis padres. Aquella niña, como las heroínas que pinta Darío en sus abrojos, me recibió llorando. En medio de mi engreimiento imaginé que era mi inesperada presencia la que motivaba esas lágrimas. Nunca imagináralo.

—Murió Carlitos—me dijo en medio del andén.

Era el día veinticuatro de junio de 1935. ¡Oh lejanos y fragantes veinte años!

Hace algún tiempo, una amiga, mujer muy atareada, me pidió que le buscara en una agencia de empleos una muchacha para el servicio de su casa. Como siempre he tenido muy buena voluntad para el desempeño de estas pequeñas tareas, me lancé de inmediato a la consecución de dicha empresa, creyéndola, en medio de mi ignorancia, de fácil ejecución. Los varones ignoramos muchos de los problemas que atañen directamente a las mujeres. Hemos sido criados con regalía, distanciados de los desagradables pormenores referentes a la dirección de un hogar. Provisto, pues, de la confianza que sólo concede la ignorancia, entré al establecimiento, en donde un solícito funcionario me sirvió de guía.

En un escaño, como los miembros de un jurado, estaban las solicitantes a futuros empleos. Disparos eran sus fisonomías. Disparos también sus figuras. Las había de magro semblante, de dura mirada y de donosa constitución anatómica. En cumplimiento ciego del deber que me había impuesto la amistad, cerré los ojos a esta clase de consideraciones que muy poco tienen que ver con la idoneidad que iba, en representación de mi amiga, a requerirles.

Si bien diferenciadas en el físico, en todas ellas concurría, en cambio, un mismo factor de particular superioridad. Comenzaron a examinar mi persona con tal desplante y con tan frío detenimiento, que terminé por sentirme como azorado antes de iniciar el cuestionario que las circunstancias me recomendaban.

Me acerqué a la primera, y cuando quise espetarle la primera pregunta, fue ella la que levantó la voz para hacérmela a mí. Nunca lo hubiera creído. Ingenuamente había imaginado que sería yo quien las interrogaría acerca de sus condiciones.

—¿Dónde está la casa? —me preguntó—. ¿Es departamento o bungalow?

Me sentí cortado.

—Bueno, no es precisamente ninguna de las dos cosas. Yo diría que es un chalet...

—¿Dónde queda?

—En el barrio alto.

—No me conviene. A mí me gusta vivir en el centro. ¿Tienen teléfono?

Al contestarle que no, que no había teléfono aún, pero que había solicitud pendiente en la Compañía, se encerró en grávido mutismo. No pude arrancarle más palabras.

Otra me expresó que si no la dejaban dar fiestas en el "living" de la casa por lo menos una vez al mes, no había contrato posible.

—Soy una mujer sociable —me dijo—, y tengo que atender a mis amistades... ¿Recibe muchas visitas la señora? ¿Hay niños?

Inútil continuar con ella. Mi amiga habría puesto el grito en el cielo si le llevo a una niña tan de sociedad.

Por último, después de largas inquisiciones, en las que siempre obtuve la más mala parte, encontré la "alhaja" deseada por mi amiga. Era una chica oscura, de pelo desgreñado y de aspecto melancólico. Pensé que ésa era la que menos reticencias opondría a mis propósitos, y gracias a este don psicológico que Dios me ha dado, terminé acertando... Acertando... como lo veréis.

Meses más tarde me encontré con mi amiga.

—¿Qué tal va la empleada?

—¡Buen psicólogo saliste! Era muy buena niña, hacendosa, limpia y querendona con los niños, pero... a los dos meses se volvió loca. Tal como te lo digo. Loca de remate.

A los escritores, no sé por qué razón, siempre se nos ha emparentado con los locos. En este caso, tuve a la vista en forma concreta y límpida, la corroboración de la idea popular. Mi amiga movió los hombros en ademán de suprema sospecha, y me dejó turulado.

He contado la anécdota que antecede, no porque la encuentre singular, sino porque, al contrario, me parece que se reproduce con sintomática periodicidad. Las empleadas de ahora no son como las de antaño. Esta es una queja general que brota de labios de muchas dueñas de casa desesperadas y perplejas. Los que ya tenemos a la cuenta de la edad firmados muchos vales de años, sabemos cuán grande es la diferencia que existe entre estas modernas doncellas del servicio doméstico y las abnegadas servidoras de nuestra niñez.

Las empleadas, cuando yo era niño, todavía formaban parte de la familia. Servían por tan dilatado tiempo en una casa, que terminaban consubstanciándose, idealmente al menos, ya que no consanguíneamente, con los miembros de la familia. Entregaban las deliberaciones fundamentales y su voto, no en pocas ocasiones, era oído con respeto. Además, daban el tono del vocabulario de los niños.

Los niños, tanto de la clase alta como de la clase media, pasan gran parte de su vida al lado de empleadas, escuchando sus refranes, sus consejos populares y sus reflexiones, por decirlo así, filosóficas. No puedo olvidar, al respecto, una versión chilena del célebre cuento "La Cenicienta" de boca de una humilde chilota. Daría no sé cuánto por recordarlo y consignarlo en alguna página para deleite de los niños del porvenir.

Esta chilota llegó a mi casa de manera bastante rara. Mi padre, que era ferroviario, la encontró escondida en un vagón de car-

ga, vestida de hombre. Había huido de la casa paterna al verse encinta, víctima de un amoroso desliz de su romántico temperamento. Cuando llegó a mi hogar, su ingenuidad, su ignorancia de las cosas del mundo, era suma. Recuerdo de ella algunas anécdotas. Es en verdad, para mí al menos, un personaje inolvidable.

En cierta ocasión recibimos una cabeza de plátanos, regalo de un amigo del norte. Vivíamos en Valdivia, y en esa ciudad, situada a tan baja latitud, las frutas de origen tropical son escasas. Mi madre le dio a la chilota uno de los plátanos para que lo probara.

—¿Qué te pareció, niña? —le preguntó.

—En veces bueno, señora, y en veces malo.

Se había tragado la fruta con cáscara y todo.

Poco tiempo después la encontramos sentada al piano, tratando inútilmente de dar con algún acorde más o menos pasadero. Un poco turbada, se dirigió a mi madre:

—¿Y cómo a usted, señora, le sale tan bonito?

¡Oh, prodigiosas empleadas de la niñez! ¡Cuánto daría ahora por sentir sus deliciosos y encantadores cuidados!

¡OH!, FUGITIVO INSTANTE...

Cuando en las clases de filosofía el profesor se empeñaba en meternos en la cabeza la formidable construcción kantiana, nunca pensé que más tarde me iba a sentir tentado a escribir sobre el espacio y el tiempo. Convento, resuelta y francamente, que en estas materias me muevo con escasa arrogancia. Sin embargo, frente a la "cosa" boliviana —llamémosla así, para entendernos aun-

que sólo sea a medias— sentí que se operaba un serio trastorno en mi sensibilidad para captar tanto el espacio como el tiempo.

Mucho se ha hablado, refiriéndose al continente americano, cómo nos traga este paisaje, desnudo aún de historia fehaciente. Ante el rostro del indígena del Altiplano sentí, con tembloroso hondor, la verdad que encierra la expresada afirmación. Todo es espacio, ámbito dislocado en una vulneración volcánica de piedras, de desaliño mineral. El tiempo, en cambio, se encuentra como detenido. Me atrevería a decir: como fosilizado. Uno siente aquí, en medio de esta erosión lunar, que la inmensidad de la eternidad está presente y que no importa, por lo tanto, la pérdida del tiempo que tanto preocupa a los europeos.

Recuerdo de la blancura del tiempo, como la llamaba Thomas Mann, de ese tiempo extendido y llano, en donde no sucede nada histórico, y el quehacer humano está modulado en una monótona melodía que se repetirá fatalmente "todos los días", hasta el fin de los siglos.

¿Qué he dicho? ¿Cómo osé hablar de siglos y de la muerte del tiempo contabilizado por lo que podríamos llamar la comezón histórica? Sentimos en nuestras almas maceradas por la cultura occidental un verdadero prurito por detener el instante y "marcarlo", diferenciándolo del instante que sobreviene y del instante que ha pasado. Somos almas historicistas pugnando siempre por la exacta medida del tiempo.

En este paisaje de derrumbe, que trae a la memoria los más horribidos cataclismos aurales del planeta, el tiempo no existe. ¡Nuestra única riqueza no existe! Da una especie de pavor consignarlo después que se ha sentido, en volandas sobre el cuerpo metálico del avión, esta sensación desconocida.

Dostoievski hablaba del aura que precede a los ataques epi-

lépticos. Es una embriaguez de sabroso regocijo la que envuelve al paciente de dicho mal en esos instantes. ¡Oh fugitivo instante...!, detente, habría dicho Goethe. La aspiración suprema de la poesía y del arte, en general, no es sino la casi siempre frustrada empresa de capturar ese instante de aura. Aura, no lo olvidemos, es sinónimo de aurora.

El DC-4 del Lloyd Aéreo Boliviano en que viajábamos ha cobrado enorme altura, herido por el sol que brilla sobre las nubes. Vamos más o menos a siete mil metros y, acaso porque estamos amenazados de asfixia, me siento estremecido por una diabólica irresponsabilidad. ¿Qué es la vida, y sus mínimas labores? ¿Qué es el tiempo y para qué capturarlo con las vanas mallas de nuestra sensibilidad?

No otra cosa le ocurría al burgués de la pequeña mancha húmeda, el joven Hans Carstop cuando se negaba a mantener los tratos protocolares —temporales iba a decir— que exige la civilización occidental. Esto llenaba de asco y zozobra a su buen amigo Septembrini, caviloso racionalista mediterráneo. ¿Será ésa la atracción de la alta montaña que incita a tantos jóvenes nuestros a la sacrificada práctica del ski? La verdad es que nunca comprendí —y lo digo honradamente— a estos jóvenes cuando los veía en las frías mañanas de invierno dirigirse a la cordillera. Ahora, por intuición, lo sé. Van a embriagarse al más maravilloso bar del mundo, en donde se pierde el tiempo de veras, tal ocurre en cualquier otro bar, y se gana en espacio, privilegio de ciertas razas inmemoriales solamente.

Las personas que beben alcohol en abundancia saben, al igual que los místicos, de estos elementales deliquios. Por algo muchos poetas han demostrado una desmedida afición por las gimnasias etílicas. Habrá por eso que perdonarle a Poë, a Verlaine y a otros

muchos, esa deplorable y antisocial afición. Es, con perdón de San Juan, una afición mística.

Ahora comprendo por qué esta gente adoraba el sol. Las tradiciones mágicas nos hablan de un sol negro. *Le soleil noir de la mélancolie*... Era un sol anterior al nuestro, a este sol burgués que nos divide el tiempo y nos obliga a madrugar. ¿Habrá algo de ese recuerdo en las miradas ignotas de los indígenas del gran páramo boliviano?

Mucho les llama la atención a los europeos que nos visitan, esta despreocupación americana por el tiempo. Cuando veo a los indígenas de la hoya paceña marchar con irresponsable naturalidad, como olvidados de todo, comprendo que yo, también, aunque en medida distinta, soy americano. En la poesía, en la novela, en casi todas las expresiones culturales de América domina esa despreocupación. Y en nuestra música no hacemos otra cosa que desprendernos hacia el espacio, hacia la danza que no es sino música coloreada y plástica.

Mucho de esto he aprendido en mi breve viaje por la meseta. No quiero, con ello, expresar nada más que una verdad interior, que a mí me sirve y que muchos viajeros, acaso, han sentido con fuerza más intensa. Ayudado por esta palanca de intuición puedo, a lo mejor, auparme al conocimiento superior de esta realidad chocante y extraña, que se extiende como una "cosa" primordial alrededor de las alas del avión en marcha.

EL ARTE DE LEER

¿Por qué no, si se han escrito tantas artes sobre las más variadas e insólitas actividades de la mente humana? Recuerdo al azar

el libro de cetrería, es decir, de la caza por medio del halcón, que tan refinadas reflexiones inspiró a Ortega y Gasset en un notable ensayo. Recuerdo también —y cómo no hacerlo— el célebre "Arte de Amar", de Ovidio, en el que el poeta latino vacía su plural experiencia de hombre psicosexual imaginativo. Y "Las Artes Escritas", por Jonathan Swift, en las que aún reverdece, con primaverales instancia, su crítica mordaz a la sociedad de todos los tiempos. El "Arte de robar a los patrones", por ejemplo, admonitoria advertencia pedagógica, dedicada a los lacayos, doncellas y demás gentes del servicio doméstico. En esas páginas se les enseña a vengar todas las injurias inherentes a sus postrados cargos: como escupir a tiempo sobre el plato del soberbio engreído en sus millones y cómo probar, a la chita callando, los mejores cigarros y los más especiosos licores del patrón. También escribió Swift un libro destinado a enseñar el arte de las funciones más secretas: lo intituló el arte del gabinete. Traducción literal es la que hago por no caer en la escatología.

¿Por qué no, pues, un arte sobre la lectura? Son pocas las gentes que saben leer, aunque sepan curiosamente unir los signos que en el papel señalan a la articulación de los sonidos del lenguaje. Misterios son éstos que en plena civilización del papel no logramos aún entender en toda su brillante miseria. Caen en nuestras manos tantos papeles escritos, que la misma pródiga abundancia invita, en cierto modo, al desconcierto. Así sucede que hay gente poco curada de espanto en dicho sentido y que pone el mismo entusiasmo para leer un trozo de antología que para indagar en las seductoras promesas de la página hípica.

Los libros, como las partituras musicales, deberían marcar el compás en que deben ser leídos. No se me alegue que todo libro marca su ritmo interior, mediante el interés o el desgano que pro-

voca en el lector. La mayoría de los lectores son seres desprovistos de dicho exacto metrónomo del interés literario.

No se lee, por cierto, una novela de intriga o de capa y espada a la misma velocidad que un tratado de filosofía. Hace poco me tocó leer dos veces una misma novela. La primera vez en la copia estenográfica y debí, en consecuencia, demorar mi ritmo de lector para entender más claramente las innumerables tachaduras. El ritmo, lento, desde luego, no favorecía a este libro. Se destacaban en su texto las faltas de sintaxis, los errores de concordancia y, en fin, todo esos defectos que por lo general afean a las obras de autores noveles. Más tarde, en una edición esmeradamente impresa, me cupo leerlo por segunda vez. ¡Y, oh, maravilla del ritmo, noté que la novela crecía y escapaba por las brechas abiertas de la red crítica en que quedó enredada en la primera lectura!

Se trata de una novela escrita para ser leída a toda velocidad. Es una lástima que la inobservancia del signo musical, puesto en la tapa, pueda desvirtuar en el ánimo del lector no prevenido el compás exacto en que esta interesante novela debe ser leída.

Muchas veces cuando niño me quedé pensando en las misteriosas frases italianas que abren el curso melódico de una partitura. Esos "andante con troppo" y esos "andante cantabile" me parecían ociosas fantasías literarias, inadmisibles en un músico. Posteriormente, en clases elementales del Conservatorio penquista, supe que todo aquello, expresado en la armoniosa lengua del Dante, cumplía una justificada misión.

No sé si la lengua italiana pueda servir para el caso de los libros. ¿Sería conveniente poner en la portada del libro que antes comentaba un "allegro vivace"? ¿daría la lengua italiana en el ritmo que, en mi segunda lectura, le concedía?

Pasa con la obra literaria y con todo lo que se expresa por

medio de palabras lo mismo que ocurre con la pintura. El pintor de antes del Renacimiento, un Mantegna, un Bellini, si acaso, ponía en la confección de los detalles el mismo ardiente fervor que en la composición total del cuadro. Los paisajes miniaturescos que sirven de fondo a las figuras de primer término en un cuadro prerrafaelista admiten el examen del microscopio. No pasa otro tanto con los pintores modernos.

En la misma forma el autor moderno descuida el primor de los detalles y, en su ansia de "expresar", olvida hasta las más elementales condiciones del idioma que le sirve de instrumento. Los libros que aquí en Chile se han publicado, salvo dos o tres notorias excepciones, constituyen todos ellos peligrosas innovaciones gramaticales que habrían puesto de punta los cabellos a Lope y Cervantes. Jóvenes bien dotados, amarizados en tiernas olas interiores, atropellan las leyes más o menos elásticas del castellano y se dan infulas de ser solamente "expresivos" de una subjetividad un tanto doliente.

Pues bien, a estos jóvenes hay que leerlos a velocidad supersónica. De esa manera se escapan las vaguedades, la turbiedad del verbo mal adaptado al substantivo, y todas las malezas desaparecen; queda la visión del conjunto, lo cual puede a veces pasar por bouquet, aunque sea simple manojo de hortalizas.

Todas estas peregrinas divagaciones las podemos ajustar aunque en otra medida, a las producciones periodísticas. Jamás, se lo aseguro, he pedido para mí el mismo ritmo, un tanto linfático, que todo lector serio debe poner en su metrónomo interior para leer un sesudo editorial. Comprendo que en esto del ritmo sería preferible que me leyese supersónicamente o que, tal vez, no me leyese. No sea que al aplicar con malicia el microscopio, la miniatura del fondo resulte grotesca caricatura.

Y no apliquemos jamás la velocidad indiscriminadamente, tal recomendaba en su artículo el "Reader's Digest". Leamos con parsimonia, mientras el interés y la emoción verdaderos metrónomos al cabo, nos dictan el "andante in crescendo" que caracteriza a toda buena lectura.

OTRA VEZ LA PRIMAVERA

Cada vez que la primavera retorna al mundo, a nuestro mundo del hemisferio austral, y deposita en las pupilas un fulgor de renovada energía, copia del verdor que comienza a despuntar en los árboles, siento un extraño temor, de origen acaso religioso. Me parece que este anual metabolismo de acelerado color, de brioso ímpetu, puede ahondar antiguas trizaduras. No podríamos olvidar que fue en esta estación luminosa cuando sentimos, por primera vez, el impulso del amor, del primer amor, prueba nefasta que, no obstante, recordamos con nostalgia.

Son muchos los seres, entre ellos los poetas, que han cantado las excelencias de la juventud, y pocos los que, con aliento de verdadera seriedad, la han despojado de sus convencionales atributos. Siempre se ha intentado rodearla de galas convencionales, diciendo que es la edad de la alegría y de la dichosa irresponsabilidad. Por cierto, olvidan que, por lo contrario, es cuando más se sufre y cuando más adquieren ímpetu negativo las pasiones. Sin embargo, la verdad es que nos cuesta faltar a esta convención y que, por esta razón, sin duda, continuamos afirmando dicha especie. La visión de los jóvenes más o menos felices con que tropeza-
mos en las calles nos induce a olvidar que, muchas veces, esa pre-

tendida felicidad exterior no acuerda con lo que dentro de sus almas está ocurriendo.

Así, en esta primavera, juventud del año como alguien la llamó en italiano. Al presenciar el espectáculo de un vergel que yergue sus cabezas esmeraldas tocadas de flores, ignoramos la rabiosa pasión genésica, el mudo combate que se libra bajo la esplendente superficie. Toda la tierra se ha sacudido en un prolongado cataclismo de savias, de gérmenes y licores nupciales, para que aparezca la flor que nos perfuma con su aire de gratuita inocencia.

De estos combates ocultos quedan residuos en la mente, cadáveres que permanecen insepultos como las hojas que el ábrego ha aventado. Es fácil explicarse, de esa manera, el hecho que ha inducido a los poetas a la intolerable semejanza que establecen entre las hojas y el verdor de ciertas ilusiones primaverales. En los días que corren, ningún poeta que se respete incurre en el ya manido remanente de esa imagen que nos parece pueril; pero, no por pueril, engañosa. Aunque rechazada por la poesía, esta imagen no ha dejado de constituir una verdad.

Témole, por eso, a esta brisa que acaricia y envuelve con el polen aromadizante de que va harta. "Rhume de foin", dicen los franceses. ¿Por qué no romadizo del corazón? Témola, aunque mis temores sean retrospectivos y para alhajarlos necesito poner toda la buena voluntad de mi memoria sentimental.

La primavera, al igual que la juventud, está prestigiada por una cantidad enorme de mentiras. Bellas mentiras que hemos ido, consecutivamente como las flores que se dejan sobre los túmulos, abandonando.

La llegada de esta primavera me ha sorprendido frente al mar. El mar curiosamente inquieto en su quietud milenaria. El mar es lo único, con el fuego, que jamás aburre. Reina en él una supre-

ma libertad, tal en la llama. Los poetas siempre han recurrido al mar y al fuego para describir el libre desinterés del amor.

La primavera despierta en todos nosotros, seres arraigados a costumbres no siempre gratas, una periódica ansia de libertad. Un aire de dulce bohemia nos sacude los cabellos, y aun el más pacífico ciudadano experimenta insólitos deseos de barricada. La primavera, como el fuego, como la juventud y como el mar, contiene en su cápsula una dorada semilla de libertad.

Mientras pienso en esto, he dejado sobre las rodillas el diario, ahíto en esta oportunidad de inquietantes noticias. El pueblo argentino lucha por su futuro. Siempre los pueblos salen a la calle cuando la palabra libertad se pone en juego. Instintivamente, sin reflexión que los mantenga dentro de los límites justos. A veces no entran a averiguar si quien usa el pregón libertario lo hace con la real y verdadera intención de cumplir las promesas hechas en el momento culminante de la lucha.

Bien quisiéramos que esta primavera sea augural para Argentina y que los resultados de la lucha guarden relación con el número de víctimas producidas. ¡Ojalá que la sangre derramada sea abono fructífero y no mancha delatora como le ocurrió a Macbeth!

No es extraño que acudan estos pensamientos a mi mente en la clara inminencia del verdor primaveral. Como ya lo he dicho, la primavera tiende a abrir, con su impetuosa avalancha, compuertas cerradas del espíritu. A mí me ocurre, por ejemplo, que hasta las más dispersas motivaciones de mi mente adquieren, en forma extraña, este cuerpo central de divagación primaveral.

LA VOZ Y EL MICROFONO

Era muy niño cuando mi padre llevó a casa la primera vitrola, romántico aparatito movido a manubrio y por cuyo parlante se exhalaban melodías como "Sonrisas", el foxtrot que bailaban los soldados americanos en sus días de asueto, en París, durante la guerra del 14. Ya estaba algo añejo el citado foxtrot, pero a mí me conmovía con una extraña vibración que más tarde, con el devenir de los años, he juzgado de índole romántica. También podíamos escuchar aquello de "la gran ciudad...", melodía inolvidable de la opereta "La Danza de las Libélulas", sin tener a la Inés Berutti por delante, lo cual era una desgracia que más o menos se podía tolerar en mérito a la novedad de la misteriosa caja emisora de sonidos.

Pero como era muy niño, más que todo eso, cautivaba mi atención el sello del aparato. Anda tan divulgado por el mundo que casi es obvio describirlo. Era el célebre "master voice", el perro que escucha, con dócil lealtad perruna, la voz de su amo.

Nunca en ese entonces creí posible que alguna vez me tocara ser el propio perro de mi voz. Uno jamás se escucha, al menos por los oídos. Nos escuchamos, por decirlo así, desde adentro. E imaginamos las cosas más locas y gratuitas de lo que es nuestra propia voz. A veces, sobre todo cuando estamos bajo la iridiscente caricia de la ducha, nos creemos poco menos que Carusos incomprendidos. Los aullidos que entonces damos, con grave riesgo auditivo del vecindario, los tenemos por grandes proezas líricas. A propósito, recuerdo que en cierta ocasión se dijo un gentil elogio de la calidad de Bing Crosby, el gran cantante norteamericano.

—Canta tan bien —dijeron—, tan bien como usted cree hacerlo a la hora de la ducha helada.

Pero decíamos que nadie conoce o muy pocos conocen su propia voz. En eso nos parecemos todos a los que roncan en la noche y que interrumpen con sus atronadores ruidos, dignos de un avión DC-6, el tranquilo sueño de la infeliz cónyuge que comparte el tálamo. Se allanan a creer al día siguiente en la veracidad de los reproches que se les hacen. Así nos ocurre con la voz. Como la oímos desde una lejana y oscura conciencia, ella nos parece cargada de luz. Y tendemos a creer que el más ligero grito emitido es un llamado de la selva a la manera de Tarzán.

Un día, como ya lo he dicho, me tocó ser el propio perro de mi voz. Quedé sobresaltado y molesto. ¿Eso era mi voz? ¿Así me escuchaban mis amigos y, sobre todo, una linda personita? ¡Caray! Aquello no era voz, ni nada. Era una compasión, una mezcla de letanía de Semana Santa y de mala oratoria estilo Plaza Artesanos. No. Decididamente el aparato tenía alguna pieza descompuesta en su interior.

Salí a la calle, decepcionado y furioso con el operador que en la radio estación había tomado, con tal resuelto mal espíritu, mi voz en la cinta grabadora. Me encontré con un poeta y le pregunté si había pasado por tan desagradable experiencia.

—Desde luego —me dijo—. Cuando uno se escucha a sí mismo da terror. Es casi como escuchar la voz de los antepasados.

Nunca esperara tan delicada como exacta respuesta. El asco que me infundió escucharme deriva en gran parte de la vieja tradición germánica, citada por Gerardo de Nerval en uno de sus libros, esa horrible tradición que dice que "cuando uno ve su doble es que, de seguro, va a morir". Hay algo de "doble", en un sentido puramente metapsíquico, en esto de escucharse a sí mismo. La voz queda distante, alejada de la columna de aire que uno está expulsando en esos precisos momentos y forma una especie de exis-

tencia independiente, aparte. Podrá estar allí, repitiendo con isó-cromo compás las palabras dichas muchos años antes de que la muerte nos sorprenda. Y, sobrevivirnos.

Son estos los pequeños milagros que nos ofrece la técnica moderna y que a una conciencia no despojada por entero de lo mítico inunda de sobresalto. Porque la verdad es que uno termina por aceptar todos los milagros. Y en esa tesitura es fácil reírse de la angustiosa leyenda germánica del doble y desterrarla de la imaginación como cosa anticuada que ha perdido vigencia.

En esta posición, el hombre moderno ha terminado por desterrar de su alma toda posibilidad sobrenatural. Ahora se graba la voz por una suma módica y, que yo sepa, a nadie aquello le produce, no digo asco o terror, sino la más mínima reflexión. Tal nos pasa en el cine, cuando vemos en la pantalla el rostro ya mordido por los gusanos de Leslie Howard. El hombre ha perdido la sana costumbre de sorprenderse.

¿La ha perdido? Son muchas las gentes que ya están al día en todo lo relacionado con los viajes interplanetarios. Aquello les parece natural de anticipado. Lo esperan como si se tratara de una justa y consecuencial recompensa de algo que nos falta. La técnica lo quiere así, piensan, y en esa glorificación de la técnica se pasan el tiempo.

Todo esto debe ser porque yo nací con los inventos, o por lo menos cuando la ciencia desinteresada, imaginativa y poética comenzaba a proyectarse sobre el uso utilitario de las grandes técnicas. Por eso mis terrores míticos ante todas estas cosas los confundí un poco con los terrores de la niñez. ¿Qué hacerle? Estos niños de ahora no sienten, en un sentido de valoración metafísica, lo que yo sentí cuando escuché, por primera vez, los halagos de la onda hertziana. Para ellos es tan obvio todo eso que acabarán, sin

duda, por estimar que sólo eso, tan sólo eso, es la naturaleza. ¿La radio? Bueno, es algo como el árbol, como el río, algo que está ahí y que crece de cualquier endemoniada manera.

Generación romántica, la mía.

LA FIESTA QUE NO TENDREMOS

Antes el año quedaba dividido, por la fiesta primaveral, en dos partes. La una, gravitaba con feroz instancia sobre el año, sumando en sus meses el quehacer ingrato, al frío del invierno; restaba la otra parte, y era ésta como un sonreír después de sacar la cabeza desde un largo chapuzón. Eran los meses restantes, como la flor que aparece en los desnudos brazos del árbol; pura fiesta, ardiente regocijo y turbia espera de los exámenes finales. Se hablaba de la reina y de la corte. Ya podía Pitágoras esperar.

Unica y florida vez, me tocó ser poeta laureado en uno de esos concursos de loa y elogio. La reina era una chica de nombre Minerva. ¡Yo una vez canté a la diosa de la inteligencia! Una diosa que andaba por el mundo, con un certificado de registro civil en las manos y que se empeñaba en demostrarnos que nunca había sido otra cosa que alumna de Liceo fiscal. Pero yo cantaba a la diosa enigmática que escondía su traje de colegiala, diosa nueva y reciente, de mala pronunciación andaluza, pero diosa, después de todo. Cuando me acuerdo de ese tiempo —y suele sucederme a menudo— no me veo como soy ahora o, quizá, como ustedes me ven a través de la caricatura de Tadeo. Me veo espléndido y gozoso, un poco grave, tal vez; un poco atareado por el hecho elemental de la existencia, pero lleno de solicitudes vitales... ¿No fue entonces cuando me enamoré por primera vez?

Debe haber sido una chica muy grave, y acaso un poco tonta, la que puso sus pupilas sobre mi desmañada persona. ¿En qué rincón del mundo sobrelleva actualmente el dolor de existir? Me gustaría saberlo.

Ya no hay fiestas de la primavera. Eran nuestros días saturnales, en cuya órbita de alegría podíamos escurrir un ápice de nuestro desdeñoso y trivial contacto con la vida. Aunque en rigor la persona no es sino máscara —es eso lo que en griego significa persona—, siempre necesitamos del disfraz. Del adecuado disfraz que nos moldee los escondidos deseos que la época, el ambiente y otras muchas circunstancias nos impidieron desarrollar. Tengo un amigo que, de haber nacido a comienzos del siglo veinte, habría sido el Barón de Charlus, el héroe turbio de Marcel Proust. Y tengo otro que debió nacer en la Regencia de Luis Felipe de Orleans, para conversar con abates corrompidos y establecer ideal correspondencia epistolar con una Madame de Dudefand, al igual que Horacio Walpole. La vida condenó a uno a no llevar chistera y al otro a no llevar tricorno. ¿Por qué esa injusticia? Para restablecer su equilibrio estaba la fiesta de la primavera, el carnaval chileno. Mis dos amigos pudieron entonces satisfacer el latente anhelo que adivino en sus rostros, el uno estragado y vicioso, y el otro lleno de racional frivolidad...

Con la fiesta de la primavera me ocurre algo curioso. Cada vez que veo un camión de carga, por más vulgar que sea su atuendo, me asaltan risueños y plácenteros recuerdos. Son como los reflejos condicionados de que hablaba el fisiólogo Pavlov. Si a un perro se le acostumbra a mezclar el hambre o el deseo de comer con un estímulo determinado, cada vez que se aplica dicho estímulo aparece en el animal el deseo de llenar la panza. A mí me ocurre parecido transporte anímico cuando veo un camión. Me

acuerdo de la fiesta de la primavera. Es decir, en síntesis, recuerdo los carros alegóricos y me dan ganas de cantar los absurdos versos que se cantaban, hace años, en los perecederos días del festival.

Sin embargo, el recuerdo más penetrante que tengo de la fiesta primaveral es de carácter angustioso. Fue una de esas noches frías, de intensa desolación que vienen a menudo en Santiago después de un día de extremada culminación térmica. Me encontraba en una fuente de soda con algunos amigos, tratando inútilmente, al borde de unas botellas de cerveza, de prolongar el júbilo de la víspera. De pronto entró al establecimiento un salvaje. Es decir, no un salvaje, sino un ingenuo habitante barrio Pila o Tropezón, vestido a la usanza más o menos sumaria de los terráneos del período neolítico. O como él, dentro de su inocencia, imaginaba que pudo ser dicho ropaje. En una palabra, no llevaba otra vestimenta, fuera de las pinturas faciales, si es que vestimenta son los tatuajes, que un simple taparrabos. Eran las cinco de la mañana y el cuitado tiritaba como ciertos condenados del infierno danteresco. Según nos explicó, se había extraviado del resto de la tribu, todos ellos buenos vecinos del barrio. Y de acuerdo con nuestras sensaciones olfativas, pudimos comprobar que no sólo andaba extraviado, sino que lo acompañaba un misterioso personaje: el "Gorila". Después de arreglarle el cuerpo con unos sorbos de café caliente lo pusimos en un taxi.

Es la imagen doliente y trágica que conservo de la fiesta de la primavera. Si fuese estudiante oficial —internamente nunca he dejado de serlo—, pocas ganas tendría de organizar un festival de primavera, después de esa activa y conmovedora imagen. Es como el cuadro que pinta Eugenio Sue, ese gran escritor tan olvidado, en su novela anticlerical "El Judío Errante". La fiesta en los momentos que llegaba el cólera a París, después de trazar un maca-

bro itinerario por el continente euroasiático. O como la descripción de Poe en su "Rey Peste"... Aquel desmedrado habitante de un barrio santiaguino, vestido de salvaje, era en realidad un pobre residuo del carnaval. No merecía ni siquiera ser salvaje. Ebrio y perdido en la marea nocturna, era en verdad un triste resultado.

No obstante, yo amo las fiestas de la primavera. Me figuro que si fuera colegial, este año no estaría completo para mí. Algo se habría omitido en el calendario cordial, algo que, sin duda, ya nadie echa de menos; la fiesta, el rito de la fiesta, la ceremonia de la fiesta. ¡Oh lujoso derroche de los sentidos!

*Porque la reina con mágico celo
rejuvenece todos los viejos calendarios.*

Así decía yo a los dieciocho años. Creo que hoy no podría decirlo mejor. Sentimos en el alma un deseo de acatamiento y de elogio; lo sentimos como un anhelo frustrado todos los que andamos dispersos por el mundo, sin encontrar a nadie a quien elogiar, ni a nadie a quien acatar. Porque ellos, los seres mitológicos, los verdaderamente grandes, los Prometeos de la vida moderna, o se han muerto o están muriendo... Ortega y Gasset, Thomas Mann, Schweitzer, y otros. ¡Nos hace, en realidad, mucha falta una reina a quien cantar aunque sea una chica del Liceo Tres!

INVITACION AL VIAJE

La literatura de los viajes es infinita. Nadamos en un verdadero piélago de papel, que nos hace recordar las innumerables aguas de un gran océano. Sobre este océano se ha deslizado el

barco de Ulises, Robinson Crusoe y del Capitán Ahab, el héroe de Melville. Dice Freud, por ahí, que en todo deseo viajero, inmigratorio y solicitante se esconde la atracción perdurable del seno materno. El océano, real y presente imagen de lo eterno femenino, nos invita en forma constante a la evasión de la rugosa realidad, en cuyo dintorno operamos, querámoslo o no.

Hay veces en que uno, no sé por qué transporte ubicuo, se siente transido de nostalgia. Mucho se ha abusado de esta palabra, en cuyo descrédito ha cooperado cuanto poeta de mala muerte anda por el mundo. La pequeña isla, situada en donde se curvan los meridianos, continúa atrayendo con su evanescencia mágica la mente de los hombres. En todos nosotros se esconde el personaje de Kaiser, el cajero de banco que huye y que reclama, ansioso, en otras tierras, su cuota de felicidad. Sabemos lo que le ocurrió al desventurado personaje: se encontró, de pronto, con que el mundo era demasiado estrecho para sus anhelos.

Pero el ala del Albatros de Baudelaire prosigue golpeando en el ojo de buey de la fantasía y allí espuma, como extrayendo de un profundo sortilegio, la figura salina de un esbelto mascarón de proa.

Son estos días de sol, con el áspero regusto de la primavera, olor a tierra y a fresa, sombría humedad, los que nos tornan volubles y nos hacen a menudo equivocarse los pasos y nos conducen a sumergirnos en las dulces sábanas. Allí está el sueño, supremo viaje para los que no viajamos, única alfombra mágica del transido sedentario.

Hace algunos días —mencionar la fecha está de más—, me tocó pasear por el Cementerio General. Allí, dispersos y maduros, están los verdaderos viajeros. No es por acaso que se me viene a mientes este tropo de dudoso gusto. En general, me es gózoso fre-

cuentar las palabras en su sentido más directo, por peyorativo que sea éste. No es por azar, sin embargo, que pensé en los viajes mientras me dejaba llevar, conducido por la avalancha de público, a través de las avenidas mortuorias. Recordé mis lecturas de Freud, practicadas en largas cimarras espirituales en el cementerio de la ciudad de Concepción. Y entonces recordé, también, la alusión materna y como mi madre... Bueno, en el cementerio de Concepción descansan mis padres, transformados hoy en viajeros eternos. La muerte, según la concepción freudiana, tiene un gesto seductor.

Recordé, con dulce emoción las palabras escritas por Ernesto A. Guzmán en el frontispicio de la necrópolis penquista. Ernesto A. Guzmán, que obtuvo prólogo de Miguel de Unamuno para uno de sus libros, es hoy el gran olvidado. En cierta ocasión quise entrevistarle para una revista de arte. Nadie supo darme la dirección exacta de su domicilio, en donde a edad avanzada continúa sin duda el viaje sin término de la poesía.

Tierra de corazones que han sufrido.

Humanizada tierra, aquí ha salido,

en la flor hecha carne, perfumada

a invadir los senderos... La pisada

sea blanda y piadosa peregrinos.

Porque no se lastimen los caminos...

porque no se lastimen los caminos. Pero en este día frutal, con aire pagano, nadie se preocupa de no lastimar los caminos. Los caminos en este día han recibido el vendaval de la vida, con todo lo irrepéstuoso y agresivo que ésta arrastra consigo.

Pero hablábamos del viaje y de la muerte, la gran capitana como la llama Baudelaire. En los días primaverales, se sienten in-

finitas ganas de viajar. ¿A dónde? Al país de los feacios, tierra en donde no existen, como dice Homero, los flechazos del deseo. Allí están suprimidas todas las ambiciones y quedan quietas las veleidades. Tal vez aquello no se encuentra sino en el seno misterioso de la muerte, anchura ría para el barco de la existencia.

Por otra parte, allí están las sollicitaciones del barco pintado en los afiches de las compañías de navegación. Muelles asientos en cubierta, muelles cabinas, "maternales", oscilando sobre la verde procela. El mundo se muestra lozano y abierto para la mirada que se deja enternecer por los halagos de estos afiches destinados a inquietar los bolsillos bien provistos.

—Es curioso —me hacía notar un amigo—, la abundancia que existe de chilenos con anhelos de fuga.

—No son los chilenos recién llegados —me adelanté a responderle—, los que sienten esos anhelos deambulatorios. Son los chilenos antiguos, los que cargan cuatrocientos años de chilenidad en las espaldas, los que verdaderamente sienten la necesidad de desplazarse. ¿Por qué? Porque en ellos se ha establecido el equilibrio exacto entre la intimidad espiritual y el paisaje que los rodea. Se han europeizado en el largo transcurso. Los otros, por lo general, están viviendo, llenos de gozo, la aventura americana. Se dedican, *sensu estrictu*, a "hacer la América". Nosotros ya la hicimos, es decir, la hicieron para nosotros los abuelos. En cierto modo, somos patricios, herederos, "señoritos", tal diría Ortega y Gasset, y prestamos poca atención a los asuntos monetarios, la gran aventura del continente. Hé ahí la razón que moviliza a cuanto chileno antiguo existe a idear fugas hacia Europa. El mismo Blest Gana la sintió en grado extremo.

Por eso, no tiene nada de extraño que esta primavera me haya sorprendido, en un primero de noviembre, junto a la gran ca-

pitana, esperando una señal de su grumete para embarcarme en su sombría embarcación. Pero no. Esta invitación al gran viaje no la acepto. Prefiero inclinarme, de nuevo, sobre los afiches que muestran a un barco corpóreo, cargado de ilusiones humanas y que tiene un itinerario conocido sobre el piélago del mundo.

REFLEXIONES DEL HUMO

Me es difícil creer que existen personas de habla castellana que nunca hayan oído hablar siquiera de Pérez Escrich, uno de los más fatales y prolíferos folletinistas españoles de la pasada centuria. Este hombre abarrotó la imaginación de las costureras, de las señoritas deseosas de aventuras románticas, y de todos aquellos seres a quienes la vida ha arrinconado dentro de un destino sórdido. Lo recuerdo, porque en una de sus más infames digresiones dice más o menos lo que, ya templado por el juicio, resulta de una comicidad astracanante; se niega a admitir el descubrimiento del continente americano sin imaginar un buen tabaco habano en la boca del ilustre descubridor. Se trata de un sumario elogio de los placeres del tabaco. No creo que se pueda decir más para elevar este placer a una categoría casi metafísica.

Es bueno meditar un poco sobre este placer inocente que tantas reprimendas nos costó en la niñez. Ningún padre quiere que su hijo fume. O, tal vez, para ser más exactos, prefieren que sus hijos no fumen. "Es un vicio tonto", declaran. "Un vicio que sólo demanda gastos".

Yo no diría que el tabaco, aun en su empleo más inveterado y extremo, constituya un vicio. Es fácil, mucho más de lo que habitualmente el fumador cree, desprenderse de las finas volutas de

su férula. Este nos indica hasta qué punto el hábito orgánico que el deleite de fumar produce es somero, superficial. Basta, a lo sumo, el lapso de un mes para desafiar un dominio que en las primeras horas de abstinencia consideramos imperioso.

"Le estás quemando los pulmones a tu padre", solía decirme mamá cuando la tradicional aquiescencia materna me toleraba un cigarrillo a la edad de dieciséis años. Con esto, parecía invitarme a pensar que no ganando todavía el dinero para subvenir el placer, no había adquirido el derecho a disfrutarlo. Mi padre, en cambio no. Para él esto era una cuestión de principios. Lo cual no le impedía lanzar deliciosas bocanadas de "My Lord" ante las envidiosas palpitaciones de mi adolescente pituitaria. ¿Qué principio era ése? A veces creo que, de tener hijos, tampoco les toleraría fumar en mi presencia. ¿Por qué? No me lo explico. Las razones higiénicas que se invocan al respecto son de dudoso valor.

Otra razón que me hace pensar que el disfrute obtenido con la expelencia e inhalación correlativa del humo del tabaco es apenas un vicio menor, de bajo fuste y bordo, es la falta de clandestinidad con que la placentera faena se realiza. Por lo general, los vicios buscan el recato y la sombra. Son como los vicios de Dorian Gray, que Wilde olvida ponerlos en el tapete de la lectura y que la fantasía del lector, según sea poderosa o no, debe llenar, como quien arroja una baraja. Los poseídos por el demonio del alcohol terminan siempre por ser grandes solitarios, empujados en la barra del bar, sin más compañía que la caña gloriosa y la creciente hipocondría. Los otros, los de la tertulia bullanguera, aunque ebrios también, son ingenuos principiantes que bien pudieron estar en las "kermesses" de Rubens, donde en rigor lo que se celebra no es el alcohol, sino la ufanía de estar vivos.

Pero vamos a lo nuestro... ¿Por qué se fuma? ¿Por qué tan-

tos millones de hombres y mujeres destinan un tan alto presupuesto de energía vital y económica al consumo del tabaco? Los auténticos y empedernidos fumadores aseguran que aquel que no aspira el humo y que no lo siente llegar hasta el interior del organismo, no conoce su egregia delicia. Es eso tal vez lo que hizo pensar al donoso Pérez Escrich de marras la frase sobre Colón, recordada más arriba.

No obstante, no son pocos los que declaran, por lo contrario, que la corriente principal de este placer de fumar se deriva del espectáculo del humo, masa incorpórea al tacto y que en sus comienzos la física desdeñó. La poesía, tanto la alta como la baja, no ha escatimado versos para elogiar el humo, en donde la volandera "loca de la casa" divisa todo género de fantasmagorías. El placer del humo nos remontaría, en cierto modo, al período de la adoración del fuego, de quien el humo es como hijo abyecto.

Porque amamos el humo sólo en la cuenca de una pipa o en la candente extremidad del cigarrillo. Dejamos para protestar, para llenarlo de invectivas, al que proviene de las entrañas de la fábrica. Hasta se han escrito libros sobre la transformación sufrida por el idílico paisaje después que la ingeniería mercantil introdujo la fábrica y con ello, el humo desdorado.

La verdad la oponemos al humo. Para ocultarla se tienden cortinas de humo, y entre sus pliegues creemos entrever siempre a algún Polonio intruso que nos atisba. En la actualidad, la expresión "cortina de humo", sacada de las actuales tácticas guerreras, ha llegado a formar un tópico. Con esto, no se quiere decir que nos importe mucho la verdad. El mal de la época, precisamente radica en una indiferencia casi enfermiza por la verdad. Cuando la gente protesta por la cortina de humo, es que ella misma la está tendiendo sobre sus ojos. Existen organizaciones incluso, en que

este fenómeno es de incesante aparición. Y todos, con una conciencia de viejos fumadores, nos sumergimos en la molicie de las engañosas volutas. El "fumista", el que vive de ilusiones, de trapa-cerías constantes, es un personaje corriente, con el que tropeza-mos a diario. Por eso, no hay nada en el mundo que ofenda más, que saque más de quicio, que la voluntad abierta de desenmas-carar, de extirpar las caretas. "Son cortinas de humo", dicen. "Algo están ocultando estos bribones". No pueden concebir que exista sobre la haz de la tierra, una voluntad así entrenada, con una se-ria determinación de abolir la humareda introducida en los pisos superiores del espíritu.

EL CARA DE GALLO

"Está picando el cara de gallo", me dice el amigo, mostrán-dome el cenit esplendoroso. Se refiere al sol, padre de la vida jo-cunda. Es el mismo Dios que diezmó a las huestes griegas frente a Troya, cuando Aquiles de Peleo se disgustó con el Atrida Aga-menón por un asunto de faldas. Peligroso enemigo. A la par que la vida, puede diseminar la peste. No otra cosa fue, al parecer de muchos, el raudo aluvión de flechas que el enojado Apolo descar-gó sobre las espaldas aqueas.

El cara de gallo... ¿Verdad que es hermosa y ocurrente la expresión? ¡Y dicen que el pueblo carece de sensibilidad! ¡Si pa-rece un epíteto homérico! Con razón saqué a mientes los recuer-dos clásicos con que empiezo esta crónica.

A veces he llegado al diario con la tentación de escribir una larga tirada en jerga. Destacar, en suma, las palabras más humil-des de la prosodia común, cautivadas por el encanto del trajín ca-

llejero y del comercio vital. Confieso mi impotencia. Le tengo temor reverencial a las palabras y ésa ha sido, sin lugar a dudas, mi debilidad en cuanto a poeta. Sin embargo, los vocablos que el pueblo ha digerido en el contacto inmediato de las cosas son los únicos resortes que el escritor debería, en pureza, oprimir.

La literatura no ha sido sino el constante esfuerzo de rescate de estas expresiones que abundan en los labios populares. Aquellos que bucean en los diccionarios o en los textos, más o menos convencionales, del período clásico, no componen la flor de leer de los tiempos en que vivimos. Las palabras que andan en el vocabulario común son los destellos de la vitalidad sentimental, cultural y orgánica de un pueblo. De aquí el fracaso estruendoso de cierta compañía cinematográfica en su ensayo del llamado "doblaje" al español de diálogos expresados, originalmente, en lengua inglesa. Deseosa la compañía, de satisfacer las necesidades idiomáticas de un amplio conglomerado hispano, vertía dichos diálogos a una lengua abstracta, desvitalizada. Una lengua que no se habla en ninguna parte. Aún recuerdo, con agrio gesto mnemotécnico, a Charles Boyer diciéndole a su *partenaire*, una hermosa norteamericana: "mi gorriona". El calificativo de gorriona jamás podría surgir a los labios de un enamorado chileno. En todo caso, preferimos oír "darling", "honey" o cualquier otra expresión tierna del vocabulario sentimental inglés.

Sin embargo, en estos términos comienza lo complejo. Las cosas siempre tienden a darnos una imagen simplista. El que someramente las estudia cae en la trampa de creerlas tan simples como aparentan. La verdad es que, al decir que el escritor debe abastecer su idioma de los remanentes lingüísticos del pueblo, no lo hemos dicho todo. Incluso, en la definición de gramática, dada por nuestro gran hablista Andrés Bello, se dice, en forma taxativa, que

el habla se rige por las modalidades de la gente bien educada. ¿Cuál es ésta? Sin duda alguna, el ilustre Bello se refería a los escritores, con especialidad.

En esto del lenguaje, existe también un flujo y un reflujo, tal sucede con las olas múltiples del mar. El flujo llega a los oídos del escritor y de ahí salta, encendido, al papel, confinándose en el escrito. Pero una vez allí, se inicia el reflujo. Salta de nuevo a los oídos del pueblo. Mientras el pueblo, por un lado, está constantemente imaginando, el escritor, por el suyo, se halla en permanente rescate. Y este rescate también puede hacerse en la búsqueda del pasado idiomático. El escritor puede darle boga a muchas palabras que el olvido, injustamente, relegó a desvanes polvorientos del saber humano.

No nos sorprenda, por eso, el aparente barroquismo de ciertos escritores. Hace poco leí una crónica sobre esta dura e ingrata cuestión, en la que se establecía como hecho incontrovertible el artificio del estilo en José Ortega y Gasset. Aparte de que este gran maestro de la lengua fue siempre un entusiasta de la época barroca, a la que llega a señalar como la etapa cumbre de la humanidad, Ortega fue, sin duda, un cultivador decidido de la expresión donosa. Mucho le debemos en ese sentido; muchas palabras han adquirido vigencia intelectual desde el momento en que él las colocó, sin temores ni escrúpulos, como gaviotas intrépidas, sobre las arrogantes jarcias de su prosa.

Si en más de una ocasión me he sentido con anhelo de viajar a España, es para, de veras, estudiar esto del idioma. No soy de los que aceptan el predominio peninsular en estos aspectos y en otros muchos. Pero es bueno saber, por experiencia vivida y no libresca, hasta qué punto nosotros hablamos español o castellano (en esto, no mantengo predilecciones). Me parece que has-

ta hoy la Academia nada ha hecho con respecto a tan importante problema. Más debemos agradecerle a los escritores que se han atrevido a endulzar su prosodia con los azúcares dialectales, miel de la vida.

—Está picando el cara de gallo —me dice el amigo—, y hay gente que ya anda con el gorila.

—Son gente de mala educación —le respondo—. Anda a las cuatro de la tarde como un caballero sólo anda a las cuatro de la mañana.

La expresión "gorila", en cambio, no me gusta. Tiene cierta brutalidad marinera. No olvido, por cierto, que del lenguaje marineró, en los cruces y terminales, se creó la cultura y que ésta, por lo tanto, contiene mucha savia brutal en sus venas robustas. Si no, leed al Arcipreste o a su análogo chileno, el poeta Pablo de Rokha, el único de los poetas que se atreve a decir las cosas con el nombre de los anchos caminos.

¡Bien por el cara de gallo, protector de la vida!

EL VERBO PELAR

La mitad de la humanidad vive preocupada de la otra mitad. La causa que determina esta preocupación es superlativamente conocida. El ser humano todavía es de mucho mayor interés que el resto de los seres o cosas que alhajan este pícaro mundo. La peculiaridad de sus gestos, el dibujo extravagante de su conducta, el capricho más o menos barroco de su carácter, todo ello nos mantiene en una permanente perplejidad y seguimos examinando al hombre o a la mujer con la misma curiosidad infantil de los inicios de la cultura. La verdad es que, aun cuando literariamente nos

suene a frase manida, el hombre es un ser equívoco y desconocido. Reside en la equivocación de sus actos, toda la miel del destino humano. Solamente los animales no son equívocos, modelados en el instinto por una especie de ciega fatalidad. Nosotros, los seres humanos, podemos hacer cuenta de que somos dados de un cubilete espiritual, echados a rodar sobre el tapete de la vida. Ni nosotros mismos sabemos el número que pondrá su cara al sol.

De la multiplicidad de las facetas que ofrecen los actos humanos, del afán desinteresado de conocerlos y escarpelarlos para poner a luz los mecanismos secretos que los determinan, han surgido los propósitos moralizantes. En último término, todo acto es moral, ya sea para defender o vejar una moral determinada. Cuando La Bruyere ponía sobre la mesa de disección a la sociedad de su tiempo, no hacía otra cosa que un acto moral. San Agustín de Hipona, muchos siglos antes, había hecho otro tanto en sus memorias. La moral, ay, lo es todo. Quienes han tratado de glorificar los aspectos estéticos de la existencia, los dandys del espíritu en una palabra, ¿qué eran, sino moralistas? La belleza tiene un contenido moral. Un auténtico adorador de Apolo o de Diana no puede ser un individuo libre; está cogido entre las mallas luminosas de su moral particular.

No hace mucho, Julián Marías decía que debemos dejar de considerar a la moral como algo independiente del conocimiento intelectual. El hecho o circunstancia que brinda al hombre la ocasión repetida de amar las ideas y de establecer contacto con ellas es un venero ético, por sí solo. No importa que ese hombre se crea con disposiciones de libertad para ir al encuentro de ellas y jugar con su resplandor. Esa libertad, en buenas cuentas, no existe. Lo queramos o no lo queramos, estamos apisionados siempre dentro

de una moral, aun cuando aparentemente la contradigamos. Esto ocurre incluso hasta en el caso de la peor delincuencia.

Bueno, pero no se trata de esto. Ofrecíamos hablar del verbo pelar. La verdad es que la mitad de la humanidad descuera a la otra mitad. Lo más visible que hay en nosotros son los defectos. No sé por qué será eso, pero es indudable que es así. Lo primero que salta a la vista en un rostro, no es su gracia, sino su desgracia. Aquella nariz ufana, digna del soneto que todos conocemos, reclama mucho más la atención que la sonrisa inteligente que, un poco más abajo, ilumina el semblante que se nos viene a la memoria y que citamos. De la misma manera, no son las virtudes de un carácter las que se ponen primeramente de manifiesto, sino sus defectos y molestas sinuosidades. ¿Por qué somos así? Es bastante difícil esclarecer la razón de esta baja índole nuestra, tan humana por desgracia.

Por otra parte, uno carece de índice adecuado para establecer con certeza la calidad de la imagen que proyecta sobre el medio. Todo el mundo está en desacuerdo para juzgarnos. A mí me ha acaecido esto muy a menudo: encontrarme precipitado en una marea de juicios contradictorios emitidos sobre mi persona. Sé, por ejemplo, que para muchos soy desagradable. En cambio, otros, según me aseguran, me juzgan distinto. ¿De qué depende esto? En el fondo, la cuestión de la simpatía, cuando entra en juego, propende a acallar toda razón y todo conocimiento. Conozco a un ser antipático; he hecho una verdadera encuesta acerca de esta su antipatía y todos concurren en aseverarme de que sólo conocen el hecho, mas no su esencia. Es un buen hombre, me dicen, es inteligente, incluso para ciertas cosas, ¡pero es tan antipático! ¡Dios, es bastante duro esto!, y es grave. Casi toda la humanidad

se mueve por esta razón sin razón que es la simpatía o la antipatía. Max Scheler ha escrito un libro sobre esta delicada materia.

Pero otra vez se me escapa el verbo pelar. Estoy como en el verso de Alcázar. Aquel que dice, "como te iba contando, Inés". Y nunca le cuenta nada.

Dicen que el verbo pelar, verbo chileno, vendría de la costumbre de descuerar los cerdos con agua caliente. Así, a los amigos, aquí en Chile, los ponemos sobre la batea de nuestro examen fogoso. Cuando queremos pasar una velada entretenida, el amigo ausente paga el escote. No de otra manera se ha procedido tradicionalmente cuando se tiene una calabaza de yerba mate en la mano, junto al brasero de chispeantes ascuas. Allí se pela, es decir, se desolleja.

Podríamos decir que la mitad de la humanidad pela a la otra mitad, en una especie de intercambio constante.

Distingamos ahora, entre los peladores, al pelador inteligente y al tonto. Este último es sólo un difamador. En cambio, el primero puede llegar a ser un satírico, artista. Aristófanes y el Aretino, ambos clásicos en sus respectivas lenguas, fueron al parecer grandes peladores. Jonathan Swift y Voltaire no lo hacían nada de mal tampoco, en esta labor de poner al descubierto los defectos del prójimo.

Pero hay que ponerse de acuerdo en un aspecto que de intención dejaba yo para el último. La gente superior no pela al inferior, solamente lo tritura en las tenazas de su crítica. Es el inferior el que, para ser justos, pela al superior. Cuando un hombre ha llegado a singularizarse por un quehacer, por su talento, por su nombre o simplemente por la originalidad de su carácter, es siempre víctima propicia de las lenguas arteras. Yo acostumbro siempre a pedir "por abajo", es decir, a pensar al revés, cuando se me

viene muy seguido diciendo de que alguien es un bribón o un canalla, o un retrasado mental. Tiendo, por naturaleza, a creer que el individuo que así recibe ataques tan repetidos debe ser forzosamente un hombre superior. Recuerdo, al respecto, un drama de Chejov, llamado "Ivanov". Ivanov, el héroe de dicha pieza, es un hombre superior al ambiente en que vive. ¿Qué ocurre con él? Pues... que es pasto de las fieras.

MIRA HONDO EN EL ESPEJO

Son pocas las personas, y al decir pocas exageramos al revés; que tienen un conocimiento siquiera aproximado de la imagen o resplandor que arrojan sobre el mundo. A esta gente, alegre y despreocupada, les parece natural estar vivos y de aquí que, sin darse cuenta, tiendan a considerar que el acontecer vital es algo vulgar, desposeído de toda raigambre milagrosa. Estar vivos, señores, es un milagro.

Aparte de todos los conflictos biológicos que nuestro ser, nuestro ser ¿me hago comprender?, debe vencer antes de darse a luz, las desinencias de nuestro ser, o sea sus caracteres, están conformadas por dificultades innumerables. La superación de estas dificultades son de índole milagrosa. No se sabe a la postre por qué uno es así y no de otra manera.

La gente que no admite este asunto como un problema es la misma que ante un espejo no se sobresalta. Es natural que los espejos existan, piensan. Están allí, serenas aguas verticales, derrochando luminosidad, Que los espejos abran la vida, que den espacio a los cuartos cerrados, no tiene al parecer ninguna particularidad notable. Es solamente la superficie azogada en su lado pos-

terior, no el agua, no el ejemplo, no la virtud. No obstante, la palabra espejo ha servido siempre para designar lo mejor. Don Quijote, si mal no recordamos, era espejo de caballeros andantes.

Yo he tenido desde mi más lejana infancia, temor invencible, casi de carácter sagrado, por los espejos. No me parecen naturales. Yo sé que al afirmar este aserto descarrío un poco mi pensamiento en los límites de la lógica. Pero, a la verdad, la lógica no sirve de nada para explicar estos asuntos de la vida. Puedo repetirme mil veces que un trozo de cristal, laminado en uno de sus planos por una capa de azogue, constituye un espejo y que incluso los hay de acero y de otras materias más o menos esplendentes. Todo eso lo sé, ¿pero por qué está allí representado el suceder humano?

Recuerdo un cuento chino. Dicen que un joven, de la época en que el imperio chino era todavía celeste, encontró un día un espejo. Maravillado al contemplar su imagen y no habiendo tenido aún tratos con este milagroso instrumento, lo llevó a su hogar.

—Es el retrato de un bello mancebo —le dijo a su esposa.

Esta, ardiendo de celos, repuso:

—No. Es el retrato de una mujer bella. Tú me engañas.

Y llevó aquello, que ella consideraba como una prueba de adulterio, a su madre. Cuando la madre escuchó las encolerizadas palabras de su hija, contestó:

—Tranquilízate, muchacha. Sólo se trata de una vieja horrible, con cara de bruja.

Pero en el hogar ya no hubo paz. Cada uno de ellos persistía en ver a un bizarro joven; la otra, una hermosa dama, y, la última, una arpía. Como un modo de conjurar los hados, la mente tiene siempre un recurso: invocar los poderes intemporales de la iglesia. Recurrieron, pues, al sacerdote del lugar. Este miró la luminosa plancha y sonrió:

—No veo por qué peleáis, hijos míos. Es el retrato de un venerable sacerdote. Nada más.

Y se llevó el espejo al templo. Los espejos votivos se llaman cornucopias. Es decir, reciben el mismo nombre que el cuerno de la abundancia. Todo espejo, en realidad, es una copia. ¿Será verdad la frase del naturalista que afirmaba que la novela es un espejo semoviente a lo largo de un camino? Espejo, todos somos espejos para algo y alguien. La reflexión, nódulo de nuestra condición humana, es forma de reflejo. Sólo falta que la vida nos frote para que demos brillo.

He gastado gran parte de mi existencia mirándome en los espejos. Puede que algún socarrón piense que esto es una forma de mi vanidad y que me gozo mirando en los espejos, porque me creo hermoso o algo así. Lamento mucho tener que confesar lo contrario. Cuando me miró en el espejo, en realidad no me miro. En realidad, miro al espejo y nada más. Su luminoso lustre me infunde respeto y un poco de pavor. Los espejos, lectora linda que te miras tanto en ellos, no son naturales. Son mágicos.

Hay mucho que decir acerca del mundo helado, si se quiere virtual, que ellos proporcionan. He pensado, y no por imaginación novelesca, en traspasar la delgada película de cristal y meterme por la puerta allí representada. ¿Qué hay más allá? Lewis Carroll, el maravilloso autor de "Alicia en el País de las Maravillas", indagó ese abstracto derrotero. En "Al otro lado del espejo", tema que escogió Walt Disney para uno de sus más bellos trozos cinematográficos.

Un día hice un descubrimiento. El rostro que llevamos (y digo llevamos con todo el espanto religioso que implica el verbo transitivo) es hasta cierto punto copia. Nuestro padre lo llevó un día. Y nuestro abuelo también. Y nuestro bisabuelo. Y... bueno,

esto sería de nunca acabar. Nuestra línea comienza con Adán. ¿Qué somos? El espejo nos suministra esta humilde lección si lo miramos con el ánimo de saber y no de regocijarnos. El espejo nos descubre los rasgos que dan patente personal a nuestro semblante. Y esos rasgos, ¿qué son sino copias del mundo pícaro que nos rodea? El espejo, en buenas cuentas, si se emplea con auténticos propósitos de sabiduría, es una culminación sociológica.

Mira hondo en el espejo y no te canses.

El alma, tal cual la juzgan los partidarios de su emancipación definitiva hacia lo eterno, es un espejo. Espejo de nuestro cuerpo, por lo cual éste deberá atenerse a normas trascendentes. Hay gente loca que piensa, al recordar a los antiguos ascetas, que los vencidos por el ansia espiritual desprecian a su cuerpo. Todo lo contrario. El asceta es un "entrenado", en el sentido más deportivo, que está educando a su cuerpo para que pueda, por último, reflejarse en el espejo del alma. A su manera es un "exquisito", como podría serlo cualquier personaje del Marqués de Sade, pongo por caso.

No admitimos socialmente la desnudez del cuerpo. Pero exigimos que el alma esté desnuda permanentemente. La desnudez humilde, horra de galas, nos conduce a los pies de Dios. Es la esencia de la doctrina cristiana. ¿Son religiosos los espejos?

No. Los espejos son simples tablas de cristal reposadas en el azogue. No son milagrosos. Es uno el milagroso cuando se pone a pensar con seriedad en cualquiera cosa que existe en el mundo. Porque el individuo humano tiene el poder de alzar la copa y, gratuitamente, porque sí, porque tiene ese capricho, derramarla al suelo. Para pagar tributo a los dioses. Nada más.

Según recordamos, la gloriosa madrastra de Blanca Nieves tenía un espejito fementido que todas las mañanas le enviaba engañosos mensajes cuando la reina asomaba su rostro en las aguas lustrales. De este modo, la cruel mujer mantenía incólume su femenina arrogancia. Aquello duró hasta que apareció sobre la haz mundanal el sonrosado rostro de su hijastra.

Ahora veo, murmurante y serpeado arroyuelo, que avanza con indeciso paso entre las yerbas. No tiene nada de extraño que en estos momentos resuene en mi memoria el nombre de Bach, el cual, según sabemos, significa arroyo en la lengua que se habla alencé el Rhin. Bach, ondulante espejo de la música, en cuya cadencia uno escucha el rumor de su propio semblante espiritual. No cabe aquí la vana consideración que instigaba a la poco ejemplar madrastra de la heroína del cuento. Es una sonora juventud, como la del anciano paisaje aquí presente, fresco en su temblorosa y lenta ancianidad.

Un muchacho perlado de rocío se ha arrodillado frente al flamante espejo que fluye en ondas y espumas. De hinojos observa el espectáculo siempre novedoso y siempre lleno de sorpresas que es el propio rostro, puesto ahí a manera de mascarón sobre nuestros pensamientos, sobre nuestras pasiones, sobre nuestro egoísmo y nuestros apetitos inconfesables.

Este rostro que nos acompaña y que es la parte desnuda del cuerpo, la expuesta a las contracciones elementales del tiempo. Sí, el rostro es lo que más se arruga de nosotros. Con las manos, acaso, es la única parte inaccionada de espíritu y de alma. Por allí nos sentimos vivir, como si el yo, desde la película delgada de los pies, estuviera empinada en un perenne atisbo sobre el mundo,

como cuando éramos niños y trepábamos a una silla para contemplar por la ventana. Tal me imagino este rostro, una ventana con el alféizar de los labios en cuyos bordes se acoda la palabra, el verbo, el ingrediente angélico del animal que somos...

Por eso, con pueril curiosidad, me he quedado mirando a este niño ansioso y cruel, con la crueldad del que pierde la inocencia, en el acto casi clásico, casi mítico de mirarse en el arroyo. Arroyo, música espejeante de este rincón, vanidoso rincón que piensa, tal diría Antonio Machado. El viejo mito de Narciso reaparece con sus contornos esbeltos, con sus sedimentos áureos de leyenda. Cada vez que salgo al campo me sucede lo mismo. Me dejo mecér en una atmósfera legendaria.

¡Hemos oído tantas veces la historia de Narciso! Pero bien vale la pena recordarla una vez más, en esta época gregaria en que todos se avergüenzan de serlo. La gente, por lo general, se ama poco a sí misma. Es extraño que venga yo a decirlo ahora, en que todo el mundo considera asquerosa esta tendencia a querer y amar sus propias potencias. Me parece que el poco amor que se manifiesta por los demás, por el llamado prójimo, no es sino una desgraciada consecuencia de la falta de amor a sí mismo que padece la gente. Quien no estima las personales cualidades enraizadas en su tenebroso yo oculto, mal puede verlas y amarlas en los otros. La carencia de elegancia en el espíritu del común de los mortales proviene en gran parte, sin duda, de la carencia de amor hacia la belleza interna que poseemos, a veces desfigurada y manchada, pero viva y alerta.

Era Narciso, según la leyenda áurea de los helenos, hijo del Río Cefiso. En este río, una tarde en que las cigarras aturdían los oídos, hundió sus livianos pies el divino Sócrates, amado de los dioses. A su vera, explicó parte de su inmortal doctrina. Pues bien,

este río tuvo un hijo en la ninfa Liriopea. Bellos tiempos eran aquellos en que las fuerzas naturales tenían la corporeidad de dar hijos. Como buen hijo de las aguas, el joven Narciso estaba dotado de tan cristalina naturaleza, que no podía amar. La pasión es turbia, pesada y terrestre; a lo sumo ondula en la llama. El joven nacido de la extraña unión del río y la ninfa, nació, pues, negado para el amor. No obstante, era inmensamente seductor, tal sucede con todos los descendientes ácueos —el espejo entre ellos—, y una ninfa, otra ninfa tenía que ser, desde luego, se enamoró perdidamente de su linfática prestancia.

El doliente amor de la ninfa atrajo la ira de los dioses y en castigo fue transformada en piedra, dura y resonante. Ahora, cuando pasamos junto a ella, y exhalamos un nombre, lo repite con monótona y lúgubre justeza. La enamorada ninfa se llamaba Eco.

Pero la principal leyenda que rodea con verde guirnalda su nombre está relacionada con los espejos. Se dice que un día inclinó la hermosa faz sobre las aguas de un manantial y que, prendado de la hermosura transcrita en las ondas, terminó por enamorarse de sí mismo. Más tarde, quedó convertido en flor.

Si el narcisismo lo trasladamos al plano del espíritu, sus resultados pueden ser, en verdad, beneficiosos. Todo artista es un pequeño narciso, bloqueado en el sistema acuático del arte. El arte, ardiente espejo.

Pero el muchacho campesino se ha levantado de las breñas y se ha ido. Al parecer satisfacía solamente la sed. Pero la imagen del joven Narciso ha quedado prendida en mi mente, y de la luminosa percha que ella ha construido no la puedo zafar. Todos ponen singular esmero en seleccionar la corbata y dar resplandencia a la arista del pantalón; pocos, muy pocos, en acicalar, poseídos de ese mismo elemental narcisismo, el alma. Cuando lee-

mos la leyenda áurea de los santos quedamos como aterrorizados. ¿Por qué tanto cilicio, por qué tanta ortiga aplicada sobre el cuerpo? Al parecer se trataba de elevarlo a la categoría de alma. Yo comprendo la rabiosa pasión deportiva que ponían los santones medievales en martirizarse. Vedles los rostros hoy, en el espejo del arte. Gestos desenvueltos y altivos, poseídos de espíritu. En cambio, mirémonos nosotros, rostros opacos, rostros de vencimiento de letras...

No está mal la leyenda de Narciso, el hijo de las aguas que terminó inclinado sobre sí mismo. ¡Le prestamos tan poca atención al pobre yo interior, aterido y, sin embargo, siempre dispuesto a fraguar una explosión de amor! Amaremos a nuestro prójimo verdaderamente cuando aprendamos a inclinar la flor del alma sobre la reflexión ondulante de sí misma, cuando aprendamos en nosotros a amar a toda la especie entera.

REMANENTES ESCOLARES

El primer día que fuimos a la escuela ha quedado grabado fuertemente en nuestra memoria, con indeleble rasgo. No en balde el señor Edmundo D'Amicis le dedica a tan trascendente acontecimiento los mejores almíbares de su prosa sentimental y republicana. Siempre he pensado en escribir para mayor abundancia, "Las páginas que olvidó D'Amicis", ese esteta del manjar blanco y de los sentimientos deliciosos y puros. Es como abrir un cajón donde en un tiempo se guardaron frutas frescas. Así, de esa manera olfativa, recuerdo las famosas páginas en que Enrique, ese famoso Enrique, hijo mío, fue llevado de la mano paterna a la escuela cívica y sarda. A mí me gustaría agregar mis propias impresiones

cuando fui llevado, en análoga circunstancia, al Liceo Alemán de la ciudad de Osorno, hace ya la friolera, como se dice en los cuentos infantiles, de más de treinta años. Agregaría mi parte de asombro, mi alcuota porción de alegría al ver tantos niños reunidos... ¡Oh dulce sensación de las primeras asociaciones juveniles! Ellas han quedado pegadas al vidrio de nuestra sensibilidad como brillantes gotas de rocío.

Es indudable que la escuela, en esos días premonitorios y previos, no nos atrae por la luz que puede arrojarnos, ni por las verdades ocultas detrás de los rostros graves de los profesores. No hay nada que me fatigue más que observar a niños pedantes, bien enseñaditos por mamá y papá, que nos pretenden convencer de que aman la escuela por otra causa que la derivada de la asociación juvenil. En la escuela nos encontramos, de veras, con seres de nuestra edad y que, por este solo hecho biológico, participan de nuestras preocupaciones, encimados en los mismos cálculos y problemas. Estos seres nos van a perseguir toda la vida; el tuteo preliminar va a quedar como la única forma de cortesía. A veces, me encuentro con antiguos condiscípulos que me punzan el estómago, con una escandalosa familiaridad, para contarme, con voz dolida: "Fíjate que murió el Padre Ministro". O cualquier cosa del estilo, arqueológica y amarillenta. Uno no puede menos que menear la cabeza y echar un ay contra el destino. Son estos mismos los seres que se esmeran por preguntarnos por asuntos ya podridos. Hubo uno que en cierta ocasión me recitó unos versos que provocaban bascas. ¿Quién es el autor de esta bellacada?, le pregunté.

—De veras, ¿no los reconoces?, me preguntó el impávido. Ofendido, le hice ver que no estaba para bromas, que esa clase de bodrios líricos no podría jamás arrancarme recuerdos. Son versos

tuyos, me dijo el muy canalla. En realidad, eran versos que había escrito en tiempos de remota cimarra.

Baudelaire, que era algo misántropo, tal vez más de lo que aconseja la profilaxis social, no podía ver a esta clase de antiguos discípulos autorizados al parecer por el veredicto histórico para tutearnos y meternos el dedo por la barriga. Como soy de hecho algo más manso que el autor de "Las flores del mal", me muestro amistoso con estos fantasmas de la escuela, con estos remanentes de la recordaba página de "Cuore"; pero confieso que les tengo un poco de miedo. Nos hablan, como decía, de asuntos laxos, fósiles, de una edad pretérita, o tratan de llevarnos a su propio terreno actual, en donde ellos reinan como señores. La dentición de los niños, la pelea con la mamá política, los negocios que aflojan, etc. Por último, me quedo con la siguiente reflexión: ¿me veré tan viejo como este fulano? Por lo general, uno tiene cierta coquetería que impide mirarse tal cual es, es decir, tal como los otros nos ven. Una malévola propensión a mirar la calva del antiguo discípulo o a un malicioso escrutinio de sus arrugas nos empieza a comer desde que lo vemos avanzar hacia nosotros, franco el gesto y proliferante el labio en inútiles rememoraciones. Me parece que a todos nos pasa igual. Sin embargo, no hay nada que torture más que la muerte de este personaje ya para siempre desconectado, al parecer, de nuestros inmediatos intereses vitales. "Estamos cosidos por la misma estrella", como diría Vicente Huidobro.

Pero hay otra clase de remanente escolar, mucho más interesante y de más valor para todos nosotros los hombres. Las mujeres cuando la observan, se ríen un poco de lo niño que somos. No hay agrupación masculina que no conserve una huella característica de la primera asociación juvenil. Mirad los clubes o bares: son patios de recreo. Los soldados en los cuarteles tienen algo de ni-

ños crecidos, dispuestos a la chanza inocente y a la jugarreta pueril. El ambiente que reina en las oficinas —en las públicas, sobre todo— tiene mucho de ambiente liceano. Al respecto, recuerdo cómo, en cierta repartición muy respetable, disfrutábamos colgándonos "colas" de papel al distraído que partía a la calle.

Las mujeres, muy adultas en este aspecto de la conducta, no comprenden el motivo que atrae a los amigos a reunirse. Tengo uno, cuya consorte, celosísima, lo increpa cada vez que llega tarde a casa: "No comprendo qué pueden haber estado haciendo hombres solos hasta estas horas". Ella no imagina que su marido estuvo jugando, y no a los naipes, precisamente. El sexo masculino se divierte siempre, repitiendo de una u otra manera los recreos infantiles. Es la base de la camaradería.

Hay pueblos más dóciles que otros a esta clase de ingenuas involuciones. Los pueblos latinos, por lo general, tenemos demasiado empaque. Hay mucha gravedad en la apostura, algo de la que había en el adusto castellano que nos dio su sangre y parte de su espíritu. Aquí en Chile abunda por eso el tonto grave. En los pueblos sajones, en cambio, la posibilidad pueril, el niño potencial, se derrama con calurosa aquiescencia, para entrar a renovar la antigua asociación. Existen verdaderas logias destinadas a refrescar este sentimiento de escolar solidaridad.

Recomiendo, al respecto, "El origen deportivo del Estado", de José Ortega y Gasset. Allí se recuerdan hechos de valiosa significación histórica, como ser, la importancia de las primeras asociaciones de solteros y su capacidad guerrera, de gobierno y conducción social. Los primeros grupos humanos fueron dirigidos por esta clase de asociaciones deportivas y jaraneras.

Después de todo, la vida es un juego. Placentero, a veces.

Pocos son los que recuerdan la atroz melancolía del Capitán Nemo, el famoso Comandante del "Nautilus", en la obra de Julio Verne; pero son muchos los que la sintieron, esfumada y sutil como la luz, dentro de la redoma inmensa del mar. Hace poco la sentimos renacer en una película destinada a poner en imagen el sueño seductor del imaginativo y poderoso Verne.

¿Se pensó alguna vez que el Capitán Nemo, guiado a la aventura misantrópica, era un feroz personaje existencial? Es cierto que la palabra ha entrado en boga mucho después que hiciéramos el recorrido de las veinte mil leguas de viaje submarino. Careceríamos del lenguaje apropiado para calcular esa hondura filosófica en el extraño Comandante del "Nautilus". No nos escapaba, sí, que toda aquella melancolía que lo iba minando, según se jugaba el destino en las profundidades del océano, algo o bastante tenía que ver con la hazaña portentosa que había realizado al construir la célebre nave submarina.

Sin embargo, toda duda que hubiera al respecto, acerca del origen loable o no loable de la misantropía de Nemo, queda suficientemente explicada al observar que en todas las novelas de Verne subsisten fuerzas de carácter casi contradictorio. Por un lado, el amor exagerado hacia la ciencia y el desarrollo que ésta acarrea consigo; por otro, un escepticismo casi mórbido por todo ello. Los personajes principales de sus relatos novelescos no son hombres de ciencia, en la acepción lata del término, sino más bien individuos provenientes de la aventura de la existencia.

Los personajes científicos son más bien seres anecdóticos, pintorescos y extravagantes. No podemos olvidar al sabio Paganel, tan vasto en sus conocimientos de la realidad detallada y analiza-

da, pero tan ingenuo, tan absurdo en su manera de comportarse ante la realidad simple de la existencia de todos los días. Impulsado por un vago deseo de caricatura, Verne nos hace creer que el sabio Paganel aprende portugués en vez de castellano, "de puro distraído" que es.

Verne, aunque hijo esencial de un siglo lleno de fe por la ciencia y la técnica científica, no cree demasiado en los hombres de ciencia. Si bien reconoce el aporte que ellos incorporan al exacto conocimiento de la realidad, no los toma demasiado en serio. No son sus héroes. Prefiere que éstos sean hombres llanos y sencillos, a quienes el hombre de ciencia sorprende y deslumbra. La ciencia, para Julio Verne, es el paisaje en que se destaca la aventura humana, la del corazón y los sentimientos.

El hombre de ciencia, en la mayoría de los libros del autor, arrastra viejas manías de solterón extravagante. Es un sedentario a quien la incitación del saber lo hace abandonar la comodidad del gabinete en la ciudad confortable junto al laboratorio experimental. Llega a veces, en pleno, a conquistar condición fundamental de héroe, porque a través del conocimiento racional ha conseguido amar a la humanidad. Esto pertenece al mundo de la fe científica decimonónica. El amor a la humanidad se conquista mediante la abdicación a todo otro placer que no sea el que concede el conocimiento.

Sus héroes, en cambio, tienen dentro de su alma un demonio particular que los induce a la peripecia y la aventura. Son grandes apostadores, lo cual quiere decir que más que en la lógica creen en la suerte y en el azar. Mr. Phileas Phogg abandona su placentero club de Londres, para entrar a la aventura que lo lleva a las gloriosas penalidades de la vida errante. La apuesta adquiere en su ánimo la proporción de un poder metafísico. Lo hace abrazar, con

voluptuosa sed de poderío, todo el ámbito terráqueo conocido en su época. El autor desempeña, junto al viajero personaje, el papel del comentarista geográfico. Pero recordemos al cómodo burgués rentista que es Phogg. Nada nos hacía presentir la calidad de héroe, de magnanimidad y generosidad, que su corazón iba a desarrollar en la peripecia de los ochenta días...

Así, los sabios que acompañan a los "Hijos del Capitán Grant" dejan de ser meros sabios, aunque continúen comportándose como seres un tanto anómalos; la aventura los levanta a la jerarquía de auténticos enamorados de las realidades simples de la vida.

La desbordada participación de la ciencia en sus novelas, hace a Verne escribir a veces páginas que jamás surrealista alguno de la actualidad se atrevería a escribir. Recordamos, al respecto, un matrimonio realizado entre hombre y mujer invisibles a quienes el sacerdote no ve, ni menos, como bien se comprende, la numerosa concurrencia de gente que llena la iglesia.

Existen, pues, dos direcciones en Verne, direcciones que en oportunidades se confunden, abasteciéndose la una de la otra.

Estas dos están presentes en el Capitán Nemo. Llevado por la fuerza del sentimiento, aunque reforzado por el saber científico, construye la primera nave submarina. Es, por lo tanto, un hombre de ciencia a quien el disgusto por el hombre y su "perversidad" empuja a una actitud de desesperación. La melancolía se refleja en el rostro del Comandante del "Nautilus", porque no está seguro de proceder bien o mal. La contradicción en que vive le corta el paso hacia la felicidad.

Es increíble el juego poético de Verne. El Capitán Nemo, decepcionado de los hombres y de la vida, resuelve introducirse al seno del mar. Coloco de adrede la palabra seno, tan llena de providencial destino, para que podamos entender al melancólico per-

sonaje. ¿Se puede hablar, acaso, del retorno que deseaba sin duda alguna, este gran desgraciado, hacia el seno materno? Se sabe muy bien con qué sobrecogido afán surge el infantilismo en ciertos seres infortunados. El mar se abre muchas veces como "la única madre".

EL HOMBRE Y EL PRESTIGIO

A veces nos dan ganas de escribir sobre los tipos humanos que hemos conocido, tipos diversos y extraños, como hechos a la medida imprevisible del constante devenir vital. La ciudad está grande, pensamos, cuando vemos cruzar por las aceras rostros impregnados de misterio, rostros que acaso no veremos más, colocados como estamos, en un punto de rozamiento con respecto de ellos completamente aleatorio. No es fácil, por cierto, que esta cara que ahora pasa junto a mí, la vista sumergida en quizá qué errátil cavilación, vuelva de nuevo a pasar por la tangencial realidad que ofrezco de mi persona en las calles. Tanto ella, la cara misteriosa y desconocida, como yo, estamos condenados, al parecer, a no conocernos. Quizá sea una suerte, quizá una desgracia. ¿Quién lo sabe?

Pero la verdad es que hemos conocido muchas gentes en nuestra vida, de costumbres y caracteres distintos todas ellas. Al hacer un breve recuento o balance de dicho conocimiento nos quedamos asombrados del escaso número que hemos elegido, que, más modestamente, nos eligieron como amigos. En esto de la simpatía, valor casi inasible a los claros propósitos de la razón, reina la más perfecta y arrogante oscuridad. Simpatizamos, en último término, porque sí. Una vez que se efectúa en nuestra alma esa coordina-

ción cordial, por llamarla en alguna forma, podemos establecer las razones de nuestra simpatía. Pero esto, ya se sabe, es cuestión a posteriori. De faltar el matiz primero que es la simpatía, no habríamos podido cimentar la amistad... Es curioso observar, al mismo tiempo, el hecho de que en innumerables veces ha sido el sentimiento contrario el que ha precedido a la amistad. Simpatía, antipatía, ¿por qué estamos reducidos a pensar en contradicción? Lo principal es que, después de todo, o ante todo, exista el vínculo que nos ligue al prójimo.

No sé por qué incomodidad espiritual que aún no me atrevería a definir, me fueron antipáticos siempre, desde muy niño, los tipos ejemplares. Había un niño, sobre todo, que servía a mi madre para darle una base real a sus reprimendas.

—¡Si te parecieras a fulano!— me decía—, cuán feliz me harías. Es un niño aplicado, obediente, juicioso, ordenado...

En fin, un pelma, como habría dicho un español. Realmente aquel niño era una maravilla. Sus cuadernos eran lindos y pulcramente forrados; creo que ataba a ellos el secante con una cinta de seda. En sus piernas no había jamás traza alguna de forestal rasmilladura. Se me figuraba que cuando iba a jugar al cerro con los demás muchachos del colegio, era aéreo su cuerpo para no recibir el viril contacto de la flóresta. Un niño bastante fastidioso en suma, por lo pedante, por lo poco infantil que era y por la responsabilidad que emanaba de su rostro prematuramente serio.

En el curso de las humanidades le vi siempre igual, compuestito y ordenado. Llegué, por último, en andando el tiempo, a tenerle cierta admiración un tanto oscurecida por una secreta envidia. Cuando pude ser su amigo —en la edad de las grandes amistades— sucedió algo inesperado y maravilloso: en los exámenes del bachillerato fracasó como un estólido. No había acervo alguno de

conocimiento en su opaco cerebriño de adolescente... ¿Cómo había logrado engañarnos a todos, profesores y condiscípulos, durante más de un lustro? El prestigio, señor, el prestigio. Nada más que eso. Cría fama y échate a dormir, dice el adagio.

Desde entonces me acerco siempre con disimulada desconfianza a los hombres llamados de "prestigio". ¿No serán como mi desesperante condiscípulo una nueva edición del viejo "bluff"? Hace algún tiempo me tocó asistir a una ceremonia y escuchar a un político que goza de gran prestigio nacional. Nunca he oído tanta ramplonería acumulada, tanta zafiedad vaciada en palabras, tanto engreimiento. Este es, me dije, fulano de tal, el hombre del futuro... Confieso que me quedé turulado. Alguien andaba descaminado, o él o yo. Para colmo, cuando terminó la alocución, el público se deshizo en aplausos. ¿Por qué? Tate, me dije, esta gente no está aplaudiendo a... (casi se me escapó el nombre), sino a su prestigio. El hombre, al parecer, abonó su fama desde niño, le puso un rodrigón de orgullo más tarde, de orgullo intelectual se entiende, mediante unos apurados estudios en la facultad, y hétélo aquí asombrando a la gente con pavadas que Perogrullo habría desdeñado.

Así es la cosa. Parece que en la vida lo principal es cimentar la fama, que vive de la exterioridad, y no la personalidad, que vive de lo interior. Muchos hombres de "prestigio" hay en Chile. Desde el niñito de mis recuerdos hasta el abogado fanfarrón, horro de talento y encaramado como un gallo de gallinero sobre el palo del lugar común. A pesar de que la gran mayoría de los chilenos es más bien suspicaz que ingenua, nos dejamos convencer con demasiada facilidad por las engañosas luces del prestigio, sin tomarnos la molestia de tasar su verdadero valor antes de aceptarlo como bien merecido.

Estos hombres del falso prestigio son los pavos reales de la realidad nacional. No esperamos nada de ellos. Con sus plumas facticias ocultan y oscurecen a los que tienen algo que decir, a los valores auténticos. Y cuando éstos llegan a ocupar el lugar que sus merecimientos reclaman, graznan. La vanidad los hace gregarios, pues la vanidad saca su jugo vital de la sumisión y rendimiento ajenos, y no pueden tolerar la existencia de los seres independientes. Por todos los medios posibles se dan maña para clausurarles los caminos. Es así como hemos visto que hasta hace muy poco Chile entero pendía del juicio y consideración de unos cuantos, sin que entrara a participar en la discusión ningún ser que no cargara un prestigio particular, casi siempre mal obtenido. Como bien comprenderéis, en estos momentos me refiero exclusivamente a los llamados políticos, importándome poco el pelaje ideológico que vistán. Si entre ellos hay individuos que merecen el nombre de tales, por su visión histórica, por su exacta comprensión de los problemas nacionales, la gran mayoría es ignara, hinchada y desagradable. Son como el niño de mis años estudiantiles; hombres que tarde o temprano dejan ver lo que realmente son: puro "bluff" y nada más. Y me refiero a los políticos porque pertenecen al sector social que más facilidad ofrece a la ambición del necio. Los demás sectores, por desgracia, también cuentan con su cuota de hombres de prestigio mal ganado.

Por eso, cautela. Tasemos con prudencia al hombre y no creamos demasiado en la fama que le precede. Puede ser falaz.

LA BUSCA DEL TEMA

Todos los que escriben artículos conocen esta diaria motivación que les asalta a veces con un rigor dramático indescriptible.

El tema yace en el substratum de la realidad que nos rodea y nos hace señas detrás de la capa de aparente vulgaridad que los cubre, sellándoles la boca para que no pueda endulzarnos el oído con su voz de Circe. Atravesamos, desolados, por la calle, áfonos y desabridos, sin escuchar la seductora voz apagada por la pétrea realidad. Culpamos, entonces, al empedrado de nuestra escasa sutileza para saber captar los delgados sonidos de la voz temática, la cual, a pesar de todo, a pesar de la superficial sordidez del ambiente, está como siempre llamándonos y concitándonos.

Sin quererlo, volvemos la memoria, como a un díscolo audífono, hacia esos tiempos en que la imaginación era nuestro principal transporte. Mitad niños aún, nos perdíamos en graciosas ensañaciones y creíamos que cada trozo de la realidad era como un puerto para partir hacia lejanos paisajes. No nos ocurre otro tanto después que la vida nos ha ido estrujando entre sus tremendas manos, raídos gajos que somos del frutal racimo imaginativo que una época dichosa fuimos. Milagro del arte y de su frecuentación es mantener en el hombre esa fuente hipotética de divina fantasía, jamás caduca y siempre fluente.

No obstante, en cada partícula de la realidad existe un incentivo que bien aprovechado nos serviría para aislarnos de las preocupaciones pedestres y deprimentes. Pero la verdad es que preferimos, con absoluto abandono de los dónes más preciosos de la condición humana, sumergir el pensamiento en las heladas aguas del cálculo y pensamos que esta avara sumersión, en la que ponemos un precario heroísmo, constituye la mejor gala del individuo adulto. Las preguntas inoportunas de los niños, casos permanentes de la elocuencia imaginativa, nos parecen burdas y si las disfrutamos, para comentarlas con gesto de falsa sabiduría, lo hacemos siempre imbuidos de una estéril superioridad. Pero, a pesar

de todo, cuando queremos ser felices lo único que hacemos es re-
mozar inconscientemente los ademanes de la infancia...

¿Qué otra cosa representan los juegos? En todos ellos existe
una imagen rejuvenecida de los antiguos juegos de la infancia. Es
claro, que esto lo disimulamos bajo los pliegues de una pedante
superioridad y hacemos todo lo posible porque el niño oculto no
se transparente demasiado.

En la busca del tema, el hombre que hace periodismo o que
escribe crónicas para los diarios, tiene que hacerse un poco niño.
Debe, antes que nada, arrancarse las vestiduras de las preocupa-
ciones inmediatas. Es un baño lustral el que le prepara la reali-
dad. Porque yo, para tomarme como concreto ejemplo, si les ha-
blara de mis problemas, de lo que constituye mi actual realidad
problemática, no haría de ninguna manera prosa para ser leída por
otras personas. Debo, en consecuencia, hacer abandono de todas
esas punzantes y vulgares preocupaciones que forman el "atrezzo"
de mi personal escenario subjetivo para pensar únicamente en aque-
llo que está libre y proporcionado en la realidad de todos los lec-
tores. Es el tema que nos une a todos y que nos pone en comu-
nicación.

Hay temas y temas. Están aquellos que sirven de raíz funda-
mental a todos los individuos de la especie. No son, por lo gene-
ral, temas que podamos escoger para una siega periodística. Más
bien, pertenecen a la índole de la poesía o del arte en general.
Debemos, pues, hacer caso omiso de ellos y espigar en las siem-
bras más próximas a la realidad adventicia, aquella que cambia
asiduamente y que siempre muestra un rostro distinto. De ella co-
gemos lo que más nos parece visible a todos los ojos y hacemos
nuestra gavilla, transitoria y mutable. Mañana será diferente de
la de hoy, porque en estas tierras de lo perennemente modificable,

son muy pocas las flores que alcanzan las veinticuatro horas de vida.

Todo esto exige del cronista, literario o no, un permanente don de generosidad para que pueda, con amor y comprensión, penetrar en la interpretación correcta de las cosas cambiantes. Confieso que todo esto en un comienzo como que me repugnaba. Es natural y creo, por otra parte, que a todos les ha sucedido igual en un tiempo. Ambiciosas razones que son las únicas que mueven al adolescente, nos inducían a creer que las exclusivas cosas dignas de examen eran aquellas que forman los grandes temas de la metafísica, de la relación del hombre con la divinidad o del destino histórico en general. Más tarde nos hemos convencido, tanto porque supimos leer a Montaigne o porque la vida nos hizo más humilde a costa de algunos sufrimientos, que existen temas de fuste más modesto, que son como las florecillas de los campos que la verdadera sabiduría jamás desdeña.

De esa manera se hace periodismo, eligiendo florecillas y reuniéndolas con amor en el muchas veces exiguo ramo que presentamos cada día,

Sabemos el sitio que ocupa el poeta, o el filósofo, o el hombre que interpreta la realidad mediante elevados ajustes teóricos. Nuestra realidad, mucho más inocente y cercana, es, tal vez, un poco la de los niños, la que sirve para que pongamos sobre ella un poco de imaginación y nada más. Es así como se puede escribir una crónica sobre las cosas más ínfimas, reteniéndola breves instantes para que el fluir de la corriente no nos impida examinarlas antes que se vayan y se pierdan para siempre.

Un extraño dramatismo vital despiden por eso los diarios antiguos, amarillentos y desvaídos. Florece desde sus páginas una multiplicidad de hechos desprovistos de significación y de anacrónicos

comentarios, que no obstante resonaron y fueron jalones de orientación en vidas hoy desaparecidas. No puedo leerlos sin sentirme un tanto poseído por el sentimiento nostálgico de Jorge Manrique.

REFLEXIONES DEL SUICIDIO

El género de muerte voluntaria escogido por un distinguido educacionista y que tanto revuelo ha alcanzado en cierta prensa, ha puesto de moda nuevamente el tema siempre interesante del suicidio. Al través de la noticia proporcionada por los diarios se han colado las más antojadizas e insólitas opiniones. No es de mi incumbencia personal referirme a ellas; vivo, por lo general, demasiado inmerso en mis propios problemas, y el de los demás, por esa egoísta razón, tiende a escapárseme como una fugitiva visión de fiebre. En las discusiones que ha planteado el lamentable suceso han surgido, como temas fundamentales, las viejas y polvorientas preguntas de índole moral: ¿Es una cobardía matarse?, ¿es por lo contrario, una gallardía del espíritu? Debo dejar constancia que, a medida que la cultura de los interlocutores va en aumento, estas preguntas tienden a desaparecer y a dejar en su lugar a otras, de carácter psicológico. Algunos contertulios del café, centro de operaciones de mi ociosidad diurna, se complacen en asegurar que el suicidio es una culminación, algo así como una especie de euforia. Confieso que estas personas se me han tornado sospechosas.

—He estado varias veces a punto de matarme —nos decía un cumplido caballero, mientras ingurgitaba metódicamente una taza de café.

—Una buena oportunidad —apunta alguien—, que no debió dejar pasar...

Con la irreverencia con que los humanos encubrimos el temor a la muerte, el tema se trata entre chuscada y chuscada, entre citas del Werther, de Artzybashev y de Sócrates. Este último no podía estar ausente de la lista. La palabra cícuta se repite con amarga voluptuosidad. Sorprendido, averiguo una vez más que el suicidio es siempre un poco envidiado... ¿Por qué?

He conocido en mi vida a dos suicidas. El uno era un estudiante universitario, sangre alemana, rubio como un héroe wagneriano y prendido al amor al estudio como una mariposa a la flor. En el último año de facultad un profesor cortó sus ilusiones y le puso tres negras en los exámenes finales. El muchacho se mató. Creo que con un arma de la Milicia Republicana. Esto ocurrió hace más de veinte años. Todo el mundo concurrió a lamentar el deplorable y luctuoso hecho, y no faltó alguien que intentó propiciar una batida moral contra los "incomprensivos" profesores.

Entretanto, me puse a recordar algo que faltaba al cuadro aparente ofrecido por aquella muerte. Muy pocos sabían que este joven alemán había dado una charla, mientras estudiábamos en el Liceo, sobre la influencia del Werther en la formación sentimental de la primera generación romántica. Me entró la sospecha de que ese tema, el del suicidio, había permanecido durante años en acecho dentro de su alma y que sólo esperó un motivo para salir rampante hacia afuera, esgrimiendo un arma letal. Había hablado con excesivo deleite de la tragedia del joven diplomático Jerusalem, cuyo suicidio, según se sabe, dio fundamento real al joven Goethe para escribir su novela. También se sabe, por propia declaración del genio, que éste estuvo a punto de matarse, a raíz de sus amores infortunados con la famosa Carlota. Pero, como alguien lo dijo, empuñó la pistola y lanzó el tiro sobre Werther, para que él, el genio, pudiera seguir viviendo y creando.

El otro suicida que conocí era un poeta. Se mató con suprema indiferencia de la vida, pocos días antes que se efectuaran cambios fundamentales en la estructura del país. Vivíamos un período de extraordinario romanticismo; sacábamos revistas literarias en las que bullía un apocalíptico desprecio hacia la "burguesía", y disparábamos, como los tracios, flechas de ira contra el sol. Una tarde de verano un amigo común me llevó el suelto de prensa en que se daba cuenta de la muerte trágica del joven poeta, hoy olvidado y verdaderamente muerto por el olvido general. Corrimos a su casa. No olvidaré jamás el espectáculo del lecho cubierto de sangre...

También debí hacer recuerdos. Y también me ocurrió que descubrí una cantidad más o menos congrua de elementos sintomáticos, tanto en sus conversaciones como en sus actitudes.

En los dos casos me ha ocurrido que el suicidio me ha parecido la coronación lógica de un desarrollo mórbido que sólo después se hizo claro y evidente. ¿O será que después de la batalla todos somos generales? ¿Por qué no surgió a tiempo la sospecha en mi espíritu y pude, por lo tanto, detener o hacer algo por detener el impulso mortal? La verdad es que, en ambos casos, sólo después de producidos los hechos, cuando ya no había ninguna solución posible, me vine a dar cuenta de todo.

Al estudiar la vida de uno de los más grandes teóricos del suicidio, el poeta Heinrich Kleist, sabemos que desde muy temprano dejó germinar en su alma esa semilla negativa de autodestrucción. ¡Horror, desde los quince años! Cuando a los treinta se hizo acompañar de una dama a los alrededores de Berlín y decidió matarse en su unión, no había hecho otra cosa que dar remate concreto a una idea secreta ambiciosamente abonada desde hacía muchos años. Todo suicidio, aun el del propio Hitler, lleva aparejada esa evolución silenciosa del espíritu. ¿Por qué? Porque todos, los unos

más, los otros menos, la llevamos. Después de todo, siempre existe esa posibilidad.

Le creo perfectamente al discreto caballero que nos decía hace algunos días que estuvo varias veces a punto de matarse. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué temblé de angustia frente a las aguas del Toltén la tarde en que, guiado por un impulso romántico, estuve a punto de echarme a su corriente? ¿Qué secreta ansia de vida me iluminó y me hizo ver que todavía algo quedaba por hacer? Sí, todos hemos sido suicidas. Y en cierto modo lo somos. Matamos en nosotros las mejores posibilidades, las más rientes y cariciosas ilusiones.

En el café se han contado las más horribles maneras de poner fin voluntario a la vida. La voluptuosidad con que se relataban estos hechos, algunos de ellos bastante conocidos, me ponía los pelos de punta. Pero nunca como aquel que leí hace años, comentado en una revista francesa. Se trataba de un hombre a quien el ansia realmente furiosa de terminar consigo mismo había llevado a la instancia feroz de morderse con sus propios dientes las venas. ¿No toca esto los ribetes de la metafísica?

LOS MILAGROS DE LA LIBERTAD

No hay felicidad comparable a la que sentimos cuando, muy de vez en cuando, ay, por desgracia, tropezamos con uno de esos seres providenciales a quienes el destino ha provisto de gracia e ingenio y que son los encargados de restablecernos en plena calle el perdido equilibrio espiritual. Vamos sumidos en hondo pozo de amargura, un poco resultado de desconocidos males hepáticos, otro poco consecuencia de algún remoto trastorno sentimental de

juventud; ignoramos las verdaderas y enjundiosas causas de la tristeza que nos domina; pero eso poco nos importa; lo principal, quia, es que vamos casi reptando. Pero he aquí el amigo providencial que se nos acerca, abierto el rostro angélico por una ancha sonrisa de íntima iluminación. Sabemos de antemano, desde que vemos recortada su silueta entre la plétora de transeúntes, que una grata sorpresa nos reserva la sonrisa augural de este rostro amigo.

—¿Te has fijado —me dice— que todo el tiempo los pájaros están cantando?

Felicidad inaudita es, por cierto, advertir que aún hay seres que se preocupan del destino musical de las aves canoras en un mundo tan revuelto por la avidez económica. Con todo, no deja de sorprenderme la pregunta que el amigo me lanza a quemarropa.

—¿Cómo? —le pregunto—. En estos momentos no escucho cantar a ninguno...

—Es que están lejos —me explica—; ellos cantan a medida que el sol se levanta sobre el horizonte y como siempre en algún lugar de la tierra se está efectuando el milagro del amanecer...

En realidad, la observación no carece de gracia. Siempre hay pájaros cantando. Es cierto. Es que siempre amanece en algún lugar. Buena receta para los demasiado infectados por el pesimismo. El amanecer se levanta y el ave zahareña en el árbol canta. Torcaz, su ritmo se pierde en el azul tono ocre del cielo auroral.

—La tierra es redonda —me explica, por último— para que los pájaros siempre estén cantando en algún lugar...

He pensado que esta frase, disparada al degaître en pleno ruido céntrico de la ciudad, ha tenido la virtud de aplacar mi naciente mal humor y que ha sido un verdadero golpe vitamínico para mi espíritu. ¡Oh, los amigos providenciales; ellos llenan el vacío de una tarde de espera inútil y consiguen desbordar el vaso de la

alegría! En cambio, hay otros que son la peste espolvoreada con regalo y exceso sobre las calles. Siempre a flor de sus labios asoma la deyección espiritual, la frase cáustica, la zarza oral en llamas. Cuando los veo tiemblo de miedo. ¡Son, en verdad, muy pocas las horas verdaderamente placenteras! Los hombres pobres, cuando la pobreza va acompañada de inteligencia, llegan a ser los mejores catadores de estas pequeñas libaciones de placer que se extraen en el errabundear de las calles.

Mi amigo termina agregándome otra frase, auténtica perla en estos mares fríos de la soledad.

—Como me estoy poniendo corto de vista —comenta—, tengo muchos más goces que antes. Lo feo llega a veces a considerarlo bello.

Pienso entonces cómo, cuando era muchacho, tuve la impresión de que el arte no era otra cosa que una visión disminuida, en la que el alma ponía todo aquello que faltaba a la realidad sordida apenas entrevista. Aquella frase de que "para lo que hay que ver con un ojo basta" no deja, miradas las cosas en esta forma, de poseer un ápice de vibrante verdad. Cuando vemos demasiado —y era eso lo que se pretendió decir muchas veces en el amargo libro del Eclesiástico—, no hacemos sino agregar un dolor inútil y superfluo. Pero, ay, en este mundo de vivos es preciso marchar siempre con los ojos bien abiertos... En el fondo, mi amigo providencial es un ángel y como tal está condenado, si bien a no conocer sus miserias, a no participar de los placeres de los hombres. Todo esto forma parte de lo que podría llamarse la metafísica ciudadana. Es una manera de mondar la manzana de la discordia social —guerra entre el rico y el pobre, el inteligente y el tonto— y devorar la pulpa viva de una realidad que nadie ve o que nadie quiere ver, estragados como están los ánimos por la llamada "lu-

cha por la vida". Hay gente que concede una importancia decisiva a esta frase que ha llegado a constituir la principal filosofía de los calendarios. Hay gente que a usted le habla de la pragmática necesidad de dedicar todos los días un porcentaje elevado de horas a faenas más o menos lucrativas. Me contaban de un ciudadano español que hace algún tiempo llegó a enloquecer por una cuestión de letras. Le faltó, sin duda alguna, un amigo providencial que le hablara en medio de sus disturbios comerciales de que los pájaros están cantando todo el tiempo "en algún lugar del planeta y que para eso, y nada más que para eso, la tierra se hizo redonda". Es indudable que muchos suicidas habrían detenido el arma a tiempo si una voz oportuna les hubiera insinuado una reflexión de esa naturaleza.

Confieso que las filosofías de tipo optimista no han sido nunca las que mejor han tocado mi corazón. Como no soy filósofo, de las ideas sólo espero una instancia cordial; su rechazo intelectual, si es que lo hay, me interesa en forma mínima. Confieso, además, que las películas del tipo Frank Capra —"Vive como quieras", "Caballero sin espada", y otras— me han seducido muy poco. Se descubre en este tipo de cinematografía una preocupación excesiva por darle al hombre escaso de recursos una oportunidad de conformarse con su pobreza. Es una filosofía de gente rica para el uso de gente pobre. No vean pizca de eso en la intención de esta nota.

Lo que hay es que existen dolores reales y dolores irreales. Mi amigo, al parecer, sólo da lenitivo a estos últimos. No tiene remedios para el cáncer en la esplendente farmacopea de sus frases. No esperemos, por lo tanto, milagros de volumen como los que hacen los verdaderos taumaturgos.

Esperemos solamente los pequeños milagros de la libertad.

Una tarde de sol, después de un almuerzo agradable y un encuentro feliz como éste.

—¿No es cierto que siempre los pájaros están cantando en algún lugar?

VIVAMOS NUESTRA EDAD

Se requiere una suficiente dosis de objetividad para comprender, de una vez por todas, que nuestra edad no es solamente esa que aparentamos. Es una argucia femenina esto de invocar la apariencia y el atuendo exterior del rostro, libre de arrugas y como recién salido de baño lustral. Es así como la famosa Ninón de Lenclos logró seducir al Príncipe de Condé, y como la heroica Helena desató una guerra, a causa de su belleza, cuando estaba a punto de cumplir ochenta años. Nosotros los varones debemos ser más cautos en esta empresa subjetiva de evaluar la edad que tenemos. Reside en el fondo del organismo un extraño regulador, seguro índice y escala del espacio de tiempo que nos queda por vivir en este mundo "infelice" y que tantas felicidades nos procura. Este regulador sintomático y minucioso es el hígado. Por alguna razón la sabiduría popular, no siempre la más descaminada, asegura que las edades del hombre son tres. La primera, gloriosa etapa por cierto, es aquella en que el individuo corre, con desalada prontitud, detrás de la falda y quiere en ella disolverse. De los veinte años a los treinta, el hombre no haría otra cosa que buscar "fembra placentera", si es que deseamos recordar al divino Arcipreste. De los treinta a los cuarenta, una vez atravesada la edad de las decepciones románticas, según la sabia reflexión del pueblo, nos pirramos por los manjares especiosos y por las salsas adimentadas con

pericia. Y, en fin, edad lóbrega y de remordimientos tardíos, el hombre después de los cuarenta corre su albur detrás del... bicarbonato. Es la etapa de la vida en que se hace presente el hígado, terrible contralor, especie de quinto poder al que terminamos por rendir pleitesía amarga entre bucharadas y bucharadas de acres sales refrescantes.

No digamos, pues, que la edad que tenemos es aquella que ven nuestros congéneres. Es éste un grave error que puede conducirnos a las peores consecuencias, incluso, al hospital y la morgue. La generación a la que cada cual pertenece está formada por innúmeros personajes de todas las esferas, calidades y mercedes vitales. Arrancamos, con el fuego de la posta en la mano, una mañana en el colegio de la primaria; henos ahora diseminados por el mundo, cada uno entregado a sus particulares trajines; hay un sepulturero, sin embargo, que está pensando, ya, en nuestra tumba, para aderezarnos a todos en la misma cofradía fúnebre "de los que fueron". Los años, entretanto, pasan en forma distinta sobre cada miembro generacional. Nos vemos viejos unos a otros, de repente.

—El otro día vi a Fabio —me dice Helio—, ¡qué viejo está el pobre! Parece una cartera de piel de cocodrilo, tan arrugado está.

—No te olvides —le advierto— que Fabio es hombre casado, con suegra, cuñada y siete hijos. Es natural que se halle en ese estado de lasitud moral y física.

Helio mueve la cabeza y no logra convencerse. Vive todavía pensando, ilusoriamente, que su juventud es eterna y, en el fondo, no está equivocado; esa es su vivencia principal, no sentirse viejo, desafiar las luces de la aurora, alto el vaso desbordante. Confieso que pertenezco a la misma flor de hombres; me gusta aún subir tres pisos, peldaño por medio; debo declarar que arriba me

siento con el corazón que me estalla. Diligente aviso. No hay nada más tonto que tratar de prolongar la actitud juvenil, que no ya la juventud, la que es, como decía el poeta, "la primavera de l'eta". En cierto modo, podemos pertenecer a ella, aunque sus gozces se nos vayan alejando en forma un tanto aflictiva. Seremos jóvenes en la proporción que exista generosidad en nuestra alma, y llamo generosidad al deseo de participar no tan sólo en la experiencia, sino también en la vivencia de lo nuevo. El día en que no podamos entender lo que piensa un joven y este fenómeno nos parezca natural, ese mismo día podremos darnos por viejos definitivos. Serán inútiles, entonces, las proezas maniculares de maese Fígaro; ningún masajista del mundo podrá borrar las adherencias cirróticas del alma.

Lo peor de todo es que el cuerpo no se renueva, moción que le pertenece privativamente al espíritu. Moriremos con plancha en la boca y lentes en los ojos, los sentidos están cansados y son como capullos muertos. ¡Fueron tantas las cosas que pudimos ver y tantas las que pudieron halagar nuestros oídos! En las páginas iniciales de "La Muerte en Venecia", libro turbador e intenso, Thomas Mann describe a un viejo vestido a lo pollo, soezmente pintarrajeado para disimular la usura vital de la tez, erguido sobre un corset de señora y rodeado de jóvenes auténticos. ¿Por qué se esmeraba en aparentar la edad que sentía? Convenzámonos de la insuficiencia de la frase inspirada en aquello de que se tiene la edad que se aparenta.

Al hablar del hígado, no queríamos, de ninguna manera, recomendar complejos vitamínicos, de esos tan en boga hoy. Habríamos querido referirnos a algo más profundo que este órgano fundamental y regulador. Habríamos querido hablar de lo que es la verdadera juventud, de antiguo afamada por poetas acostumbrados

a cantar a atletas de polígono. No veo ahora, en la actualidad, la necesidad de elogiar demasiado a la juventud, edad ingrata, si la hay, y que sólo viene a tener jerarquía cuando se la ha sobrepasado. El mundo está gobernado por gente anciana, ya viejos son, también, los poetas y artistas que más reclaman el interés de la gente educada. En general, en todas las materias, vivimos un tiempo en que la marea se recoge y la mar se estabiliza. No creamos mucho en que los descubrimientos de la física cuántica y nuclear son hechos enlazados exclusivamente a nuestra generación. El único hecho verdadero es que sólo en nuestra generación consiguió energía publicitaria, después de la catástrofe de Hiroshima, etcétera. La substancia del desarrollo estaba dada en la generación anterior.

El problema se torna insoluble para las mujeres. Ellas piensan que no las amaremos cuando, como la Helena del soneto ron-sardiano, sean viejas encucilladas junto al fuego. ¿Qué hay de eso? Balzac descubrió a la mujer de treinta años; se dice que Sartre y la gente moderna han descubierto a la de cuarenta... ¿Por qué no ensayar con la de cincuenta? El día que se escriba una buena novela sobre esta mujer de medio siglo, ella también adquirirá patente amorosa y podrá cautivarnos con sus relativos encantos.

Por de pronto, vivamos la edad que tenemos. Ni más, ni menos. No la edad que creen o suponen los otros, sino la auténtica que nos está señalando el índice interior.

PREPARATIVO DE AÑO NUEVO

—¿Qué vas a hacer el Año Nuevo?

—Todavía no lo sé... Veremos.

Así anduve esquivando los compromisos, con el mismo cuidado que el niño pone al saltar la rayá tizada del "luche". Uno bien quisiera multiplicarse esa noche o adquirir el don de ubicuidad que las potencias celestes sólo conceden a los santos. Me había preparado, durante todo el transcurso de esos trescientos sesenta y tantos días, para darme la fiesta suprema, comparable a las gloriosas de la época de la Regencia en la Francia del siglo dieciocho. Me detenía, por esa razón, el temor de ir a caer a un hogar burgués, y tener que tolerar triviales reflexiones de añoranza. No. Yo quería una fiesta de verdadero apogeo de los sentidos; una kermesse a lo Rubens, por lo menos.

Tanto empeño puse por conseguir la realización de ese ensueño festivo, que terminaría solo, abandonado y escéptico, bebiéndome una cálida pilsener de mala muerte en un café de barrio. Pero aquello me serviría para ahondar, por breves momentos, amargas meditaciones sobre la visible decadencia de la fiesta en un mundo en que ya, como lo diría Shakespeare, ésta no es una piedra preciosa en el tiempo. El poeta atribuía la solemnidad de la fiesta al significativo hecho de su escasez, comparándola a los raros diamantes de una joya.

Pero, en la época del *coro* y de la "bijouterie" artificial, las fiestas estaban condenadas, también ellas, a verse disminuidas por la competencia, al igual que las piedras preciosas. El hombre moderno reparte demasiado sus goces a lo largo del tiempo: esto propende a desprestigiarlo, a hacerlo vulgar. Ahora, es difícil discernir, a primera vista, la calidad egregia de una perla, casi tanto como descubrir la médula de alegría de una fiesta. Hemos diseminado la capacidad de verdadera y espontánea fruición en pequeños goces pasajeros, de carácter ambiguo, acumulados en horas robadas al trabajo y a preocupaciones urgentes.

Todo el mundo está de acuerdo en considerar que en las épocas anteriores a la nuestra el mundo debió mostrarse más sombrío y escueto que en la actualidad. El hombre del medievo, por ejemplo, vivía sumergido en una atmósfera incesantemente abastecida de místicos afanes y asediado por los problemas locales de un horizonte estricto y estrecho. La realidad le ofrecía precarias posibilidades de goce y transporte de los sentidos. Todo lo que se diga en contrario no puede sino aplicarse a muy reducidas minorías. El hombre que ahora llamamos "de la calle" arrastraba una existencia desprovista de halagos y sólo enderezada, por la asistencia constante de la iglesia, hacia la salvación ultraterrena del alma. ¡Pero tenía la fiesta! ¡Y qué fiestas, en las que se hacía mofa, incluso, de lo más sagrado, que es la muerte, y en la que los esqueletos bailaban la danza macabra! Aquello era un anual apogeo de la masa sensorial, una borrachera de la inteligencia, una orgía de los sentidos.

No comprendo, por eso, estas fiestas de ahora, regidas por el espíritu de recato y que revelan su carácter de interinidad del trabajo, de breve paréntesis abierto al deber, en la falta de exultación de lo placentero. La noche de Año Nuevo, para la mayoría de la gente, es una sucesión absurda de petardos, cohetes y ruidos disonantes. Me habría gustado asistir a la noche víspera del año mil, fecha en que el quilastismo cristiano había agolpado todos sus remores. Según interpretaciones erróneas de los libros sagrados, muchos pensaron que ese día sería el último del mundo. La conciencia del peligro desató los sentidos y los hizo desbordarse en una espuma afrodisíaca. Aunque algunos historiadores niegan la autenticidad del hecho, me gusta pensar que la humanidad viviera una hora así, entre el placer y la noche lóbrega del más allá.

De las noches de Año Nuevo, recuerdo una que me hirió pro-

fundamente la sensibilidad, por cuanto en sus sombras ocurrió un hecho digno del buril de un Callot. Existía en Concepción una vieja limosnera a quien la gente había dado en llamar "la Paloma". Era una vieja singular, mezcla de bruja a la antigua y de loca de Chaillot a la moderna. Gozaba de una indiscutible popularidad entre los enamorados de la Plaza de Armas, a quienes socorría con sus habilidades de trotaconventos, y entre los muchachos que jugaban en sus jardines.

La mañana primera de uno de esos lejanos años, la pobre anciana amaneció muerta. Según se supo más tarde, murió del pavor que le produjeron los petardos que le lanzaron algunos niños inconscientes. La escena debió ser, como ya lo decía más arriba, al estilo de los grabados del romántico Callot o quizá como el *Capricho* de un Goya.

Desde entonces le cobré antipatía a los cohetes. En una palabra, los tengo asociados a la muerte de la pobre mendiga, figura predilecta del santoral de mi adolescencia.

Por otra parte, me resulta difícil, si no imposible, desentrañar la relación que pueda existir, si es que la hay, entre la alegría y el estrépito. De los modestos estudios de física que hice en el colegio, sé que el ruido es el resultado de una relación inarmónica. No puedo entender que alguien pueda festejar el advenimiento de un nuevo año, en el cual depositamos esperanzas, más o menos esperanzas, en medio del estrépito y la disonancia. Soy de los que huyen de los alrededores del Santa Lucía por temor al inocente estampido del mediodía.

La costumbre de los petardos, de los cohetes y de las llamadas "viejas" es preciso desterrarla, por incivilizada y propia tan sólo de pueblos primitivos.

Son suficientes los ruidos que tenemos que soportar durante el resto del año al caminar por las calles de esta ciudad bulliciosa.

FELICITACIONES

Tal vez una de las mayores desventajas de nuestro hemisferio sur, acariciado por la esplendente luz de la Cruz del mismo nombre, es que para Pascua de Navidad y para el Año Nuevo, celebraciones éstas dos de carácter universal, nosotros no gozamos de la alegría que proviene de la nieve. La Pascua, según la imaginamos a través de los sentimentales relatos que se han escrito sobre ella, debe estar cubierta por una suave, diáfana, película de nieve. Aún hoy, los Nacimientos con que se conmemora la natividad acostumbramos a cubrirlos de algodón o de cualquiera otra materia similar que provoque en la mirada la ilusión de una nevada. Son recuerdos del pasado inmemorial. Así los propios suecos, situados casi al borde del clima ártico, son ahora los más ardientes adoradores del sol. Sin duda recuerdan aquella época en que el hombre blanco apareció en las mesetas cálidas del Asia. De la misma manera, nos movemos siempre dentro de la convención originada por esta costumbre ancestral de recibir la epifanía en la noche más rigurosa del año.

Esta convención impidió por mucho tiempo una correcta percepción artística de los temas navideños. Los escritores, sin darse cuenta o dándose cuenta, escribían narraciones de Pascua en que, por ejemplo, los protagonistas padecían del crudo invierno bonaerense, ¡y esto en pleno mes de diciembre!

Este año, por las dudas, escribí un cuento de Pascua. Me di cuenta de inmediato de lo difícil que es abordar un tema tan ma-

nido. Los hay que son verdaderas maravillas. ¿Cómo olvidar a los rusos de la época clásica o al gran Dickens, el mismo que escribió "Canción de Navidad"? Este es uno de los relatos más conmovedores que se han escrito sobre el tema de la epifanía cristiana.

Lo mismo nos ocurre con el Año Nuevo, con su celebración anual y auspiciosa. Las obligaciones contraídas con el clima, con la proximidad astronómica del sol, inclinado en este período del año sobre nosotros con una avidez exultante, le confiere a estas fiestas, entre los que habitamos el hemisferio meridional, ciertos matices que le roban todo recato de intimidad.

Culpable de la contradicción climática, la Pascua de Resurrección, que en Europa cae en los comienzos de la Primavera, entre nosotros es la Pascua de la muerte de la naturaleza, en los comienzos de la estación otoñal. ¿Cuál es la resurrección? ¿En dónde la podemos apreciar sensiblemente? En el fondo, la resurrección que los europeos celebran es la continuidad cultural e histórica de un gran mito pagano que la antecedió. Es la fiesta de las flores, de los árboles, cuyas yemas despiertan al contacto sonoro de las primeras brisas primaverales. Acá, más abajo de la línea ecuatorial, no sucede así. Para la Pascua de Resurrección, las flores están ya marchitas, y los árboles, despojados y desnudos como grandes arácnidos botánicos.

Para rendir un especial testimonio a la naturaleza, de cuya influencia no podemos abstenernos, debemos trasladar la celebración católica del Mes de María a noviembre. En los países europeos en que este culto tiene destacada celebración, se efectúa en el mes de mayo. Mal podríamos cantar nosotros a María en este mes contrito y desolado. ¿Qué flores podríamos ofrecerle?

Así, son muchas las contradicciones que abre la cultura en su peregrinación por las tierras de Sudamérica. En su esencia europea,

aún no ha podido adaptarse plenamente al paisaje. Y seguimos soñando, inocentemente, con una obstinación que llega a lo cómico, en las nieves de algodón de los Nacimientos pascuales.

Pero de todos modos, también nosotros tenemos una formidable participación en estas dos festividades de carácter ecuménico. Es la época en que uno recibe inusitadas felicitaciones de parte de amigos lejanos, a quienes creemos para siempre sumergidos en el olvido. Yo, por ejemplo, recibí una. Una que me dio un especial alborozo. Desde hace años que la vengo recibiendo y podría imaginarse que por dicha causa ya estaría acostumbrado. No es así, no obstante. No es así, porque la gentileza no abunda en este mundo, mundo cohibido por tan terribles asechanzas de toda índole. Se trata de un poeta, mitad aventurero, mitad actor radial, que estuvo en Chile hace ya varios años. Desde que se fue, en esta fecha de Pascua de Navidad o del Año Nuevo, recibo puntualmente una tarjeta suya. Lo curioso es que nunca proviene del mismo punto. Tan pronto la carta de felicitación fue despachada en Oslo, como en Los Angeles o, cosa más rara aún, desde el Centro del Africa. Me he puesto a pensar en la gentileza de este amable artista, que siempre ha tenido un recuerdo para su lejano amigo chileno con que apenas si alcanzó a compartir unas dos o tres veladas llenas de fervor por la poesía y el arte. Ahora bien, o mal, si queréis, jamás he podido contestarlas. Porque él siempre olvidó poner la dirección exacta de su accidental lugar de residencia. ¿Se podría pedir mayor exquisitez? Este andariego amigo me escribe con extraordinario desinterés, sin importarle, con mucho, mi respuesta. Este año dudaba de recibir su amable muestra de amistad lejana. Pues bien, he aquí que la tengo entre mis manos. Viene de Santiago de Cuba, su pequeña gran patria.

Confieso que no tengo la costumbre de este amigo remoto.

Debe ser porque no tengo el hábito tampoco de escribir cartas. Ahora aprovecho estas columnas del diario para hacerlo con todos mis amigos. Es esta nota una carta que les dirijo a todas las personas que con su estímulo silencioso me han ayudado en la tarea de escribir para el público. Este estímulo me ha permitido ampliar la visión que tenía del mundo y me ha conferido nuevas ansias de vida y renovación.

Como veis, yo también escribo felicitaciones.

EL CRIMEN DE LISSELOTTE

He aquí que la mano hecha para la caricia empuña el arma homicida y dispara sobre un hombre, el mismo que desde hacía un tiempo turbaba su existencia. En rigor, miradas las cosas desde el ángulo en que han sido presentadas por la prensa, Lisselotte ha procedido de acuerdo con los dictados más legítimos de la alcurnia humana, la defensa de la dignidad herida en forma inveterada. No hay sombra de histeria femenina en este acto natural, nacido de un impulso suficientemente cultivado por una dolorosa experiencia. No querría introducir una opinión larvaria en asunto cuya configuración psicológica no ha adquirido aún diafanidad indefectible, como ocurre cuando es vislumbrado por el poder del genio, ya sea un Shakespeare o un Balzac. Aunque frenados por el deseo de no sumirnos en la intimidad de esta verdadera heroína de la novela que escribe a diario la vida, bien quisiéramos referirnos al caso, suponiendo, como en un ensalmo matemático, que éste todavía no es el caso particular de un corazón afligido y posiblemente trizado. La calidad de los casos generales son los únicos que aceptan, desde el punto de vista piadoso, en

que quiero colocarme, el examen sin delicadeza, la helada intrusión. Si produjéramos ese ensalmo, robando a este caso las incidencias singulares que se refieren a la mujer que en él tomó parte activa, veríamos que queda, con todo, un escorzo esencial que puede servirnos para algunas reflexiones.

Una mujer educada y laboriosa (en el caso particular, ella es propietaria de una tienda) entrega su amor durante años a un hombre que no sabe valorarla ni respetarla. La hace víctima de atropellos, inicios que hacen recordar ciertas páginas del Marqués de Sade, aunque aquí la vida se empeña en vulgarizarlas y rebajarlas. Justamente ofendida, asume el papel vengador de una Némesis y mata.

Es indudable que este escorzo es demasiado simple para que sea verdadero. La vida no tiene nunca la simplicidad de un plan literario y todos los esfuerzos que hacemos en dicho sentido no hacen otra cosa que despojarla de su adventicia realidad. Los hechos suceden en una caudal que recoge el suministro de múltiples afluentes, algunas veces misteriosos y cuyo origen nos avergüenza confesar.

Esto es lo que nos interesa volver a decir, aun incurriendo en abundancia y demasía. Sabemos con qué suerte de fruición se escribe sobre las relaciones amorosas, sobre las formas diversas en que éstas se expresan y el grado pasional que las determina y mantiene vigentes entre hombres y mujeres. La misma prodigalidad de libros escritos sobre esta materia debería, en verdad, hacernos sospechar de su validez. Generalmente son resultados de experiencias personales o de simples observaciones de clínica. Ambos llevan el sello de su procedencia y encajan poco, o nada, en la realidad particular, cuyo carácter es adventicio, es decir, que no ofrece fuente propicia para una formulación genérica. No todas las

mujeres actúan como Lisselotte, ni todas, es claro, han vivido su sombría experiencia del amor. Pero, suponiendo este último caso, ¿empuñarían el arma homicida?

Tengo un amigo estricto, estrictísimo, en materia moral, a quien me habría gustado preguntar sobre este delicado asunto. Estoy cierto de que, aún compadeciendo a la verdadera víctima de esta tragedia santiaguina, le habría reprochado su conducta. Pero es este aspecto, precisamente, el que más duele y el que más nos lleva a la piedad. Es absolutamente efectivo que la dama no habría sido instada poderosamente al homicidio si se hubiera guardado de unas relaciones, recordando a Chórdelos de Lacos, sumamente peligrosas para ella. Su tardía reacción —no olvidemos que enteró dieciséis años viéndolo y aceptándolo— ha hecho pensar a más de alguno que de estas relaciones la dama obtenía, a más de golpes y daños, otras, muy distintas, experiencias, tal vez sabrosas. Pero es esto sin duda alguna lo que más dramatismo concede al asunto: esta mujer amaba, amaba sin discernimiento, pero amaba. El trato brutal, el vejamen reiterado, no hacía sino exacerbar una duplicidad de sentimientos en que la contribución amorosa no era menor que la del odio que a su lado iba creciendo como el yerbajo entre las flores.

Pensemos, más bien, que la relación de amor, tan cantada por los poetas, tiene muchas veces un cimiento fangoso. No son pocas las idealidades humanas que descansan sobre el cieno. La Justicia, como bien señalaba el genio de Balzac, no le hace asco al juramento mendaz para conseguir sus altos veredictos. El sentimiento del amor, consagrado por las religiones, consigue en no pocas oportunidades su savia en la bajeza. Hay amores que nos dan vergüenza, justo es declararlo.

Pero en el amor, aún el más bajo, siempre existe una zona

alta, la que accede a los demás. Miramos a la gente a través de ella y quizá por eso la olvidamos. Creemos demasiado en la importancia de la estricta relación biológica y desdeñamos la establecida por los vínculos sociales. La mujer necesita protección, aun aquella que trabaja y que cree haber obtenido una independencia económica; es esa necesidad la que la lleva al lado del hombre. Su forma de amor, por ese motivo, tiene una raíz que podríamos suponer equivocadamente interesada. La protección no la da, en resumidas cuentas, el infortunado. En otras ocasiones, el sentimiento parece revertirse y la mujer se transforma en protectora. El caso de Lisselotte no admite discusión. No puede haberse encontrado en el rango de estas últimas. Esto es indudable, y su protector era un verdugo.

Hace muchos años en Francia, el caso de Violette Nozieres, atraía la atención del público mundial. Había dado muerte a su padre. Representaba, en cierto modo, la reacción enérgica de un sexo ofendido y maltratado. El rapto de pasión puso al descubierto una de las fallas más viles de la realidad. No contamos con el sexo femenino sino para satisfacer instintos primarios y hacemos muy poco por educar nuestro espíritu en el respeto que le debemos. Violette Nozieres y Lisselotte hieren... ¡Pero es que nosotros, los hombres, desde los comienzos de la humanidad las estamos hirviendo!

Una de las frases de Saint Just que siempre recuerdo es esta: "En un país libre, las mujeres son libres y adoradas". No puedo negar que simpatizo con Lisselotte.

La persona que tiene la mala idea de viajar el día 28 de febrero en dirección a la capital, puede estar segura de que lo hará en un tren muy parecido al famoso transiberiano. En los repletos vagones, donde va representada, en indiscreto pandemónium, toda la gama de maletas que pudiera haber imaginado el viajero dios Mercurio para sus hijos predilectos, se hacinan los cuerpos en una bárbara y deleitosa promiscuidad. Se oyen carcajadas y chistes juveniles, y un fresco aire de insania e inocencia, mezclado al perfume de las muchachas, carga la atmósfera como de polen... La presencia de la juventud es siempre agradable, sobre todo en la noche visperal de marzo, abierta a una inquieta y benévola esperanza.

Son los estudiantes que regresan o que vienen por vez primera a la ciudad. Se instalan por todas partes, en los pasillos, sobre los asientos, con alegría bohemia y libre de convenciones. Por más que la noche adquiere un lento desarrollo en el tren, no se han dejado vencer por el sueño, maravillados, como van, por la proximidad de la mañana radiosa que les espera en la estación Alameda, rendido término. Cuando digo esto, recuerdo circunstancia análoga, dramáticamente unida a un frágil despojo de aquella época la imagen de una noche pasada en el tren nocturno, entre seres rientes y desconocidos. No creo que exista una alegría más pura que la de esta vigilia estudiantil de armas, mientras las ruedas marcan con instancia isócrona el ascenso de vagas melodías interiores.

En el tren que corre a Santiago podríamos reconstituir una considerable fracción de la historia republicana de Chile. Aun podríamos decir que todo lo más notable y grande que se ha he-

cho en el país es provocado por esta centrípeta cohesión de trenes que vienen a la capital transportando cerebros jóvenes, almas ardientes y sueños de ebria grandeza. La anatomía, tanto política como literaria y social de la capital, ha necesitado de estos muchachos que llegan a fines de febrero o a comienzos de marzo empujados por la solicitud de esperanzas regias.

Ellos vienen, muchas veces, con parvo bagaje. No caigamos en el mal gusto de insistir sobre ello. Quiere la imaginación novelesca que siempre el héroe pobre sea el más dignificado por la gloria y el destino. Se ha escrito tanto sobre esa materia, que es mejor que hablen sus clásicos.

Los trenes dirigidos a Santiago han desocupado las provincias. Los jóvenes que en ellas quedan son los que todavía no han salido de sexto año, los que están repitiendo ese curso y los que no podrán estudiar. Los primeros esplenden un fatuo orgullo al pisar los umbrales del colegio; saben que son el objeto de la cautiva atención de los muchachos menores. Yo recuerdo haber mirado con verdadero éxtasis "a los del sexto", ahitos de sapiencia juvenil y que andaban en lancés amorosos, según se sabía o se inventaba, con turbadoras doncellas del pueblo. Esos jóvenes piensan que el año va a transcurrir locamente y que los profesores no se atreverán, esa es la palabra exacta, a cortar tanta esperanza lisonjera, con una antipática medida de reprobación. En cambio, los que repiten el año... la experiencia del repitiendo de sexto año demarca en los rostros de sus víctimas un gesto agrio y huraño; son los que han estado a punto de tomar el tren... Némesis, encarnada en un repulsivo profesor secundario, tiró los faldones de su chaqueta, y allí se quedaron, en el andén del sexto, para un año más. El caso de los últimos, el de los muchachos que no continuarán sus estudios en la Universidad, ofrece múltiples aspectos de meditación y

variado interés sociológico. Lo que sé decir es que muchos de ellos, a quienes miré con lástima y con un tantico de desprecio, ahora tienen motivo sobresaliente para felicitarse de no haber tomado el bohemio tren de marzo. No todo andaba tan mal en provincia; allí se casaron con la chica más bonita y adinerada, y allí sobre todo, continuaron comiendo los alegres guisos de la economía rural, mientras nosotros máscábamos porotos sancochados en bicarbonato en las ruines pensiones de la vida docta. No. Todo no era tomar el camino de la Universidad y seguir la trayectoria más o menos ilusa de la política y la literatura. Había algo también muy interesante fuera de eso, y ustedes lo saben.

Bien, pero vamos en el tren. La noche ha pasado con festiva celeridad y el alba raya en los campos su luz pronunciada. El convoy ha tomado un ritmo más sereno según nos acercamos a la capital, y la gente comienza a recoger del fondo de las maletas el condumio matutino. La irremplazable alegría de este festín quisiera ahora, aunque tuviera otra vez que meterme a estudiar ciertas pesadas pruebas de hace veinte años.

Por eso el que desee viajar en 28 de febrero, que lo haga con el alma contrita de antemano, si es hombre poco amigo de la chanza y que tiene rostro recoleto y en vinagre. Los muchachos de ambos sexos —divertida frase esta— que aquí van, no creo que perdonen el gesto agrio, ni menos cualquier repulsa a la expansión de la alegría que les come alma y cuerpo.

Sin embargo, no todo era deseo de estudio; mientras recuerdo alcanzo a concretar las siluetas, lo que hacía tensa la mirada, voluptuoso el celaje de la mirada y enhiesto el vigor de los músculos. Había un no sé qué flotando en la atmósfera, un tufillo denso de amor, un algo que nos cosquilleaba entre pelo y pelo naciente del bigote. Tal vez era que salíamos por primera vez de casa entera-

mente solos, entregados a una inusitada conciencia de libre albedrío, mullida conciencia que todas las enseñanzas y reproches no habían logrado cimentar.

El alba, la mañana, el desayuno. Todo eso era vuelo rápido en el tren, motivo jocoso de comentario y vertiente de palabras sin sentido. Ahí está la esquivada ciudad que nos espera... Podría repetir muchos nombres, de muchos que llegaron en el tren aquel. Muchos realmente llegaron. ¿Otros? ¿Pero qué es llegar?

Quizá lo mejor fue quedarse.

ROSTROS EN EL MURO

Se acercan los idus de marzo. Para esa fecha, día quince, se cumplirán dos mil años de la muerte de Julio César, el político que en la vida del mundo occidental ha influido con un sello más profundo. Cualquiera de las cuestiones debatidas en las márgenes del Rin, tantas veces disputadas por la verde Francia y la rubia Alemania, caen dentro de la jurisdicción mental del hombre configurativo y esencial que fue Julio César. Fue el primero que tuvo una visión moderna, y en el sentido más elástico del vocablo: dandy como Disraeli, gracioso como Alcibiades y vehemente como ninguno para amar, odiar y pensar. Es una vida que da origen, que se torna raíz, que no es una simple huella histórica. No pasa con sus creaciones lo que con las endebles creaciones napoleónicas, raleadas por el siglo XIX, en veinte años, o menos. Al igual que Alejandro, César deja concepciones inalterables. Pero no es eso lo que constituye el tema de esta variación de cuaresma. Políticos influyentes ha habido pocos, ya se sabe, y espigar sus cabezas notables en el heterogéneo trigal de la historia, tal diría un

poeta, es empresa que, comprometiéndolo al cansancio, no conduce a nada. Por lo contrario, abundan los políticos que no dejan a su muerte sino las frases consabidas del funeral, vano deslumbre retórico.

A veces se me ocurre que los políticos, al menos muchos de ellos, sólo persiguen la satisfacción pueril de la letra impresa. La letra de molde ha sido responsable de muchos desaciertos y de no pocas vanidades. Una candidatura florecida a punto de palabras en el corrillo favorito de la esquina, ¿qué es mañana? Las palabras que le prestaron su jugo y vigor se aventaron como heno al viento. Produjeron sentimentales romadizos en algunas personillas de la familia del candidato y, tras breves estornudos, poco dicen, o nada. Se las llevó la brisa, por no decir el ventarrón de la indiferencia.

Pero algo queda. Contra de los que afirman la fugacidad de ciertas candidaturas, que duraron lo que dura una flor, una porción quedó inscrita para la historia rupéstre de la ciudad. El rostro del hombre que fue candidato, pegado con engrudo en la pared de la calleja tortuosa de aquella parte de la ciudad que confina con el clamor de los sapos. Ese rostro está allí prendido, resistiendo el amago de los inviernos y el estropicio vernal, convulsionado y amarillento de antigüedad. Os invito a guardar silencio cuando paséis junto a ese arqueológico semblante del "hombre que estuvo a punto de ser diputado".

Se maldice, de paso, a los manes del inventor de la cifra repartidora. Mal haya para aquel que dispuso que... Bueno, pero eso es política activa. Del rostro mordido por el sol y la lluvia, fluye a caudales el pretérito. Los años lo están ennobleciendo, a medida que sólo destaca su jerarquía puramente humana, desprovista por entero de los atributos individuales. Respetamos sencilla-

mente al "que pudo ser, pero que no". No siempre quedan retratos de estos hombres del instante, soberanas cúspides de la ilusión pasajera y del empalago traidor. Nunca falta, al lado del hombre que quiso ser diputado o senador, la diabólica insinuación que brota del labio sarcástico, henchido de sorna: "preséntate, que vas a sacar por lo menos dos mil votos...". El hombre "que quiere", a quien el presente fugaz parece escoger para que más tarde sea el "que quiso", y nada más que eso, corre a la imprenta cercana, y ordena carteles, avisa al fotógrafo y exige encuadres psicológicos, se exprime en frases retumbantes, adopta aires de resignación cívica. ¡Qué diablos, los amigos son así, la ciudadanía me lo pide! Las bandas de género colocadas en los edificios, una incomprensiva orden municipal las prescribe; los carteles, la lluvia los deteriora y mancha; las fotografías se desvanecen... Algunas quedan, como ya lo hemos comentado, pero no siempre se tiene esa suerte.

Sólo queda el nombre, entonces... He visto un "viva Grove", que me ha conmovido. Me acordé que este político, muerto hace algunos años, dio el tono de la calle. Una mancha de tiza, jugando con el tiempo, dibujó en la pared un viva que los muchachos de este tiempo no comprenden y que es como leer una inscripción pompeyana. ¡Gran Dios! ¡Apenas han transcurrido quince años! Ahora tiemblan ciertas gargantas viviendo a seres que mañana, al igual que el simpático Marmaduke, no serán sino vibraciones sentimentales de algunos recalcitrantes en la nostalgia, como es un servidor de ustedes.

No sólo es eso... ¿Qué dirá la generación venidera cuando lea un cartel que me sé, en donde se anuncia que el candidato es viril? ¿Por qué la virilidad es propalada como calidad política? ¿Qué se quiere decir con eso? Otro cartel anuncia que el candidato es "tremendamente servicial". Los hombres serviciales, según

me doy cuenta, serían aquellos que lisonjean con los halagos más rendidos a la mayoría. Dios me libre de tal cosa. Prefiero no serlo.

Así están los asuntos en la política. La gran masa de los que intentan domeñar sus desdenes, escriben para las paredes derruidas, para las ruinas de mañana. Obtengan o no obtengan triunfo alguno, da lo mismo. No siempre habrá mármol para sus nombres. Sólo muros, muros envejecidos.

Hubo un tiempo feliz para la democracia —fresco surgir del mundo— en que el hombre no participante, el que se abstenía del ejercicio cívico, era un idiota. La palabra que ahora usamos para designar al privado de entendimiento, la democracia helénica la empleaba para referirse al hombre que no hacía vida pública, al idiota privado.

Ahora está ocurriendo casi, casi, lo contrario. ¿Quién lo diría en tiempo de Pericles?

EL NARANJO DEL PATIO

Desde hacía algún tiempo venía observando el naranjo del patio. Colocado en medio de las sombras arrojadas por los altos edificios vecinos, sin riego alguno, parecía condenado a la muerte. Incluso, una mano despiadada le había clavado un trozo de madera en el tronco quizá para satisfacer qué oscuro y bárbaro designio. El pobre árbol apenas cumplía con las necesidades más vitales, junto a los seres desaprensivos que habitan la casa.

Pero hace poco dio frutos. En la cima esmeralda de su copa han brillado las frutas de oro, ansiosas de aprovechar los breves instantes de sol que le permiten los altos edificios del vecindario. Y hemos comido de esas frutas, sintiendo que el azúcar de su pul-

pa podía colmar la sed humana, y que el árbol, a pesar del maltrato y de la orfandad en que había vivido hasta ahora, podía darnos el dulzor de sus verdes entrañas,

Un arrepentimiento algo tardío se ha apoderado de nosotros. Y bajo las aguas de la lluvia que lo azotaba y movidos por un ácido regusto moral hemos sacado los clavos que lo herían a mansalva y que representaban una escena de cruel crucifixión. El naranjo del patio ha dado lozanos frutos y ha sabido con ardiente y desolado metabolismo inyectarlos de sus mejores azúcares.

Aquello que parecía imposible, que el cadáver macilento se coronara de los dorados frutos de las Hespérides, se ha cumplido, para satisfacción de los seres ingratos a quienes habría querido colmar de sombra si lo hubiera podido. El naranjo del patio ha encimado, con generosa complacencia, el producto de su sueño botánico.

Nadie vio los azahares que deben, hace poco, haber nevado su copa. Con cruel indiferencia, lo habíamos dejado estar, creyéndolo perdido para la vital proeza de una juventud que le negábamos en forma inconsciente. Pero él nos ha dado un ejemplo excelso, ha abierto las manos dadivosas de sus ramas distorsionadas por el ansia de sol y ha dejado caer su regalo de oro.

Bella enseñanza moral que desprendemos del ejemplo dado por este mudo personaje del patio, a quien, incluso, habíamos llegado a herir a mansalva.

Y todo esto, porque existe un fondo bárbaro para emplear las fuerzas de la naturaleza, comprenderlas en su místico apogeo de bienestar y compulsarlas en su enorme valor cultural. No sé lo que pueda haber ocurrido en el fondo de estas almas que conviven junto el naranjo del patio, almas que saben leer en los libros

impresos en las editoriales, pero que al parecer se han negado a leer las advertencias contenidas en el libro mágico de la naturaleza.

Son muchos los árboles que, como éste dan flores y frutos, sombra y placidez, sin que la mano piadosa se preocupe de ellos, sin que el amor lo realce y tonifique. Ajeno a nuestra malvada condición, pasando por encima de las fallas morales que nos han tornado en verdaderos verdugos, estos árboles crecen y dan frutos, premiando nuestra maldad, devolviendo amor a nuestra ciega indiferencia.

He hablado de arrepentimiento tardío, pero acaso abusé del lenguaje. Nunca es tarde para hacernos la promesa de religarnos, la palabra religión no tendría otro sentido que ése, con las fuerzas naturales que se desarrollan en torno nuestro, ilustrando nuestras vidas y proveyéndonas de un fundamental instinto misterioso.

Si no amamos a los árboles, mal podemos amarnos a nosotros mismos. Lo más grave que trae aparejada la barbarie es la crueldad, tanto más innecesaria cuanto inútil es. Hay crueldades que realiza la ciencia para conquistar un bienestar futuro, siendo ella virtud del escalpelo que trepana o del instrumento que escinde el tumor. Pero esta crueldad que proviene de la indiferencia, de la falta del sentimiento religioso, es la que no ofrece posibilidad alguna de perdón. Es la barbarie que hemos dejado crecer junto a las actitudes superficiales, pues mientras nos preocupamos de dar barniz al automóvil, el naranjo del patio se seca...

Creemos ser civilizados, pero la verdad es que desde un fondo de hiedras y líquenes pretéritos está asomando su rostro adverso el bárbaro de la selva. Podemos asistir a ceremonias religiosas, las religiones oficiales y reconocidas las ofrecen a millares; pero si no sentimos auténtico amor por las fuerzas naturales que están a nuestro alcance nos hemos estado mintiendo. Mientras los árbo-

les permanezcan abandonados, todo intento serio de amar las cosas y, a través de ellas, amarnos a nosotros mismos estará condenado de antemano al fracaso.

Es quizá éste el más maravilloso ejemplo que se pueda obtener, mientras con mano ansiosa y arrepentida recogemos del suelo las frutas doradas que los últimos vientos han derribado. En cada una de ellas se contiene una bella enseñanza.

El naranjo del patio, en verdad, nos ha lanzado al rostro una severa acusación.

LIBROS OLVIDADOS

No podríamos precisar cuál es el verdadero valor de muchos de estos libros leídos en la primera infancia, cuando recién se abrían nuestros ojos a la seducción de la letra impresa. Lo único que, en buenas cuentas, podría decirse de ellos es que acaso no conviene releerlos, porque en la nueva lectura daremos muerte definitiva al placer inicial, lo que siempre constituye una lástima. Es por eso que prefiero mantener la incertidumbre crítica y no trato, por motivo alguno, de volver a esas páginas que, después de todo, tanto me hicieron gozar. ¿Es que eran verdaderamente bellas o es que nuestro débil sentido crítico, nuestro juicio en ciernes, así nos lo hacían creer?

Me pasa con esto algo parecido que con cierta música escuchada a eso de los cinco o seis años de edad. Mucha de esa música, en gran parte, tangos insignificantes o valeses de dudosa limpieza sentimental, comparte con sus imágenes las proporcionadas por los libros olvidados, libros que no estoy seguro si leí alguna vez o si, meramente, me fueron relatados por la voz de algún familiar.

Es difícil orientarse dentro de la profusa maraña de los hechos de la infancia, enredados como están unos a otros en una especie de cuadro estático desprovisto de sentido temporal y, muchas veces, espacial. Cuando he tratado de hacerlo, confieso, con alguna vergüenza, que lo he hecho valiéndome de la técnica de un "cameraman". Acercó mi cámara interior al lugar de enfoque hasta producir un primer plano, pero este primer plano resulta siempre borroso y alterado por una primitiva falta de perspectiva... ¿Cuándo leí ese libro que tanta emoción me produjo? ¿Pero es que lo leí siquiera? Algunas veces me ocurre, al escuchar los compases de una vieja melodía, descubrir que ella está relacionada con una lectura que, de pronto, se hace clara a mi recuerdo y se torna, en forma mágica, descifable.

Lo peor de todo es que muchas de las reflexiones que creamos propias pudieron calcarse en ese tiempo en nuestro cerebro. Hace mucho tiempo creí que surgían originales melodías en mi cabeza —debo declarar que tuve en un tiempo la presunción de la composición musical— hasta que descubrí su origen espurio: no pasaban de ser un recuerdo de algo oído en una época lejana, prescrita por una abundante audición posterior de música.

Pero, en lo que se refiere esencialmente al tema, ¿por qué cierta novela chilena me impresionó tanto? Debió ser, sin duda alguna, porque fue la primera vez que comprendí el enorme milagro de la creación literaria y pude darme cuenta de que, aparte de la realidad exterior, visible y palpable, existía otra, la que el artista crea. Confieso que no he hecho esfuerzo alguno por leer de nuevo ese libro. He preferido dejarlo en la atmósfera ingenua en que sus páginas se abrieron y que los personajes acariciados por mi mente en esa época no sufran la vigilancia crítica que ahora me haría, con seguridad, dejar de quererlos.

Hay algo en esto de lo que pasó en el alma de cierta protagonista de Dostoieski cuando, al cabo de muchísimos años, volvió a ver al hombre que amó en su juventud. Desilusión, tristeza, deseo de volver a amar, aunque fuera a la fuerza.

Hay libros que no volveremos a leer y autores cuyo nombre jamás pronunciaremos. No están olvidados, ciertamente; un des-punte de ellos ha quedado prendido en nuestro pensamiento; pero, en relación a nuestra problemática actual, a las interrogaciones vitales del momento que vivimos, nada nos dicen. Vagamente perfilados en la bruma, han quedado en la lontananza vital, como las azules montañas que se divisan apenas, a lo lejos, tras la llanura tensa.

Con la novela chilena, esa a que aludía más arriba, me ha pasado eso. Un día, hace tal vez unos diez años, cayó el volumen, de nuevo, entre mis manos. De inmediato reconocí la vieja portada, con el mal gusto de la impresión y el perfume que despiden las ediciones baratas. Pero no lo abrí. No quise profanarlo con la experiencia que ahora tengo. ¿Para qué? Cuando quiero releerlo, me basta con cerrar los ojos, y recordar. Muchas de las bellezas que contiene esa lectura mental, hecha en un estado casi mediúmnico, han sido superpuestas por la nostalgia, por el deseo de recuperar la inocencia perdida. Sé bien que el libro no es bueno. Jamás un crítico literario se ha referido a él, cosa que sería después de todo indiferente, pero...

Son éstas las circunstancias que me han acompañado en muchos de mis juicios, en los que he tratado siempre de inocular un poco de mi relación personal con el mundo y las ideas. Soy un mal juez, sin duda, ¿pero quién quiere ser un buen juez consigo mismo? Es indudable que las manos maravillosas de Cortot traducen el auténtico Chopin. Pero cuando yo quiero gozar verdaderamente

con sus mazurcas y sus estudios, lo prefiero tocado a la diabla, con torpeza.

Así lo tocaban, en días de lejana bruma y nostalgia, las manos que más he amado en el mundo.

VIDA, PASION Y MUERTE DEL FOLLETIN

Mientras escribo, llueve tediosamente, sin ninguna gana, como diría un chusco, olvidando que la gana hispánica nada tiene que ver con la inflexible y siempre puntual naturaleza.

De paso para el diario, he visto la clásica cola de los días sábados frente al cine de mi barrio. Con una paciencia que asombra, he aquí al pequeño burgués, tal diría un comunista, cómo le disputa su humilde ración de alegría y disfrute al tiempo que corre sonoro, transformado en innumerables gotas de fastidio.

¿Qué hacían nuestros abuelos en días como éste? ¿Cómo le disputaban su ración de placer al tiempo intolerable? Pues..., si no tenían educación grecolatina, y había muchos que la tenían, leían el folletín. ¿Qué? Pues, el folletín. Hace gracia la mención de una palabra tan desprovista de actualidad como ésta que acabo de apuntar. ¿Qué era el folletín? Algo así como la película en casa, la aventura insólita que uno podía gozar desde adentro de las sábanas calientitas en un día áspero como el que hoy nos alumbrá. Para satisfacer ese apetito, tan esencialmente humano por otra parte, de disfrutar con lo extraño, con lo que sucede fuera del lugar monótono en que uno vive, existían los escritores llamados folletinistas.

Hace cien años moría en Francia uno, y muy célebre por cierto, el autor que diera a luz las aventuras del Príncipe de Gerols-

rein, aquel que viniera a París, desde la Alemania romántica, para trabajar como obrero pagando así la fea culpa de haber atentado contra la vida de su padre, un reyezuelo de opereta. El tal príncipe era un ingenuo socializante como muchos de aquella época y, ¿por qué no?, de la nuestra, un hombre que creía en el poder de la bondad y la persuasión. Hay pobres, se decía este romántico personaje, porque hay ricos despiadados que no saben desprenderse de lo que les sobra. En esos pensamientos más o menos errátiles andaba el de Gerolstein cuando le cupo desatar un extraño nudo gordiano. Descubrió que tenía una hija, y talludita desde luego. Por cierto que la tal nada tenía de alteza real, ni mucho menos, fuera de su hermosura e insoportable virginidad. Era la víctima de unos crueles mendigos, la horrible "tuerta" y el feroz "maestro de escuela". Como pareja de aquellarre, este innoble matrimonio es ejemplar, y único.

En el ínterin, mientras vuelve las páginas del enorme y copioso folletín, el lector se encuentra con toda clase de personajes sombríos, dolientes y espantosos. El "esquelero" (la *carcasse*, en francés), carne de presidio que llama a espanto, por su siempre patente y criminal avilantez. La hija del príncipe, por esas cosas que tanto agradaban a los lectores de hace cien años, rodaba por las vertientes del vicio, manteniendo incólume su casi aburrida y lacrimógena castidad. Dan ganas, de pronto, que empiecen a suceder cosas a lo Paul de Kok, ese rey de un siglo y medio como lo llamaba André Breton. Pero no. María, la hija del piadoso obrero Rodolfo (Príncipe de Gerolstein, no lo olvidemos), no tenía el temple de Santa María Egipcíaca y prefería no atravesar el río a costa de su pundonor femenino.

Hacia la último, después que uno ha tenido tratos con toda clase de chafillulleros de arrabal, grisetas, traperos, feroces escri-

banos, etcétera, se produce el reconocimiento, algo que el lector ingenuo y ya un tanto aturullado ha venido deseando desde el comienzo.

—María, ese es tu padre —dice no sé quién.

Y padre e hija se estrechan en un cariñoso abrazo. Uno sobre las lágrimas y suspira feliz. Hemos tenido el final higiénico que tanto deseáramos. Pero..., ¿qué se han hecho los pobres que tanta piedad arrancaban al corazón principesco que latía bajo la blusa industrial del obre.o Rodolfo? Pues, ahí, señores, sin novedad. Están empezando a morder los cartuchos de las barricadas parisienses.

Recuerdo que en el libro empastado que me tocó leer de niño, la lámina referente al reconocimiento de padre e hija era una obra de arte, un dechado de la cursilería romántica. ¡Oh, esa cabellera ensortijada de la niña, estrechando, con el corazón dolido, al padre tantas veces suspirado y deseado.

Como muy bien lo habéis comprendido, estoy hablando de "Los misterios de París", y de Eugenio Sue, padre y maestro del folletín. Sirvió de modelo para que Engels, el amigo de Marx, desatará su cólera científica. El socialismo de Eugenio Sue, por cierto, nada tiene que ver con la crítica social construida por los maestros alemanes. Nada tampoco con los socializantes más puros de su misma época, el ilustre Fourier entre ellos, autor que en mis tiempos de surrealista me hizo estremecer con honda nostalgia.

De estos modelos franceses nació el folletín español y más tarde el hispano en general. Aparecían sin tregua en los diarios y la gente los recordaba con esmero. Se seguía en su lectura toda clase de fárragos numerosos, aventuras de amor, de crímenes, de duelos y extravagantes episodios, todos de la vida "real". Es curioso, pero cualquiera que proceda con lealtad a un donoso escrutí-

nio de las lecturas hechas cuando muchacho, puede desperdigar nombres parecidos.

¿Ha leído usted a Xavier de Montepin, a Luis de Val, a Gaboriau?

Uno se quedaba en casa, metido, como decía antes, entre las calientes sábanas, no hacía cola, no pagaba entrada, no se mojaba, y podía gozar tanto o más que viendo a Gary Cooper manejar las clásicas pistolas del oeste. Además, leía. Cosa que se está, deplorablemente, echando al olvido.

"Le dejó tanta plata —diz que decía una señora refiriéndose a un potentado recién muerto—, que la hija *no tiene necesidad de estudiar*".

Así andan las cosas hoy. Ni de leer, supongo.

LA MUERTE DEL COMICO

Los monjes del convento de Santa María de la Trapa y los de otras órdenes más o menos contemplativas, repiten cada día, en cada ocasión que se encuentran unos a otros, "tendremos de morir, hermano". El latín presta a la frase una entonación resonante de ultratumba, porque el latín, también él, es lengua muerta "que debió morir". A pesar de que la idea de la muerte, en contra de lo que podría suponerse frívolamente, en lugar de robarle brillo a la vida, se lo añade, por razones que sería superfluo abundar, no considero recomendable la piadosa salutación de los místicos hermanos monacales. Aún más, cuando esta frase se repite en forma mecánica, le ocurre como a todo lo que tiene origen en el automatismo; no contribuye a edificar en la moral.

Pero que la muerte nos persigue es algo que, a pesar de todo,

no podemos desterrar de la mente, bien que ésta vuele, como una abeja socrática, por entre las flores del jardín de la ciencia y el placer. La ciencia y el placer, desde la escena famosa del Génesis, han marchado juntas, como imbuidas ambas del mismo afán de eternidad, afán que a los dioses y al propio Jehová disgustan cuando reposa en el orgullo puramente humano.

De todas las salidas que tiene el hombre para escapar de la coacción natural en que se halla, rodeado de miserias, problemas y pequeños dramas, es el humor sin duda alguna la más amplia y deliciosa. Cuando reímos estamos desatando desde el interior del alma una actividad emocional que de otra manera pudo derramarse en lágrimas. Eso de reír llorando no es una vana frase que pudiera adjudicarse nada más que al célebre "pagliacci" de la "comedia dell'arte". Reímos en realidad porque algo en nosotros estuvo a punto de trizarse en llanto. Reímos porque la vida es un tanto ridícula y porque el engrèvement grave es acaso de todas las actitudes la menos conveniente.

El hombre del humor, el que nos hace reír, pone un índice acusador sobre una de las contradicciones de la vida, y al señalarlo desata en nosotros una actividad individual discrepante. El motivo de risa más simple, la caída del serio señor de la chistera y frac, por ejemplo, está fundado en el hecho de que se ha suprimido en parte la compasión natural por la caída del pobre caballero y nos hemos transformado en espectadores.

El sentido del humor es estético, porque tiene una raíz contemplativa. De ahí que tenga tan profundas vinculaciones con la poesía. Esta, en último término, es también una forma de humor.

La pareja formada por el flaco Laurel y el gordo Hardy ha quedado destruida. Ya jamás reiremos con sus gracias, que más de algunos consideraron chabacanas. Esto me parece injusto. La pa-

reja formada por estos cómicos no tuvo, sin duda alguna, la profundidad sentimental de un Chaplín, ni la intelectual de los Hermanos Marx, pero en cambio hicieron reír en la forma acaso más inocente. Gran parte de mi adolescencia está llena por los gestos de estos cómicos, figuras realmente destacadas de la intrascendencia.

Los personajes que encarnaban eran siempre los mismos. Jamás se adaptaron a un argumento determinado. Ya sabemos lo que era el enteco Laurel, con su rostro compungido, siempre castigado por el exigente y craso compañero. Sin embargo, está claro, el enteco Laurel atesoraba toda la astucia de la pareja. En ocasiones inventaba actos mágicos que al gordo llenaban de espanto y que lo hacían enfurecerse. Cuando quería repetirlos fallaba el imponderable de que era dueño exclusivamente de su flaco compañero. ¿Recuerdan ustedes cuando Laurel encendía, sin contacto con alamb e alguno, la ampollita en los labios?

El gordo, en cambio, compensaba esta falta de habilidad con un gran sentido de dignidad interior. Jamás permitió que Laurel se le adelantara al entrar a una puerta... Por otra parte, recordemos la gran finura con que el gordo Hardy le golpeaba en el hombro al distraído compañero y con una sonrisa le pedía, o más bien le exigía, la prelación en el paso.

Dignidad y comicidad van juntas. En la dignidad del pingüino —que ya el ojo de Anatole France examinó con profunda psicología— descubrimos un ápice de nuestra propia comicidad humana. El gordo Hardy, sacando partido de su opulencia, interpretaba esa dignidad siempre en riesgo de desquiciarse. La alternativa en que queda el espectador entre el gesto que se contrae distorsionado ante una realidad amenazante e imprevista da lugar a la carcajada.

Recuerdo muchas películas de la inmortal pareja. Las de lar-

go metraje, a pesar de los gastos de recursos imaginativos, no son las mejores, a mi juicio. Prefiero "Oliverio VIII", por ejemplo, film en el que el gordo Hardy contrae matrimonio con una viuda sádica que ya lleva una cuenta de siete maridos asesinados a sangre fría. Las aventuras a que da lugar el matrimonio con esta viuda negra, entre mágicas y risueñas, hicieron reír a toda una generación.

Desaparecidos de la pantalla hace tiempo, sus nombres forman un bello lugar geométrico al que irán confluyendo en forma metódica los recuerdos de las alegres tardes de domingo pasadas en la matinée, en los años gloriosos en que bastaba tocar el bolsillo paterno para que el mundo fantástico se abriese ante nuestros ojos maravillados.

EL QUE LLEGA CONTANDO

El placer de viajar no basta. Hay que llegar contando. De ahí que exista una tan profusa literatura escrita a base de viajes. Desde las insólitas aventuras que se insinúan en las novelas milesias o etiópicas, pasando por los sabrosos relatos de Luciano, hasta llegar a las extravagancias del Barón de Munchhausen. Hubo un tiempo en que casi toda la cultura reposaba en el hecho de que un hombre tomara un velero y las emprendiera hacia lo desconocido. Es de imaginarse el fruto que habrán sacado los primeros descubridores a su regreso de los mares de las especias.

El asilo que recibía el peregrino era gracia que éste pagaba y con escote, relatando lo real y lo imaginario, para diversión del huésped. Gran parte de la literatura novelesca está construida sobre ese fundamento. Incluso Cervantes echa mano de ese recurso en más de una ocasión, sobre todo en los relatos que interpola en

el Quijote. El Persiles no pasa de ser una novela de viajes y aventuras.

Hay que llegar contando. Eso lo sabemos todos cuando alguien regresa y le preguntamos, nos interese o no, por cuanta divina o humana cosa le tocó ver en el viaje. Lo malo es que, a medida que el globo se achica, los relatos también sufren una disminución, al menos en el interés que despiertan. Los que estamos esperando no tenemos ya la misma ingenuidad que tenía el auditorio del célebre barón austriaco, verbigracia. Por muy ignorantes que seamos, algo sabemos de todo, datos más o menos dispersos y, sobre todo, la conciencia de que las leyes físicas que rigen acá son las mismas que rigen en los antípodas. No será cosa de hacernos creer, a estas alturas de la democratización cultural, que los antípodas andan con la cabeza hacia el suelo.

Sin duda alguna que esta conciencia, formada por la acumulación de datos físicos y geográficos, le ha robado casi todo el interés imaginativo y artístico que poseían los relatos antiguos.

En cuanto a manera de informarse, me he fijado que lo primero que preguntamos, con verdadera ansiedad crematística, es acerca de los precios de los diferentes artículos. ¿Cuánto vale una comida en Viena? ¿Y una pilsener en Verona? No creo que esta ansiedad que he denominado con una palabra que, de puro pedante, es ridícula, sea de índole superficial. Más bien me inclino a creer que obedece a una razón profunda. La verdad es que mucha gente que jamás piensa abandonar los lares, siente la misma necesidad de saber los precios que la persona que proyecta de inmediato partir de viaje. Al parecer en la noción precio encontramos parte de nuestra ligazón con el resto de la humanidad abrumada. Nos complace, por de pronto, saber que en París un bistec cuesta más caro que en Chile, por más que al alza del precio pueda

agregarse un panorama diferente y encantado por la historia, el arte. Puede suceder también que nos agrade cultivar en nosotros las más insospechadas posibilidades turísticas y errátiles. Hombres fatigados por el exceso de trabajo, de hijos, facturas y compromisos, encuentran un remanso de paz escuchando al viajero y, sobre todo, descansando en la irresponsabilidad que creen divisar en él.

También he podido observar que el viajero no se obstina tanto hoy en destacar las diferencias entre lo que vieron y lo que nosotros vemos a diario, sino que movidos por no sé qué afán diabólico, las disminuyen al mínimo, como si quisieran convencernos de que el mundo no ofrece motivo alguno de asombro en ningún rincón. Yo mismo caí en esa especie cuando regresé de cierto viaje. Me pareció mucho más cómodo de decir que el país que había visitado era, por muchos conceptos, análogo a Chile, si bien más tallado en extensión territorial y volumen económico.

Me gustaba ver la decepción o el alivio de los semblantes de quienes me interrogaban. Porque hay gente que trata de acentuar la diferencia y otra que trata de ahondar en la semejanza que puede haber entre los pueblos. Yo soy de los últimos.

En todo caso, esto de llegar contando, tal me lo decía alguien hace poco, ofrece no pocos peligros. No es nada contar, hay que saber hacerlo con oportunidad y, sobre todo, con destreza. La información estadística y de toda clase ha roto mucho de la ingenuidad del hombre que escucha. Sabemos algo, como decía, y nos complace infinito que nos corroboren y no que nos destruyan la información que tenemos. Sin embargo, el viajero muchas veces la destruye. Confieso que a mí me gusta contribuir a esa destrucción de los datos o prejuicios que tiene el hombre que no ha visto, pero que sabe. Como sabía que a los chilenos en general les complace imaginarse a los norteamericanos haciendo una vida desala-

da y vertiginosa, pues, me esmeré en mostrar la vida de Estados Unido al "ralenti", como dicen los franceses; en tiempo retardado, dicen los aficionados al cine.

Me imagino que a gran parte de los viajeros les ocurre igual, que actúan inconscientemente en reacción con los prejuicios.

—¿Muy cara la vida en Francia?, preguntábamos a un viajero recién llegado. El contestó: No tan cara, lo que pasa es que hay saber vivir allá... La frase, para qué decirlo, nos pareció misteriosa.

Viajar es bonito. Y volver para contar parece que en muchas personas explica el motivo principal del viaje. Porque, también, es bonito. Seamos francos, de una vez.

Cuenta, mi amigo. ¿Qué tal son las niñas en Madrid?

POOR "PUSSY CAT"!

En una de las últimas películas del "Gato Silvestre", este felino aparece vestido de auténtico "gringo", mientras impide el acceso a un depósito de quesos, que es vigilado por un grupo de ratones vestidos de charros mexicanos. Estos últimos, al parecer, representan, a causa de la contigüidad geográfica con los Estados Unidos, a toda Latinoamérica, en general. Los ratoncillos, mientras hablan con el dejo peculiar que predomina en el país de la "tequila", logran valerse del ingenio y rapidez del "Speedy González", ratón astuto, si los hay, para robar el anhelado manjar que custodia el gringo. Confieso que me he reído de buenas ganas, aunque es preciso declarar que la oposición establecida en la película traduce sentimientos que tienden a desaparecer. ¿Con quién rabía ahora el rubio "Pussy Cat" gringo? ¿Hacia qué rincón del plane-

ta asesta la mirada colérica? Hay que dejarse de tonterías de una vez por todas y colaborar en la destrucción de las patrañas tejidas por la mala fe y la suspicacia. Ahora el "Pussy Cat" rubio mira hacia el cielo, hacia aquella parte del firmamento donde aparece para desaparecer, llevado por una velocidad inaudita, el flamante satélite lanzado por los rusos.

Hay que convenir, también, que "Pussy Cat" tiene toda la razón al contemplar con inquietud estos planetas publicitarios y anunciadores de posibles desastres. Hace muy poco decíamos que la ciencia, al perder su pureza de simple especulación del pensamiento, y en vías de transformarse en un instrumento más de la ambición totalitaria, se hace inmoral. Es el problema que, ingenuamente casi siempre, plantean las películas de carácter científico.

Mary Shelley, la viuda del máximo poeta inglés del romanticismo, dio la pauta para canalizar el terror por lo maligno que puede contener un descubrimiento que traspasa las fronteras de la moral. Hemos visto películas diversas en que el entusiasmo del descubridor de nuevas formas, atrevidas formas desde luego, es enfriado por algún personaje que se horroriza "moralmente". Bien es cierto que todo descubrimiento o avance de la ciencia siempre ha despertado sospechas desde el punto de vista moral. Y con razón, por desgracia.

La inocente utilización de la explosión de los gases ha traído al mundo no pocos dolores de cabeza. El automóvil, guiado por la mano desaprensiva y criminal, ha dado origen a accidentes fatales que, lejos de decrecer en número, propenden a aumentar, a medida que el manejo de esta clase de motores a explosión se divulga progresivamente. Cabe decir, al respecto, que todavía mucha gente no se halla preparada para manejar automóviles, desde el punto de vista estrictamente ético.

Esta situación la aviva la aparición del satélite. He leído en los diarios que los trozos del cohete que le dio vida estelar cayeron en territorio norteamericano. ¿Será obra de la simple y demoníaca casualidad? La situación, sin embargo, no deja de tener ribetes sospechosos. Hasta pudiera suponerse que la caída del cohete propulsor del satélite estuvo calculada en forma preventiva y que, por algo, por una razón política subordinada a intereses ajenos a la ciencia, este cohete debía caer en territorio yanqui y no en otra parte indiferente del mundo.

El "Pussy Cat" gringo tiene razón para meditar y escrutar con la mirada el cielo.

Ya no se trata de imperialismos más o menos. La palabra imperialismo está muy anexada a ideas románticas. El romanticismo es, por su esencia expansiva, de tono imperialista y tiene a honor el irrumpir sobre el mundo con fuerza totalitaria. Mientras este totalitarismo se mantuvo dentro de los límites de la vida sentimental y no trascendía a la política, no teníamos nada que objetarle. Pero la fuerza totalitaria, como su nombre lo indica, no se satisface con la parte, quiere el todo. Ahora se trata de conquistar el mundo y no simples porciones de minas, exclusividad de canales interoceánicos y otras granjerías del imperialismo pretérito.

La historia de los roncillos y el "Pussy Cat" gringo está pasada de moda. El presente, con resplandores apocalípticos, nos presenta, en cambio, a dos felinos peligrosos, un poco asustados de su propia sombra, que miran hacia los espacios estelares con espanto y odio en los ojos.

A propósito del Apocalipsis, decía Lawrence que era el libro de la Biblia que prefieren los tontos. No por sentar plaza de inteligentes habría ahora que olvidarlo. Hay algo de apocalipsis, de final de cultura y civilización, en los términos de una ciencia que

se muestra tan dócil a los manejos inmorales creados por el espíritu de dominio.

EL ATEO DEL PUEBLO

Ser ateo es una voluptuosidad. Quien no ha tenido este placer a los dieciséis años es porque estaba irremediabilmente condenado a ser un "peor es nada", es decir, un tonto. Aprendí a ser ateo con la lectura del racional Conde de Volney cuando tenía trece años. El racionalista conde explicaba el origen de las religiones llamadas reveladas, aduciendo argumentos muy serios e históricos acerca de su origen común. Nada puede resultar más negativo que comprobar, para cualquier miembro de una religión, que saber que el credo que es aceptado por su corazón, es también admitido por otras sectas.

Leí las "Ruinas de Palmira", porque mi excelente profesor de historia, el bien orientado radical Joselín de la Maza, acostumbraba a decir que un hombre, para ser hombre, debía leer como mínimo tres libros: la Biblia, las "Ruinas de Palmira" y "La Decadencia de Occidente" de Osvaldo Spengler.

No hay para qué decir que la Biblia me la pasé por alto. En realidad, todavía no sé si alguna vez leí ese maravilloso libro. Es muy posible que muchas veces relejera páginas conmovedoras, como la del "Eclesiastés", por ejemplo, y en no pocas me diera la voluntad de seguir línea por línea la genealogía humana pintada en el Génesis. Pero, en cambio, aprovechando una oportuna enfermedad de mi mamá, me devoré "Las ruinas de Palmira", del Conde de Volney. Más tarde, incursionando en los libros, me enteré de que este ateo conde jamás llegó a las tales ruinas; pero el

esplendor que me produjo su ateísmo todavía tiene brillos en mi corazón. Lo recuerdo con placer, a pesar de que no intentaría por nada del mundo la lectura de su desabrido libro por segunda vez.

Me cargan los ateos.

Son los seres más superficiales de la tierra. Hay razones, que, entre paréntesis, yo no aprovecho, para creer en Dios. No existen las razones contrarias. Dicen que la única causa que justifica la razón de ser de la filosofía es la incertidumbre ante la cuestión de la muerte.

Soy ateo, gracias a Dios.

— Pero no lo soy en el grado pueblerino. Sálveme la virgen del Carmen de esa tontería. Viene de provincia la noticia de que el ateo oficial del pueblo irrumpió contra el cura de Tomé en plena celebración del Mes de María. Grave imprudencia. De todos los ritos católicos, es el Mes de María el que mayor e inmensa semilla nos deja a los ateos en el fondo del corazón.

Somos ateos porque somos humildes.

Esta humildad nos prohíbe atacar a los que creen. Ante el hombre lleno de fervor, lo confieso, me siento envidioso. Es una manera, y tal vez la más noble, de erguir el pensamiento sobre las necesidades habituales. Hay tontos, por ejemplo, como Ricardo Latcham, que jamás realizan esa función fundamental del organismo psíquico. Probablemente porque lo tienen.

Sin embargo, hay que respetar al ateo del pueblo. Es el único ateo que está quedando en el mundo. Yo me descubro a diario conversando con el Padre Núñez Barbosa, y un día, de rodillas, entre sollozos, en Lima, le prometí a la Patrona de la ciudad de los virreyes escribir sobre su vida. Yo no soy ateo, a pesar de que no creo en Dios.

Los ateos, no obstante, no me son desagradables. Son perso-

nas que piensan en Dios. Siguen la Ley Moral. Y, además, si son ateos de verdad, y no por simple ignorancia, son personas magníficas. El Partido Radical, y es de ese partido mi padre, tiene un gran santoral de ateos benévolos y tolerantes.

Dicen que al filósofo Vanini, cuando exhaló el aberrante espíritu en la hoguera, de acuerdo a las recomendaciones morales del siglo dieciséis, exclamó:

—¡Ay, Dios!

—Hereje —le dijo uno de sus verdugos—, ¿con que reconoces la existencia de un ser Superior?

—No —le contestó Vanini, según una mentirosa tradición—, cuando hablo de Dios no es más que una "manera de hablar".

Sea cierta la anécdota o fementida, la cuestión es que, los humanos llevamos la eternidad en el alma y, por consiguiente, en esas aguas reflejamos la imagen de Dios.

No es lo importante, amarlo. Lo importante es preocuparse de El.

Estamos medidos por el tiempo. Pero ¿qué es el tiempo?

Hace veinte años escribí un poema que podría llamar profético. Decía:

"Una perra famosa lamida por el éter".

¿Qué es el tiempo? Mi intuición juvenil, que me abandonó, hace tiempo, me predijo a la perra Laika.

El poema está inserto en el número uno de la revista *Man-drágora*. Fecha, 1938.

ANTAÑO, LA NAVIDAD

A veces los adultos nos detenemos frente a la vitrina donde los juguetes parecen agolpar un resplandor especial. Las muñecas

y los trenes diminutos; los graciosos oseznos y los encantadores automóviles de cuerda; y, junto a ellos, este viejo de la Pascua con su sonrisa de alcohólico bondadoso. Uno tiene que refrenar entonces el impulso subyacente que ha quedado chispeando entre las ascuas de un candor ya extinguido. No hay duda de que no vendrá el anciano nórdico, con su caperuza roja, sus botas de áspero cuero: total, un atavío de gnomo, y, ya lo sabemos, los gnomos desaparecieron para siempre.

Con todo, el juguete sigue crispando entre los dedos torpes un gesto milagroso. El juguete es una especie de representación mágica, que obra, en rigor, solamente por la analogía que observa con respecto del objeto representado. El niño es mucho menos ingenuo de lo que el adulto imagina, poseído de la fatuidad que le concede la pretensión de dominar el mundo real. ¿Pero qué es el mundo real, al fin de cuentas? El niño sabe que el juguete que tiene en las manos y que le sirve para su placer no es el mismo objeto que burdamente se ha pretendido representar. La muñeca, si bien mueve los ojos, dice mamá y hasta hace otras cosas más o menos inoportunas, no es un niño real. Los niños pobres, con un sólo trozo de madera o de trapo, fabrican una muñeca, y esta muñeca objetiva los mismos propósitos ocultos que se satisfacen con la fina muñeca de gran utilería de los niños ricos.

¿Dónde está, pues, el valor del juguete? A veces, como muchas en que el adulto sueña, nos hemos sorprendido mirando las vitrinas. Mentiría que siento nostalgia por la niñez. Esta es una de esas mentiras corrientes que no sé por qué razón echamos a correr los adultos, dejando a los niños sorprendidísimos. En fin de cuentas, son ellos los que sienten la nostalgia. Nos admiran y envidian a los adultos. ¿Disponemos, en su ingenua opinión, de tantos juguetes grandes y maravillosos!

Lo que ellos no comprenden, ni comprenderán nunca mientras se mantengan niños, es que los adultos llevamos el tedio adentro y que no sentimos ningún placer por estos juguetes tan maravillosos que son las locomotoras y los edificios. Hemos sentido el trabajo no como un juego desinteresado, aunque el juego en buenas cuentas es el antecesor legítimo del trabajo. Estas locomotoras van gobernadas por seres hastiados, que no sienten ningún placer en gobernarlas al través de las profusas redes ferroviarias. El niño, en cambio, siente una verdadera vocación de ingeniero de máquinas cuando gira la llave de la cuerda y deja que la pequeña locomotora arrastre sus vagones enanos por una red de Liliput.

¿Qué nos ha pasado a los adultos?

Al parecer, hemos perdido la facultad preciosa de imaginar. Algunos conservan el humor necesario para producir un escape suficiente a las válvulas comprimidas por los efectos de las necesidades insatisfechas. Pero, en general, casi todos los adultos somos seres a quienes la imaginación nos ha dejado en una especie de espantosa y miserable viudez espiritual.

No obstante, si no conociéramos los móviles interesados que impelen a nuestros actos y que informan toda nuestra actividad, bien podríamos decir que estamos jugando. Desposeídos de los conocimientos fundamentales de la ornitología, otro tanto dijéramos de los pájaros cuando aletean desde un árbol a otro. Son juguetones estos diablillos, pensamos, sin darnos cuenta que, a su manera, los pájaros también trabajan.

Sin embargo, no diríamos la verdad, porque el trabajo es cosa y concepto totalmente humanos. Desde hace un siglo y medio, acaso un poco más, o menos, se ha hecho más que total, terriblemente humano. Por hoy, la idea de trabajo es la espuma del honor utilitario y, sin emplear en modo alguno el marxismo, de pura es-

tampa y esencia burguesa. El caballero, sobre todo el hidalgo, era hombre que dejaba trabajar a los demás, y cuando lo hacía, siempre ponía sobre la interesada labor un paño de clandestinidad. Los indios actuales conservan aún esa reserva, que tanto da que pensar a los seres laboriosos del presente, de este presente atareado que parece jugar, pero que sólo se mueve cuando el juego ofrece un margen de rendimiento concreto.

No es de extrañar que los niños, al dar empleo imaginativo al juguete, usen el verbo en su acción copretétrica. Era tal cosa, dicen, y el verbo adquiere de inmediato una desinencia condicional. El niño sabe que la pequeña locomotora no es una locomotora de verdad, de esas que ha visto humear en las estaciones, sino que *era* una locomotora. ¿Cuándo lo fue? No es preciso insistir en la incapacidad gramatical del niño para expresar lo hipotético: lo que quiere decir es que *sería* una locomotora... Y eso, tan sólo, le basta.

A los adultos no nos gustan los *serían*, ni ninguna de las formaciones gramaticales y conceptuales del condicional. Como a los franceses, con respecto del negocio, nos gusta *toucher*, tocar la cosa. ¡Y esa ambición debe constituir la raíz de todos nuestros males! Porque, en verdad, la cosa se deja *toucher* muy pocas veces...

Por eso, esta media tarde, cuando me detuve frente a una juguetería del centro, me sentí seriamente descorazonado. Voy al diario, y no puedo decir éste era un diario como los niños y dar rienda suelta a la frenada imaginación.

LA PASCUA DE LOS VIEJOS

Hay una edad en que uno debe ponerse serio, y no porque esta convicción nazca, por decirlo así, en forma espontánea, sino

más bien porque los otros no exigen esa apostura. El concepto edad tiene que ver más con el exterior de la persona que con sus aptitudes internas; estas últimas se conservan siempre más o menos juveniles. El chiste grosero que se relaciona con la pérdida de la inocencia, representada ésta por el conocimiento de que el Viejo Pascuero no existe, uno quisiera rechazarlo más de una vez, colocando los viejos y gastados zapatos al lado de la puerta.

Pero la verdad es que los viejos no tienen Viejo Pascuero. Este personaje, que sin duda es un avezado ingurgitador de bebidas espirituosas, tiene predilección por los niños, y parece que se siente abuelo, aun cuando nadie, que yo sepa al menos, ha tenido la reputación de ser hijo de Santa Claus. Sería un lindo postín. Motivo para "cachiporrearse", dirían los chiquillos.

La pérdida de esta amistad nos hace a los viejos —sobre todo cuando somos un tanto solterones y maldicientes— bastante desagradables. Uno es reacio a recordar que en ciertas tribus colocaban a los ancianos en los árboles, y después remecían la floración arbórea para ver si esos maduros frutos humanos resistían el vendaval provocado en forma traumática. Viejo que caía al suelo era viejo muerto, y el único que se mantenía entre las ramas, como un encendido melocotón, tenía derecho a proseguir vivo. Mala costumbre, por cierto, pero muy relacionada con mi tema.

Lo que necesita el hombre después de los cuarenta es un ayo que practique la geriatría, es decir, la pedagogía de la madurez, o senectud. No nos podemos acostumbrar a la edad que se nos está metiendo en las venas, en las arterias y en los músculos. Nos hemos puesto un tanto remolones, pero deseamos aún, con ansiedad ridícula, tener aires deportivos.

Un deporte que me gustaría todavía practicar sería el de los zapatos puestos junto a la puerta. ¿Cómo sé que nadie vendrá a

cubrirlos con la generosidad navideña? Los hombres solitarios sabemos, sin embargo, que esa caución es por de pronto imposible y que "no hay caso".

Y la razón obvia es que todos hemos llegado a la edad de Santa Claus, a quien nos unen ciertas delicadas propensiones a emocionarnos y con quien estamos ligados por la misma nostalgia de la niñez. Dicen que muchos ancianos, al morir, han exhalado, como última frase de auxilio, un "mamá" estentóreo y terrible.

Pero somos adultos, y andamos castigados por el mundo por la miseria de la sabiduría inútil que ese estado representa. En el fondo, estamos tan ignorantes y tan desposeídos como cuando empezábamos a sonreír entre lágrimas. No tenemos ni siquiera la justificación de que, andando por el planeta, alguna vez aprendemos a vivir. La vida nos ha tocado, nos ha envejecido, nos ha introducido las molestias de la artritis y, para colmo, nos priva en seguida de los halagos del amor sufriente. Claro que podemos amar, pero tenemos que tener cuidado. ¡Sí, señores, hemos caído en el temor del ridículo! Más de una película y una novela se han producido sobre los peligros que tiene que sortear el hombre cuando, sobrepasada cierta edad cae en el prurito de rascarse demasiado el corazón.

La experiencia que se gana es por de pronto negativa. ¿Amaremos mucho, como cuando teníamos dieciocho años, y nos dejaremos embargar el corazón por el resplandor simple de una mirada cariñosa? No tenemos el valor de lanzar un desafío a la realidad y creer, con todas las fuerzas del alma, que esta realidad siempre tiene una capacidad de insólito destello. El Viejo Pascuero, del cual ya tenemos algunos rasgos en la cara, ¿por qué no puede acordarse alguna vez del hombre solitario? ¿Es que el Viejo de la

Pascua no es también como muchos seres de este mundo un poco gnomos, es decir, un poco productos irreales?

El Viejo Navideño es también un solterón. Al menos, jamás he sabido que tenga familia, y, como lo decía más arriba, nadie se ha jactado de descender en línea directa de sus barbas de impecable armonía. Es un gnomo, hacendoso, sobrio, a pesar de sus gestos de antiguo alcohólico, y anda por el mundo sin mujer, cuñada o suegra. La parentela de este Viejo de la Pascua es de índole totalmente misteriosa. Ni siquiera se le conoce madre.

Es de ese modo como llegan algunos seres a la cúspide de la vida. Nos empiezan a asediar las cañas, sentimos que nos rebosa el corazón de ternura, ¡pero estamos rodeados por la frialdad y el silencio! A la edad en que más tenemos necesidad de la mamá tierna, ésta se ha ido para siempre, y, ay, ya no existe la mujer cariñosa y comprensiva que pueda reemplazarla.

Tengo en la cabeza la idea de que esta noche (escribo el día veinticuatro, como bien comprenderéis), saldré por la ciudad y me meteré a cualquier hogar. Extraño visitante que oculta lo que le pesa en el corazón experimentado. Pertenezco a la asociación de los pascueros, y podría, en realidad, fecundar con los juguetes de algunas palabras la ansiedad de sueño de muchos corazones infantiles...

Pero... ¿es eso posible?

Nos hacemos viejos, nos ponemos "mañosos", según el decir de los jóvenes intolerantes, pero no aprendemos, ni jamás aprenderemos, pese a todas las recomendaciones ciceronianas, a poner a tono la artritis, el malestar hepático, con los fluentes ensueños que continúan rejuveneciéndonos el corazón. ¡Qué diablos, somos así!

LA CONVENCION DE AÑO NUEVO

He escuchado reflexiones amargas, al caminar por la calle. La voz de una mujer joven le decía a otra: "no sé lo que me ha pasado estos últimos tiempos, pero ahora no siento ningún deseo de alegrarme para Año Nuevo. Quisiera tomar una píldora y quedarme dormida, y despertar el día dos". ¡Váyase a saber por qué anidan en el filo de esas palabras las decepciones como rabiosas aves carniceras! La joven, al proferirlas, parecía sentir que de ese modo se individualizaba, caracterizando una forma peculiar de recibir la fiesta; pero no es así, al parecer, porque son muchas las personas que coinciden en esa manera de pensar. Pasamos un paño mojado sobre las áureas promesas de halago que nos trae cada una de las fiestas, las que, según Shakespeare, son como piedras preciosas diseminadas en el año, de tan raras que son.

¿Son tan raras las fiestas? Hay estómagos y mentes estragados, a los que la proximidad de estas fiestas de compromiso plural condenan a una especie de anticipada exasperación. Los niños son los únicos seres que las celebran con la debida intensidad demarcada por el respeto religioso. Los niños son los únicos seres convencionales que existen, y que, para suerte del mundo, van quedando todavía para instarnos a la conservación de la noble convención. Por no ser convencional, la muchacha ésa de mi comentario iba diciendo que prefería dormir en la noche del Año Nuevo, noche en que el mundo, asistido por una pluralidad de esperanzas, se mantiene despierto y contempla el paso del tiempo.

El odio hacia las convenciones nos hace caer en una de pésima estirpe, que es la falta de verdadera gentileza hacia la vida. En cierto modo pecamos de grosería al despreciar la oportunidad ofrecida por la tradición para alegrarnos. No me digan que esto

se halla vinculado y subordinado exclusivamente a la capacidad de dispendio y gasto. Por mucho que fuere así, siempre quedaría esa parte libre y gratuita del alma —y uso este concepto sin ánimo metafísico, alguno— que debiera mantenerse pura, no entrabada por ninguna consideración doliente. ¿Somos capaces de mantener pura esa parte del alma para que ésta se halle despierta a la hora del tránsito anual?

Esa capacidad es la que ha dado al genio la fuerza necesaria para elevarse sobre la miseria. Con la mano que le quedó después de la batalla, y cuando el mundo parecía encarnizarse sobre él, un genio supo devorar sus lágrimas y escribir uno de los libros más excelsos que se conocen.

No es poco, pues, que una sola noche del año tengamos el estoicismo de sonreír y, más aún, de contribuir a las sonrisas de los demás. ¿Que el año estuvo malo, que no fueron pocas las esperanzas tronchadas que quedaron a lo largo de su transcurso como cadáveres insepultos? ¡Este año será mejor! Es tal vez lo único que debemos hacer, bien que el escepticismo nos esté mordiendo el alma y le haya, por decirlo así, atascado los conductos nutricios.

Se comprende, por otra parte, que la gente demuestre poco interés por lo convencional. Lo convencional ha representado muchas tonterías: las limitaciones al amor, las limitaciones a la alegría y las limitaciones, más terribles aún, que impiden la libre expansión del yo. La boga que tuvieron y que todavía tienen los escritores románticos se basa en el hecho de que todos ellos protestaron contra las convenciones. La aburrida Madame de Stael, a quien ya no se puede leer fuera de las crestomatías, se hizo famosa porque protestó. El propio Víctor Hugo, autor que ahora nos parece soberanamente convencional, fue un escritor impulsivo, en

la medida en que su tiempo se lo permitía, que desfogó su temple y ardor en duras y agrias protestas.

La literatura de nuestro tiempo, Camus como un representante máximo de ella, sin olvidar a Sartre, por cierto, es una literatura que elogia la subversión. Esta circunstancia espiritual ha favorecido la protesta unánime contra todo. Se protesta contra la religión; contra el sentido de lo sagrado; contra el poder y el derecho del genio; contra la vida misma.

No tiene nada de extraño, pues, tropezar con una niña en la calle que lanza invectivas contra una costumbre tan inocente como es el celebrar el término del año. En el fondo, la subversión existente y fecundada por la literatura del post romanticismo nos compromete, "nous engage", diría Sartre, a una actitud seudorrevolucionaria. Protestamos al lote, en bulto, sin discernir claramente la legitimidad de la subversión que nos brota del alma.

Habría, sin duda, que aclarar esto, y someterlo a ulterior veredicto, expresándolo con mayor circunspección y serenidad. Disentir del grupo, enajenarnos de lo colectivo, es proeza espiritual que demanda una especie de heroísmo. Si anoche me hubiera mantenido fuera de la alegría del mundo, yo sé que algo de mí habría quedado incompleto. En último término, es el compartir los dolores y las alegrías de los semejantes lo que nos hace realmente humanos.

Decía Nietzsche que es preciso desconfiar de los seres pintorescos. Es pintoresquismo espiritual, de carácter adolescente, fruncir el morrón y hacerse el gótico cuando la demás gente se alegra. Hay seres ansiosos de superficial singularidad, que en la noche de Año Nuevo se meten a la cama más temprano que nunca y alegan después que la festividad colectiva les "carga".

La verdadera singularidad en este mundo consiste, por genti-

leza y comprensión espiritual; en hacerlo que hacen los demás, cuando los demás tienen razón.

Lo otro, la actitud insólita, cuando no está sostenida por un fundamento realmente valedero, no pasa de ser majadería.

Puede ocurrir que nuestra imaginación trabaje demasiado y que colguemos anticipadamente muchas flores en la idea fiesta, y que, de tanto hacerlo, esta idea fiesta se nos convierta, también anticipadamente, en un helado mausoleo. Esperamos siempre más de lo que puede dar un simple Año Nuevo... Al parecer, querríamos que la realidad estallase. ¿Pero qué es un Año Nuevo?

Estar con los seres amados, chocar una copa con ellos, y sentir que la vida, aunque vacía en su finalidad, es un jardín para quien desea recoger rosas, y un erial para quien se obstina en hallar sólo espinas.

EL SURREALISMO Y CHILE

La palabra surrealismo comenzó a emplearse, con sintomática divulgación, en el período inmediatamente posterior a la primera guerra mundial. André Breton, en 1924, publicaba el primer Manifiesto. Es un libro poco conocido y no existe aún la versión castellana. Es una lástima. Quizá esta rara situación de una palabra que se usa tanto y cuyo concepto real se ignora, provenga de la misma "auscultación" profunda del surrealismo que el jefe de la escuela ha solicitado en más de una oportunidad. La verdad es que la gente usa el término cada vez que presencia un cuadro insólito o cuando surge un acontecimiento de índole misteriosa o simplemente inexplicable.

No se deja de tener razón. El surrealismo opera con el mis-

terio y con la sensación de extrañeza, sobre todo con la situación de desamparo lógico y racional en que el alma queda a veces. Como lo decía Gerardo de Nerval, se producen derramamientos del sueño en la vida real. Pero en muchas ocasiones el término surrealismo no cabe ni corresponde, por muy extraños y misteriosos que sean ciertos acontecimientos.

Se quejaba, hace poco, un conocido crítico de las letras nacionales, de la falta de inclusión de Vicente Huidobro en una antología surrealista. Esto me ha hecho pensar que el crítico no sabe que Huidobro no era surrealista. El misterio de alguno de sus poemas, lo insólito de algunas de sus imágenes, pueden haberle hecho suponer que nuestro poeta era un discípulo de la escuela de Breton. Sin quererlo, ha usado el término, mentalmente, tratando de aprisionar con él una realidad rebelde. Huidobro no tan sólo no fue surrealista, sino que, además, repugnó siempre de los dicámenes allegados por Breton. Recuerdo haberle oído muchas veces que el surrealismo, lo que llamábamos nosotros poesía del terror en la revista *Mandrágora*, era "tan démodé", de esencia tan anticuada, como el propio romanticismo.

La verdad es que el romanticismo exacerbado, llevado a las más exageradas exploraciones de lo subconsciente abisal, es lo que se ha llamado surrealismo. Es, por decirlo así, la flor moderna de un antiguo tronco.

Huidobro, por su parte, partía de otras posibilidades. El llamaba "creacionismo" a ese hacer poético que se funda en la inventiva y en el desborde del poder racional. Huidobro admitía sólo como algo instrumental la acción del subconsciente, y no creía que solamente los poderes irracionales podían sufragar los gastos espirituales demandados por la aventura de la metáfora y la imagen. Creía, como un buen racionalista a *outrance* que era, en la

racionalización de la poesía, hecho en que ponía su mayor énfasis y fe.

Los surrealistas, sobre todo Max Ernst e Yves Tanguy en pintura, para no mencionar a Dalí, parten de un supuesto diferente. La verdadera realidad, la superior, donde los contrarios, lo bueno y lo malo, lo frío y lo ardiente, se confunden, reside en lo automático, en la zona oscura del alma. Revierte esta exploración un propósito análogo al intentado por los románticos alemanes, de relieve el gran Novalis en sus "Himnos a la noche". ¿Por qué amaba la luz lunar? ¿Por qué cantaba a la noche? Pues, porque en la noche, bajo la suave luz de la luna, todo se confunde y se proyecta en forma unitaria sobre el pensamiento. El pensador y ensayista francés Albert Beguin, recientemente desaparecido, hizo un maravilloso estudio de ese tema.

Pero me olvido del mío, del que me ha inducido a escribir esta nota. ¿Por qué el surrealismo ha tomado tanto arraigo en nuestra nación? Dos de nuestros mejores pintores, Matta Echaurren y Haroldo Donoso se orientan a su prosecución. La esposa de André Breton, no lo olvidemos, es chilena, viñamarina de sangre y alcurnia.

Los países jóvenes al parecer se entregan con mayor docilidad que los antiguos a las nuevas experiencias. Todo lo que trae aparejado la novedad, lo insólito y lo "dernier cri" nos halaga y entusiasma. Esto debe ser porque las resistencias que crea la cultura son menores y de más fácil horadación. Aquí en Chile, de no haber existido las características criollas de la envidia y la maledicencia, pudo prender en forma arrebatadora. Quien se preocupe alguna vez de revisar la historia del grupo Mandrágora, podría muy bien comprobarlo.

Haroldo Donoso, con la exhibición de sus telas, me ha traído

a la memoria múltiples sucesos y me ha puesto en una especie de sentimental disposición hacia ciertos recuerdos. ¿Cómo podría ser de otro modo? Donoso recibió la generosa adhesión de Bretón en París, con motivo de las ilustraciones hechas por nuestro pintor al bello poema "Unión Libre". Recordé el fervor con que, ayudado por manos que fueron fraternas en una época, pinté el cuerpo de una estatua de ébano con los versos de aquel poema que sin duda es el más bello que se ha escrito jamás en elogio de la mujer.

El surrealismo, a pesar de la ignorancia más o menos testaruda que lo circunda, se ha hecho, mientras tanto, oficial. Es el triste resultado a que siempre se llega. Son las lágrimas que llora el protagonista de Mürger en "Escenas de la vida bohémia", cuando ya triunfante regresa al barrio en que vivió su desolada, pero fecunda juventud. El primer cuadro que saltó a mi vista en el Museo de San Francisco fue un Ives Tanguy. Sin duda alguna, el surrealismo ha triunfado, si bien los surrealistas son los que han sufrido la derrota.

EXCESOS DEL PSICOANALISIS

Siempre he barruntado que en esto del psicoanálisis existe una vasta porción de superchería. La culpa, desde luego, no la tienen ni Freud, ni sus discípulos más preclaros. Tiende la ciencia al descender, desde el momento en que su uso y utilización pasa desde las manos creadoras a las manos simplemente aprovechadoras. Desde ese momento se transforma en una técnica más, presentando todos los inconvenientes del caso. La incidencia matemática de un ángulo, calculada con fineza por el teórico, puede resultar un fracaso grosero en el puente mal calculado por el técnico. Es la suer-

te que tienen las ideas: descender hacia lo práctico y ganar allí, o perder, el resplandor de eficacia que tuvo en la mente del genio.

Comprendo la reacción natural y legítima de la Santa Silla frente a este asunto. El psicoanálisis, empleado como técnica para el alivio del sentimiento de culpa (la histeria no es otra cosa que ese sentimiento), llega a veces a los extremos más ilusorios, deslindando incluso con la mística. Me he leído libros que realmente me parecen absurdos, escritos con una fuerte provisión de idealismo y casi patética fe en las aseveraciones más dudosas de una ciencia que todavía espera su consagración experimental. En ellos se habla de la vida claustral del individuo en el seno materno, con una seguridad que jamás tuvieron los doctores escolásticos para asegurar y afirmar cuántos ángeles caben en la punta de una aguja.

Desde la época de los griegos trágicos sabemos los hombres de los milagros que produce la catarsis. La tragedia no es más que ese milagro provocado por la exhibición de la culpa. El enredo o anagnórisis de la tragedia lleva al héroe a mostrar, a exhibir en síntesis, la honda problemática que lo impulsa, que lo determina a actuar con "fatum", es decir, a resolver su conducta en un sistema predestinado de actos involuntarios. Una vez que la tragedia pasa, cuando el telón ha caído sobre los hechos contingenciales, el héroe cae redimido. La muerte es su redención, pero también la solución de su problema.

La religión católica, al hacer uso de la confesión auricular, comprendió esta situación humana. Nos confesamos para nacer a una nueva vida, tal le sucede al héroe de la tragedia clásica. Se supone que el hombre frente al sacerdote está resuelto a extinguir el sistema de hechos, el "fatum" que lo arrastra y lo compulsa, y a reemplazarlo por uno nuevo. En una palabra, el doliente culpable frente al confesonario trata, por medio de la catarsis o purga,

de morir moralmente para resucitar convertido en un hombre nuevo. Una vez combatida la culpa que lo ha llevado al remordimiento, a ese estado miserable de congoja, el hombre cree haber nacido a una "vita nuova".

El psicoanálisis no parte de fundamentos diferentes. Cree, desde luego, que el sentimiento de la culpabilidad, origen de la angustia —los psicoanalistas hablan en este caso de histeria o neurosis— es algo concreto, dibujado en todo ser con más o menos relieve. Lo importante es poder, por medio de las artes que emplea el análisis, descifrar la difícil criptografía de este lenguaje inscrito en los subterráneos de la vida inconsciente.

Pero veamos, por medio de un ejemplo, lo que sucede. Imaginémosnos, por un momento, a una señora que se queja de males que su médico no reconoce, males que no tienen, al parecer, ningún origen físico. Son males de la imaginación, nacidos de un presunto sentimiento de culpabilidad; males histéricos, en una palabra. Como la señora de nuestro ejemplo es persona culta y "ha leído a Freud o, por lo menos, ha escuchado hablar de sus libros", recurre al médico psicoanalista. Admitamos que el sentimiento histérico le ha producido, incluso, trastornos fisiológicos. Cojea, por ejemplo.

El psicoanalista, al tratar de descubrir el origen del trauma, rodea a la señora de una atmósfera especial. Esta señora termina, por último, enamorándose del psicoanalizador. Es lo que se llama el fenómeno de la transferencia. Se descubre que, cuando niña, estuvo enamorada del papá, que tenía celos atroces con respecto de la mamá, que no lactó del seno materno el tiempo debido, que presencié actos indecorosos, que su tío paterno era un sátiro, que su abuela hacía de las suyas con el criado de casa, que, en fin... Se descubre una multitud de cosas extravagantes, increíbles y, so-

bre todo, "inactuales". La Iglesia es simple y, con una audacia en el sentido de la reestructuración del pretérito, nos dice, en cambio, que todo es por culpa de nuestro padre común, el desaprensivo Adán bíblico, el que mordió una manzana, de puro refitolero que era. Voila tout. La señora es víctima teológica del pecado original.

Pero, alarguemos nuestro ejemplo. La dama transfiere hacia el médico la imagen que tenía del papá, amén de una cantidad de cosas sucias que tiene en la cabeza. Como es una señora casta y respetable, ella no sabe que ha estado enamorada del papá, del hermanito menor, del abuelo, y aun del bisabuelo. Para no pensar en ello, en todas esas cosas desagradables y repelentes, ha empujado el sentimiento hacia la pierna, y es por eso que cojea sin tener reumatismo, sin haber tropezado, y es por eso que resopla como una histérica cada vez que da un paso. Todos los castos son histéricos, parece decirnos esta ciencia infusa. Puede que al terminar el análisis ya no cojee, pero en cambio se halla ante otro problema que no deja de ser bastante extraño. Se ha enamorado del médico. En el transcurso han pasado años, desde luego, y años que le han costado una fortuna.

No es que me sienta enemigo del psicoanálisis, como de primeras el lector pudiera creer. Todo lo contrario. Le tengo un poco de repulsión a los psicoanalistas. Otro tanto me pasa con el marxismo y sus epígonos.

Es por eso que me parece que el Papa tiene razón, y sobrada, al hablar de los excesos del psicoanálisis. Como todas las cosas de este mundo, sus defectos se advierten de inmediato en la exageración. Su uso moderado no es reprochable. Pero debemos recordar que casi siempre es una ciencia que mejora enfermedades de gente rica.

Se dice que Poncio Pilatos tuvo un triste y melancólico fin. Escéptico, incrédulo en grado superlativo, en sus manos osciló por breves instantes el porvenir de la irredenta humanidad y no supo sacar usufructo de aquella libertad de elección que la Providencia le entregó para que dispusiera de ella, dándole el máximo atributo que hombre alguno jamás haya tenido. Pilatos tenía que juzgar a Dios, sus designios y su extraña sabiduría no siempre armonizada con la humana. No supo mantener la altura moral de ese papel; la muchedumbre lo cogió entre sus zarpas y le devoró su corazón de republicano demagógico. Como buen romano, creía demasiado en la voluntad popular. La historia de Pilatos, tan enlazada a la vida de Cristo, es la consagración evidente de los errores cometidos por la multitud estúpida. De ser un aristócrata, un noble a lo Balzac, habría desechado con disgusto la moción popular, y Cristo, con él, se habría salvado.

Pero, olvidando el deber moral que debió atarlo a la amplitud de juicio que le daba el estoicismo republicano, se lavó las manos y condenó al inocente, sabiendo, y esto es lo triste de su destino de intelectual repugnante, que mandaba al suplicio a un cordero. Era un burócrata como hay muchos, con estómago en lugar de corazón, moldeado en la disciplina de la rutina y con miedo trémulo a la prensa y a la opinión pública. Dejó que los demás le amasaran el larvado criterio y que, encaramados en su corazón, le picoteasen el alma. Condenó al puro, sabiendo lo que hacía.

Desde entonces hasta acá, amansados por el temor a la opinión, los Pilatos se han sucedido en larga hilera, formando una especie de barrera entre el hombre y los anchos espacios de la justicia. Por temor al qué dirán, al juicio aprobatorio y negativo, la ley moral,

expuesta por Kant, se ha dejado de cumplir en millones de ocasiones, para daño de la sana convivencia.

A Pilatos se le entregó la libertad como nunca la ha tenido hombre alguno. Es algo que nos satisface, saber que el hombre tuvo entre sus manos el poder tremendo de juzgar a su propio Creador, poder que hemos tenido a veces en pequeño límite y que nos ha rozado con instantánea vislumbre la ciega vista. En proporción y medida mínimas, hemos sido Pilatos para apreciar la vida en cualquiera oportunidad de esas en que al parecer teníamos lo que el existencialismo llama la libertad de elección.

No hay nada más grave ni más terrible que tener conciencia de la libertad. Hitler llegó a hablar de la necesidad de liberar al hombre de esa conciencia que tiende a convertir a éste, aún al más inocente y despojado de condiciones intelectuales, en un desconsolado Hamlet, dentro de un descabellado y rutinario dramatismo. Sin embargo, el ser humano se complace en reconocer la libertad como el bien más precioso, aunque ella la imponga la tristeza de su férula. Aprendí en las memorias de Madame Roland a comprender lo que es la libertad, idea que más tarde Royer Collard, tan amado por Ortega y Gasset, perfeccionó hasta la misma frontera de lo posible. Libertad, decía, es una forma de resistir; lo que llamamos libertades públicas es el conjunto de las resistencias privadas, resistencias al poder, a la opinión y a los demás.

Royer Collard no se refirió al concepto de libertad de elegir. Esto es algo nuevo en el repertorio de las ideas que forman el cuerpo de la moral y del análisis de las costumbres, aunque los grandes moralistas, Chamfort, Vauvernagues, entre ellos, le asignaban preponderante papel. Fue Sartre, a la zaga de Chestov y Benjamín Fondane, el que puso el dedo sobre esta sangrante llaga: la libertad de elección.

Es esto y no otra cosa lo que constituye el dardo odiado de la libertad que repugnaba a Hitler y que para nosotros es bien placentero, por más que a veces nos incomode. Estoy cierto de que a muchos seres intelectuales les ha ocurrido la debilidad de rogar por un amo. Es la explicación que el materialista Feuerbach daba para justificar la existencia de Dios. En los momentos de prueba le entregamos a Dios la certidumbre de la libertad. Bien que alejado de lo divino, estoy persuadido, por otra parte, de que sólo en el amor a Dios se encuentra la única concreción aceptable de la idea de libertad.

Paralelo a esta idea, en forma secreta y clandestina, ha prosperado en el mundo, apaleado y vejado por la policía y por el sacerdocio de todas las religiones, el concepto de determinación. Según éste, Pilatos no habría podido dejar de hacer lo que hizo. Estaba conformado por la educación recibida en Roma, por los hábitos adquiridos en una religión carente de estructura moral matriz, la religión olímpica de los dioses saludables, a proceder en la forma en que lo hizo, lavándose las manos para no asumir la responsabilidad de un acto que sólo en apariencia era libre. El determinismo nos conduce a la peor de las ruinas morales. Y, sin embargo, es la doctrina científica por excelencia. Pascal lo reconocía y ese era el origen de su hórrida expectación moral.

Sobre esta doctrina secreta del determinismo que llegó a una alta boga a final del siglo pasado, erigimos un altar a la idea de libertad moral, conjugando con ingenua vanidad sus términos contradictorios. Olvidamos que toda libertad es correlata a la responsabilidad inminente. No tendremos derecho a decir con Hamlet que "el amigo Hamlet estaba loco cuando hizo aquello...", ni podremos exculparnos aduciendo la especiosa razón de una locura pasajera. Ahí está el acto que en apariencia fue producto de una

ilusoria libertad de elegir. El dedo que apretó el gatillo ¿hasta qué punto estaba controlado por la conciencia? ¿Somos en realidad seres libres?

La verdad es que somos pobres Pilatillos, como lo decía el jesuita Colomá, novelista que estimo extraordinariamente. En la libertad que se nos concede, siempre procedemos al igual que el melancólico legado de Judea; escuchamos la opinión, el qué dirán de los demás. Y nos perdemos definitivamente. Es triste, pero es así.

ELOGIO DE LA NOCHE

Como no conozco la biografía de Young, el célebre autor de "Las Noches", no sé si sus reflexiones nocturnas fueron inspiradas en auténticos hábitos noherniegos. A los poetas hay que creerles bien poco, sobre todo cuando se trata de poetas románticos. Proponen todos ellos a dar por vivido el caudal de la fantasía, en cuyas aguas flotan los hechos como verdaderos pétalos a la deriva. Es seguro que Young, hacendoso y buen clérigo rural que era, se acostaba a las nueve de la noche, junto con el postrer resplandor de occidente. ¡Pero cantaba a la noche, seductora y amplia, acogedora al dispendio de los sentidos, llena de cristales y enojada como una reina!

Pocas ocasiones hemos tenido para juzgar su valor romántico como estas pasadas noches de hora de queda. Al parecer, la libertad está unida íntimamente a su esencia adscóndita. La limitación impuesta por el horario nos producía el efecto de estar viviendo oprimidos. No es que las noches santiaguinas luzcan por lo soberbias y porque estén llenas de encantos, como diz que son las

noches en otras ciudades. El itinerario que se recorre en sus calles es lúgubre, lleno de sobresaltos y justas inquietudes. ¡Pero nos hacía falta saber que podríamos quedarnos en vela, trashumando de esquina a esquina! No hay duda. La libertad es un poco nocturna.

Se comprende que los psicoanalistas hayan visto en la tendencia al elogio nocturno, tantas veces expresado por los románticos, una exaltación de los poderes subconscientes. En la luz evaporada, casi irreal de la noche, se configuran los pensamientos con una nitidez brutal y se transforman en claras luminarias. A la luz del día éstos son oscuros, y el contraste engeñecedor del sol como que los apaga. La poesía ha girado, tal una falena borracha en torno a la luz que se levanta en la noche, signo de erecta humanidad.

El excelso Asunción Silva, entre los grandes, primer vestigio de auténtica poesía en nuestro continente, le dedicó sus famosos nocturnos. En esos versos rewertió el patetismo de un amor que, como largamente se ha dicho, rompía con todos los ligámenes del tabú social. El canto de amor, surgido de la desesperación, hallaba en las sombras plácidas, no interrumpidas por la crueldad del sol que distribuye y señala a los hombres, el seno donde acostar el grito herido. La retórica ha puesto lo demás y es preciso desbrozarla; no basta la lectura incipiente, ni la recitación que se acostumbra hacer de esos versos, tan pródigos en ritmos musicales.

Mucho se ha escrito sobre la noche y mucho se ha mentido sobre ella. La verdad es que el hombre, a medida que ha ganado en cultura, la ha ido colonizando, como los holandeses con el mar batávico. Extendemos el día, por medios artificiales, hasta un grado en que ya no sabemos, socialmente al menos, la hora exacta en que éste acaba. Para los acostumbrados a pensar y que hacen

de esa costumbre un oficio, se hace extremo. Honorato de Balzac trabajaba de noche, entre sorbo y sorbo de café, prosiguiendo a la luz del candil romántico la peripecia múltiple de la Comedia Humana. A los pies de su ventana, iluminada por reverberos amarillentos, la ciudad, cuyo grandioso organismo psíquico el genio examinaba como un médico de aquelarre, la enorme ciudad, dormía o parecía dormir. Bajo los techos, en realidad, la vida estaba jadeando, en estertores de placer o de muerte.

Lo que llama la atención es que, siendo el hombre un animal nocturno, que en la noche obtiene la mayor suma de goce y espiritualidad, haya vivido hasta el siglo diecinueve casi a oscuras. Las reuniones palaciegas del Rey Sol, pese a las magníficas descripciones que se hicieron en su tiempo, se cumplían bajo el resplandor más o menos mefítico de los candelabros. Las calles de las ciudades eran lóbregas como bocas de lobo, y todos los gatos eran pardos, tal suenan las palabras en sus calzadas inquietantes.

Es raro que antes de la aparición del quinqué nada se haya hecho para reemplazar la dudosa lumbré natural del pabulo o la antorcha. El mismo quinqué tiene una historia desagradable, como que fue el producto de una felonía comercial. El señor Quinquet, boticario parisiense, le robó el invento al pobre ciudadano que lo ideó, y le dio su nombre al lumínico artilugio.

El siglo de las luces no conoció la lámpara de aceite que alcanzamos a ver cuando niños en algunos pueblos de provincia.

Pero la Francia del Segundo Imperio, en cambio, tuvo luz de gas. Poco antes, en un fatídico farol de la calle de la "Vieja Linterna", precisamente en el lugar que ahora ocupa la concha del consueta de un teatro de París, se ahorcó el poeta Gerardo de Nerval. Los faroles comenzaron a tener un destino trágico. Aquí en América, como se sabe, en algunos países, la muchedumbre le ha

dado un uso semejante. La luz del gas ha tenido su novela, su teatro y su película. Pero no era aún la luz que deseaba la rapacidad intelectual del hombre, deseoso de allanar las sombras. Apareció la luz eléctrica, y, con ella, el siglo. ¿Será ésta la definitiva?

Estas últimas noches, con la queda impuesta por las circunstancias, volvía la noche a adquirir su imperio terrible. Les suplico que no quieran considerarme un excéntrico, pero eran noches hermosas. Frente a la soledad presentada por las calles, por preunidos del salvoconducto de prensa que anduviéramos, se sentía que en realidad la noche pertenece a la poesía y que es sinónimo, en consecuencia, de libertad. El no poderla disfrutar representaba la devolución inconsciente que le hacíamos a la idea de libertad por no haberla utilizado con sapiencia.

Por otra parte, cada uno tendrá una historia que contar de esas noches. Una historia para aderezar las tertulias... nocturnas.

REVERBERACION DE ROSTROS

Si bien se piensa, la vida no es otra cosa que una constante, casi abrumadora, reverberación de rostros. Los hay de todas clases. Rostros dilatados por la sonrisa que auspicia y regala; rostros contraídos por la angustia; rostros, en fin, que habría que abofetear.

Este es el espectáculo que se nos ha ofrecido por un período que, en el mejor de los casos, no alcanzará cien años. Abrimos los ojos para ver, diseminados en una corpórea polvareda, los rostros que nos acompañan hasta en el fondo de la sopa. Sin embargo, son muy contadas las ocasiones en que meditamos sobre estos antifaces del pensamiento, que son los semblantes. En verdad, son contadas también las oportunidades en que nos detenemos a pensar

en asuntos elementales. La realidad nos parece más simple de lo que ella es, y jamás nos ocurre pensar que los viejos axiomas no fueron creaciones nuestras. Y, tal vez, por esa razón, nos ofendemos tanto cuando alguien los somete a examen dubitativo. Lo peor que nos acontece a los hombres de ahora es que realmente jamás pensamos. Para pensar hay que tener ingenuidad, y la nuestra, ay, por desgracia, se encuentra destituida ante el consenso general. Los hombres de hoy somos "pillos", en el sentido deplorable que tiene el vocablo en el lenguaje básico de los chilenos. Nuestra pillería nos impide reflexionar en aquellas cosas que "por sabidas se callan". Triste hábito es el no pensar jamás en esas cosas, tan acicaladas y tan compuestitas en el escaparate del sentido común.

Me pasa, a veces, que me admiro de ser. El hecho de estar vivo parece natural. Pues bien, yo me inclino a creer que es algo extraño. Debe ser porque, en última instancia, no me he puesto a pensar de veras en la inmortalidad. Seguramente me pasa lo que al personaje de Moliere, que hablaba en prosa, sin darse cuenta de lo que hacía. Puede, a la verdad, sucederme que, teniendo apetito de inmortalidad y estando hecho para ella, como cualquiera de ustedes, ni más ni menos, no le encuentro sentido a lo mortal. Y no le encuentro, porque aún no he descubierto en mí mismo la posibilidad de supervivir.

Esta negación constante de la sobrevida, presentida por los místicos y explicada por los teólogos, es quizá lo que nos impide tomar en serio las cosas que "por sabidas se callan". Si nos pusiéramos a pensar en el aspecto vinculatorio, de alianza con el mundo y el todo, que contiene la palabra religión, seríamos más religiosos de lo que somos, aunque jamás nos atravesara la idea de penetrar a una casa votiva.

Por otra parte, en la reverberación de rostros acontecen aven-

turas variadas. Ponemos caras de circunstancia a cada paso. La única que me parece espontánea, cara que no es antifaz, es la del gesto egoísta y feroz. Es inútil que prediquemos con vana hipocresía, acerca de la bondad humana. Son conceptos pueriles que flotan, como trozos de pan en la sopa, en las literaturas dominicales a que son tan dados los comunistas. Conozco muy bien los descarríos a que ha conducido a la humanidad el optimismo de creer demasiado en la ingénita bondad del ser humano. En nombre de este optimismo, no lo olvidemos, se han levantado todos los patibulos y se han cometido los crímenes más horribles. En cambio, si partimos de la base más certera y edificante de aceptar que el ser humano tiene inmensas uñas escondidas bajo los guantes de su afeabilidad, jamás se nos ocurrirá rebanarle la cabeza para ejemplarizar o para redimir su alma. Tendremos para el prójimo una sonrisa de piadosa aceptación y recibiremos cada una de sus bellas muestras, aún la más insignificante y ridícula, con la gratitud de quien recibe el más poderoso halago.

No seremos exigentes ni andaremos por la tierra con cara de fiscalizadores. Me acuerdo, mientras escribo esto, de ciertos personajes de Dickens. En cada una de sus novelas aparece siempre un personaje pío, rociado de agua bendita, que tiene, sin embargo, el alma estrecha. Y no es que Dickens fuera irreligioso. Lo era en el grado en que lo fue cualquiera de los habitantes londinenses de la época victoriana. Su poderoso temple aristocrático, en realidad, le prohibía acceder a las ufanías del optimismo. ¿El hombre es malo y egoísta? ¿Qué novedad es ésa? Demos gracias de estar vivos y de que los demás nos permitan seguir arrastrando nuestros hábitos por el mundo. No fiscalicemos.

Todo esto, claro está, que debemos tomarlo en un sentido puramente espiritual, y nada tiene que ver con las funciones inspec-

tivas del Estado. Hago esta aclaración para evitarme los superfluos chistes de los "pilletes": socarrones.

Cuando tenemos veinte años, nuestros rostros se inclinan a la irreverencia. Soy de los que creen muy poco en la belleza juvenil. Esto no quiere decir, tampoco, que me muestre reacio a los encantos de una cara dulce e inocente. En ese sentido, soy como cualquiera de los que se apostan a la salida de cierto café santiaguino. Los rostros juveniles, y eso es algo que muchas veces hemos visto, no están suficientemente cargados. Son como pilas de un solo polo. Mirad, en cambio, este rostro arrugado, lleno de insatisfacción y maldad, ¡qué interesante! ¡Qué bello es, a su manera! Comprendí las delicias de Goya cuando dibujó sus *caprichos*.

Pero, continuando con el tema, lo brutal es que todo esto llegará un momento en que no lo veremos. Aparecemos un día, y gracias a los misterios del Registro Civil adquirimos un nombre que nos persigue hasta el cansancio, y que es una prolongación enigmática de nuestro semblante.

¿Para qué?

Hoy he almorzado con una amiga y estuvimos haciendo recuerdos de Carlos Vattier, recientemente fallecido. Le conté que pocos días antes de su muerte me había dicho algo muy cómico acerca de un célebre ateo chileno, hoy muerto también.

—Sin duda alguna —le dije—, que ese caballero debe estar en el infierno.

—¿Ese? —me contestó Vattier—, ese tiene parrilla propia.

Así andamos por la vida, sin mucha conciencia, sin susto, sin pena ni gloria. Y consideramos excesivamente natural estar vivos. La idea de la muerte es idea saludable, en todo caso. ¿No es así?

TRANSMISION DEL PENSAMIENTO

Legitimarios directos del romanticismo, el cual como se sabe en sus comienzos tuvo un carácter iniciático, los poetas del llamado movimiento surrealista ahondaron en numerosas especulaciones esotéricas, entre ellas las que provienen del automatismo. En el dictado automático aparece el pensamiento completamente liberado, tal sucede por ejemplo en las prácticas introducidas en psicología por el genial Sigmund Freud. Este estado espiritual nos provee de un conocimiento mágico de la realidad, en cuya móvil superficie parecen dominar abiertamente la lógica y el tan afamado sentido común. Por lo general, oprimidos como estamos por las restricciones impuestas por la moral y por la presión social, este pensamiento oculto no aflora a la superficie y partimos de la base simplista de que su existencia es un mito inventado por los poetas. Sin embargo, súbito, cuando menos lo esperamos, nos da noticia de su dramática faena latente. Tengo en mi vida algunos ejemplos, pero sólo haré uso de uno de ellos.

Cierto día me encontraba en la Alameda cuando vi a mi amigo Isaac, a quien no frecuentaba desde hacía muchos años, subir a un microbús. Como le estimo bastante y, además, quería hablarle de algo que me interesaba en forma profunda, corrí tras el vehículo, lo alcancé y me subí a él. Con gran decepción, advertí entonces que la persona a quien creía mi amigo era muy distinta a la imagen compuesta por mi mente a la distancia. No sólo no tenía ningún parecido físico sino que, de inmediato, se podía notar que era enteramente diferente a mi amigo Isaac. El chasco, no tengo para qué decirlo, me produjo una violenta desazón. Hay pequeños errores que acostumbramos a no perdonarnos. Bajé del bus en un estado rayano casi en la perplejidad.

Ahora bien, no había andado tres o cuatro cuadras, cuando divisé a mi amigo Isaac que venía a mi encuentro. Cuando le conté la ocurrencia, mi amigo sonrió y me dijo:

—Fue un mensaje psíquico que te envié.

Como soy un poco dado a esta clase de infusas experiencias, tan reñidas con los hábitos del pensamiento, lleno de claridad meridiana que es el pensamiento occidental, eché a la broma el suceso. No obstante, sentí que en mi manera de reaccionar había algo de falso, algo que no encajaba perfectamente en la realidad profunda. ¿Qué era eso?

Sin duda alguna, una muestra del automatismo del pensamiento. Hay un fondo mágico que nos pone en contacto con una realidad que escapa a las formas de captación intelectual empleadas por la razón. Es el fondo que nos permite olfatear el peligro en momentos determinados y presentir el clima psicológico de la realidad que nos rodea. Sin esta capacidad de captación semiinstintiva, semimágica, estaríamos estrellándonos a diario con el mundo. La razón, con todo su esplendor y el aparato de humanidad con que se recubre, en último término nos suministra pocos elementos para proseguir viviendo y ensayando y experimentando y fracasando en un mundo cruel, caprichoso y extravagante. Ya sabemos con qué desprecio Shakespeare, por boca de uno de sus más sombríos personajes, se refería a la vida y la comparaba al cuento narrado por un loco.

Entre estas formas de captación mágica está la transmisión del pensamiento. Es decir, poniendo los puntos sobre íes, no creo que en su esencia este fenómeno pertenezca forzosamente al mundo esotérico. Lo único que pretendo decir, al referirme a la transmisión psíquica como a una forma mágica, es que aún no está plenamente colonizada por la ciencia. No creo lejano el día en

que esta forma, actualmente insólita y esporádica, sea estudiada y perfeccionada a un grado superior de inteligencia humana.

No tengo en mi vida casos elocuentes de transmisión, fuera de esos más o menos rutinarios que vagan en los labios de las personas más o menos crédulas y fervorosas del misterio. Porque hay personas del tipo ectoplásmico, de esas que gozarían jugando al fantasma o invitando a los difuntos a una diaria correspondencia con los vivos. El gran escritor francés autor de "Stella", el lírico Flammarion, perteneció a ese encantador tipo humano, suspendido del plano astral y jugando al literato fantasmal. Entre los hijos del romanticismo existen otros muchos. Gerardo de Nerval, pongo por caso, imbuido de la más tenebrosa mística oriental recibida de sus maestros alemanes. Fue el autor de un libro muy curioso llamado "Los Iluminados", en donde se da cuenta de extraños hombres del siglo dieciocho, como el célebre Conde de Saint Germain, el divino Cagliostro y el Conde de Xazotte, cuya sangre fluyó hacia Chile. Estos hombres, nacidos en el siglo de la razón, culminación enciclopédica del mundo, no se conformaban con el conocimiento racional de la vida y se lanzaron, todos ellos, a la empresa de romper y traspasar sus límites.

En este siglo se han hecho algunos ensayos serios de transmisión del pensamiento. El ensayado por Hubert Wilkins y Harold M. Sherman, es notable.

El año 1937, el Estado ruso comenzó a interesarse por abrir la ruta aérea del Artico, pasando por el Polo Norte, desde Moscú a la capital de los Estados Unidos de América. A pesar de las precauciones tomadas por los dos países interesados en el feliz resultado de la experiencia, el aviador ruso desapareció cuando ya se encontraba, según las últimas noticias enviadas por el aparato radiotelegráfico de su aeroplano, en el lado americano. Fueron

inútiles todos los esfuerzos realizados para emplazar el lugar del siniestro en el terrible paisaje de la aurora boreal.

Wilkins, uno de los experimentadores, fue nombrado por el Gobierno ruso para intentar la búsqueda de los aviadores desaparecidos. Entonces fue cuando surgió, como iniciativa de Sherman, la idea de efectuar la experiencia de transmisión telepática desde larga distancia.

“Los aborígenes de Australia —dice Wilkins—, con los cuales estuve relacionado cuando era niño, daban a menudo pruebas de saber algún acontecimiento que estaba ocurriendo millas más allá de su vista u oído. A veces, su conocimiento de acontecimientos inesperados se manifestaban en un tiempo tal que excluía toda posibilidad de que los hubieran sabido por medio del *telégrafo de Manigua* o señales humosas, por rápidos que sean estos medios de comunicación”.

Una vez la expedición en la zona ártica, se iniciaron las comunicaciones telepáticas. De éstas, da cuenta el libro que escribieron más tarde los autores de la insólita experiencia. Son realmente admirables y, si bien es cierto que nada prueban desde un punto de vista científico, abren la imaginación a innumerables posibilidades. Al parecer, la gran aventura humana se está enriqueciendo cada día. Y el misterio, por fin, rompe su inmensa cáscara y deposita sobre nuestra mente un germen maravilloso. No lo dudéis.

JOAN SE CASA DE NUEVO

A los cuarenta y siete años de edad, y por cuarta vez, ha corrido de nuevo hacia el tálamo nupcial la actriz cinematográfica

Joan Crawford. La noticia no tendría nada que pudiera relevarla de la columna de cables, si no incidiera esto de los cuarenta y siete años y de la cuarta vez. Es una reincidencia que nos parece un tanto atrevida, y que abre al mundo de la imaginación zigzagueantes conjeturas.

Los actores y actrices de cine han sido siempre maravillosos héroes nuestros. En sus imágenes y actitudes hemos proyectado mucho de lo que realmente somos, acongojados tal vez por la mísera existencia que vivimos en un ambiente desprovisto de aventura. Un marxista diría que hemos *alienado* toda nuestra posibilidad de belleza en los semblantes que el *make-up* adecuado nos envía desde la blanca pantalla. En el sentido más osado del concepto, estos actores y actrices representan el papel que los semi-dioses jugaban en las mentes comunes de la antigüedad.

En tal forma los hemos incorporado a nuestros hábitos mentales, que no es difícil escuchar, por ejemplo:

—Mira, esa Fulana, tan parecida a Lana Turner...

O en cualquier corrillo familiar:

—Zutano es un verdadero Clark Gable.

Las hurías de un perfecto mahometano, que, además de fiel lector de El Korán, fuera amante del cine, tendrían que tener, de acuerdo con el expresado funcionamiento comparativo, el rostro de las más estupendas "girls" de la Metro.

Los mismos dibujos animados que tanto nos hacen reír en horas que imaginamos de inocente regocijo, han influido en forma asaz perversa en nuestras costumbres. ¿Quién no se ha sorprendido retardando, de adrede, la impresión que un hecho asombroso produce de inmediato en un individuo horror de contacto cinematográfico?

De acuerdo con mi teoría —si es que así puede llamársela—,

dentro de poco soñaremos en tecnicolor. Daremos a nuestros sueños los deleitosos cromatismos de un diseño de Walt Disney, aunque mucho nos empalague dicha almíbar tan subida de punto. Sí, señores, nuestros sueños estarán invadidos por los colores irreales del cine, y lo que la naturaleza les negó, los sueños lo recibirán directamente de Hollywood. Es imposible que la gente no haya cambiado su conducta onírica desde que los hermanos Lumière crearon la fotografía en movimiento. Es como creer que un analfabeto pueda tener los mismos sueños que un cerebro sangrante de poemas surrealistas y rendidas compunciones de carácter existencial.

En esto del sueño, siempre me he quedado pensando en la verdadera razón que hasta ahora ha impedido a cierta gente progresista aprovechar los sueños del hombre en forma eficaz, tal lo exige el espíritu de la época. ¿Será porque aún existe un residuo de respeto humano por la zona privada del individuo, "bella zona donde si un rey sueña todas las noches que es peluquero, es tan feliz como el peluquero que sueña todas las noches ser rey"?

¿Por qué, me he preguntado, no irradiar sobre los durmientes una onda especial con fines de carácter propagandístico? Usted sueña con un desierto, y cuando ya va a desfallecer de sed aparece una lujosa botella de refrescante agua mineral, ponga por caso. ¿Qué les parece?

Pero hablábamos de Joan, la siempre joven Joan, que nos ha venido acompañando desde que éramos adolescentes. La vida de las artistas es la nuestra, alienada, decía antes. ¿Qué muchacho de dieciséis años no habría dado la vida por Joan, allá, en el año treinta? Era la época de las *flappers*. Yo tenía una amiga *flapper*. Así, al menos, ella lo creía, pobrecita. En realidad, era la hija menor de un modesto funcionario cargado de familia y con muchos

problemas domésticos en la cabeza. Pero mi amiguita imitaba a Joan, la pícará y brava Joan de los primeros *films*, cuando aún bailaba al compás de la música sincopada, moviendo las caderas con un estremecimiento inquietante. Ahora, a los cuarenta y siete —difícil resulta creerlo— Joan se casa de nuevo.

Diana de Poitiers, amante de dos reyes, Ninón de Lenclos, amante de príncipes, no mantuvieron mejor su belleza que esta mujer.

¡Pero lo de la cuarta vez! He ahí lo que produce una especie de melancolía incisiva en nosotros, simples mortales de un mundo más o menos opaco. ¿Qué le pasa a la gente de Hollywood, que casan y descasan con tan gratuita facilidad? ¿Es que hay algún trunco en el corazón de estos personajes que han vivido tantas vidas en el celuloide?

Entendedme bien. Yo no soy enemigo del divorcio, ni tampoco me inclino demasiado por el manso estado matrimonial. La verdad es que me conservo soltero y que, a menos que ocurran inefables imprevistos, en ese estado moriré. Pero no creo que el divorcio sea algo tan natural como el matrimonio desde siglos parece serlo. Después de todo, el ser humano, por mucho que algunos desesperados lo nieguen, es monógamo. ¿Por qué, pues, esto de casarse y volverse a casar tantas veces?

No hablemos de los divorcios de Chaplín. Es un tema que la gente de buen gusto debe eludir. Hablemos, sencillamente, del divorcio aquí en Chile. Sobran por desgracia. Todos ellos, camuflados bajo la palabra anulación, estratagema legal que todos conocemos. ¿Habrá influido sobre nuestra conducta conyugal el constante divorcio de las *stars*? Me agradaría conocer la curva estadística de las anulaciones de matrimonio posteriores al año 1920, poniendo a esta fecha como inicial de la influencia cinematográfica

ca en Chile. Si al vestir a lo Greta Garbo, muchas mujeres han divulgado el tipo de la vampiresa internacional, y si miramos a lo Tyrone Power dando vencida masculinidad a nuestros ojos... ¿por qué no pensar que podemos divorciarnos a lo Joan? La preguntilla es ésa, como decía un traductor español al verter la célebre de "Hamlet".

LUZ DE MARZO

Quando éramos niños, y obedecíamos tan sólo a los dictados de una especie de sensibilidad intuitiva, horros aún de todo conocimiento racional, se nos ocurrió muchas veces pensar que la luz cambiaba de carácter con los días y con los meses. Cada día encerraba en su ámbito una luz especial que le era inherente, como esas galas de espléndida joyería con que algunos acostumbraban a adornar la imagen de la noche. Más tarde, adolescentes ya, nos tocó leer un breve relato de Ramón Pérez de Ayala —"Luz de Domingo"—, el cual nos corroboró en el juicio pueril, aunque valiéndose de medios complicados, artísticos y barrocos. Existe, sin duda alguna, la luz del domingo, luz sacramental, ensimismada y tenue, luz en cuya evanescente pasta se diluye una mansedumbre que en ocasiones llega a fastidiarnos. Nunca he sido muy partidario de los domingos. Y no lo digo porque pretenda aparecer demasiado amante de la idea del trabajo. Más bien estoy por el ocio, esa flor espléndida amenazada de agotamiento en una civilización demasiado apresurada y febril.

Todo esto, desde luego, puede el lector ponerlo a beneficio de inventario, como dicen los juristas, y aplicarle, aún más, la máxima *capitis diminutio* de que hablaban los latinos. Son abrevia-

turas de la sensibilidad, meros signos de la zona oscura del alma con los que uno quiere captar, a falta de mejor lenguaje, las sinuosidades profundas de la realidad. Como digo, en esto de las luces de los días de la semana admito toda clase de reparos, objeciones y advertencias. Pero, en cambio, en lo que se refiere a los meses... en éllo creo tener toda la razón.

Existe la luz de marzo. Hoy he despertado más temprano que de costumbre. He abierto los ojos a una nueva sensación, perdida desde hacía un año. Sentí, súbito, que mi alma se incorporaba dentro del cuerpo como llamada por una vieja voz de alerta que empezaba de nuevo una juvenil cristalización. Comenzaba marzo. Era el primer día lunes de marzo, con sus trajines recuperados, con el brillo de los ojos escolares y con la sonrisa de aquiescencia de los maestros. Era como si de pronto, por un sabio sortilegio, me sintiera niño otra vez, y el ayer penoso hubiese sido nada más que una mala, infecta, pesadilla.

Alguien me dijo: "Siento que las hojas comienzan a morir en la tierra y que sus cadáveres exhalan perfumes al igual que los santos". Bella luz de marzo es ésta. Evaporada, flébil, ensoñadora. Con ella nace verdaderamente el año. No me digáis que éste comienza en enero. Los meses del verano son meses corporales. Tal vez por eso los poetas, al menos los románticos, le dieron tan poca importancia.

Sucede con el verano lo que con el día. La luz solar, cruda, casi carnívora, ofende los sentidos, los despedaza y con las tajantes sombras que produce tiende a dividir el mundo. Los días veraniegos, en dicho sentido, son los peores. Los poetas románticos, movidos por el deseo de unidad, prefirieron cantar la noche.

La luz de la luna, reinante en la noche, produce, en cambio, una difusa tonalidad en cuyo claror se esfuman los perfiles y la na-

turalidad queda como unida toda ella en una especie de piadosa fusión. No es por un azar "artístico", en todo lo peyorativo que encierra esta palabra, por lo que el poeta romántico recurre a la noche en su exaltación. Cuando Novalis canta sus himnos lo hace movido por ese afán primigenio de la humanidad. Los místicos, con el idioma equívoco que les es peculiar, no habían hecho otra cosa. ¿Hasta cuándo segmentar alma y universo? Al parecer, la luz lunar, imprecisa, vaga, rodea, con su anillo de plata, alma y naturaleza. Esto se desprende en forma concluyente de la lectura de "Los Himnos a la Noche", de Novalis, y de todos aquellos cantos en que la suave luz nocturna representa un cordial papel protagónico.

Otro tanto ha ocurrido con el otoño. El adjetivo autumnal, tan desprestigiado ahora, y que da la calidad poética de otoño en los versos del romanticismo y del llamado modernismo. No surgió tampoco de un vano interés "artístico". Por lo general, este interés artístico no ha conducido a nada. La gente de buen gusto está podrida, ya decía alguien. Lo importante es que la instancia nazca de un propósito profundo de revelación de la realidad. El otoño ha sido cantado por razones específicas, de índole espiritual.

Nuestro otoño comienza en marzo. De aquí la graciosa frescura de alma que he sentido al despertar ayer, primer lunes de la nueva actividad anual. Se da término a los meses vegetativos del año, meses corporales y macizos, que nos enredan el pensamiento y la imaginación con sus luces de cruel sensualidad. En cambio, en marzo, se inicia la melancolía inherente a los trabajos y a los sueños.

Esta actividad melancólica —decrecen los locos afanes que engendra el calor y quedamos como fusionados a la emergente tristeza del otoño— es precisamente la que nos hace humanos. Sin

la melancolía, esta fiel compañera de todas las horas, no seríamos sino malcriados seres dispuestos a la saña y a la cólera. Mediante la melancolía estamos dispuestos al perdón. Debe ser por eso que la sabia hagiografía cristiana jamás nos ha pintado a un santo riéndose a carcajadas. El prior Francisco de Asís, enamorado y riente, poeta de lo mínimo, es un señor melancólico. Tan melancólico como la luz lunar y la luz del otoño.

Luz de marzo, amable y triste, que invita a pensar.

REFLEXIONES DEL MATRIMONIO

Comprendo bien que se me diga: ¿por qué usted que es hombre relapso en la soltería, escribe sobre el matrimonio y habla de algo que no ha probado? La verdad es que "el no haber probado algo" nos impediría hablar de muchas cosas y nos rebanaría la mitad de la facultad verbal, precioso don que los dioses entregaron al hombre. Paso, pues, sobre el reproche y hablo del matrimonio, bien le pese a los casados. Estos, por razones obvias, están impedidos para hablar, disertar, de una materia que podría acarrearles dificultades innumerables. Los que más han hablado del matrimonio, ya se sabe, han sido solterones, como el viejo Schopenhauer, por ejemplo, a quien la idea de casarse, al parecer, le avinagraba el ánimo.

Estoy realmente cansado de oír tonterías más o menos manidas sobre el matrimonio. "Es una lotería", dicen algunos. Tal vez, una lotería con *terminación*, en todo caso. La mayoría de los hombres se casan cuando ya no queda otra cosa que hacer, posiblemente pensando que el donjuanismo es apenas ingrediente de la

leyenda. ¿Matrimonios jóvenes? Uno mueve los hombros con verdadera indiferencia... Están condenados al fracaso.

El viejo don Pío Batoja, a quien ninguna consideración pudo empujar hacia el manso estado conyugal, gustaba repetir la frase atribuida a Diógenes, otro viejo cínico como él: "Casarse en la juventud es demasiado pronto, y en la vejez, demasiado tarde".

Pero la verdad es que esto de casarse se pone más difícil cada día. Uno echa de menos aquellos años en que era la mamá o el papá, generalmente este último, y, en todo caso, el cónclave familiar, quien decidía sobre este delicado asunto. El muchacho o muchacha tenía mínima participación en la elección. Y, al parecer, los matrimonios eran mucho más felices que ahora. Lo que vendría a asegurarnos de que el libre arbitrio, al menos en lo que a casamiento se refiere, no sirve para nada.

Como no soy enteramente hecho de piedra, la cual es inerte e insensitiva, una vez quise casarme. Ingenuamente consideraba en esos dichosos días que, después de auscultarle el ritmo al corazón, todo sería un ensalmo de facilidad. Pero...

La que pudo ser mi suegra, fuera de tener hípido el carácter, no era mujer que aguantase bromas, poco más o menos. Le interesó de inmediato el estado pecuniario de mi bolsillo y todo aquello que le atinge, posibilidad de empleo, años servidos, qué sé yo. Como viera que por ese lado no iba a encontrar sino respuestas de la más descarada anfibología..., "sí, señora, mire usted, que yo, que mi papá...", cortó mi impúdica elocuencia con un:

—¿Cree usted que mi hija se alimenta de versos? No, señor, ni muerta será suya.

Debo declarar que, aunque bien maltratado, posteriormente, por las comidas de restaurante y el remiendo personal de los cal-

cetines, cosas todas que prueban lo mala que es la soltería, mucho más que la célebre frase de San Pablo, al menos esta anécdota de mi vida no ha llegado a constituir motivo de especial tristeza.

¡He visto tantos matrimonios deshechos por tonterías insignificantes! Con respecto de este liliat asunto doméstico, debo declarar, además, que soy furibundo conservador. No me gustan los matrimonios disueltos, ni los hogares desquiciados. Cuando me hago amigo de una casa, termino por acostumbrarme a las caras que la habitan, y por nada del mundo quisiera que una de ellas fuera reemplazada por otra desconocida. Piedad matrimonial que he ido regando con egoísmo y esmero durante los años que llevo consumando visita domiciliaria a los amigos casados. ¿Qué es lo que más me seduce en sus hogares? No es el estado mismo, al parecer, sino el calor. ¡Sí, señores, el calor!

Habituado por indolencia múltiple a no encender fuego en habitación alguna en que he vivido, uno de mis sueños favoritos es tener una espléndida chimenea de lozanas llamas, con un puchero adobándose en ellas. Este sueño, junto con los años, me cosquillea cada día más. Pero, en vida de regimiento o de celda monástica, es inútil conseguir el fuego. La mujer es el fuego. Con ella comienzan a aparecer las brasas a nuestro alrededor, los escaladores humeantes y el resoplar de Watt de las cafeteras o teteras, que lo mismo da para el caso.

Lo cierto es que la mayoría de la gente que se casa no sabe elegir, y termina gran parte de ella quejándose de su mala suerte y enhebrando frases manidas como esa de la lotería. Se deja, a lo mejor, que intervengan demasiado los más imponderables factores románticos, creyendo que el matrimonio es cuestión del corazón, del "enamoramiento", como se dice. Se echa al olvido que el matrimonio —y dejemos a un lado, por ahora, el aspecto religioso—,

es una institución social, con objetivos sociales y dirigida exclusivamente a satisfacer la necesidad del orden familiar, asiento actual de la organización humana. Se habla mucho del amor... ¿y qué es el amor? Más valdría hablar menos de amor, algo más de respeto recíproco, y mucho, mucho más, de comprensión espiritual e integración material. Me parece que la mayor parte de los matrimonios que fracasan es porque los cónyuges han abusado, con mortificante sensibilidad, de ideas románticas más o menos malsanas. Es gente que olvida que el amor romántico no lleva al matrimonio, que lleva a la tumba.

EL HOMBRE DE LA VENTANILLA

Por mucho que tratemos de eludir su peligroso contacto, por muy desaliñada y bohemia que sea nuestra vida, siempre terminaremos por encontrarnos con la carga de dragones de sus pupilas inquisitoriales. Ahí está, detrás de la ventanilla que da un marco de especial destello a su imagen irredargüible.

Es el hombre in abstracto, un simple guarismo de bronce, el hombre de la ventanilla. A veces pone una visera sobre el poder de su vista contable. Pero no es la visera que nos protege del sol en las playas, cuando en los dulces días de veraneo dejamos que la brisa nos acuerde en su vaivén de hamaca. No. Esta es una visera que protege de la insolación bancaria, en la amplia sala iluminada por focos poderosos.

A veces los vimos detrás de los barótes brillantes y nos ocurrió pensar, entonces, que eran seres enjaulados tal dicen que un malvado rey de Francia acostumbraba a enjaular a sus enemigos personales. Por esta cita bien comprenderéis que en ese entonces

cursábamos el segundo año del Liceo, que es cuando uno tiene noticias, por primera vez, de Luis XI. Más tarde, en una película de los Marx escuchábamos de boca de Groucho una ocurrencia parecida:

—¿Y usted, qué ha hecho que lo tienen enjaulado? —le pregunta exasperado el cómico de los bigotes abruptos al funcionario de una boletería ferroviaria.

Tal vez, es esa la esencia de lo cómico, que nos restaure por instantes al humor de la infancia, cínico y un tanto cruel.

La edad moderna, con el acrecer de los valores monetarios, ha creado la ventanilla. La ventanilla forma parte de toda oficina importante. Los bancos, las tesorerías, las cajas de los almacenes, las contadurías, tienen siempre ventanillas. No importa que los edificios carezcan de ventanas. Por las ventanillas se miran el paisaje, el encanto de los árboles o la esplendidez del firmamento. La ventanilla nos da a conocer la poesía, el dramatismo de la calle o el color vencido de un crepúsculo.

La ventanilla, en cambio, es una cisterna por cuyo brocal nos asomamos, un tanto estupefactos, a la lobreguez de la convivencia moderna cimentada sobre el poder exclusivo del dinero. La ventanilla es un símbolo. La ventanilla, un síntoma. Con los símbolos de la vida, aunque nos derrote el pesimismo, construimos la áspera dulzura de la poesía, sin cuyo regusto cordial moriríamos de sed permanente. Con los síntomas, por lo contrario, sabemos cuál es la enfermedad que nos corroe silenciosamente, médula adentro de los huesos.

Pero hablábamos, no de la ventanilla, sino del hombre que ella enmarca. No conocemos sino su rostro y a lo sumo sus manos laboriosas, satinadas, sólo manchadas por el uso del billete.

El billete vil, diría un modernista a lo Darío. Era el tiempo en que se denostaba la vileza del áureo metal.

Esos precarios detalles —rostro y manos— no nos dan a conocer, por cierto, con qué persona nos habemos. El tal, como jamás lo hubiera imaginado el más exaltado filósofo, es un ser abstracto. Un representante de la burguesía, diría un comunista: un representante que cuenta, no cuentos maravillosos, sino cuentas descarnadas. Encimado detrás de él se halla el volumen del poder económico.

Conozco gente que hace girar toda su vida, por la que se han sacrificado dioses, en torno al hombre de la ventanilla. Trajinan y corren por el duro pavimento sin otro impulso que el de acometerlo con el rostro correcto y la conciencia limpia.

¿Habrá que pagar una letra el lunes? La letra venció el sábado; pero la ley concede un día más en estos casos. ¿Podría llegar a la ventanilla con el rostro triunfante?

Conozco gente, también, que padece de hepatitis bancaria. El hígado no alcanza, con sus propios medios humorales, a resolver los problemas numerosos que suscita el mundo económico; pero, en cambio, recibe los golpes que produce su dolorosa falta de solución. Entonces, no llegamos donde el hombre de la ventanilla.

¿Hemos ganado algo con ese turbio esguince?

Hay otras ventanillas que nos esperan, fulgurantes, en dramático escorzo, dispuestas hacia el porvenir. Está la ventanilla de los impuestos, la ventanilla de las contribuciones morosas, la ventanilla de la Caja de Crédito Prendario... Y si, desesperados, clamamos por un cambio de horizontes, ahí está la ventanilla de la estación ferroviaria, de la agencia náutica o aérea. Detrás de todas ellas, de sus delgados y pulcros barrotes, está el hombre abs-

tracto, vigilante y dueño de sí mismo, envuelto en un ropaje de afabilidad también, por decirlo así, abstracto.

Aunque este hombre, al término de su faena diaria, se convierta en un muchacho encantador, de esos que suelen ser el alma de las fiestas, tal diría Carlitos Vattier, cuando se halla en funciones es sólo un espécimen.

Como me acerco muy poco a las ventanillas —mi deplorable o buena suerte así lo quiere— es poco, asimismo, lo que sé acerca de las costumbres que allí imperan. Me ha bastado echar una mirada de reojo sobre los pesados libros de la partida doble para que el azogue del aburrimiento infinito haya hecho juego con mis glóbulos blancos, los glóbulos de la defensa civil sanguínea.

Pero, con todo, algo sé. Me imagino, por ejemplo, que debe haber algo distinto de los simples mortales en esos recintos. Por algo detienen el paso de la curiosidad con esos barrotes esmerilados. Verjas, verjas de bronce. Rejas, rejas de hierro. La humanidad, en su paradójica conducta, encierra a los locos, a los delincuentes y al dinero detrás de barrotes. ¿Por qué será? ¿Por qué?

LOS MISTERIOS DEL LLAVERO

El día que nos hacen el obsequio de la primera billetera, quisiéramos tener grandes cantidades de dinero para ponerlo, cuidadosamente doblado, en la fresca y olorosa cavidad de sus pliegues. El perfume del cuero es fascinante y trae imágenes de poder a las narices, en tanto sacamos y metemos, con voluble gesto, el flamante regalo. Creemos, de manera inocente, que el hecho de poseer una billetera de cuero basta para que los billetes de banco caigan dóciles a su interior, como virutas de hierro sobre el imán.

Nos hemos engañado en esto, como en otras muchas cosas, por otra parte. La billetera que creímos mágica en la infancia, se ha mantenido en su misma escualidez primigenia.

No ha sucedido, en cambio, lo mismo con el llavero. No sé por qué razón este racimo de metal vive en una permanente floración. Hemos hecho todo lo posible por detener su crecimiento; pero el llavero crece. Crece en una forma fastidiosa y casi intolerable, como munido de los efectos de un abono de carácter milagroso.

Nuestra madre, en un momento de suprema debilidad, nos concedió los favores de la llave de la puerta de calle. Salíamos por primera vez a la calle después de comida; íbamos, según dijimos, al biógrafo; la llave nos fue concedida, prestada, sería acaso la verdadera palabra, después de serias advertencias acerca de la responsabilidad que estábamos adquiriendo. Una de las prerrogativas del mundo adulto, representado por papá, era abrir la puerta sin recurrir al expediente fastidioso del timbre. El hecho de habernos entregado esa llave cuando apenas frisábamos, según se dice, la adolescencia, significaba que, en cierto modo, ya "éramos grandes". Circunstancia que debió anotarse en el diario de vida... Era la primera llave de verdad que entraba al bolsillo, la llave útil. Las que habíamos tenido antes eran como remedos pueriles de llaves: cerrar herméticamente un cajón para guardar pequeños secretos personales, era acto, después de todo, al alcance de cualquier chiquillo.

Però con esta llave en el bolsillo, que ya "in menti" no pensábamos devolver a su dueña, la calle se abría libre de toda obstrucción. Con la calle se abría la noche. Y con la noche, lo desconocido.

A medida que uno va ganando terreno en la vida adulta, co-

sa triste que a todos nos sucede, aparecen, incesantemente, nuevas llaves. La llave de la oficina, la llave del "toilette" de la oficina, y la llave del automóvil, por último. Entre éstas, separadas en el tiempo, están las llaves de la caja fuerte y de la casilla de correo. El racimo metálico va tomando cuerpo.

Esto querría decir, en el mejor de los casos, que la vida es un misterio hermético que hay que abrir a toda costa. Son puertas que vamos abriendo y cerrando, con estrépito o sin él, en una especie de juego automático del cual apenas si tenemos conciencia. Hablamos de la clave de la situación, frase manida por el rigor de la costumbre, sin percatarnos que seguimos hablando de llave. Con las llaves metálicas que guardamos en el bolsillo abrimos puertas y cofres, celdas y misterios. La llave, que una mano amable nos deslizó entre los dedos, representaba, sin lugar a dudas, la entrada a un santuario.

La importancia de un hombre se podría calcular por el número de llaves que debe usar a diario. La importancia en el rango quiere e impone ese confinamiento de asuntos que hay que guardar y cautelar. Tener algo es tener una llave para separarlo y diferenciarlo de todos los algos ajenos. La llave de la casa, de la pieza, del arca o el cofre, la llave que nos sirve para guardar avaramente lo que poseemos.

En un accidente público, cuando las manos profanas registran los bolsillos y, más tarde, escriben el parte policial, siempre se comprueba la existencia de una llave. Todo puede haber perdido ese hombre que cayó, vencido por el abatimiento, ante las ruedas de un vehículo; puede haber perdido el honor, incluso; pero es seguro que tiene una llave. Cuando las entrañas de los bolsillos ni siquiera devuelven esto, entonces podemos estar ciertos de que la

desgracia ocurrida era inmensa, porque se estaba gestando desde mucho antes que las ruedas trágicas horadaran esas carnes inermes.

Sin embargo, debe haber una forma de existencia que no tiene conciliación práctica con la idea de llavero. Una existencia que se desarrolla en un plano moral en que todas las puertas están abiertas y todas las cajas y arcones y muebles se ofrecen llanos al examen, sin cerraduras ni aldabas. Y hay seres que, como los pájaros, viven en un mundo ideal en que todas las arcas se abren al solo reclamo del amor.

He notado la desesperación contenida con que, en ciertos avisos de la prensa diaria, se solicita la devolución de un llavero, prometiendo recompensa. ¿Qué hará ese pobre hombre que perdió el llavero? En un poema de Vicente Huidobro, el poeta se pregunta "¿dónde están las llaves?"

El llavero nos ha acompañado toda la vida y, aunque no las amarremos, como San Pedro, a la cintura, las llaves constituyen el símbolo de la entrada a los relativos y artificiales paraísos que nos construimos los hombres. De repente, con verdadero horror, nos preguntamos ¿dónde están las llaves? ¿Cómo podremos entrar al cielo de nuestra intimidad, allí donde hemos acumulado los sueños más ambiciosos y acariciados? ¿Cómo podremos abrir las puertas de la soledad para contemplar los vanos tesoros que allí guardamos?

Pero hay un momento en que el racimo metálico, también él, se marchita. Estas llaves no sirven para abrir ninguna puerta; no lo deseamos tampoco.

Y para abrir aquélla, la única que nos queda por abrir, nuestro llavero no tiene la llave precisa.

EMBLEMAS JUVENILES

Ha sido corriente tradición en todos los países de la tierra, comparar a la vida con una barca que va surcando por piélagos procelosos. Aunque ya la comparación se ha tornado en tópico más o menos manido, no por eso dejamos de usarla, por lo menos en los discursos que puerilmente les espetamos a los muertos en el cementerio. La vida, sí, a pesar de todo, es una estrafalaria barca, cuyo nombre el armador invisible que la despidió del puerto, va cambiando a medida que atravesamos el océano. Somos jóvenes, hemos sido antes de eso niños, somos maduros hombres, provechosos, para que más tarde la vejez nos doblegue con su ingente peso.

Cada período va marcado por respectivos emblemas, inseparables de la edad que representan. Son como los animales totémicos que utilizan para distinguirse entre ellos los grupos tribales. Así la niñez, ganosa de salud y de hirviente travesura en el cuerpo, elige, también, su símbolo tribal, guiada por la misma irracionalidad mágica de las comunidades primitivas. Es la edad de la imaginación, en que esta "loca de la casa" lo puede todo: transformar el mundo exterior, volcándolo prodigiosamente en el mundo imaginario del espejo, por ejemplo, tal como lo hizo la heroína de Lewis Carroll, en su maravillosa travesía.

Un animal totémico de la infancia chilena es la "chancha". Por ella entendemos lo que los españoles cuando dicen "hacer novillo", y los franceses, "faire l'école buissonniere", es decir, meterse detrás de los matorrales. En resumen, no ir a la escuela quedarse entregado a los dictados de la maligna imaginación. Son pocos los escolares del mundo que no han hecho, siquiera una vez la cimarra. Aunque me crean un poco inmoralote, no creo en la inteligencia de esa clase de niños tan formalitos que jamás han café

do en la ocurrencia de hacerla. Más tarde, cuando crezcan, serán seres adustos y pedantes.

Me agrada pensar que, desde la tierna infancia, el hombre esté sujeto a errores y que sea capaz de arrepentirse de ellos. Personalmente, creo que, si tuviera hijos, me haría maldita la gracia de que estos presuntos y traviosos chicos faltaran a sus deberes. Pero, lo confieso, me agrada pensar en mis cimarras particulares, entre el follaje del cerro Caracol. Esta dualidad de parecer no es distintiva de mi pensamiento. A todos los adultos nos pasa lo mismo. Lo que nos perdonamos a nosotros mismos, en los recuerdos, no estamos dispuestos a perdonárselo a nuestros niños. Al parecer, pensamos que estos niños actuales están hechos de otra levadura diferente, y que esa causa les determinaría una conducta, en consecuencia, funcionalmente distinta a la que tuvimos nosotros en los primaverales días de la infancia. La verdad es que los niños nos pagan con la misma moneda, y que tienden, por eso, a considerarnos a los adultos como a una extraña especie de "zombies", por decirlo así. Entre los niños y los adultos, la correspondencia es tan difícil como entre un marciano y un habitante terrestre. Las señas que nos hacemos a través del tiempo, están enturbiadas por prejuicios ineludibles.

Pero llevamos a los niños una ventaja. Mientras ellos pueden apenas imaginar lo que serán en el futuro, nosotros poseemos el recuerdo. El recuerdo, por ejemplo, de la primera cimarra, aliado al recuerdo, más o menos inquietante del primer cigarrillo, fumado en colaboración por un corrillo de muchachuelos de doce a trece años.

¿Se acuerdan ustedes de la palabra "calducho"? Hace algunos días la oí pronunciar, después de muchos años de inmersión en el olvido. Me trajo a la memoria, como las famosas "magdalenas"

que Proust tomaba a la hora del desayuno, una cantidad de hechos más o menos gozosos. Todos los chilenos de mi edad, edad turbadoramente intermedia, pueden recordar lo que sucedía en clase cuando se nos ocurría a los alumnos escribir la palabra "calducho" en el pizarrón. Misteriosa insinuación era esa, encargada de poner un intervalo en el tiempo, como una especie de gran calderón de silencio musical. Era inútil, por cierto, que el profesor nos hablara de la necesidad de continuar austeramente con el trabajo escolar, y que las consecuencias que nos podría traer ese intervalo se podrían advertir con dolorosa claridad en los exámenes finales del año. Por muy severo que fuese el dómine, toda su severidad se estrellaba entonces contra la firme decisión voluntariosa de unos cuantos adolescentes. Tenía, a la postre, que ceder. El "calducho" era una cimarra, un hacer los novillos, ante las propias barbas de la autoridad. Pero no era una cimarra vulgar. A nadie le estaba, por ejemplo, permitido abandonar el aula. Había que alimentar aquel "calducho" —etimológicamente, no sé si la palabreja derivó de caldo— con un buen aliño de poesía. Así, pues, no faltaba el ingenioso que contaba un chiste, uno de esos viejos chistes de colegio que a uno lo acompañan toda la vida, y tampoco faltaba el "poeta" del curso, encargado de recitar con melodramática voz algún poema de almanaque. Me imagino lo que pensaba el profesor mientras tanto. Pero a nosotros nos hacía gracia. Y eso bastaba.

Ahora pienso que, cuando la vida nos agobia mucho o "nos estruja mucho", como diría Paul Eluard, sería bueno proclamarle de repente, ante sus propias barbas a la vida, un reconfortante "calducho".

También recuerdo lo que acontecía cada San Enrique. El alumnado íntegro del colegio se agolpaba frente al edificio y, con des-

templada vocinglería, cantaba, siguiendo el aire de una melodía inolvidable:

—Chancha se pide, coi, coi, coi.

Amargos momentos pasaba entonces don Enrique. Me imagino que habréis comprendido a qué don Enrique me refiero. Al más grande de los educadores chilenos. Fracasaban, entonces, sus intentos oratorios, para convencernos de que no era él, por cierto, quien podía decretar un feriado, sin la autorización del Ministerio. En nuestra inconsciencia, proseguíamos:

—Chancha se pide, coi, coi, coi.

¿Qué era el coi? Un intraducible emblema juvenil, cuyo sentido se me ha evaporado con el tiempo. Así me ocurre con muchas otras expresiones, tan llenas de vitalidad en un tiempo, y que ahora son como hojas desprendidas de un árbol, muertas e inservibles.

Lo curioso es que el vocabulario generacional de la juventud, por llamarlo en alguna forma, es en todo el mundo idéntico. Al leer "Kitty Foyle", la novela norteamericana que sirvió de argumento para la película del mismo nombre, me llamó la atención la similitud de los chistes y de las chanzas del colegio en que estudiaba la protagonista, con los chistes y chanzas de mi colegio. La diversidad de costumbres que existe entre Norteamérica y Chile no bastaba, al parecer, para neutralizar la semejanza establecida por los temperamentos juveniles. Chistes recogidos de las películas, de las cintas cómicas de los diarios, chistes que nosotros, ingenuamente, creíamos vernáculos, brotaban también de los labios de los niños norteamericanos. ¿Qué éramos, después de todo? Niños, solamente niños...

VEJAMEN DEL AZAR

El término de la temporada de juego en el Casino de Viña del Mar bien merece una reflexión. El casino de nuestro primer balneario ha sido durante lustros la meta dorada de muchas ambiciones, de muchos ensueños frustrados. El ser humano es un ser aleatorio; el único que introduce un elemento de capricho y de azar en la regulación fatal de la naturaleza. Es inútil que la bioquímica moderna nos demuestre —o nos pretenda demostrar— que este elemento estaba ya determinado por la materia misma y el lúdico comportamiento de sus partículas infinitesimales. Nosotros estamos acostumbrados a concebirle dentro de un panorama diferente, de clásico empaque, en el que todo está como subordinado a una ley inflexible y jamás transgredida. Es inútil, además, que este cuadro desaparezca de nuestro horizonte mental. Los seres humanos descansamos en la naturaleza. En tal forma es así, que cada vez que nos encontramos en abierta polémica con nosotros mismos, la visión paradisíaca del paisaje, desnudo e inalterable, es el único consuelo que apetecemos. Por algo el *pic-nic*, primer peldaño de este edénico redescubrimiento de la naturaleza, es la esmeralda coronación de los primeros idilios. Los románticos sabían muy bien estas cosas, cuando situaban como escenarios de sus amores —el amor es elemento voluntarioso y, por lo tanto, caprichoso en el ser humano— la simple e inalterable naturaleza, nunca turbada por el factor fortuito y aleatorio. Chateaubriand, Saint Pierre, Constant. ¿Y por qué olvidar a nuestro hispanoamericano Jorge Isaac, que hizo llorar a nuestras madres y que todavía —de no estar manchados por el escepticismo moderno— las arrancaría de nuestros secos ojos?

El hombre es un ser lúdico. Engreído en el orgullo de ser el

amo de su propio destino, siempre tiene un dado en las manos, un dado que vuelca con verdadero frenesí sobre el tapete de la realidad. Cuando flaquea su voluntad, cuando el discreto de la vida ha socavado su energía vital, siempre le queda por delante el factor azar que, en un instante, con fehaciente magia, transformará su cabaña en palacio, su mísera moneda de cobre en oro fino. Siendo lúdico como es, presta al incremento e intervención, acaso demoníaca, del azar, una confianza absurda. Llevado al plano vital inmediato, esta ansia incontenible que configura y colorear su espíritu se traduce en los llamados juegos de azar. Espíritus amantes del absoluto, como Dostoievski, por ejemplo, quedaron apresados por este voluptuoso desafío al destino. Los que han leído la biografía de este escritor conocen muy bien con qué rabiosa pasión —exasperada y morbosa voluptuosidad, por cierto—, desafió las leyes aún desconocidas que rigen el mundo de lo aleatorio. El cálculo de probabilidades, fundamento y base de la ingeniería moderna, nació de una pasión semejante.

Todo lo dicho explica el por qué del juego pero no alcanza a justificarlo. El juego, en el fondo, es siempre revelación de algo inmoral. Contiene un mínimo de religiosidad —o sea, de respeto hacia la vida— el trivial desafío con que en una mesa de bacarat retamos al destino. Cuando se convierte en pasión incontrolable y, por lo tanto, en vicio, el juego es siempre síntoma de enfermedad moral.

A veces llega a extremos verdaderamente satánicos, tal como lo cuenta Lermontov —el Byron ruso— en "Un Héroe de Nuestro Tiempo". Allí se relatan las demoníacas experiencias de la ruleta rusa, actualizadas hace poco en una francachela santiaguina. En todo caso, en la descripción que hace el Byron ruso de aquel juego se percibe un aliento de absoluto... ¿Se percibe la misma

brisa en el Casino de Viña del Mar? En estos días cierra sus puertas la sala de juego, dejando muchas ilusiones truncadas y muchos bolsillos vacíos. Pero el juego, en sí mismo, no cesa. Continúa en las Loterías, continúa en las rifas callejeras. Ahí está de regreso, después de un viaje inútil por quizá qué mareas de cemento, anunciándolo, el yate que vimos hasta hace poco en la calle Ahumada, enderezando su trapo al sol en la calma chicha de las siestas ciudadanas.

Recuerdo el final de una novela de Pérez de Ayala. Allí poco más o menos se dice lo siguiente: "¿Qué se puede hacer en un país en donde existe lotería nacional?" ¿Qué se puede hacer en Chile, me pregunto, si continúa esta exaltación del azar representado por los sorteos? Pasad por la calle Ahumada. Un mercado persa, ni más ni menos. No importa que aleguen los fines benéficos que se persiguen con esta clase de sorteos, ni que los dineros así habidos puedan servir para ilustrar el espíritu de unos cuantos universitarios indigentes. Yo soy de aquellos que no aman la vieja máxima que se atribuye a los jesuitas y que el discrepante Trotsky atribuía a sus enemigos *stalinianos*. No creo que el fin justifique los medios. Al revés, pienso que los medios deben estar siempre a la altura del fin pretendido.

Sin embargo, estas reflexiones no significan de ninguna manera un rechazo al elemento azar. El azar es el elemento maravilloso de la vida. Pero es, como la superstición, un elemento maravilloso que debemos dosificar. En mis experiencias poéticas, no han sido pocas las oportunidades en que he impetrado ambos elementos. Son, como diría acaso Goethe, el menos *azaroso* de los escritores, la poesía de la vida.

La Universidad de Concepción ha sabido aprovechar discretamente esta debilidad del ser humano, fundando las bases mate-

riales de lo que algún día será verdadera Universidad. La lotería, en este caso, descansando en la parte más mollar de la voluntad colectiva, ha traducido, no obstante, sublimándola, en aportes de inmenso valor, la tendencia lúdica. Me pregunto si estas rifas callejeras consiguen otro tanto... ¿El mismo Casino de Viña, fuera de constituir una atracción turística, traduce su especulación de la debilidad en un bien colectivo?

No amo el azar. Lo canalizo solamente dentro de mis preocupaciones poéticas. Soy de aquellos que declaran la impertinencia de la poesía en la vida. Ninguno de sus métodos sirve para vivir. En la vida sólo vale la constancia, es decir, la constante inducción de la voluntad proyectada sobre los elementos más o menos caprichosos de la realidad.

Cuando sentimos la tentación de recurrir al azar, levantemos las pupilas al cielo. Ahí laten, inalterables y armónicas, las constelaciones lejanas. El factor capricho —divorciado de lo eterno— no podría conmoverlas.

MISTER CHILE

Ya en otras ocasiones, y desde estas mismas columnas propiciatorias, me he referido a los concursos de belleza, concursos destinados, según decir del Cardenal, a otra clase de seres y no a la compañera del hombre. En esta oportunidad me referiré al resultado obtenido y que ha puesto en evidencia la torpeza increíble que informa a dicha clase de certámenes. La candidata agraciada por el veredicto del jurado no es *miss*, es *mistress*. Como dijo aquel que sabéis "y tenía marido". No deja de ser graciosa la ocurrencia. Las muchachas en flor han sido derrotadas por una dama en

flor. Bien. A mí no me corresponde juzgar con ánimo hípido el resultado del concurso. Con tal que ya haya pasado y que deje las menores huellas en el ambiente, todo va bien.

Pero, ¿qué dirá el marido de la agraciada? El sabía cuando la eligió entre muchas y la condujo al altar que ella era su *miss* y que para obtenerla debía dejar atrás a muchas otras *miss*. No se comprende de otra manera la institución del matrimonio, destinada, como todo el mundo lo sabe, a consagrar jurídicamente —y hasta sacramentalmente— las sabias costumbres de las aves columbáceas. Pero ahora ocurre que su señora, o sea, su propia *miss* —tan sapientemente seleccionada—, es la *miss* de Chile. Es decir, su señora será la señorita de Chile. ¿Podríamos encontrar, ni ayudados por la linterna de Diógenes, falacia igual?

No sé qué cláusulas contenía la reglamentación del concurso. ¿O no las hubo, que impidiera este absurdo que retuerce la razón, los conocimientos del inglés y también los del idioma patrio? ¿O fue tanto el entusiasmo por ganar dinero, que los organizadores olvidaron una condición tan elemental de cualquier oposición? La verdad es que ciertas empresas inescrupulosas ganaron dinero como quien posee fábrica propia.

Me han contado, con respecto del insólito asunto en cuestión, que en un barrio residencial de esta calurosa ciudad estuvo a punto de producirse una tragedia conyugal. Tragedias conyugales son permitidas nada más que entre los Atridas, donde, al parecer, desnudó el carácter a lo Clitemnestra. Pero en Santiago de Chile, y a estas alturas del siglo, son antipáticas.

Pues bien, estuvo a punto de producirse, y si no la hubo, fue gracias a que intervino el buen tino del marido. Su mujer no lo había tenido, pues según me avisan, aprovechando la ausencia del cuitado consorte, había ideado presentarse de candidata al citado y

malhadado concurso, que Dios confunda. En cuanto el viajero regresó al hogar y tuvo conocimiento de los extraños manejos de su cónyuge, no pudo menos que aplicar la *manus*, esa antigua institución romana que no tiene, por suerte, nada que ver con la grosera aplicación de la mano. Quiero decir, en otras palabras —y lo digo para quienes no tuvieron nunca un Serafini entre las manos—, que el marido hizo empleo de la facultad marital; dio una orden: "Usted, mi linda, no se mete en esta clase de patrañas". Y como si esto fuera poco, por las dudas, la encerró en una habitación, como a la princesa de los cuentos infantiles. Ahí dicen que llora esta Rapunzel moderna su debilidad por la moda norteamericana de medir el perímetro de los seres humanos.

No sé si el cuento es verdadero. Pero, como en cierto célebre relato de don Otto, *si no es verdad, es bonito*. Así me gustaría que se portaran los maridos de mi país; si bien brutales en el procedimiento, leales y claros en la intención. Un automóvil, por muy lujoso que fuere, no alcanza a justificar el absurdo de *miss* y *mistress* ya observado en párrafo anterior.

Porque el marido de una *miss* —o *mistress*— se expone a la vez a que lo llamen *míster* Chile, un *míster consorte*, morganático, de la mano izquierda o como quiera llamársele. En fin, que no es muy agradable la posición en que queda el *míster*.

CUESTION DE SUEÑOS

Alguien me dijo —no estoy seguro de la solvencia de ese alguien— que Julio César se avergonzaba de la condición humana porque el hombre, a pesar de su alta jerarquía y dignidad, estaba sujeto al hecho fisiológico del dormir. No quiero usar la palabra

sueño, ya que Julio César, con toda su vergüenza y pudor de latino estoico, era un gran soñador. Los franceses distinguen bien estas palabras y le conceden, es decir, la cargan de propósitos diferentes. *Sommeil y reve.*

¿Por qué soñamos? ¿Para qué dormimos? A mí me avergüenza acostarme a dormir, por muy cansado que esté, sabiendo de antemano que desde mi almohada no crecerá la escalera de Jacob. El lecho, para mí, antiguo discípulo de Sade, continúa siendo un recipiente de placer, mas no de reposo.

Me gusta reposar con los ojos abiertos, apoyada la cabeza contra muros de un Edén particular. Un edén que vosotros, lectores míos, tenéis a vuestra disposición con tal de que a tiempo deis vuelta el conmutador de la fantasía.

Me gustaría hablaros de mis sueños. Son bellos mis sueños como todos los de vosotros, oh, caros dementes de la vida real. Pero como ya cuento con algunos años, carezco de la feroz inocencia de la juventud para contar mis sueños. Tengo la cara grave, el apetito lento y la faz del alma encarrujada. A veces me quedo pensando en mí mismo y sólo veo un monstruoso arrugamiento en el paisaje mental que luciera antes espléndido. Los sueños en ese paisaje son como saurios prehistóricos. Hay mucho hollín materialista saltando sobre él.

Pero soñamos. Sueña el soldado que sirve de centinela, junto a la puerta del cuartel. Y el comandante, aunque así lo quisiera, y aunque así lo dispusieran las ordenanzas, no podía prohibírselo. Soñó Luzbel contra Dios. Porque los sueños se hacen en contra de algo. Generalmente se ejercen en contra de la vida.

Cuando Alicia regresó de su viaje por Wonderland despertó en brazos de su hermana, ésa que leía libros sin diálogos ni estampas. Lewis Carroll pareciera decirnos que Alicia había llegado,

por fin, al mundo real. Había cumplido una mayoría de edad esa tarde. Es decir, había dejado de soñar como niña para empezar a soñar como mujer.

Poor Alice!

Los sueños mantienen tierna la mirada. Son como el césped.

Los sueños mantienen pálida la nariz. Son como la sobriedad.

Los sueños mantienen negros los cabellos. Son como la juventud.

Al hombre que no sueña un poco despierto cada día se le conoce en la dureza de los rasgos. Ha perdido todo contacto con la niñez, y si tiene hijos no será posible que los entienda. Una capa de musgoso utilitarismo ha terminado por cubrir las doradas ruinas de sus sueños. Pensará en el descuento posible de una letra bancaria, en el pago inmediato de un angustioso pagaré. Pero no podrá soñar con la belleza de Diana Cazadora, rebelde y casta diosa. Cuanto barruntan en su cerebro estos despuntes de encantadora inutilidad encargará unas entradas al "Burlesque..." o algo parecido.

Como yo he sido un gran gimnasta del sueño, me atrevo algunas veces a cometer la insolencia de suministrar recetas ad hoc. Sumérjase usted en sí mismo, pierda contacto con el problema que le urge y desazona; inmediatamente verá cómo todo se ilumina y adquiere un sentido desconocido.

EL BARBARO ILUSTRADO

No hay ser más peligroso que el bárbaro ilustrado. Ha embetunado con nociones superficiales el alma y la ha hecho brillar con fementidos reflejos de sabiduría. La aparente certeza con que habla de los asuntos más complicados incita al engaño. Uno se

acerca inocente a su vera y hasta le concede un tanto de atención mientras opina sobre el mundo y sus azares. Los labios de este nuevo tipo de bárbaro, creado por la extensión cultural, por la literatura de florilegio y "magazine", abundan en graves consideraciones y frases de ritornelo. No lo escuchemos demasiado, por lo tanto.

De pronto mostrará la "hilacha". Falto de reales estructuras espirituales, como buen bárbaro que es, su noción del mundo, de la vida y de las relaciones que la rigen, son productos adquiridos al rebote. Para que estas nociones adquieran autenticidad y no tengan el valor usufructuario de un mero préstamo, es preciso que descansen en una base talámica profunda.

La base talámica no es otra cosa que la educación recibida desde la infancia y la cuna, por decirlo así. Cuando ella no existió oportunamente, toda la gesticulación cultural será eso y nada más que eso: simple gesto. No alcanzará a ser actitud. La actitud que renemos ante la vida nos descubre y nos sitúa en la frecuencia de una relación. El campesino, ya sea de Millet o el que vemos a través de la ventanilla del tren, es culto a su manera; su actitud es obsecuente y, con ella, el lastre de pensamientos que la provee e informa. No importa que no sepa leer. Sabe, en cambio, del latido de las constelaciones y de la orientación de los vientos. Es su relación necesaria con el mundo, con el paisaje y consigo mismo.

Si a este campesino se le arrebatara de su medio y se le mete a vivir en uno extraño, estará condenado a una vida de exilio, si no adquiere de inmediato las nociones necesarias exigidas por esa nueva relación. Pero como esto lo hará, por desgracia para él, desechando la vieja actitud, por inútil e ineficaz, pronto nos daremos cuenta que con el cambio nada ha ganado y que, por lo contrario, mucho ha perdido. Las nociones adquiridas para sobrevivir

en el cambio, serán siempre epidérmicas y como pedidas en préstamo. Inevitablemente, tarde o temprano, terminará por mostrar la ojota, como decimos en Chile.

Es lo que le pasa al bárbaro ilustrado, el cual no siempre es campesino. ¡Y ya se lo quisiera! Las nociones del campo, aunque poco sirvan para la vida de ciudad, tienen la virtud de estar regidas por hábitos tradicionales. Nuestro bárbaro, en cambio, el que transita por las calles gesticulando culturalmente, no ha tenido en su gran mayoría esa suerte de poseer tradiciones campesinas. Ha nacido en un hogar desquiciado, recibiendo el ejemplo de padres y madres desprovistos de probidad y sentido; no ha oído otra cosa, desde la más remota niñez, que hablar de dinero, dinero y dinero. Vio derrumbarse a su lado el respeto a los valores: la amistad no era considerada con lealtad, el amor no tenía base en la fidelidad, la dignidad era arrendada como un caballo frente a la puerta del Banco. Todo eso le hizo creer que la vida es un juego sucio, en el que es preciso marcar los naipes y engrasar los dedos para jugarlo.

Pero lo enviaban al colegio. Le hacían leer a Platón, a Cervantes, ¡qué lata! ¡Para qué leer a esos señores y aprender, además, las leyes del silogismo! Papá ha ganado millones sin saber todo eso. Mamá no se habría casado con él, de no existir esa fortuna. Así piensa, y no piensa mal, después de todo. Porque, en verdad, los valores se ahogaron en la sopa hace largo tiempo, como diría un tango.

La juventud recibe malos ejemplos, pero muy idóneos para la supervivencia en la vida moderna.

Todo esto no sería tan desastroso si no se exagerara un poco en la displicencia por las dificultades que hay que vencer en la vida. La tal lucha por la vida resulta vulgar riña para muchos in-

dividuos a quienes la "suerte" ha hecho laxos a la tentación. Los contactos que han tenido con la cultura, y su débil armazón moral, les permite hundir a mansalva los pies en el charco. El trapo cultural les saca brillo más tarde; si son prepotentes, invocarán la voluntad de poder propugnada por Nietzsche. Quedarían muy sorprendidos si supieran que la filosofía de este pensador alemán poco o nada tiene que ver con la brutalidad que ellos así justifican por medio de algunos aforismos mal comprendidos. He aquí un ejemplo, entre muchos.

La lista de errores cometidos por el bárbaro —y hablo de errores cuando debí decir transgresiones— es inmensa. Se me ocurre que esto se debe, más que nada, a la pobre educación moral que se suministra. Los profesores no predicán con el ejemplo, y los padres, las familias endeblemente constituidas en general, hacen lo mismo.

Los frenos culturales no se pueden improvisar. A diario leemos noticias escandalosas relacionadas con delitos cometidos por niños "bien". Me atrevo a pensar que son víctimas, tan víctimas como podría serlo cualquier *salvaje* —no uso esta palabra en sentido peyorativo— transplantado a la vida moderna. No han recibido las nociones espirituales de la relación congrua que debe existir para que la vida social no se torne en peligrosa batalla. En su gran mayoría, han limitado, exagerándolo por cierto, el gesto ávido del progenitor, el ademán lúbrico que tenía éste cuando pensaba que en la vida sólo vale aquello que despide fragancia a billete y que la única literatura posible es la escritura en un libretto de cheques. No se les educó para apreciar los valores. Resultaron bárbaros ilustrados. Algún día volveré sobre el tema.

¿Fue Balzac un hombre de negocios? Con la imaginación encendida por el recuerdo de este gigante, lo vemos aún recorrer las calles de París, especialmente esa de Los Cuatro Vientos, en donde vivió su existencia ilustre el más grande de los filósofos desconocidos. Luis Lambert Balzac recorría las calles humosas del París *Luisfelipeño*, esas calles iluminadas en la duda existencial legada por el romanticismo. Balzac se empeñaba en ser rico y en tener apellido. No tenía clase social. Que me perdone mi distinguido colega Benjamín este alcance a sus palabras del domingo último. La clase espiritual de Balzac se conoce en sus libros. Cuando iba de un lado para otro, sorteando acreedores y eludiendo a los Gobsck de su vida privada. Balzac no tenía clase. Era simplemente el gordo francés que todos conocemos, o que deberíais conocer.

La clase de un escritor se conoce en sus ideas y en la forma que las conserva. Un escritor es el hombre tradicional por excelencia. Por eso Balzac era, por sobre todas las cosas, un hombre legitimista. No cultivaba la desazón, sino, al contrario, la ovación. Había inventado el escudo de su nobleza, con la misma fantasía con que inventó el escudo de los *Cinq-Cignes*. Dicen que se le vio echado atrás en su landó, sobre el emblema de los Balzac d'Entragues, familia con quien nada tenía que ver. Sin embargo, este gigante se habría muerto de placer si hubiera contado entre sus abuelos al más famoso de los *mignones* de Carlos IX. Pero no era así. A veces, me sorprendo en mentirijillas inocentes acerca de mis antepasados. El mismo Vicente Huidobro se decía descendiente del Cid. La clase del escritor es algo tan terriblemente punzante que daríamos todo por ser descendientes de bizarros guerreros o de cardenales desatinados. Comprendo a mi colega Subercaseaux. Pa-

dezo de ese mismo mal que, en cierto modo, nos aproxima al más grande de los genios.

El hecho de escribir, de cavilar sobre las palabras, no puede ser un hecho casual. Debe existir algún representante nuestro en el paraíso, junto al Espíritu Santo. Un escritor es un hombre con abuelos, sin los abuelos un escritor es un hongo, y no puede, en consecuencia, decir nada que logre interesar. Cuando leo a algunos escritores chilenos me quedo espantado. Parecen que nunca hubieran tenido madre, tías, ni abuelas. Todo es un hablar de tonterías callejeras. Así no existe tradición.

Un día me contaron que cierto matrimonio literario que vive aquí en Chile se enojó con uno de los chicos más inteligentes que he conocido, por la mera razón de que este chico declaró no conocer la literatura vernácula. Me parece una gran cosa. Un joven chileno que en vez de leer a Alejandro Dumas, se entretiene, a todo vejamen, leyendo a cualquiera de los escritores domésticos que pululan por las editoriales, es un joven que jamás llegará a nada. Nuestra tradición, nuestro blasón de orgullo, es leer a los escritores europeos. De vivir Balzac en nuestra tierra, nunca habría gastado su vista en mí, ni en nadie de estos lados. Habría dicho, desde luego, que Balzac había llegado a Chile, directamente desde Francia, ostentando por lo menos una condecoración de Caballero de Malta. Para justificar mi existencia de provinciano, yo también me he fabricado una genealogía. Leedme, así sabréis que mis antepasados fueron campesinos, aldeanos de verdad, y que cuando salían del campo se vestían con el bello uniforme del Ejército de la Araucanía.

Los chilenos en general padecemos de gran falta de clase. Los proletarios aman vestirse de pijes. No usan *jockey* como los obreros europeos. Y todos los comerciantes ávidos, en vez de tener hi-

jos comerciantes, quieren tener hijos profesionales. ¿Para qué? Es tanta la falta de tradición, que el otro día supe con profunda sorpresa, que "el teatro popular recién comenzaba en Chile". ¿Qué hizo entonces Elías Lafertte en la pampa hace cuarenta años?

El señor Enrique Lafourcade, por ejemplo, perteneciente a la horrorosa clase de los siúticos, afirma que el cuento apareció hace unas cuantas semanas en Chile. Este país tuvo que esperar el nacimiento de Claudio Giaconi y de la simpática Queñita Sanhueza para tener cuentistas. El más ilustre de los narradores chilenos, el bien amado Federico Gana, era al parecer un pobre diablo. Así al menos lo da a entender este grávido Judas de la Tradición. ¿Y Anguita? ¿Y Brulío Arenas? El señor Lafourcade no conoce al parecer "El Firmamento de Mónica", ese prodigio de la prosa diágitica, que nunca el autor logró superar. Ni conoce tampoco "Afuerinos", de Eduardo Anguita, escrito hace ya cincuenta años.

No, señores, tengamos clase. La clase es la tradición. Muchas gracias por su enseñanza del domingo último, colega Benjamín.

BALZAC Y PROUST

No hace mucho tiempo me tocó hacer una experiencia con respecto de los dos autores del título. Más bien dicho, la experiencia surgió, tocándome apenas una labor hermenéutica de espectador. Una joven de mi familia leyó intensamente las páginas gloriosas del autor de "A las Sombras de las Muchachas en Flor", y cuando dio por terminada la serie rió de la caudal novela, me expresó que en su vida había tenido tanto goce. Como a medias participara en esa que podríamos denominar peripecia espiritual, asentí afirmativo; pero me quedé pensando... ¿Por qué a una joven como ella

le llegaba en forma tan lozana la visión de la Francia contemporánea de Dreyfus y el filósofo Bergson? ¿Qué medular cuerda de su espíritu era tocada por el acertijo proustiano, cuya solución se ha buscado con tanta paciencia y esmero?

La pregunta ha quedado sin respuesta y debí atribuir su misterio al ancho saldo de enigmas que encierra cada personalidad. Pero me sirvió, en cambio, para meditar un poco acerca de Proust y considerar que los temas que este autor desarrolla no son ya materia privada; por lo contrario, se han hecho públicos sobremedida. Y esto a pesar de la falta de visión radiante del ojo del autor obnubilado como se hallaba por su monstruoso psicologismo.

Mi experiencia terminó cuando recomendé a la misma joven la lectura de Balzac. Ingenuamente creí que, por haber disfrutado del mundo de la Princesa de Guermantes, estaba preparada para ingresar al tenebroso mundo balzaciano. Debo confesar que no pesé la consideración y que aún pensaba, como muchos, que en la línea genealógica de los novelistas, Balzac es el padre y Proust el vástago. Grave equivocación.

Mi joven prima no resistió la lectura del gran Honorato y no pudo adecuar el espíritu para percibir su grandeza. Total, una falta de adecuación y nada más. Sin embargo, Teófilo Cid con diez años menos era todavía individuo de arrestos y capaz de pelearse por una nada. Lo que no haría actualmente, lo hice entonces. Me indigné: ¿Cómo no disfrutar con la aventura parisiense de Luciano de Rubenpré y con el contraste de poesía y realidad que lo va envolviendo hasta terminar por amortajarlo? Aquello me parecía una enfermedad.

Pero en buenas cuentas, mi joven prima tenía razón. Desde el mundo de los Zwan y los Guermantes no se puede saltar de buenas a primeras al del padre Goriot. Son galaxias que operan a

la distancia, movidas por leyes diferentes. Mientras Balzac ofrece la visión objetiva y satisface con la poesía que proviene de la realidad, Proust impregna esta visión con su experiencia psicológica personal. Para Balzac, la realidad es digna de ser observada, y, aun repudiándola, se unce a ella con un exaltado sentimiento. Estos son términos que la reviviscencia proustiana y su exagerada pasión por lo psicológico hacen inconciliables.

La herencia de Proust se ha hecho evidente en el proceso novelístico del siglo. El novelista actual no se conforma con dar la visión de la realidad; quiere introducir en ella, también y amalgamada, su visión interior. Más que conceptos espaciales, en el que las cosas y los personajes destacan, ofrece bases para sentir el tiempo atomizado. Perseverará en la disección caracteriológica y dará importancia señera al suceso interior del alma. Lo que rodea al personaje, lo que queda piel afuera, es materia desdeñable, en la que no halla estímulo para su afán creador.

Esta orientación de la novela y de los gustos del público "exquisito", pone en subalterno lugar todo aquello que se refiere o pueda referirse a las condiciones exteriores del paisaje. El novelista comprende que la sensibilidad del mundo externo, de lo que ocurre fuera del círculo subjetivo, se torna innecesario para su labor y no se provee de los instrumentos de observación. Pierde la vista o la hace bizca.

Es lo que quería decir en mi artículo anterior y que ha sido, según me doy cuenta, motivo para más de una discusión. La gente que actualmente escribe lo hace, en general, bajo la presión de las ideas proustianas. Esto, en América, a mi modo de ver, trae consecuencias desastrosas. El continente no está preparado aún para esa clase de aventuras espirituales.

Lo que necesitamos es una educación de los sentidos y de la

sensibilidad. De otra manera, la natural falta de visión que corresponde al período cultural que vivimos se torna en un vicio. Es fácil para el joven escritor escamotear la realidad y refugiarse en las evaporaciones psicológicas y en los ensueños. Lo difícil es dar la visión clara y precisa del mundo que nos rodea. Y no se diga que esto no es necesario. Quizá desde el punto de vista literario no lo sea. Pero desde el punto de vista cultural lo es, y, en alto grado. La realidad que nos rodea debemos jerarquizarla para "poderla amar". Mientras un escritor no me defina con áurea belleza la Alameda de las Delicias, siempre para mí este paseo será un rincón bárbaro donde no puede pasarme nada de importancia y donde me siento ahogado y desesperado.

El realismo en América es cuestión de vida o muerte.

EVOCACION DE MAXIMO GORKI

Máximo Gorki ha escrito las páginas más desgarradoras de la literatura universal. Su estilo se impregnó de las lágrimas de un gran pueblo y se empapó de sus anhelos de justicia. Pocas veces se ha dado, acaso, la promisión de una forma tan exactamente ceñida al humano contenido que la carga y la sobrecoge de lirismo. Máximo Gorki es una especie de poeta en prosa, como pocas veces se ha dado en otra parte que no fuera la Santa Rusia.

Tengo para mí que el alma eslava posee una inmensa potencialidad de ternura, tan inmensa, que a nosotros, descendientes de la vieja y excelsa latinidad, con todos los inconvenientes de la senectud, se nos ocurre, a veces, infantil. Los héroes de Gorki, por ejemplo, carecen de la complicación de los héroes de Balzac, composición psicológica fundamental de la novela occidental. Pero

son tan puros, y en cambio, son tan humanos y el hondor vital en ellos vibra con brillante resplandecencia!

No podía ser de otro modo. No habría podido escribir en otro estilo el hombre que había cursado "sus universidades", como él las llama, en los caminos sonoros de viandantes, en las tabernas de las rutas esteparias, en los figones, entre gente del jornal, entre aldeanos, entre hombres y mujeres del montón.

Uno piensa con menosprecio en todos aquellos literatillos de salón, de tertulia burguesa, a quienes la vida respetó desde un principio manteniéndolos en una especie de santuario particular. ¡Como si arte necesitara de otro oxígeno que el que se respira en las calles, en el mundo abierto a todas las solicitudes de los sentimientos reales!

El arte de Gorki, directamente extraído de la enseñanza vital, se ha mantenido señero, pese a la semejanza que guarda con el de otros parientes espirituales suyos, el gran Jack London, *verbi gratia*. No olvidemos que la literatura de Gorki no es otra cosa que un documento ardiente de protesta, un registro apasionado de "faits divers". Se me ocurre que es la única literatura posible. Sin embargo, sus epígonos no han logrado la misma eficacia. A pesar de la honda influencia que ejerció en los sectores literarios europeos, los escritores que han seguido sus huellas no alcanzaron jamás la misma justeza de observación, su herida observación, por decirlo así. Para lograrlo, deberían haber vivido su propia realización vital, ser aprendiz de zapatero como él, peón de descarga en barcos fluviales, panadero, etc. ¿Cómo acumular esa experiencia sin quemarse en la llama? Verdadera falena de prestigiosa aristocracia espiritual, su alma anduvo perdida en todos los derroteros, sin que las ágiles alas mantuvieran otra cosa que la higiénica presencia de la luz en su lujosa transparencia.

Anidaba en Gorki una fuerte y poderosa esperanza, la de que su gran pueblo —pueblo cantado anteriormente por Dostoievski, y por Tolstoy— sería redimido de sus pesares y que una aurora estaba próxima para sus destinos. Esa indeclinable fe en el porvenir de su nación, y del mundo en general; esa fe constituía parte de su apostolado literario.

Es cosa curiosa, pero en todos los escritores eslavos es posible apreciar la gran cantidad de elemento profético, casi místico, que los embarga. Desde la época anterior a la llamada "intelligencia", ya Puskin ensaya esa postura moral, y el propio Lermóntov, a través de su mundo byroniano, no escapa a la norma prefijada por el destino histórico de Rusia para sus más importantes artistas. En occidente, fuera de la gran figura de Víctor Hugo, no logramos encontrar, grosso modo, una equivalencia ética de esa prestancia. La línea literaria rusa es siempre ética: sus escritores se mueven siempre instados por el deseo de labrar, esculpir y reformar el alma de su pueblo.

Esto quizá se deba a la escasa repercusión que tuvo el movimiento renacentista en Rusia. Este hecho, sin duda, contribuyó a mantener pura esa esencia mágica de la literatura medieval, período en que todo arte literario era arte realmente "comprometido". En cada literato ruso, y aplico la palabra literato con cierta repugnancia, ya que no es la más apropiada, existe una porción de apóstol, irreverente a veces, en la mayoría de los casos inoportuna para la vigilancia policial. Escritores como Gogol, por ejemplo, o como el propio Dostoievski.

No tiene, pues, nada de raro que Gorki haya sido así como lo podemos ver a través de sus libros. Lo raro habría sido que no lo fuera, ya que la configuración de sus ancestros era factor armónico de ese resultado.

Nació Máximo Gorki en la ciudad de Nijni Novgorod, la ciudad de las ferias resonantes, la ciudad que ahora lleva su nombre, en un día 14 de abril de 1868. Es bueno recordar esta fecha, áurea para los destinos literarios de Europa. Este continente, amargado por luchas cruentas y que comenzaba a sacudir los troncos de los viejos prejuicios, a fines del siglo comenzó a interesarse por la literatura que venía desde más allá de los montes Urales. En podridas traducciones, el público francés, español, italiano e inglés tomó contacto con los hombres de ese mundo misterioso, en donde un terrible monarca reinaba como un verdadero Dios. Gorki aparece a la vida literaria cuando este entusiasmo había llegado a ser culminante.

No podré olvidar jamás la ternura que me invadió al leer sus primeros libros, en muy malas traducciones por cierto. Pero, poder del genio, a pesar de todo, un resplandor llegaba hasta nosotros. Desde entonces han pasado veinticinco años. Siempre me he prometido releer esos libros, pero la vida me ha ido llevando por otras partes, y no las mejores, desde luego, del ancho mundo del espíritu.

Sin embargo, no habría podido dejar de escribir sobre el viejo maestro, maestro moral de las juventudes de mi tiempo. ¿Se le lee aún con el mismo entusiasmo, con la misma rendida exaltación con que lo leíamos hace medio siglo? Debe existir un joven en provincias, escondido en el fresco anonimato de la juventud, que sigue extasiado contemplando la perseverante ondulación que dejó esta alma ilustre al zambullirse en las aguas del mundo. ¡Gloria a él!

El 25 de marzo de 1808, hace justamente ciento cincuenta años, en un día como hoy, nacía en Pajares de la Vega, en las proximidades de Almendralejo, la criatura que estaba llamada a ser uno de los poetas de mayor situación lírica dentro de la península española durante el siglo diecinueve. Era hijo de un oficial de ejército y abría los ojos a la luz en los momentos en que su patria se veía conmovida por los más intensos acontecimientos políticos. Las tropas napoleónicas la desmembraban y sus cobardes reyes debían poner pies en polvorosa a su llegada.

El autor de "El Diablo Mundo" recibía así una especie de consagración anticipada de su ulterior destino de liberal y romántico. A poco de obtener los certificados de estudios que lo acreditan como estudioso de las ciencias y disciplinas artísticas de la época, lo vemos participar en una sociedad secreta: "La Numanina", que algunos biógrafos no han titubeado en considerar como pueril e ingenuo intento carbonario. No debió ser así, no obstante, ya que la policía del tristemente célebre Calomarde consigue apresarle como a personaje peligroso y, si bien es cierto que su prisión dura poco, no lo es menos que ya a la edad de 18 años atrae la atención del Gobierno de Fernando VII como conspirador y subversivo.

Ante la posibilidad inminente de un nuevo encierro, el joven poeta decide huir hacia Portugal, en esos días gobernado por la hija del Emperador Pedro I del Brasil. En Lisboa conoce a Teresa Mancha, hija del coronel liberal del mismo apellido, y en pos de ella atraviesa el mar y, hacia las postrimerías del año 1827, llega a Inglaterra.

Su destino de romántico está trazado. Hierven las pasiones en

el joven pecho del futuro autor de "El Estudiante de Salamanca". Se diría que en estos "años de viaje", lo mismo que Wilhelm Meister, está viviendo la huraña melancolía de su personaje Félix de Montemar, en el cual no pocos autores han creído ver un trasunto del carácter del poeta.

Liberalismo y romanticismo viven, a su vez, tomados de la mano en las mentes españolas. Al revés de lo que sucedió con la primera promoción de poetas románticos, que fueron en su mayor parte ultra reaccionarios en política, los de la segunda, a la que sin duda alguna por derecho propio y de coetaneidad pertenece Espronceda, no encubre ni disimula sus propósitos de renovación de los usos gubernamentales y de sus consecuentes abusos. La Santa Alianza, dirigida desde Viena por el príncipe de Metternich, ha levantado de nuevo la enlodada bandera del derecho divino de los reyes y ha desencadenado sobre el viejo continente una ola de persecuciones, en colaboración con las fuerzas regresivas de cada país.

Inglaterra, siguiendo una política liberal que favorece el desarrollo de su comercio, y no por otra razón más o menos especiosa, permanece adversa, al menos en la superficie, frente a esta avalancha de patriotismo nacionalista. Los llamados hijos de San Luis, después del odioso Congreso de Verona, del que no queda sino una frase, la que dijo Chateaubriand refiriéndose al canto de la alondra en Romeo y Julieta, han marchado sobre los Pirineos, conculcando la constitución dictada por el español rey felón que los recibe con los brazos abiertos.

Como la historia siempre tiende a repetirse, un poco más de cien años más tarde las bizarras y engréidas tropas de Hitler y Mussolini, acompañadas de la morisca, repetirían la misma "hazaña".

Permanece Espronceda cerca de un año en la ciudad de Londres, urbe inmensa para la época, en donde residen más de mil familias de refugiados españoles, liberales todos ellos y todos ellos gente de trabajo y de capacidad superior. Advertimos, sin entrar en distingos, la similitud de la época de Espronceda con la nuestra.

Las hijas del coronel Mancha, para mantener la dignidad de la familia, y a falta de otros recursos, han puesto el siguiente aviso en "El Emigrado Observador", diario de los liberales en destierro... "Las hijas del coronel Mancha bordan con el mayor primor brazaletes, sacando de esta industria auxilios para socorrer su indigencia honrada".

Espronceda vuelve a España por Flandes. En su ausencia Teresa contrae matrimonio con un rico comerciante y, al parecer, este hecho pondría fin a sus relaciones. Pero no, a los pocos años escapan juntos hacia España. Mientras tanto, Espronceda ha participado en más de una acción política y hasta de armas, en contra de la feroz tiranía que detenta el poder en su patria. No podía menos el hombre que cantara:

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

No es la dudosa belleza de estos versos lo que más preocupa. Lo que me seduce en alto grado, superlativo, por decirlo así, es la briosa constancia con que el poeta, desde sus más ingenuos albores hasta su muerte, ocurrida en 1842, amó la libertad, tanto en el aspecto político como en el aspecto espiritual.

Hace muchos años, recorriendo las librerías de lance de San

Diego, encontré un viejo volumen. Al abrirlo, pude leer en la contratapa, y escrito con letra ya desvanecida por la acción del tiempo: "este libro fue encontrado en la batalla de "Los Loros", en 1859". La inscripción llevaba al pie una firma ilegible.

¿Qué quería decir esto? Mucho y nada, según desde el punto de vista que se le juzgue. Para mí no ha significado otra cosa que, después de muchos años de su muerte, y en lejano país, el espíritu de libertad que había encendido al poeta, seguía encendiendo los corazones. No olvidemos que en "Los Loros", el verdadero liberalismo chileno libró una de sus grandes batallas.

JUAN RAMON SE NOS HA IDO...

No se puede sino con una tierna emoción, recordar la primera lectura de los versos del gran Juan Ramón Jiménez, muerto ahora en la lozana Borinquen, tierra española de antigua data y estirpe. Nos ha ocurrido, como a muchos, que ese primer contacto con el lírico de Palos de Moguer se produjo en plena adolescencia, cuando recién el espíritu se abre a dulces ensoñaciones. Los temas que el poeta tocaba, los que escogía de la visión de esos paisajes irreales, que en más de una oportunidad nos ofreció, eran temas propicios y favorables para aquella edad.

Más tarde, más impuestos del movimiento literario del siglo, nos enteramos de la labor inmensamente revolucionaria que Juan Ramón Jiménez realizó en los albores del llamado modernismo. Las escuelas, sucesivamente, pasaron por la tierra del Cid, dejando algunos nombres señeros y dignos de recordación. Pero la figura del maestro Jiménez, colocada en el tránsito secular decimo-

nónico, se ha mantenido inalterable, inconvencible, a las sacudidas de las modas o de los gustos.

Todos los grandes poetas, y Ramón Jiménez no constituyó una excepción de la norma inexorable, deben hacer concesiones a la atmósfera vital que los rodea. Oleadas de preocupaciones, máximas unas, mínimas las muchas, chocan bravamente contra la personalidad del creador, y como que le van socavando las costas del espíritu. Así se forman esos golfos espirituales, en que el tiempo transitorio deja su espuma, sus algas o, simplemente, su escoria.

Debemos, en justicia, al creador de "Platero y Yo", reconocer que estas concesiones en Juan Ramón Jiménez fueron de escasa importancia. A pesar de haber nacido en una época que ya estaba minada por el descrédito incesante que han ido sufriendo más tarde los procedimientos románticos, supo mantener con erguida altanería espiritual los módulos eternos de la poesía: el bello esmero del lenguaje, la coordinación exacta del pensamiento, la presteza de las rimas y los ritmos. Empujado a realizar una revolución de carácter poético, jamás tocó las lindes del exceso, ni se dejó arrastrar por alardes extravagantes.

Había algo de la iluminación del cielo andaluz en sus versos.

Los tratadistas retóricos, más por comodidad que por plena convicción, acostumbra a dividir la obra del poeta de Palos en dos porciones: la primera, de índole luminosa y objetiva; la segunda, de índole más oscura y subjetiva. Sin embargo, pesa sobre esta opinión de crestomatía un juicio más profundo. El poeta expresó, a través de toda su obra, un mismo designio, el de servir a la vieja tarea de verter en el lenguaje concreto y tajante la sensación imponderable y, en cierto modo, inefable. Es por eso que algunos de sus poemas suelen producir una impresión de extrañeza; como buen heredero del simbolismo, Juan Ramón procede a lo

músico, dejando que la palabra, aislada muchas veces de su verdadero contenido conceptual, logre, mediante su propia musicalidad, introducir en el alma del lector una emoción casi dolorosa.

Al respecto, es mucho lo que podríamos hablar, pero preferimos callar. ¡Es tanta la tristeza que nos ha producido el saber que uno más de los poetas de España peregrina muere en otra tierra! No debemos olvidar que muy cerca de la frontera española, a corta distancia del sonido de las campanas de las viejas catedrales hispánicas, hace cerca de veinte años rindió al espíritu otro de esos poetas, el gran Antonio Machado. En la misma tierra portorriqueña, no hace mucho que murió Pardo Salinas. Y también debemos recordar a Moreno Villa... ¡Y tantos otros!

Juan Ramón Jiménez, generacionalmente y por actitud vital, perteneció a la gente que apareció en los aledaños del 1898, período terrible, que sirvió para que su patria, siguiendo la huella y trazo marcados por Larra, por Alas y por Ganivet, tomara una conciencia trágica —agónica, que dijo Unamuno— del destino español. Jiménez, más poeta que pensador, colaboró en esa obra de concienciación española, al igual que Machado. Se trataba de un redescubrimiento del alma del paisaje, en cuya empresa el poeta de Palos ha sido realmente soberbio. Ya no se trataba de capturar el mero detalle topográfico —aunque hay páginas de "Platero y Yo" que pueden pasar por un real Baedeker de la provincia de Huelva—, sino de transvasar al papel la emoción lírica, señera, la emoción estética —mucho más eterna que toda información caudal— originada por ese conocimiento. De ese modo, los americanos encariñados con España, descendientes de su sangre, cultura y religión, aun sin haber estado en la península, hemos tenido una posibilidad constante de viajar mentalmente sobre sus regiones cargadas de historia.

A poco de recibir el Premio Nobel —lo obtuvo en 1956— y haber perdido a su esposa, la escritora Zenobia Camprubi, el cantor ágil de las moradas interiores, el "pionero" del modernismo, seguidor inmediato de Rubén Darío en la empresa de abrir nuevos ámbitos a la poesía castellana, ha muerto. Sus discípulos de todo el mundo del habla de Cervantes lo lloran. Era, en cierto modo, el padre de los poetas de Hispanoamérica.

LIBROS Y EDICIONES

El lector que reclama para su libro favorito una edición esmerada, flor de tipografía, ya no es un lector vulgar; ha sobrepasado los límites en que habita el lector ingenuo y corriente. Es un gourmet de la lectura que observa una refinada etiqueta para el literario paladeo. Pero todos hemos sido en un tiempo lectores ingenuos... ¡Oh, las gróseras pastas de Sopena, en cuyas páginas saboreamos las escenas más espeluznantes de Ponson du Terrail, el mágico vizconde de las interminables aventuras de Rocambole! Todos recordamos aquellos libros, con sus luminosas portadas. En mis tiempos de colegial costaban más o menos dos pesos. Por dos pesos uno podía leer a Sienkiewicz, el autor de "Quo Vadis", obra que ejerció duradera influencia sobre las promociones juveniles del año veinte. Por dos pesos uno conocía a Eugenio Sue, y establecía contacto con el humanitarismo puesto en boga por sus "Misterios de París", escuela socialista que sacó de quicio al científico Federico Engels. Por dos pesos el niño lector penetraba en los salones del Renacimiento en compañía de Leonardo y conocía las argucias de Ludovico el Moro, usurpador del ducal trono de Milán. No sé por qué extraña selección de la editorial, la obra fun-

damental de Merejkowki andaba metida con los rientes y placenteros tomos de Alejandro Dumas.

Recuerdo también con risueña complacencia los volúmenes de la colección Araluce, auténticos anticipos de la más bella y esencial literatura. En primorosos tomos, adornados con láminas policromas, uno leía las historias de Shakespeare o podía seguir entretenido los cuentos del peregrinaje descrito por Chaucer.

Dice Jean Cocteau que uno de los olores fundamentales es el olor a lápiz. Yo diría que el aroma del libro es el más espléndido de todos los olores contabilizados por el olfato del género humano. Oler un libro, horadar en las axilas de su complexión de dulce bailarina, es construir, de antemano, la imagen de lo que su cuerpo contiene en materia de sensibilidad, conocimiento y amoroso regalo.

No hay nada más hermoso que una biblioteca. La biblioteca es el mejor paisaje dentro de la monótona geografía de un mundo demasíadamente conocido. "Helas... et je lus tous les livres...", decía Mallarmé. Hay libros que no se leen, pero que con su presencia animan el espíritu y lo espolean a más altas esperanzas.

Durante años dejé que floreciera en el silencio la obra de San Agustín sobre mi mesa de noche. Me gustaba que allí estuviese la vida del más grande de los santos y los hombres. Me parecía que su presencia creaba un destello en la habitación y que bajo esa aureola mis pensamientos mucho tenían que ganar. No importaba que pocas veces lo abriese y que en medio de una convulsión de frivolidad en raras oportunidades recurriese a la sabiduría eterna de sus páginas. El libro se expedía hacia mí por medio de una misteriosa osmosis espiritual.

A través de las ediciones podemos conocer el grado de desarrollo y espiritualidad de los pueblos. Cuando abro un volumen

impreso en París, una de esas fragantes ediciones de "La Nouvelle Revue Française" o del "Mercure de France", algo de la Francia eterna cae en mis manos, como si el árbol pasional de su cultura hubiese sido remecido por manos ansiosas. Tal me ocurre con los libros ingleses, o con los alemanes, o con los españoles. Estos últimos, casi es ocioso declararlo, están emocionalmente unidos a mis éxtasis de crápula lector, lector a la luz de la luna, a la luz de los más célebres candiles o de las más amarillas ampolletas. En todas partes leía, lo que caía en mis manos. Al igual que el héroe de Cervantes, me agachaba al suelo para recoger los papeles escritos. Con los libros españoles me pasaba eso. Las ediciones catalanas, por ejemplo, tan unidas a mis primeras veleidades de inocente anarquista. Sempere... Allí, en sus nutridas y baratas ediciones estaba el Anti-Cristo de Nietzsche o la obra deliciosamente sediciosa de Kropotkin. También estaba el libro nefando que circulaba por debajo de los bancos de Liceo. ¿Pero a qué recordarlos?

En mi adolescencia aparecieron algunos libros en Chile que me sostuvieron con eficacia en el ambiente inhóspito de la provincia. Hace algunos días recibí una carta de un muchacho de Arica. Pude haberla firmado yo mismo hace veinte años. Me dice mi melancólico corresponsal que en su pueblo hay muy pocas oportunidades para entrar en trato directo con la cultura. Le creo. No sólo padecemos de centralismo político a pesar de todos los esfuerzos del Gobierno, sino que también, por desgracia, de un injusto centralismo cultural.

De esos libros de mi adolescencia recuerdo "Primavera Mortal", del húngaro Lajos, y una infame edición de "Infancia Terrible", del más arriba recordado Jean Cocteau. Sin embargo, yo todo lo devoraba con una gazuza incontenible de cautivo. Las editoriales chilenas comenzaron a funcionar con más estrépito que

discernimiento, con muy poca honradez literaria, y con un gusto pésimo. La piratería ejercida en aquellos tiempos nos valió ácidas frases de Ortega y Gasset. La industria editorial nos dio bastante mala fama en el extranjero. Me place dejar de lado, como única excepción de esos años, al señor Nascimento, cuya labor ha servido para mantener, por lo menos, el acervo literario nacional.

Hace pocos días me tocó leer un comentario aparecido años atrás en la revista mexicana "El Hijo Pródigo". Si no hubiera reconocido la justicia de la opinión allí establecida, mi patriotismo se habría revelado. Nos dice el articulista que los libros chilenos son sencillamente miserables o poco más o menos. Apunta, con mucha justicia, eso sí, que habría que hacer una excepción con los libros editados por Cruz del Sur.

En realidad, Cruz del Sur, aunque administrada por extranjero, el discrepante intelectual español que es Arturo Soria, es la única editorial chilena cuyos libros podemos lucir con orgullo. Son ediciones esmeradas y calculadas con talento. No son libros hechos para el rebaño ni para tirarse después que se leen. Pueden quedar sobre la mesa de noche; pueden quedar al alcance de la mano ansiosa.

El prestigio que bien se ha ganado este sello editorial ha logrado despertar la codicia. Traficantes del comercio libresco, sin mayores ambiciones que las que puede exhibir el comerciante, han pretendido arrebatarse los méritos, apoderándose del sello. Recuerdo una anécdota. A cierto príncipe, gran paladín en numerosas batallas, un rey envidioso de sus victorias le mandó pedir la espada, creyendo que ésta poseía un don milagroso en su filo de innumerales triunfos. El príncipe se la envió, pero con la advertencia de que no era la espada la victoriosa, sino el brazo que hasta ese momento la había blandido. Pueden, en consecuencia, los señores

que ahora intentan apoderarse del sello Cruz del Sur detentarlo fuera de toda razón y ley; pero, ¿podrán usar el talento que le dio prestigio? Lo grave es que detrás de todo esto existe una colectividad política, ganosa de influir sobre los destinos del país...

En fin, al igual que el dolorido Larra, contentémonos con traducir.

ALMA DE BOHEMIO

En uno de los días más grises del más gris invierno chileno, un grupo de amigos fuimos a darle piadosa sepultura a Omar Cáceres. ¿Quién es Omar Cáceres?, puede preguntar el lector indiferente. ¿Tenía cuenta en el Banco? ¿Era socio de alguna sociedad? ¿Llevaba alguna insignia en el ojal? Lamento mucho tener que responder que Omar Cáceres, poeta y artista sublime, no estaba condecorado con esas galas. Era. Nada más que eso. Era. Pero en la resolución concreta y transitiva del verbo ser encontraba mucho más que los abogados, que los médicos, que todos los hombres que pagan contribuciones anuales al Fisco. Era. Pero en el ser estaba como un monarca en su trono. Le bastaba mirar para ser. Pudo estudiar y seguramente estudió. Eso no nos importa. Era. Pero para ser lo que él era hay que morir y resucitar mil veces.

Una noche de bohemia, ¡y cuántas Dios me ha dado!, lo encontré. El tenía la idea, absurda de que tanto Eduardo Anguita, Braulio Arenas y yo lo odiábamos. No veo aún la razón en que apoyaba tan ingrata hipótesis. Todo lo contrario, las personas consignadas lo estimábamos bastante, más, incluso, de lo que él mismo pudiera haberse imaginado. Era. Era un gran poeta romántico. Aquella noche, como iba relatando, me encontré con el poeta.

Era un hombre de aspecto sombrío, tal conviene a quien tiene trato asiduo con las potencias. Su rostro enflaquecido, tenaz y abrupto, denotaba las torturas que la expresada frecuentación imprime a los frequentadores. ¡Maldita sea!

No lo vi más.

Sin embargo, aquella noche se me ha quedado grabada. Hace ya quince años desde eso. Entonces mi imaginación no estaba aún a mano para colegir lo mucho que me interesaba su poesía. ¿Para qué decirlo? Me sentía todavía imbuido de pensamientos supérstites: que la mamá, que la corbata, que las colleras correctas en el almidón asqueroso de la camisa... No podía entender lo que era esta alma que se asomaba, como una luna pálida, sobre el brocal de siutiquería provinciana que era mi alma. Sus gestos, sus ademanes, todo me era extraño. No era para mí. No era. ¿Comprenden? No era.

¡Ay de mí! Hoy lo es. Seguramente que a la entrada o salida de los bares o restaurantes yo hago su misma figura. Debo tener la misma soberbia para mirar la vida. Y todos deben decir: ¿Y qué es lo que a este individuo lo hace sentirse superior?

Superior, no. Superior, nunca. Superior, sí, en el sentido de la semejanza, en el sentido de la individuación. Omar Cáceres, máximo poeta de aquellos tiempos, tenía hasta el modal poético de estornudar. Cuando estornudaba era también poeta. Era distinto. Era lo que se llama un animal de la luna, y, si así no se llama, así debiera llamarse. Me encanta recostar mi pensamiento en su fértil memoria, calurosa, hirviente, como viña de faldeo. Me encanta considerar que, en cierto modo, estoy repitiendo, en la forma que él lo hizo, el mismo encanto de no tomar muy en serio los acontecimientos diarios. Como mi efímero amigo Omar, soy enamorado de lo que no importa, de lo que interesa a muy pocos.

Cuando se le enterró en el Panteón General, alguien dijo:

—Ha muerto el último bohemio.

Para suerte de la vida, del mundo trajinante, no es así. El último bohemio siempre está vivo. Siempre hay alguien que vive como los pajaritos a que alude el Evangelio; siempre hay alguien que no sabe si comerá mañana o no comerá. De ellos extraemos la sal de la existencia. Los que tenemos la vida, más o menos asegurada, tenemos el encanto siempre de recostarnos en esas zonas ardientes de faldeos que son sus almas. Las almas bohemias que pican aquí o acullá con el regocijo del pájaro veloz.

Un día mi madre dijo, desconsolada:

—Este niño va a ser bohemio.

Había llegado a las diez y media de la noche. Desde luego que esta menguada tardanza no significaba nada; pero la intuición materna traspasó las vallas del tiempo y llegó hasta esto... Cuando llego a las diez y media de la noche me felicito: ¡Qué temprano me voy a acostar!

Todos los hombres tienen un amigo bohemio. Lo justifican, lo excusan y lo lloran cuando la muerte los sorprende en sus nocturnos quehaceres. Son, tal diría Hegel, una especie de enajenación, de alienación del propio yo cohibido por la férula doméstica. Cada marido fiel tiene un amigo adúltero; cada marido de hábitos morigerados, tiene un amigo de costumbres airadas.

Como buen Cid, tengo costumbres bien airadas. Tengo ira. Eso es. Y me gozo y me complazco en ella.

Mi padre tenía un amigo bohemio que, en medio de sus deliquios, se dio a pensar que era poeta. Según decía el recordado autor de mis días, el cuitado poeta se arrancaba un pelo del bigote cada vez que le brotaba desde las profundidades del exhausto magín una rima para la redondilla ad hoc. Nunca, me parece, el tal

se atrevió con el soneto. Yo conozco a algunos personajes, sospechosos de nocturnidad, que cuentan las sílabas con los dedos.

¡Cuidado! En ellos está implícita y vibrante la cuestión. Esta cuestión que me sacó de la casa de mis padres, de mi clase, de mi provincia, y de todo, para colocarme al margen del mundo escribiendo este artículo. ¡Desgraciada ocurrencia del destino! Cuando usted, estimado lector, observe que su compañero de mesa empieza a mover los dedos contando, arranque. Es seguro que el infeliz empieza con la manía de escribir versos. Mañana, de seguro, no comerá otra cosa que oscuros perfiles de uñas.

La bohemia tiene terribles castigos. El bohemio muere solo. Si es famoso, lo que suele ocurrir, estará acompañado de periodistas y... de una sombra lejana. Esto último reconforta un poco. Uno la quisiera menos sombra y algo más cerca, pero, ¡qué le vamos a hacer! Ser bohemio tiene requisitos tan duros como ser académico. Manuel Vega, por ejemplo, no es bohemio. Pero estoy seguro de que se pirraría por poder serlo en un sábado por la noche, aunque así no más fuera. Y creo que escribiría versos. También.

Por lo tanto, aunque la predicción de mi madre se produjo, no estoy descontento. Soy bohemio. ¿Y qué? Claro es que no hago ninguna gala de esta negativa calidad de mi carácter, y que, todo lo contrario, como un Pedro renovado, la niego y la reniego. Como aún me siento en estado de merecer, la disimulo.

Pero, a pesar de todo, cuando me tocan eso que dice "soy bohemio y soñador", me estremezco. Me dan ganas de irme al mesón más próximo y llorar lágrimas vivas sobre una copa. Por lo menos así, cuando era niño, me imaginé siempre a los bohemios: ¡Pobres bohemios! ¡Cuántas mentiras se han dicho en nombre de ustedes!

En fin, todos los hombres y todas las mujeres, por igual, llevamos en el fondo un poco del trinar de lasavecillas que comen sólo cuando Dios las recuerda.

LA CARRERA LITERARIA

Si se trata de seguir la metáfora, al hablar de carrera refiriéndonos al tesón que se pone en la prosecución de la literatura, habría que agregar que se trata de una carrera de postas. Uno recibe la antorcha de ciertas manos y se larga a correr... Es divertida la imagen, por cierto, y no discuto que debe haber algo informe en ella, siendo el arte de las letras, como dicen los cursis, el menos adaptado a la diligencia sesquipedal a que obliga el atlético uso de las piernas.

Es así como se forma eso que se llama la vocación literaria, flor que comienza a abrirse a edad temprana y que suele empalidecer a veces cuando menos se piensa. Parto de la base concreta y eficaz de que esta flor, como todas las de ese pícaro mundo, está expuesta a los aquilones más variados y especiosos. Pero, como ninguna otra floración terrestre o carnal —las mujeres también son flores—, esta flor del arte —la llamaban azul los románticos de la talla de Novalis—, cuando deshoja sus pétalos, deja un perfume trascendente. Es lo que muchos hombres que andamos por el mundo tratamos a toda costa de conservar: el amor por lo que otros escriben, la capacidad de percibir el solaz que ellos deparan. Para eso, además del gusto innato por esta clase de cosas bellas, tenemos a disposición una veintena, ¡una treintena, quizás!, de años y de experiencia, jamás distorsionados por ningún otro placer, ni desfigurados por el servicio a una causa distinta.

Cuando me inicié en la lectura, tuve la suerte de tomar contacto inmediato con libros que hasta ahora me sirven de cabezal para soñar o para entretener los ocios, único capital de que dispongo. Por leer, por amar a los poetas, me he quedado sin "blanca". Pero si me encerraran a solas con el sabio maestro de Edmundo Dantés, el Abate Farías, bien de seguro que tendríamos para larga conversa y charla, ya que si no he leído todos los libros, por lo menos he leído aquellos que me sirven para saber apreciar lo bueno y lo malo. Mis juicios literarios nacen de esa fuente, y no de otra. Los deslenguados que pueden suponer otro origen, tendrán que morderse la lengua en la soledad más triste, en la de su propia ignorancia.

Es así como, sin darme cuenta, como respirando tan sólo, he sabido aquilatar los valores literarios que tiene Chile. Para llegar al criterio que ahora tengo, no necesité jamás del consejo ajeno ni requerí de la magra lectura. Me bastó, para ello, andar por las calles de Santiago, de las provincias, y observar, un poco riéndome para mis adentros. La verdadera cultura, tal decía Max Scheller, es un saber placentero que se adquiere entre sonrisas. Lo demás es fruto del esfuerzo lento, y sólo produce momificados trastos de lo que es la vida. Hay ejemplos múltiples, y algunos muy a manos del lector. Es por eso que no los cito.

No me ocurrió igual cosa con los autores de otros países, y pongo, entre ellos, a la verde Francia en primer lugar. Tuve que sujetarme a métodos, tuve que aprender otras lenguas y mascularlas solamente, ya que aprender bien otras lenguas es cosa que sólo realizan con buen éxito los eruditos y los garzones de los grandes hoteles. Jamás he querido ser ni una ni otra cosa.

Pero, en hablando de Chile y de sus pequeñas luchas ambientales, podría agregar aún más deleitosos y amenos asuntos, que a

lo mejor no interesan al extrañado lector. Bien debe haber percibido éste que, por debajo de la piel de esta prosa, hay un sentimiento vivo y encendido, y no resentimiento, aunque haya dicho, en más de una ocasión, que Pablo de Rokha es el más grande de los poetas actualmente vivos, dentro de la densa área de la lengua española. De ello no me avergüenzo, y sí que me da mucha vergüenza que todavía no se le haya discernido el Premio Nacional de Literatura. Lo demás es fruto de una espantosa gatomaquia, al estilo de Lope de Vega, enemigo irreconciliable que fue de nuestro querido y gran Cervantes.

No he creído tampoco que, para declarar lo excelso de un espíritu, tengamos necesidad de hablar en nombre del rencor o la baja y vil envidia. Cuando he atacado ciertos procedimientos literarios y he blandido contra ellos mis pobres armas, no he querido tampoco herir a la personas que así usan esos procedimientos condenables. He padecido el engaño de sentirme un ciudadano de la República de las Letras. Pero esta República, señores lectores, aquí en Chile no existe. Súbito, he recuperado el verdadero sentido de la realidad. Aquí en Chile, en materia espiritual, por desgracia, estamos en la edad del cuerno. Y saber eso, claro está que me disgusta, porque, pese a mis predilecciones europeas, guardo a un buen chileno bajo mi capa. Aquí, todo es agresión a mano armada; todo se reduce a rebajar, pisotear, enlodazar. Me tengo que ni la propia Gabriela escapó de ese escarnio, aunque la hipocresía nacional le rindiera sus más copiosas lágrimas de cocodrilo a la hora undécima. Porque eso sí que sabemos los chilenos, llorar a los muertos, con tal que éstos se queden bien quietos en la tumba y no molesten más a los "vivos".

Ha entrado a los dominios de la prosa, por lo general entregados al cultivo del pensamiento claro y discursivo, la que nuestra santa inmortal llamara la loca de la casa. La imaginación no logró detener los ímpetus de su corcel, y es que aún cabalga a Pegaso, ante los umbrales de un reino dominado por la lógica y el buen sentido. En entrando a esos campos que debieron permanecer vedados, sus libres ademanes de jinete conquistador han hecho el resto. Como en las ciudades brutalizadas por las hordas extranjeras, la imaginación ha hecho en la prosa lo que ha querido y ha terminado por infundirle, si esto fuera posible, un nuevo objetivo. El moderno prosista, al igual que el moderno poeta, se cura muy poco, casi nada, del lector, a quien tiende a considerar en forma si se quiere indelicada y desdeñosa. Muy lejos han quedado esos tiempos, por cierto, en que el hábito de escribir se conjugaba, como las notas de un pentagrama, con el propósito de dar a entender un pensamiento. A la postre, parece, que es mucho más fácil no cuidarse de esa anticuada manía —manía de Descartes no lo olvides—, y escribir dando rienda suelta al ímpetu más o menos incontenible que se nos viene encima "desde dentro".

Resultado de esa curiosa intromisión de la irrefrenable imaginación y del escote que está pagando la vida llamada subconsciente en todas estas aventuras del moderno prosista, es que tenemos una literatura altamente misteriosa, escrita en una taquigrafía espiritual que requiere a gritos la necesidad de una traducción, y que no basta por sí sola para ser entendida. Se parte de la base que la literatura que se aproxima demasiado a lo real tiene que ser forzosamente cerril y por decirlo así, mal educada. A lo sumo, es obra escrita para la gente del montón, gente zafia y de mal estó-

mago, capaz de confundir el basto gazpacho con el fino manjar francés. El joven literato de ahora tiene dos perspectivas delante de sí, o escribir para el público grueso, diciendo vulgaridades enormes y de bulto; o escribir para la gente de "buen gusto", expresando sutilezas que nadie comprende. Como bien se advierte, los dos partidos resultan agraviantes, desde todo punto de vista.

Al género llamado realista se le imputan todos los defectos nacidos de la ordinariedad y la bastedad con BE larga. Y en cierto modo, no se comete un ápice de error. La zarandeada literatura del realismo, aparte de sus gloriosos maestros, no ha producido sino enclénques figuras, de tenor estrábico, a quienes su aproximación a la realidad, muy conmovedora y loable, no logra salvar de un irredimible estrabismo espiritual. No ven la realidad, a pesar de que no desean otra cosa. Podría apostar más de lo que tengo, y no tengo mucho desde luego, en el sentido de que me encuentren en la actualidad literaria nacional un solo libro en que la realidad no haya sido burdamente desfigurada o escamoteada. Brilla también en estos escritores la manía diserta del detalle, de la descripción inventarial y generalmente suplen su falta de recursos imaginativos con el interinato artístico de diálogos pueriles y caracteres de pacotilla.

Se comprende que contra el mal uso del llamado realismo se haya reaccionado con tanta fuerza, dejando que la imaginación y los poderes del subconsciente, tan en boga por ahora, actúen a mamparo. Pero, de los que estos escritores que han reaccionado contra el llamado realismo no se dan cuenta, es que caen en el vicio ellos también. Si suponen que la vida debe ser embellecida o que, en todo caso, no es suficiente la descripción del mundo aparential para dar una visión de lo verdaderamente real —honduras filosóficas harto molestas ambas—, su conducta no debiera ser

combativa con respecto de la realidad. Por lo contrario, harían bien en realzarla y ahondarla.

Les ocurre lo contrario, la escamotean, la desfiguran. Como se ve. Incurren en el mismo estrabismo que los otros, y con un agravante: cultivan la nube de sus ojos, porque sencillamente no quieren ver. Una masa de lectores más o menos cultivados les sigue en legión, deseosos de darse por enterados. ¡Cuántos aburridos imitadores de Rosamund Lehmen y de Kafka he conocido estos últimos tiempos en Chile! Se publican libritos o librazos para probarnos de que el mundo subjetivo del autor, sin apoyo coherente ni armónico alguno, es superior al espectáculo algo deprimente por cierto, de las calles de Santiago. Se habla, entonces, del misterio...

Al misterio, cuenta abundante del banco literario de la actualidad, debemos girar cuanto despropósito encontremos en los libros que hoy por hoy se publican.

Aunque no acorde en todo sentido, siempre encontré razonable la reacción representada por el realismo de los comunistas. Me pareció que, quitándole todas las exageraciones surgidas del énfasis doctrinario, el realismo, o sea, la tendencia a encarar de frente la realidad, es el camino del escritor de esta época.

Lo demás, aunque disfrute literariamente en su lectura, creo que nos lleva al desorden, a la falta de armonía, a la monstruosidad, a la destrucción de sindéresis, lógica y sintaxis. Kafka es un camino cerrado. El inocente que trate de seguirlo se encontrará siempre abocado a una tapia.

El realismo de Cervantes estará siempre, por lo contrario, abierto para quien desee continuar la empresa de ahondar el misterio real.

No, de ninguna manera, las literaturas misteriosas sólo sirven,

en las manos disciplinarias, para mostrarnos los defectos de los maestros, tal diría Chestov.

ANDRE GIDE Y EL HEROE MODERNO

A la edad de ochenta y un años, ha desaparecido André Gide, el escritor francés que penetró con honda punción psicológica el alma contemporánea. Desaparece cuando el mundo por él creado, y que en cierto modo dependió de la influencia trascendente de su mágica personalidad, mantiene en suspenso el enigma que encierra su tránsito histórico. Esta alma contemporánea, tan llena de vibrátiles reacciones nerviosas, evidente en cualquiera expresión de la vida, y que se revela a cada instante del hombre moderno, curiosamente conmovida por mitos redivivos y desproporcionadas alteraciones de la convivencia social, esta alma contemporánea, está en deuda con Gide. Nunca el análisis estricto, a la manera cartesiana, pascalina iba a decir, y del Pascal geómetra y meridiano que todos conocemos, o que todos deberíamos conocer, ahondó en zonas tan oscuras, abriendo biselado cauce de luz. Heredero directo de las más antiguas tradiciones francesas, André Gide cultivó con infinito primor la gracia del pensamiento, extrayendo de su fibra contráctil abundante jugo de gentil sabiduría. André Gide fue gentil entre los gentiles, aunque su espíritu hubo de plasmarse en el rigor estilizado de la iglesia disidente francesa, en donde, a la edad de infante, bebiera copioso don de profunda religiosidad. Enamorado de las ideas, André Gide paseó entre ellas con la más fina coquetería espiritual, dejándose a veces seducir por ellas, enojándose en otras contra ellas.

Este francés, muy moderno, y muy moderno en el sentido más

respetuoso que pueda darle al vocablo un antiguo surrealista como yo, congregó estrafalarias y bohemias virtudes, que en ocasiones pudieron hacerle vibrar en choque chispeante con alguno de sus más señeros coetáneos, de no mediar la circunstancia de su carácter, por encima de toda transgresión, amante de la norma y de la ley. Concurrieron en la formación de su extraordinaria índole, factores de diversa procedencia. Educado, como ya lo señalé anteriormente, en la rígida disciplina de la iglesia reformada, que desde el tiempo de los hugonotes diera tantas luces a Francia, su espíritu desvió aquel primitivo curso de agua para hundir dorada proa en el inmenso océano, que constituye la obra de Dostoievski. Si quisiera probar un poco de pedantería libresca, posiblemente definiría este extraño conciliábulo ideológico como una inmersión de lo apolíneo en lo trágico y dionisiaco. Y quizá no me faltaría razón para intentar la aparentemente deplorable definición, porque, en verdad, Gide reunió las paradójicas condiciones de un sereno esteticismo y de un báquico sentido de la naturaleza. Yo he sentido resonar en mi interior a Gide, a veces como una noche de luna, alta y esmerilada de astros, como un desordenado huracán en otras, y no sé bien a cuál de las dos carátulas de este extraordinario personaje conceder mayor atención. Cuando lo leí por primera vez me ocurrió sentir cierta antipatía hacia lo que llamaba su mariposeo intelectual, ese eterno escamoteo de alma que hace ante lo imprescindible, o que tal me parecía de la vida, sin darme cuenta que en dicha idiosincrasia gravitaba todo el peso de su varia y perpleja personalidad. La verdad es que llegué a Gide, como a muchos de ustedes quizás les ha sucedido, siguiendo la huella anímica de ese imponderable exégeta del arte que fue Oscar Wilde y también es verdad que mi encuentro primero con Gide fue acaso demasiado prematuro. Adolescente aún, mi alma aspiraba a

sólidas responsabilidades, cautivándole en forma irreverente el pesado y fastidioso dramatismo, que tanto seduce a la juventud, cuando ésta no ha aprendido todavía a sonreír entre las lágrimas, ciencia en que André Gide, como ninguno, fue ejemplar maestro. Yo no les recomiendo la lectura de Gide a las gentes que no han sufrido, a aquéllos que se mantienen puros o que difaman la pureza, autoproclamándose sus defensores. Que Gide sea el ámbito donde el hombre esconda su dolor como los tripulantes de un navío condenado a la zozobra, y que marchan arrogantes, con extrema arrogancia, por cierto, hacia la muerte. Disfruto pensando en el orgullo intelectual de un André Gide, quien sabía más que ninguno de la precaria suerte corrida por el hombre en el mundo y de la escasa probabilidad de destino que se encontrara en su tránsito terrestre. Disfruto en esa altanera disposición espiritual, tan ajena a la vaga veleidad de los "sprints forts", contenida en su claro pensamiento. Porque este hombre lleno de extrañas, tenebrosas solitaciones, fue de una claridad que asombra a todos aquellos que conocen los oscuros derroteros que su espíritu deambuló. ¿Qué duda cabe que necesitó para imprimirle vida a ese aparente devaneo, de una fuerza providencial de carácter? El estuvo atento a todas las resonancias que vertían en su interior inarmónicos retazos del mundo; válido de prolija orientación, contribuyó a tejer estos retazos, componiendo de esta manera la imagen cabal o progresivamente exacta que el individuo medio reclama para vivir cómodamente. En realidad, la actitud de Gide fue incómoda. Incómoda en un mundo que exige cartabones, verdaderos kardex donde archivar a las gentes, y que molesta y hasta promueve escándalo cuando una personalidad escapa a los moldes calculados.

... ¿Qué era Gide? ¿Era católico? ¿Era comunista? ¿Ateo? ¿Deísta? ¿Qué anciano fastidioso! ¿Cómo aparecerá su conversión a la

pila bautismal, ante aquella enormidad de haber simpatizado con la ley de la plusvalía formulada por Marx? Me imagino el rostro congestionado del filisteo colérico, incapaz de comprender esa insólita coquetería... Pero es que Gide estaba sobre todas esas cosas. No creo que como católico militante, su contribución pudiera ser mayor que la efervescente piedad cristiana promediada en sus obras capitales, ni creo que como marxista de fila pudiera superar jamás la crueldad del análisis con que, al espíritu burgués contemporáneo, fijara en más de alguna impertinente observación. No. Gide no puede encasillarse, y será, en consecuencia, con anticipado deleite de muchos, un autor errante y peregrino entre las triquiñuelas del clasificador antológico del futuro. Gide es Gide y merece, por eso mismo, clasificación aparte.

Como ya lo dije, mi encuentro con él, cuando mi existencia de adolescente requería más que nada una recta orientación, me produjo desconcierto. ¿Quién era Gide? ¿Quién era el misterioso personaje que había diseñado con tanta lucidez esos cuadernos de Walter, para hacernos ingresar de pronto en el mundo abisal de lo fortuito? Lefcadio, a quien André Breton confiere la importancia epocal de un René o de un Wertner, al asignarle o reconocerle el valor de un verdadero héroe moderno, era un personaje de complicadas vértebras psicológicas, en cuya aprehensión y coordinación mis aventureros quince años se extenuaron inútilmente. Bien sabía yo que el crimen gratuito descrito en "Les Caves du Vatican", que tiene a Lefcadio como cimero protagonista, era más que una invención novelesca, la profunda intuición de una realidad humana, descomedida y trágica; pero aquello llegaba a mi cerebro, sin dejar huellas en la sangre. Y sabido es que todo conocimiento que entra al cerebro sin dejar huellas en la sangre, es conocimiento que carece de valor fundamental, y al cual se puede des-

preciar por falso e inoportuno. Más tarde, he podido evaluar el tesoro de experiencia de la escena del tren —cuando el personaje de Gide arroja a la muerte a un desconocido, nada más que por sí, sin otra explicación plausible—, el enorme caudal de experiencia que la dicha famosa escena contenía. Gide había pisado en tierra nutricia y a la vez mortal: en el paisaje extraño del temible humor moderno. Estragados por las emanaciones que despiden los contornos de este paisaje mórbido, nosotros, hombres sin mayor aflicción, pero dudosos de todo, despojados de religión y de honor, vivimos, sin darnos cuenta, una semejante, acaso análoga aventura. El diseño de la mencionada peripecia espiritual vale por sí sola más que innúmeros volúmenes. Es Gide quien sostiene, pues, uno de los ángulos del pensamiento contemporáneo, cuando impele a Lafcadio a realizar esa extraña vida que el personaje vive en la novela.

Separado de las noticias esparcidas por la prensa, en idílico retiro campestre, a donde fui a respirar el aire libre de la montaña, gracias a la bondad y gentileza de unos buenos amigos, no supe que André Gide estaba enfermo. La noticia de su muerte me asaltó, pues, a mansalva, provocando en mi espíritu destacada expectación. ¿Es que Gide ha muerto? Es inútil que me habléis de la muerte cuando hay un hervor espiritual como el suyo en plena periferia de la luz. Su pensamiento continuará a borbollones, cuajando el duro enigma humano, y mientras la lúcida cocción se mantenga, este brujo que fue Gide, este perenne aprendiz de brujo que fue su espíritu, seguirá viviendo, seguirá proyectando cobijadora y fresca sombra bajo el sol. El sol, ¡oh, inmortales!, para vosotros solamente existe.

LA IMPERTINENCIA DE RIMBAUD

La mención del nombre de Rimbaud, en boca de muchos jóvenes rebeldes, ha servido durante largo espacio de justificación y excusa. Aquellos que, por una u otra razón, chocaron con el área que les prescribía la sociedad, en el sagrado nombre del Santo de las Ardenas hallaron razón, escudo y emblema. ¡Y cuenta que son innumerables los jóvenes que, en un momento, alardearon de la divina impudicia del maestro, creyendo ser sus discípulos bien amados! ¡Y qué discípulos!

La juventud, por ley unánime y poderosa, ha sido siempre la edad de las enormes, zanjantes discrepancias. La juventud, cuando contiene en su dorada cápsula la dosis necesaria de rebeldía, sin esto último la verdadera juventud no existe, es arrolladora e inclinada a la fiebre de las ideas, en una palabra, al fanatismo. Rimbaud posee todos estos atributos. Fue, dentro del reino inactual y en constante derrumbe que constituye la poesía, un auténtico Savonarola. Despotricó, reformó, cambió. Su influencia llegó al máximo en el plano moral. No conoció límites dentro de lo religioso,

Este aldeano puro, con la pureza de lo animal, de lo puramente irracional, aunque bañado en lustrales aguas de clacisismo, no sintió ni concibió como sus coetáneos, ni el amor reverencioso a la cultura, ni el amor pretencioso a la patria. En plena catástrofe tendía el ojo azul galo allende la frontera del imperio francés, triste remedo del napoleónico de Austerlitz. Y no titubeaba en pactar, por separado, con los soldados prusianos del triunfante Mariscal de Hierro.

Jean Arthur Rimbaud es peligroso. Sí, señores, altamente peligroso. Es un poeta que al adolescente feliz puede transformarlo en maniático sombrío; que, al referirse al amor, tiende un velo de

tedio; que, al referirse al mundo que lo rodea (extraño mundo de Offenbach al cabo), desarrolla un áspid. Nunca el humano tránsito ha dado tanto poder explosivo a la reducida materia humana.

Pues bien, todas estas consideraciones no son, como pudiera creerlas el lector, nacidas de un ánimo enemigo al suyo. No. Por lo contrario me he jactado, en ocasiones varias, poseído por aguda hemiplejía sentimental, de temblar frente a su satánico destino. He amado a Rimbaud, el poeta que pisó la báscula del suicidio estético para caer en el negro continente de Menelik, en donde como un demonio más de su propio infierno llegó a servir los negros intereses del imperialismo. Adelantado en la fuga, Rimbaud llevó armas y municiones mortales al antiguo reino de Saba. Y allí, si no *ocioso*, por lo menos fue *brutal*. He amado al insurgente de "París se Repeuple"; al impúdico de "Los Poetas de Siete Años". Pero jamás, ni en mi mayor entusiasmo juvenil, creí que podría imitársele. No lo consideré mi maestro, ni en retórica, ni en moral, ni en poesía. Lo admiré con la misma templanza con que admiré las llamas de los cráteres y las regias tormentas oceánicas. Presentí su poder turbador y por eso, acaso, constreñí siempre mi admiración a medida. ¡No se pueden admirar, sin mezcla de pavor, los terremotos!

Por otra parte, la influencia que el creador de "Las Iluminaciones" ha ejercido en el terreno de la poesía fue parva. Aquellos que quisieron, en América al menos, imitarlo, se quedaron enredados en las hojas transparentes y metálicas de su elegante retórica. No otra cosa ha ocurrido con otros poetas europeos, por lo demás. Un semejante destino mantiene enlazado a Rimbaud, Breton, Eluard y Elliot. Sus imitadores sólo llegan a la epidermis.

A propósito de esto último, recuerdo una anécdota. Cuando uno de los poetas de nuestro fenecido grupo Mandrágora logró es-

tablecer contacto directo epistolar, después de mucho penoso jaleo vernacular, con uno de los llamados grandes del surrealismo europeo, este *grande* le reprochó más o menos en los siguientes términos su americana, típicamente americana superficialidad para entender las cosas de allá: "Me temo que usted haya comprendido más la letra que el espíritu del surrealismo", le decía. Y ¿para qué negarlo?, así era, desgraciadamente.

He aquí uno de los mayores inconvenientes que encierra la lectura de los textos de Rimbaud. "Tomar la letra por el espíritu". Pero aún siendo grave el peligro, es mucho más grande cuando se procede a la inversa: cuando se le entiende demasiado.

Me explico.

Rimbaud en América es impertinente e inactual. Su amenaza, su grito de cólera hacia la cultura personificada por la *incultura burguesa* de Europa, aquí en América se convierte en sombrío patetismo. Aquí todo hay que hacerlo: hay que crear la patria, la tradición, la familia, incluso la religión. La apostasía rimbaldiana, aunque exornada por la aureola de su inmensa pureza, a nosotros, americanos, en un sentido profundo, no nos sirve. Con poco que arruguemos la ropa, se nos sale por todas partes el indio que tan celosamente nos quisieron matar en el colegio.

Por eso, me permito disentir de los homenajes públicos que se le rinden con motivo de su primer centenario. Imitando una frase de André Breton, *yo exijo la auscultación profunda de su poesía...* porque, como decía Vicente Huidobro, *mientras el búcaro roto de M. Sully Prudhomme aún adorna la cómoda de nuestras abuelas, el barco ebrio de Rimbaud sigue vagando por los mares desolados de unas cuantas mentes extraviadas.*

¡Y qué siga ahí, en las mentes extraviadas!

EXILADOS DEL PARAISO

A la edad de veinte años, lo confieso con un poco de alarma interior, me seducía, hasta el arrebatado, la lectura de Hermann Hesse. Demían me parecía cumplir con honda, dramática resonancia, los requisitos calculados para fundar mi propia libertad. He ahí los hombres que llevaban la marca de Caín en la frente, sello de subversión y descontento, estigma desolador. Me alegraba íntimamente pensar que existía un grupo de hombres así esparcidos por el mundo, este mundo escuálido en fastuosas aventuras; por cierto que ese alborozo interior manaba caudalosamente de la creencia de que yo, mi estremecido ser veinteañero, pertenecía a la esotérica ralea de los hijos de Caín. La natural insatisfacción juvenil tiende uno, de primeras, a considerarla el producto de una singularidad. La conciencia de ésta nos arrastra, muchas veces, a la adopción de una actitud "revolucionaria", que nada tiene que ver, desde luego, con la política. A lo sumo, sirve de campo abonado para recibir la prédica intencionada.

Lo importante, en suma, es comprobar que en la mayoría de los muchachos que poseen una pizca de inclinación literaria o artística, en general, se desarrolla, conjuntamente con el impulso vocacional, la conciencia de ser diferente, de estar haciendo una vida en resistencia. Al parecer, aunque es parca la Biblia en este grave asunto, Caín hizo, a su vez, una vida, en cierto modo, condenada a la ilegalidad. En la proscripción de los favores divinos, desterrado de su amor, "y al este del paraíso", Caín construyó ciudades, forjó el hierro y creó una raza de gente orgullosa y distinta. Aunque representando el mal, sus trabajos contribuyeron a hacer placentera la vida. Es increíble lo matrimoniado que han marchado siempre los conceptos de placer y mal.

También es muy importante recordar que una sociedad constituida decreta como malo todo aquello que contrasta en forma letal con sus intereses. No hay necesidad de ser marxista para entenderlo así. La propia Rusia Soviética, por más que declara su asentimiento a una doctrina que se declara científica, procede de acuerdo con esa convención.

¿Por qué el amor a la poesía nos impulsa a la destrucción de las convenciones? A mi juicio, este impulso destructor —contemplativamente destructor, pongámonos de acuerdo—, proviene de la monstruosa exageración del sentimiento del placer. La poesía evoca con rutilante diseño la fugacidad placentera, aquel instante en que el alma desbordó en una especie de orgasmo espiritual. Ella estampa toda la gama de las voluptuosidades conocidas y, todavía más, inventa otras. El espacio físico mismo parece poblarse de imágenes ardientes que la fría realidad, más tarde, se encarga de disipar. La vida creada por la poesía se nos antoja superior, y, por comparación y contraste, la realidad, sórdida.

Situado en ese efervescente grado, surge en el muchacho la conciencia de ser "distinto" de los demás.

No hay para qué decir cómo influye en el robustecimiento de dicha actitud el trato con los poetas, cuyas existencias casi siempre insólitas, constituyen, hasta cierto punto, una especie de comprobación práctica de que esa es la actitud adecuada. El inconformismo, la insumisión, son alimentados en el recuerdo pródigo de un Nerval o de un Baudelaire. Estas vidas no son ejemplares, ni moldean su contorno vital en ningún patrón cívico recomendable. El espíritu bohemio y vagabundo de Gerardo de Nerval se sustrae a la conformación plástica que pretende ejercer la sociedad sobre el individuo. Otro tanto ocurre con la pugnacidad baudelaيرية, rebelde a la coacción convencional.

Las ideas erigidas en principios modeladores de una comunidad pasan por ser las únicas que representan el bien, lo ético, lo que granjea el beneplácito, la bendición y el elogio. Acentuar la diferencia individual hasta los extremos placenteros de la voluptuosidad poética, nos coloca, de facto, fuera de una comunidad regida por el equilibrio y la medianía de los sentimientos. La exacerbación de un impulso, cualquiera que sea la índole de éste, nos transforma en seres desequilibrados, insólitos, exógenos.

Por una razón misteriosa del designio divino, Caín vivió, procreó y murió condenado a ese exilio de la individualidad diferenciada. Hesse, por lo menos así lo creía yo en aquel tiempo, golpeaba en el quid resonante del problema: los hijos de Caín teníamos que reconocernos para alivio de la desgracia que nos perseguía desde el comienzo del Génesis. No tengo para qué decir que, ahora, la lectura de Hesse me fatiga y me parece, desde todo punto de vista, repudiable. Hay libros que en verdad no deben jamás releerse, tal me pasó con "Demián" y "El lobo estepario", libros cuya única gloria consiste en que promueven la lectura de otros, los que siempre nos acompañarán.

No se trata, pues, de una circunstancia azarosa la que impele a los jóvenes escritores y artistas a la recreación, *in menti*, de ciertas existencias distorsionadas. He sido una víctima de este arte recreativo. Nunca consideré que la poesía fuese, en modo estricto, una forma literaria y en inminente coagulación retórica. Más tarde, he venido a convencerme de lo contrario, pero eso sería materia de otra reflexión. Por ahora, se trata de plantear solamente la subversión como actitud poética. ¿Hasta qué punto lo es y por qué es así?

Leía, hace poco, en un divertido diccionario del siglo pasado, que, después de recibir la maldición divina, Caín se entregó a to-

da clase de licencias y libertinajes. Con ser ridícula esta aseveración, no me ha parecido, sin embargo, desprovista de médula. Los pequeños hijos de Caín, los que alimentábamos la diferencia y teníamos una visión del placer exagerada, hemos caído todos en una rara licencia espiritual, en un heterodojo libertinaje del sentimiento y el intelecto.

El placer que nos producía la lectura de "Demián" era poco inocente; era, casi, la intuición anticipada de lo que iba a ser nuestra vida más tarde; de tanto pensar en ella, la marca de Caín iba, por último, a resplandecer en nuestra frente. Henos aquí, los fundadores... ¿Quiénes? Los que viven al este del paraíso. Un programa de vida que no es ejemplar. No. De ninguna manera ejemplar.

RESPONDO A UNA CARTA

Cuando se abren las páginas de un libro antiguo y, desde su interior, caen pétalos guardados por alguna mano piadosa, perfumados a soledad, sucede que nuestro pensamiento se crispa. Algo muy agudo le ha tocado la médula, deshinchando su apariencia habitual y, como desnudándose, el pensamiento se queja. Nadie ha comprendido jamás o ha intentado siquiera, desde Tomás Burton y su "Anatomía de la Melancolía" hasta nosotros, comprender los dolores del pensamiento. Se les acepta como a fenómenos de índole extraordinaria, localizables solamente en ciertos seres locos, de mente extraviada y, en consecuencia, iluminada. No sé si es la modestia, o si es la intuición de la personal ausencia de todo pensamiento, lo que les impide a la gente reconocer un hecho, sin embargo, tan averiguado y evidente.

Sí. Nos duele el pensamiento. Nos duele a veces colocar la palabra, su envoltura permeable, detrás de la palabra significativa, aunque esto ocurra, como suele ocurrir, en ese desván glorioso donde se amontonan tantas cosas. Me refiero, desde luego, a la memoria, única proveedora, en separándonos de la realidad inmediata, de la gimnasia cogitativa.

Los dolores son asuntos del corazón, piensa la gente. Y le atribuyen al corazón los pesares, las angustias y todo lo que, en un más o en un menos, nos desagrada y subvierte sentimentalmente. La emoción no proviene del pensamiento, según el criterio general; es tan profunda y tan "cordial" (perdónenme la redundancia) que sólo puede tener por nido el corazón. Y no aceptan que se les hable de problemas que, en una forma u otra, evaden el acatamiento sumiso a eso que llaman "cordialidad", insurgido de la realidad cotidiana de la vida.

Esto lo he venido a confirmar mediante la sensible antena que el diario ha puesto a mi disposición. Cuando hablé de los problemas que incurren en la influencia directa del pensamiento y no me referí a mis problemas sentimentales, parece que mis artículos carecieron de emoción. Una ilustre escritora, para dicha de Chile, vecindada en el país, me lo ha dicho en una carta que me ha desconcertado, inspirándome estas apresuradas frases: "Hoy su página tuvo emoción, la que no ha tenido otras veces en que Ud. escribe y teoriza". Así me dice, refiriéndose a la crónica que dediqué a mis cuarenta años trabajosamente enterados hace algunos días. Sin duda, en la mencionada crónica se me escapó, para desmedro de mi corriente compostura, un ay que siempre disimulo.

No pongo en duda las palabras de mi gentil corresponsal. Le agradezco el moderado interés que ha tomado por mis humildes reflexiones; pero quisiera hacerle una advertencia. Una adverten-

cia de carácter cordial y llena, por lo tanto, desde su punto de vista, de emoción. No creo que la emoción del instante huidizo, de la confrontación brutal de nuestra imagen en el monstruoso espejo de la vida, sea la única digna de traspasar los límites del tiempo fluido.

Existe, pareja a ella, otra emoción, que es la naciente de la preocupación profesional, la que vierte el hilo amargo de su grifo en la vasija de nuestra existencia total, como seres humanos completos y no como seres sentimentales exclusivamente.

La palabra emoción me produce un horror sagrado. Le tengo tanto miedo como al "subconsciente" de los poetas *soi-disant* surrealistas o a la "vida interior" de los personajes de la novela moderna postproustiana. La emoción es antigeométrica, nos deshace, nos embebe y nos torna confusos. El idioma castellano, creado por místicos estremecidos y no por místicos géometras como sucedió con el francés, posee un vagaroso demérito. Es un idioma caudal, lleno de alaridos retóricos y de ecos nocturnos: se inclina hacia la vaguedad. ¿Para qué abrumarlo, por encima de todo eso, con nuestras vaguedades emocionales subjetivas? El continente en que los dos nacimos, estimada poetisa, es un continente que ha concedido demasiado ya a la emoción ilimitada y horra de formas. Castiguémonos hoy con las ideas siempre claras y luminosas, frescas herederas del pensamiento latino.

Sin embargo, me he dejado tocar por su varita de virtud y heme aquí, de ceniciento que era de las ideas, transformado por breve instante en caballero de la emoción. Porque, no sé si Ud. lo ha advertido (soy muy poco práctico en estas lides), su delicada misiva me ha emocionado.

No crea Ud., no obstante, mucho en la emoción que me produjeron esos cuarenta años. En esto de la edad, me atengo a un

precepto estoico, no sé si de Epicteto o Marco Aurelio, que reza así:

"Tú, alma mía, no haces más que llevar a cuestras un cadáver".

NOMBRES DE GRUPOS

Todo adolescente más o menos literario, cuando ingresa a la vida o se lanza, como se dice tan conmovedoramente, elige por lo general un grupo donde actuar. A veces se reúnen a la postre de la segunda enseñanza, cuando aciertan a entrar a la Universidad, y deciden componer el grupo por sí mismos. Entonces surge una cuestión de gran interés vital: el nombre que tendrá el futuro organismo actuante en la república de las letras. No se crea que es cuestión de índole subalterna ésta. El nombre lo emplaza todo.

Desde que el joven Goethe fundara el Strum y Drang, primer estallido del alma romántica, todos los adolescentes del mundo ponen gran interés en la elección del nombre totémico que les agrupará. Para encontrar la designación basta en ocasiones una buena dosis de buen humor o de mal humor, como gustéis.

Aquí en Chile hemos tenido muchos grupos literarios. Algunos de inefable memoria, como el llamado de Los Diez, en cuyas filas militó el autor de "Alsino" y el viajero eterno, Augusto d'Halmar. Después tuvimos uno que se llamó "Agú", fundado por Alberto Rojas Jiménez (el que viene volando de cierto célebre poema) y también tuvimos otro, el dadaísta Run Run. Recuerdo con qué envidia leí de niño el manifiesto de este grupo que concertaba la voluntad de unos cuantos muchachos de gran humor. En cierto modo, cuando más tarde formara el grupo Mandrágora los recordé como a ilustres antecesores. Fue nuestro Dadá chileno.

¿Qué fue Dadá? Un ardiente chispazo de ingenio arrojado al rostro de la seriedad humana, esa insoportable seriedad que nos pone una grave máscara de sabios sobre los hombros. Esa máscara no había impedido que millones de vidas fueran sacrificadas en la Gran Guerra de 1914, la guerra de nuestros padres. La razón y los poderes de la inteligencia habían fracasado en su empresa de edificar la realidad y darle plástica pertinacia moral. Un grupo de poetas en la ciudad de Zurich, encabezados por el mágico Tristán Tzara lanzó la primera bomba de ingenio contra la fermentada razón del hombre así pillada en falta. Dadá, por ese motivo, fue una negación de todos los valores. Era un intento de rejerarquización destinado a ponerle los puntos sobre las íes a la palabra inteligencia.

Pero aquello no podía continuar. La experiencia dadaísta, siendo como era de carácter exclusivamente negativo, se encontró de pronto en un callejón sin salida. Entonces surgió el superrealismo, nueva crisis de conciencia volcada en una proyección romántica. Llevó al romanticismo a sus últimas consecuencias. Siempre he pensado que en esto de romanticismo todavía andamos aquejados por el mal que dicha postura vital engendró en el mundo. El superrealismo interpretó ajustadamente ese estado de conciencia un tanto mórbido y se puso íntegro en el deber de situarlo casi con interés clínico. De ahí que toda obra verdaderamente superrealista tenga siempre un crudo hálito de mesa de disección. Incluso sus definiciones: la poesía será convulsiva o no lo será. O esta otra: bello como el encuentro fortuito de un paraguas con una máquina de coser sobre una mesa de disección. Bulle en todas sus reflexiones un deseo exasperante a veces de hundir las garras bajo la piel del hombre. Por esencia, el superrealismo, aunque pretendiera lo contrario, fue impopular.

Aquí en Chile repercutió el estado Dadá en el grupo Run-Run. Los jóvenes que allí militaron quisieron reaccionar contra el concepto del poeta melencólico y premunido de galas a lo Bécquer. Que me perdone el gran poeta andaluz esta colación de su nombre en la frase. Pero es que aquí en América hicieron sus malos imitadores verdaderos estragos en la imaginación de las jovencitas ingenuas. Y qué digo, también en la cabeza de muchos proyectos hombres públicos. Son pocos los que no tienen su pecadito de juventud por ahí, es decir, un volumen de "Cosechas Líricas" o rimas a la novia lejana. Pues bien, contra todo eso reaccionó el grupo Run-Run, cuyo nombre se inspiraba en el inútil juego que ya conocéis desde niños. Sesionaban en los ascensores y no trasnochaban.

Iban los domingos a la función matiné y se gloriaban de cultivar la higiene y el deporte. Todo eso, desde luego, era una ducha glacial que caía sobre los bohemios, líridas y portuliras, como los llamaban los antologadores de "Selva Lírica" a los poetas. Bien por el Run-Run. Pero con todo ese material de protesta, al igual que lo dadaísta, se encontraron ellos en un callejón sin salida. La cosa, como muy bien lo comprenderéis, no daba para más.

No había terminado aún el destello del gracioso Run-Run, cuando apareció la Mandrágora. Venía tomada de la mano de una especie de tío que tuvo el Creacionismo de Vicente Huidobro. La Mandrágora venía manchada de nocturnidad y alguno de sus componentes no nos avergonzábamos de usar de nuevo la romántica melena desdeñada por el Run-Run. Eramos de nuevo románticos, pero fieles a las prácticas freudianas introducidas por el estado de conciencia del surrealismo. Nuestra primera exhibición pública la hicimos en la Universidad. Dios quiso que nadie fuera armado a la reunión. De no ocurrir así, no estaría escribiendo estas

líneas. Leímos poemas que tenían por título las más mordaces e irreverentes provocaciones al mundo real. Recuerdo uno, de un poeta que ahora anda por México: "Propaganda del Terror". Y amábamos la poesía negra, no la que escriben los negros, precisamente, sino aquella que es producto del rechazo al mundo real. Nuestros maestros rectores en ese rito de especialización romántica eran por cierto los más condenados de los réprobos: un réprobo magnífico como Lautreamont y otro réprobo despreciado como el Marqués de Sade, el divino.

Ahora también existen grupos. Hay uno que se llama Fuego y otro, Ceniza. Se disputan la perennidad en el tiempo. ¿Qué dura más? El grupo Ceniza está encabezado por un personaje a quien denominan, no sé si con humor o no, el Gran Ceniciente. ¿Qué persiguen estos grupos?

Al parecer no les anima otro móvil que el de reunirse periódicamente en torno a una buena mesa. La verdad es que, con todo, es lo mejor que puede hacer un literato en estos tiempos de crudo materialismo. La diosa, en este caso la poesía, come por intermedio del sacerdote, en este caso el poeta.

LA CARRERA LITERARIA

Los genios siempre han sido pésimas personas, observados desde el punto de vista moral. Por lo menos, si aplicamos esta consideración a Goethe, el Goethe luminoso de Weimar, resulta desgraciadamente válida. Su conducta para con Henri Kleits así lo prueba. Se sabe con qué impudicia literaria introdujo substanciales correcciones en "La Carreta Quebrada", una de las obras más importantes del joven autor de Pentesilea. Con todo, sin embar-

go, el genio irradia caminos; es fuente perenne de orientación. Aquellos que viven bajo el resplandor innumerable de su luz están como orientados, como dirigidos por los haces lumínicos de sus rayos.

En Chile, aunque la palabra genio se prodiga con sospechosa asiduidad, faltan los maestros. Ningún escritor ocupa la situación en el sentido en que entendía este concepto Alberro Thibaudet, que pudiera atribuirle esa importancia decisiva en los destinos literarios del país. Estos maestros, que dirigen, difunden luces, son el resultado culminante de la cultura de un pueblo. En el siglo pasado, en la medida que el vaciado natural del país lo resistía, tuvimos uno. Don Andrés Bello, en verdad, fue uno de los plasmadores de nuestro pensamiento durante largas décadas de desamparo cultural. En este período, el autor de "La Oración por Todos" fue el humano acueducto por donde se vació la erecta ideología occidental.

Yo recuerdo con qué parsimoniosa emoción ojeé las páginas que este gran hombre dedicara a la formación de nuestro vocabulario oficial, por ejemplo, y con qué entusiasmo contenido me he dejado avasallar por la ponderada prosa de sus notas diplomáticas. Son una maravilla. El día que se escriba la historia de la prosa chilena, Andrés Bello ocupará amplio sitio en la enumeración más o menos parva de sus cultores.

La ausencia de maestros que determinen, fijen y den claror, propende a desorientar a la juventud. Esta, en su orfandad, recurre a modelos europeos. No es que yo disienta, en el fondo, de esa práctica cultural. Mal haría en hacerlo, formado como estoy en el crisol de Europa y de sus aledaños espirituales. Pero es que el desventurado mal uso que se da a estos modelos impone a la juventud una especie de adversión a todo lo que suene a autóctono. En cier-

to modo, la desnaturaliza. Recuerdo, al respecto, el odio que nacía de mí cuanto se trataba de escribir una denominación geográfica india. Ahora, trasladado como estoy a un plano de mayor equidad, a causa entre otras causas de mis recientes cuarenta años, gózome en cambio repitiendo: "Panguipulli", "Panguipulli"... Y lo hago con la misma alegría con que a los veinte años repetíame: "Trianon, Trianon"... Pero es que ahora yo sé que la palabra Panguipulli, reflejo geográfico de una inquietud espiritual de la infancia, es palabra que me pertenece entera, ya que he bogado por las aguas tranquilas de ese lago y en sus riberas aromáticas me he estacionado muchas veces. ¿Qué sé, en tanto, del Trianon? Fuera de lo que me ha dicho la historia, nada.

Los modelos europeos tienden a modificar nuestro espíritu en consonancia con actitudes y móviles morales que no son los nuestros. De mi experiencia interna, con respecto de este duro problema, he sacado algunas desilusionadas conclusiones. Durante años permanecí, como el avestruz, metida la cabeza debajo de una alfombra de fina estirpe francesa. Por eso, cuando he intentado demarcar exactamente la realidad que me rodea, me he sentido siempre inválido. No le pasa lo contrario a los llamados escritores criollistas. Los lectores saben, por otra parte, cuál es la tragedia esencial de nuestra pseudopintura de origen galo. ¡Hay cada Cezanne de mala muerte por ahí!

Como si el estado de desorientación fuera poco, cuando empezamos la carrera literaria debemos asistir inflexiblemente a toda clase de vanas peleas entre aquellos que deberían iluminarnos o, en el peor de los casos, darnos ejemplo de hidalguía. A los veinte años cruzaron ante mis ojos abismados los más terribles y flámígeros rayos. Eran los insultos gratuitos que se dirigían dos poetas de calidad refinada. Deprimente espectáculo para quien está

dispuesto a abandonarlo todo por el espejismo de la belleza. ¿Se habían estos poetas preocupado de los jóvenes que los estábamos mirando y juzgando? Los jóvenes nos están mirando, me digo siempre, y tiemblo. Porque ellos son los más acérrimos jueces que tendremos algún día.

En la carrera literaria es necesario vencer elevados obstáculos. No es el menor el que levanta nuestra misma mala educación. Provenientes como somos casi todos los literatos de una clase sin gusto ni refinamiento como es la clase media, arrastramos sin saberlo una especie de estigma original. Carecemos de esplendidez espiritual. Somos sórdidos para medir nuestra capacidad de entusiasmo. La vida, más tarde, se encarga de extirpar las pocas huellas entusiásticas que nos permitió la vida familiar, entre gente acostumbrada a regirse por la avidez económica y la avaricia. En un verso, por ahí, he reclamado para el poeta la fusión unívoca de todas sus energías amorosas. El amor del poeta es la palabra: la familia, la patria y la religión que embargan con su teñido sentimentalismo al resto del mundo, para el poeta no son sino palabras, palabras que bien situadas a lo mejor resultan brillantes y agradables. Permitidme una breve confesión: yo no vivo sino a través de las palabras. Cuando digo que amo, tengo necesidad de escribirlo antes de creerlo firmemente.

Este es otro de los inconvenientes de la carrera literaria. El estado de extrañeza que produce. De tanto mirar la vida en su más aparente desinterés, balconeoando como estamos todo el tiempo sobre el fluir de la existencia, terminamos los escritores siendo fantasmas. A veces sonrío, cuando advierto el inusitado comportamiento de algunos escritores que bien podrían ser, por su edad, mis padres. Parecen niños. Tan niños como yo, en verdad. Ni más, ni menos.

La carrera literaria es siempre desagradable. No basta escribir. Es necesario, también, incidir sobre el mundo con una observación original. Y esta observación original demanda del escritor, un constante despedazamiento. El escritor, aunque permanezca junto a los demás hombres en una convivencia social regular, es siempre un polvorín junto al fuego. Por eso me permito dudar de la militancia de algunos escritores en partidos políticos. O están traicionándose así mismos o están traicionando a ese partido que dicen servir. Un verdadero escritor es hombre que siempre opone un *no* a las multitudes. Es como Rousseau, un paseante solitario.

LA CARRERA LITERARIA

Aquí, en América, la carrera literaria, en una u otra medida, es carrera accesible a todos los malos de la cabeza que vagabundean por el mundo. Parece que bastara cierta condición nostálgica para los recuerdos y cierta consanguinidad emblemática con los áridos sustantivos para que el peor, el más adocenado hijo de hortera se sienta literato. No importaría esta circunstancia. Un hijo de hortera puede, sin lugar a dudas, ser un buen escritor. Pero, sin duda alguna, también, a nadie se le ocurriría pedir que ese hijo de hortera sea un verdadero escritor. Todos, el que más y el que menos, sabemos que un escritor es producto de una tradición. Yo mismo, descendiente de labradores de la Frontera, sé lo que es eso. Mi padre pergeñaba versos en los momentos inútiles que le dejaban sus preocupaciones ferroviarias. En verdad, la única diferencia que existe entre él y yo es que yo tomé demasiado en serio esta cosa de escribir... no se sabe aún para qué. "Mira, muchacho,

me decía el sexagenario caballero, si te descuidas del puesto, te vas a morir de hambre".

El sesentón caballero, cargado de años y experiencia, cuidaba de que este humilde servidor de ustedes fuera un buen empleado público. Es el ideal de todos los padres de Chile. ¿Por qué?

Cuando oí por primera vez la palabra derecho, me excusé de asistir a la Facultad de Derecho. La palabra derecho me había, como se dice, "cabreado". Es una palabra que en mi recóndito sentir significaba algo ideal, algo poderosamente subjetivo. Sin darme cuenta, tuve la mala ocurrencia de confrontarla con la realidad...

La carrera literaria es, por América, mucho más difícil que en Europa. Aquí la cosa se pone grave. Hay, desde luego, que fingir desde el principio. La mamá, cuando éramos chicos, nos prohibía mantener encendida la ampolleta hasta tarde y había que engañarla con una vela ad hoc. Privilegiadas eran esas noches en que la mente torturada de un niño trascendía hacia la epopeya de un Dumas o de un Salgari. Ulteriormente, la vida nos ha sido, para los intelectuales al menos, otra cosa. Engaños, engaños y puros engaños.

La carrera literaria es, por estas razones, de peculiar dificultad. No basta ser como Empédocles, un hombre rico en las riquezas materiales; el Etna siempre está abierto bajo los pies del hombre que piensa. Así, mi amigo el gran poeta castellano Vicente Huidobro, de cuya amistad extraigo prez, no fue sino la pantomima de sus millones. Negábanse a reconocerlo como al más, más grande poeta de la lengua, aquellos que habríanse dado por felices atándole los cordones de los zapatos al papá. "Claro —decían, en medio de su resentimiento—, Huidobro obtiene críticas favorables, porque tiene muchos millones en el bolsillo".

La circunstancia de que Huidobro fuera rico y nosotros, sus discípulos más cercanos, no lo fuéramos, no importó mucho. Fuimos alumnos discrepantes, desaprovechados y errabundos. Mentiría como un descarado si no recordara las veces, múltiples por lo demás, en que Vicente me llamó la atención:

—¡Teófilo... si usted se entrega a la bohemia, todo va mal. El trabajo es lo único que importa!

¡Oh, mi querido glorioso Vicente!

La carrera literaria es difícil. Y mucho más debe serlo ahora para los que comienzan, perplejos y espantados. No tienen, como yo, la suerte de asesorarse con Huidobro.

Al parecer, Huidobro sólo conocía literatura francesa. Esa, en las arrugas del alma, un francés disfrazado de chileno. Ni más ni menos. Sin embargo, este aficionado a las letras americanas sabía de letras autóctonas más que todo el repertorio de criollistas. Y... lo sabía con rigor.

No hay representante cultural latinoamericano, que sepa tanta literatura de su país como él. Ricardo Latcham a su lado, con toda la inverecundia de su oficio, era pálida y magra figura junto a Huidobro.

Nunca olvidaré la oportunidad en que ante este maestro quise, un poco desvergonzadamente, lucirme. Nunca lo hiciera. Había hablado, yo, de la literatura española, que amo y respeto; Huidobro me interrumpió:

—No sea usted pedante, querido Theophile.

Y yo me quedé alelado.

Veinte años más tarde me he dado cuenta de la lección. No hay para qué pronunciar, tan agradablemente, el castellano. Un verdadero caballero dice "pacá", aunque escribe para acá.

He seguido esa carrera literaria. Y no creo que consumo la

atención indiferente del lector cuando hablo de esta carrera. En cierto modo, cuando seguimos con fruición el destino, hacemos vida artística. Hemos elaborado y plasmado una circunstancia. Todo lo que se realiza con fervor es siempre vida artística, aunque nos parezca rutinaria su ejecución.

En la vida literaria, como en todas las otras vidas, tienen principal preponderancia los hábitos. Eso de recordar todas las mañanas al despertar que uno es literato, conviene siempre. André Gide, con ese genio que le hacía versátil y curioso, decía que, además, no era cosa de descuidar la siguiente frase: "¡Qué buen literato soy!"

La carrera literaria es más que difícil. Algunos veces yo, que pocas condiciones tengo, me hago la idea de que estoy detenido. Una detención que me sirve para contemplarme. Odiosa detención.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

Una de las más importantes virtudes que debe poseer un viajero, sin duda, es la paciencia. Desde los días anteriores al viaje nos comienza a escocer un comidillo de ansia, un prurito de prisa que nos devora el alma, convirtiéndola en andrajo sentimental. Existe una razón poderosa para que esta palabra sentimental, a pesar de su descrédito, aparezca ahora en esta nota. No puedo olvidar al viejo Sterne y su jira sentimental por Europa contemporánea de la Enciclopedia. La idea de viaje está siempre impregnada de matiz sentimental. Me vengo despedazando el alma desde el instante mismo en que supe de mi partida.

Toda cultura está basada en el sedentarismo. Cultivo significa permanencia, amorosa espera a que la espiga crezca y, con ella, el calor de la vida. Se da el caso paradójal incluso de gente que viaja mucho, trayéndonos y llevándonos cosas, para que no viajemos, para que permanezcamos solitos en el umbral, parados, de nuestra propia cotidianidad. Nada nos turba tanto como el salir de ahí. Entonces decimos, con voz más profunda de lo que se cree: "Me han sacado de las casillas".

Me sacó de las casillas, de la apozada quietud de remanso que es nuestro existir cotidiano, el convite del Departamento de Estado. No sólo porque este hecho significaba tránsito y desplazamiento, además de las necesarias visitas a ciertas autoridades, todo lo cual me infunde infinito pavor, sino porque también una invitación cuando es formulada por los Estados Unidos suele despertar recelos en la socarronería criolla. Tuve, pues, que luchar contra ella. Confieso que ha sido el principal escollo en el viaje. Una vez que lo traspasé me he sentido perfectamente bien.

El latinoamericano, en su sedentarismo, cultiva malas especies. Entre ellas, esto que he llamado la socarronería, aunque el término no abraza la anchura del concepto.

Comparado con el hombre medio norteamericano, el latino —absurda expresión es ésta—, es astuto, ladino y socarrón como pocos. Los "gringos" son ingenuos, se dice. Puede que tengamos razón y que los gringos sean en verdad más ingenuos, en el sentido de inocencia, que nosotros. Pero es una virtud, no lo olvidemos, y no creámos que es un defecto. La ingenuidad, y permitidme el empleo provisional de esta palabra, que le atribuimos al norteamericano, no pasa de ser sino la constatación de un producto espiritual positivo. Ha sido fructificada por la confianza. La vida norteamericana descansa en la idea de confianza. Por desgra-

cia, nosotros, los descendientes de Iberia, no lo entendemos así y somos de naturaleza desconfiados.

"A mí nadie me mete la mula", dice el porteño bonaerense. "No me vengán con payasadas", decimos en Chile. Ambas expresiones acusan el temor que contrae al hombre cuando el malicioso le ha tomado demasiada ventaja.

Estas razones, meramente expuestas por ahora, han hecho que varios de mis conocidos sonrieran sospechosos cuando les dije que iba a los Estados Unidos. Les pareció poco natural que un escritor independiente, con vagas aptitudes para el periodismo, fuera tomado en cuenta en la casa de Júpiter.

De acuerdo con la socarronería habitual, que distingue a los chilenos, juzgaron excesiva la gentileza y se dieron a pensar que algo más había entre manos. En cuanto visité la Embajada y me entrevisté con sus amables funcionarios, no faltó quien me preguntara:

—¿Es cierto que hay que jurar que uno no piensa matar a Eisenhower?

—No, hombre, no.

—¿Te preguntaron si tenías amigos comunistas?

—Tampoco. La curiosidad de estos funcionarios de la Embajada es mínima al respecto.

Entonces agrandaban los ojos con aire de comprensiva y maliciosa sabiduría.

—No necesitan preguntarlo. En la Embajada lo saben todo.

Uno de los mitos corrientes en la actualidad chilena es la omnisciencia de la Embajada norteamericana. A la mentalidad más o menos mítica del chileno le satisface suponer maravillas en donde sólo existe eficiencia burocrática. A los norteamericanos —eso lo sabe todo el mundo— les gusta a rabiarse la estadística. Se han

dado maña incluso para inventar las más gloriosas y complejas máquinas al servicio de esta florentina rama de los números. En una crónica futura les hablaré de una de esas máquinas que me tocó ver en el Centro de Investigaciones de Stanford. Por ahora, seguiré con este tema tan seductor de la socarronería vernácula. Nuestro connacional, desconfiado por naturaleza, considera que todo ese aparato tiene forzosamente que servir a intereses diabólicos. Ni tan poco, ni tan mucho. En el caso mío, ya que de mi caso en especial se trata, para registrar exactamente la cantidad de veces en que he conversado con un comunista o he leído el Manifiesto de Marx.

Al escribir estas líneas, sé que estoy chocando con la testarudez de mucha gente, la misma que sigue prestando crédito al infundio de la "Baltimore" o que continúa creyendo en viejos mitos semejantes. En la disposición para aceptar como verdad algunas leyendas, equilibramos, al parecer, nuestra ingénita propensión a la desconfianza. El hombre del odio es, también, por más extrañeza que nos produzca, el hombre del amor.

No es, pues, cosa fácil viajar a los Estados Unidos. Al ingenuo viajero se le atribuyen propósitos de exquisito maquiavelismo. De regreso, a bordo del barco, he tenido tiempo para meditar sobre este abstruso dilema y he llegado a una conclusión sana, la que iré dibujando en estas páginas.

Debí aguantar con paciencia la víspera del viaje, sus alternativas de sobresalto y nervosismo. Hay que empezar por calentar los motores del espíritu y obligarlos a batir las hélices, musgosas y encarrujadas, para no entrabarnos en el vuelo. Este lenguaje alegórico en cierto modo corresponde a la realidad de mi desplazamiento físico en un cuádrimotor de la Compañía Panagra. Por más que examino las positivas estadísticas de la mencionada Compañía,

no logro persuadirme, con todo, de las ventajas del viaje aéreo. Cuando estoy encaramado sobre las nubes me siento como nunca individuo de la tierra y echo de menos el duro contacto de su materna superficie. Aunque se afanen en decirme que con el avión gano tiempo... Es cierto, pienso, pero mi única fortuna es el tiempo y todavía puedo derrocharla.

Sin embargo, es preciso reconocer cuán placentero es salvar la distancia de un continente enorme en el espacio de unas cuantas horas. Apenas he dejado Chile y vuelvo algunas páginas de Montaigne (mi compañero de viaje), cuando veo, diamantina y fulgurante, la luminosa alfombra de Lima.

No en balde se cantaron con profusión los viajes en la época del romanticismo. De ello ha quedado un sedimento vertiginoso en nuestra alma, un deseo de abarcar el horizonte y ceñirnos con su delgada línea.

La novedad importante, sin embargo, no es esta. Es que por primera vez viajo hacia un país en que no se habla mi lengua. El inglés hasta ahora me ha parecido un idioma peregrino, bueno para el comercio y asociado, a lo sumo, a los encantos del cinematógrafo. Mi Shakespeare lo leí en Astrana Marín y el Swift del "The Journal to Stella" lo conocí en una bella versión francesa.

Quiere el espíritu del sedentarismo capturarnos también en la vasija del idioma, en cuyas impermeables paredes araña inútilmente nuestra versatilidad. Me asombra, como casos monstruosos, el de aquellos que poseen el don de lenguas y que pueden, con raro deleite, expresar sentimientos íntimos en idiomas varios. Anoto, por cierto, como una virtud la incapacidad para aprender lenguas extranjeras.

Paciencia, única virtud del viajero.

II

Mientras el avión se mantiene en la línea ecuatorial, pocas cosas suceden de importancia, para mí al menos. Me he reducido a ocupar el asiento, procurando que mi presencia física décrezca al mínimo. En general, siento escasa propensión a conversar con desconocidos. En ese aspecto, soy como cualquiera de ustedes, lectores amigos, hermético y adusto como el que más. Es mal nuestro, lo reconozco. Nos acaece muy diferente de lo que al norteamericano, quien se desvive por hacerse de amigos en todo tiempo y ocasión. Según tengo entendido, en las escuelas los maestros estimulan ese carácter en los alumnos. La facultad de granjearse amistades es reconocida como preciosa en los Estados Unidos. En los manuales para el rápido aprendizaje del inglés existe un capítulo reservado a tan importante materia: "Cómo hacerse de amigos".

Se comprende fácilmente dicha necesidad cuando uno visita las grandes ciudades de Norteamérica. Me imagino lo triste, lo desolada y hasta inhumana que debe ser la vida para el individuo que no tiene amigos en una ciudad como Nueva York. Me parece que en esa gran urbe están dando una película basada en ese dramático tema. De aquí que todo el mundo lo mire a uno sonriente en el tren o en el avión. La sonrisa en estos casos es una sintonía abierta a nuestro sentimiento de amistad.

Al abandonar, en Miami, el avión que me ha conducido de Chile, tengo una primera certidumbre de esta peculiaridad americana. En el "Constellation" de la "Eastern-Line" que me traslada a Washington voy sentado junto a un amable matrimonio del Mai-

ne que regresa, después de unas vacaciones de invierno en Florida, a su *home* del norte. En un comienzo su amabilidad me parece, como a buen chileno hermético que soy, hasta casi una impertinencia. Pero ambos terminan por ablandarme. Como llevo un sueño que me traspasa, la señora me pregunta solícita si voy enfermo, pensando piadosamente que el motivo de mi aire taciturno no puede ser sino un malestar físico.

Con mi deplorable inglés logro hacerme entender y entonces me inundan de café, el café pavoroso que beben los norteamericanos.

A riesgo de perder la ilación, no puedo dejar de interrogarme, una vez más, ¿por qué los norteamericanos beben un café tan malo, tan desabrido e inocuo? Sin duda alguna, los Estados Unidos constituyen una de las naciones que más consumen café en la tierra. A todas horas y en todo lugar, millones de norteamericanos ingurgitan café "with cream" o sin ella. ¿Por qué, pues, no se esmeran en su preparación?

Por otra parte, un pueblo que atribuye tanta importancia a las relaciones de amistad debería consecuencialmente, tal lo hacen los españoles, por ejemplo, admitir que el café es símbolo de charla y expansión. No. El norteamericano bebe su café solo, paga y se marcha. No se detiene a saborearlo, ni menos, por consiguiente, a divagar. Otra cosa curiosa, el bar típico —en la altura de la 66 Street, verbigracia— es un recinto en que cada cual bebe por su cuenta, sumergido en sus pensamientos. La amistad, al parecer, se cultiva en otros lugares.

Bueno o malo, el café que me ofrecen me sirve para reanimar los nervios y me permite llegar despierto a las riberas del Potomac. Me doy tiempo y maña para mirar, desde la vibrante mirilla del avión, los risueños campos de Carolina y Virginia, vez

que a la altura del Cabo de Hatteras embocamos hacia el continente. Se torna fácil, después de observar la exuberancia de estos campos, comprender la grandeza material de los Estados Unidos. Es un ápice, ya sé, de la fructífera y extensa agricultura norteamericana el que veo desde mi aviático observatorio, pero como primera impresión no está mal.

Acerca de la grandeza material de los Estados Unidos en relación con la fuerte pujanza de sus industrias, se han escrito libros peregrinos, antojadizos y necios casi siempre. No reconocen la importancia que tiene, dentro de este gran país, la vida agrícola. Cuando me permita escribir sobre las granjas del centro —del llamado Mid-West— me extenderé con detalles sobre la expresada cuestión, a mi modo de ver, capital, para entender el complejo mundo norteamericano.

Por ahora, diré algo.

Las formas culturales que crea la vida agrícola han quedado prendidas al carácter norteamericano como los remanentes biológicos que, no cumpliendo funciones ya, continúan en la etapa evolutiva superior adheridas a la morfología específica. Es esto lo que presta un aire caracterológico de *farmer* (granjero) al norteamericano que vemos en la calle. Pero no nos equivoquemos al juzgarlos. Tan sólo se trata de un vestigio que ellos, muchas veces ingenuamente, se cuidan de conservar con orgullo. Al parecer, en los Estados Unidos no se da el deplorable caso del individuo que, una vez conquistada una posición, se las ingenia para borrar el origen humilde. Como no me gusta incurrir en generalizaciones peligrosas (y todas, por desgracia, siempre lo son), podríamos asegurar que el porcentaje de esos individuos es bajo, simplemente.

El deseo de mantener fresca la huella hereditaria de la época agrícola se refleja en muchas de las manifestaciones de la con-

ducta. La vida del norteamericano medio —el hombre que se ha dado en llamar "de la calle"— sigue fielmente los contornos de un modelo que podríamos designar típico, sin temor a equivocarnos demasiado. Este modelo trasunta, aunque bastante modificado por las necesidades de la vida moderna, el ideal de los primeros pobladores del país, todos ellos agricultores que leían la Biblia y simplísimos en sus hábitos coloniales. Se ha dicho hasta el hartazgo que el pueblo norteamericano está constituido por una grande y poderosa clase media. Aparte de la realidad económica que dicha locución encierra, la frase contiene honda verdad. El ideal que los impulsa también es medio y el que falta a él hace vida incipiente y marginal, como les ocurre a muchos intelectuales. El vigoroso ideal que expresa esta gran clase media nos remonta a la época de los Pilgrims.

Se dice, con monotonía desesperante, que el norteamericano es práctico y, creyéndolo decir todo, la ambiciosa definición en verdad no dice nada. Creo bien poco en las intuiciones "tipo Keyserling", aunque ahora me valgo abusivamente de ellas para escribir sobre gentes con quienes estuve tan breve tiempo. ¿Es práctico el norteamericano? Cuando uno lo observa, en sus amplios trajes, caminar con velocidad, tiende a imaginar que es un individuo desprovisto de preocupaciones metafísicas e impulsado solamente por motivos de índole material. Más tarde los he visto orar en los templos. Según me dice un sacerdote católico, el norteamericano es fuerte en sus creencias religiosas en medida mucho mayor que el resto de los cristianos del mundo. Es curioso, sin embargo, observar, cómo muchas veces el sentimiento religioso se desboca por singulares senderos: la vida de los negocios, por ejemplo. El Babbitt corriente tiene fe en el poder del dinero; ha visto el esplendor que éste ha formado y sabe inmutablemente, qué hay

dél poder del destino en su entrañable ferocidad. Lo peor que le puede suceder a un norteamericano, después de perder a los amigos, es no tener *money*. No lo digo esto en tono de reproche. El dinero para ellos es una circunstancia metafísica, que da acceso a la grey, a la comunidad. No lo guardan con avaricia, sino al revés, lo gastan en forma generosa, con aparente irresponsabilidad.

Le ruego al lector que me perdone los copiosos errores que se me deslicen en estas crónicas, destinadas exclusivamente a informar un criterio aproximativo. No creo, en general, que la realidad sea captable por medio de las palabras y menos aún en el caso de un viajero que tuvo de ella una parte menos que congrua. No sé por qué se escriben libros de viaje. Aún el más veraz es siempre tan falso como Judas.

Sin embargo, no habría quedado satisfecho faltando a la fastidiosa costumbre de revivir lo que se ha visto en un viaje más o menos alígero.

En último término, creo cumplir con una tarea de aproximación entre dos mundos dando a conocer lo que a mí me pareció el pueblo norteamericano. Sin ninguna soberbia patriótica, me considero un chileno medio, típico, por tal manera que mis emociones pudo tenerlas cualquiera de vosotros.

Pero, vamos, aquí está Washington. El molesto balanceo del avión en su acercamiento a tierra así me lo está anunciando.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

III

Aunque muy placentero, no es asunto fácil hablar de personas o ciudades. Ambos temas seducen por la vasta diversidad de

imágenes que proyectan sobre nosotros. Pero es precisamente en esa multiforme aptitud para despertar ideas en la que surge la insuperable dificultad que estos temas ofrecen. Si me explico bien, el lector comprenderá que soy de aquellos que continúan reconociendo como fruto del misterio muchas cosas que el pensamiento racional supone suficientemente esclarecidas. Tiemblo de horror al pensar que alguien pudiera creer que intento develar el misterio de esta asombrosa ciudad, Washington, cuya edad no alcanza a dos siglos.

Sin embargo, el rigor con que ha sido construida, siguiendo la delgada línea del estero que la atraviesa —viva flecha verde hundida en su corazón—, ha reemplazado con mucho a la belleza que concede la vetustez. Debí terminar mi crónica anterior diciendo que desde el avión veía una gran y populosa aldea. En realidad, al Washington le falta el engruimiento pétreo de otras ciudades modernas, levantadas con un aire soberbio sobre el paisaje como despreciando la amenidad de sus verdes. Aquí en Washington la civilización arraiga tenazmente a la tierra, y el cemento y la fábrica de hierro no impiden ver la ardilla saltando bajo los cerezos. El trazo arquitectónico se ha sometido humildemente a la ordenación previa de la naturaleza.

Quizá por esa razón, como en ninguna otra ciudad de los Estados Unidos, se respira en Washington un hálito de cultura profunda. Mientras camino por las calles observo en sus habitantes reflejada esa culta quietud. El tránsito de los vehículos no entorpece el andar de los transeúntes, ni éstos a aquéllos. Melódicamente se realiza el quehacer de las gentes en las calles. Un simple "don't walk" basta para detenernos ante una calzada vacía, aunque la policía no se divisa por ninguna parte. Esto llama la atención al principio. ¿Dónde están los afamados *policemen*? Según me di-

ce Alberto Sepúlveda Contreras —Embajador de Chile ante la OEA—, la policía aparece solamente cuando alguien comete una infracción interrumpiendo la natural melodía de las calles.

—No se sabe de dónde surgen —me explica—, tanto así, que uno llega a pensar que están escondidos en las ramas de los árboles.

Es reconfortante saber que uno está vigilado en forma tan gentil, sin que la vigilancia revista un aparato de exhibición, que podría, en su celo, llegar a ser ofensivo. El policía norteamericano es un personaje sonriente, educado y poseído de una alta conciencia del cargo que ejerce como servidor público. Tenemos mucho que aprender de ellos. Las pocas veces que los vi intervenir, siempre lo hicieron con exquisita bonhomía. En Nueva York dirigen el tránsito de ciertas calles —la 42 en sus esquinas más populosas por ejemplo— y lo hacen con civil galanura. El empaque militar lo reservan para oportunidades mejores. También es de celebrar el hecho de que no lleven armas contundentes en las manos.

A pesar de que Washington recibe diariamente un verdadero aluvión de turistas venidos de todos los rincones de la Unión y del mundo, la ciudad conserva un idílico aspecto provinciano. Uno sabe que dentro de los edificios monumentales se debaten problemas de interés planetario, pero fuera de ese conocimiento apenas tangible no hay otra muestra de que estamos paseando por la capital del mundo occídico. Por otra parte, la vertiginosidad del viaje realizado en avión le presta a la visita, por lo menos en las primeras horas, un carácter de ensueño. Nuestra conciencia ha quedado rezagada y no ha viajado con suficiente rapidéz. Estamos aquí, pero hay una parte principal de nuestra persona que todavía no ha llegado.

Cuando salgo del hotel y paso frente a la Casa Blanca, en la calle Pennsylvania, debo gastar mucho esfuerzo imaginativo para

persuadirme de que el cándido edificio es realmente la famosa residencia de los Presidentes de los Estados Unidos. En un comienzo me parece pequeña, aunque demasiado parecida a la White House que he visto en postales y películas. Es un fenómeno curioso, pero que siempre acompaña a todo viajero: las cosas famosas, en su primer contacto, no nos parecen tan dignas de su fama. No cometeré la imprudencia, por cierto, de describir la Casa Blanca. Prefiero que cada uno la imagine como quiera.

La ciudad de Washington es, dentro de su expresión idílica, monumental. Adivino la complacencia con que resbalan amorosamente las miradas de los norteamericanos por la helada piel de estos mármoles. La palabra "memorial" está inscrita en fachadas varias, incitando al respeto y al recuerdo. La historia del pueblo estadounidense ha comenzado hace poco. No obstante, ha sabido sacar copioso partido de la relativa brevedad de su existencia como ente histórico. Se advierte dicha preocupación en el cuidado e ingenuo entusiasmo con que mantienen objetos y cosas desprovistos de todo otro valor que el sentimental. Si tuvieran una Torre de Londres o un Alcázar, como el de Toledo, no sé en verdad lo que esta gente haría con el insaciable apetito histórico que, sin duda, poseen. Lo anoto, de paso, como un hecho conmovedor y dignificante. La ciudad de Little Rock, verbigracia, se enorgullece de los tres Capitolios restaurados que conserva. A su debido tiempo hablaré sobre ellos.

Al parecer, el pueblo norteamericano no se satisface con la conciencia de estar en estos momentos, en el presente túrgido y terrible, haciendo la historia. Quiere tenerla, además, en el pasado. Advierto esa codicia espiritual cuando me llevan a visitar sus monumentos conmemorativos. Las fechas hablan de un pretérito reciente, apenas moribundo en la realidad vívida que nos ro-

dea. No hay, pues, la estelar distancia que separa al europeo de sus orígenes. Se respira aquí un aire fresco de juventud, de lozanía que tiende a simplificar nuestra relación con los personajes conmemorados en la piedra. No sé a ciencia cierta lo que podría hacer yo ante una pirámide en Egipto sin caer en una repelente gesticulación retórica. Pero en cambio sé lo que me ocurre al amparo paternal de la estatua de Lincoln, en donde, por no ser menos que otros viajeros, me hago sacar una fotografía. Lincoln es el ayer que todavía palpita en los problemas de hoy. No es, en un sentido riguroso, la historia lejana que estudiamos en los libros y que sólo en los libros tiene vida. La relación que tengo con este personaje tiene casi un carácter personal.

Lo mismo me ocurre con otros monumentos de esta apacible ciudad, que tiene la impasibilidad de ciertos hombres fuertes en cuyo honor arde la llama de la inquietud. Los treinta y tantos edificios en que funciona el Departamento de Estado me confirman en la sospecha de que todo aquí no es Arcadia. Es algo que no debemos olvidar cuando la sensibilidad se nos enhechice con la aparente paz de estos ámbitos. Bajo la superficie corre a torrentes la sangre de un pueblo que alcanza su apogeo.

Es costumbre decir en Norteamérica que la vida en Washington es poco grata porque se hace demasiada política. No alcancé a captar el sentido exacto de la frase, ya que el hombre medio de este país, al menos en la forma de nuestros pueblos hispanos, no hace política. Es decir, no hacen depender de sus fluctuaciones el porvenir personal. La política en los Estados Unidos no posee el carácter acaparador que tiene en nuestros países. La vida de cada cual se construye y se realiza al margen de esta actividad. Una vez elegidos los gobernantes, el ciudadano descansa en ellos. Nadie anda, que yo sepa al menos, formando agrupaciones y partidos a la

manera nuestra. Nadie trata de entorpecer la tarea del Gobierno, aunque éste reciba muchas veces abundante ración de crítica. De aquí que no logre formarme una imagen cabal de lo que se pretende afirmar cuando se dice que en las márgenes del Potomac se hace demasiada política. No dudo de la efectividad del aserto. Lo que quiero decir es que este "demasiado" en Chile no alcanzaría a los límites del mínimo.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

IV

Washington me ofrece, multiforme, una cantidad de sensaciones que no guardan relación con las que me brindan las otras ciudades que conocí más tarde. Lo cual es, obviamente, natural. Es mi primer encuentro con un mundo extraño, en cuya desinencia zodiacal no influyen los astros nuestros. Aquí, por ejemplo, no rige la gana. Aquí todo está compelido por el deber, por la idea de un Dios bíblico que puede aparecer a cada instante detrás de las zarzas. Que me perdone ese Dios bíblico cuya cólera no me infunde respeto; pero aquí, en Washington, podría aparecer detrás de los cerezos solamente.

Ver estos árboles totémicos de la gran y pequeña ciudad, florecidos, en primavera, y concitando con su ramaje el gorjeo de las aves, debe ser una maravilla.

No tuve esa suerte. Ando bajo los arácnidos que forman sus ramas, desolado y calculando con avaricia la disponibilidad de dólares de mis bolsillos. Hay momentos en que la misma belleza de la plaza Dupont se me escapa, multiplicando, como estoy, divi-

diendo, como me hallo, el precio de cada consumo estricto de urgente necesidad.

Hubo un tiempo en que fue la cordillera la que nos impedía el paso hacia el París brillante y dorado de Luis Felipe. Con esta holgazanería espiritual que nos entregó Dios para suerte nuestra, los chilenos todos habríamos partido hacia el Palais Royal. Pero ahí estaba el macizo andino, deteniéndonos, poniendo un límite a nuestra indescriptible errabundez.

Vinieron los tiempos, y los aviones, con sus hélices, rompieron la escarcha de la masa inmóvil. Para viajar, para ganar la tierra en el sentido más puro de la gana, ya no estaba la cordillera. Aunque presente, aunque aún llena de prejuicios telúricos, la cordillera no existía. Podíamos volar sobre sus cumbres poderosas. ¿Pero qué ocurrió? Con estas ganas que tenemos de universalidad terráquea, y, a pesar de ella, creamos otra interrupción, otra barrera a nuestro escape espiritual. Le dimos a nuestra moneda el valor que tiene ahora. En Estados Unidos me preguntaban a cada paso, por la inflación...

No, mi queridos lectores, no me estoy riendo. Digo las cosas con ironía, lejano imitador de Heine, para contener las lágrimas que llevo. El chileno culto —no siempre lo es—, abismado en la perplejidad del viaje, quizá no piense en estas minucias. Y quizá sea mejor así.

Pero yo, primer Cid de la familia en el mundo exterior, cuando gasto un dólar sé que estoy botando quinientos pesos. Al principio, el afán de dividir se convierte en una manía peligrosa que lo deja a uno salivando ante los platos, como al personaje mitológico frente a la roca que se empeña en no subir la cuesta. Estas cosas simples, directas y concretas, es necesario decirlas.

Desde luego que el plato mítico en cuestión no adereza nin-

gún atractivo especial. La comida norteamericana suele ser tan mala como la chilena. Ni más ni menos. Indudablemente que yo estoy acostumbrado a esta última, desaliñada y frugal como la de un campamento. Pero es indudable, también, que ninguna de las dos comidas son, en su esencia, ponderación del arte culinario. Tan malas son, en su volumen desabrido, como la española. Recuerdo, a propósito, los alaridos literarios que lanzaba Alejandro Dumas en su viaje a España cuando le tocó ingerir los platos de las posadas hispánicas. Debo reconocer, contrito, que son parecidos a los que lancé cuando me hicieron probar el célebre "chicken fried".

En este asunto de la comida es difícil hablar con pleno discernimiento e imparcialidad. El sentimiento de patria, al igual que el de amor, es de origen gástrico. Ambos están enlazados a la función primaria, elementalísima, de la deglución. La patria, en último término, es aquel rincón del planeta en que comemos. Si no me creen, los invito a considerar el orgullo infinito, casi satánico, con que se expresa un húngaro o un peruano, por ejemplo, de la función gastronómica de sus compatriotas. Cualquiera, al oírlos, creería que el goulach o el arroz con pato son los manjares de la vida de los más delicados.

No es así, por desgracia. Nuestra cazuela, remedo castrense del cocido español, no es el mejor plato de la tierra, ni mucho menos. Lo que existe, sí, con relación a ella, es que la humareda que despidе el caldo, con sus islas de choclo y carne en el medio, tiene algo que ver con el sentido espiritual que le damos a la palabra Chile cuando nos encontramos lejos. Nunca olvidaré la cazuela de ave que me sirvió Santiago Polanco en Washington. Aquello era como recordar las palabras substanciales del vocabulario materno.

No obstante, prosigo. A pesar de estos sentimientos que, de-

liberadamente, dejo escapar. Hay pueblos que saben comer con arte y hay otros que solamente afanan proteínas para el cuerpo. Así también hay hombres que aman, quebrando tan sólo la espita del deseo, y hay hombres que se queman, como el Werther, en un Eros Cosmogónico inmortal, tal diría Ludwig Klages. En una palabra, tanto los norteamericanos como los chilenos deglutimos y no saboreamos. Con una terrible diferencia. Mientras ellos, los gringos, se alimentan, nosotros, los hijos de la angosta faja, nos infraalimentamos. Tal es la verdad, considerable y apoteótica.

En la alimentación del norteamericano cunde la leche como un Niágara constante, como un dulce Misisipi. Eso les da ese aire higiénico que tienen y ese aspecto de inocencia que algunas veces criticamos con sorna. Para un hispano, el gringo es un ser inocente. Recuerdo, estremecido, las páginas de "Valparaíso", el formidable libro de Joaquín Edwards. Allí se prueba, eficientemente, cómo la alimentación láctea engendra individuos de carácter lácteo, es decir, amables hacia la vida. No está de más que yo, viejo enemigo de la leche, le rinda en estos momentos un homenaje en esta crónica. Gran parte de la modalidad norteamericana deriva de lo lácteo.

Todo esto, desde luego, no quiere decir que no existan norteamericanos y chilenos amantes de la buena cocina. Entre mis compatriotas destaco, en dicho sentido, y en muchos otros también, la figura de Pablo de Rokha, tan grande poeta como gastrónomo. Conversábamos, hace pocos días, recordando cierto restaurante de Washington, cuyo nombre, con olvido cervantino, dejaré en silencio. Allí se sirven platos que el propio Brillat Savarin habría elogiado.

Pero, basta de comida. La comida hay que comprarla. ¿Con qué? Aparentemente la pregunta tiene un aire demencial, pero,

como ya lo he dicho otra vez, son las preguntas de esta clase las que ayudan a vivir. En mi caso particular, a soñar, que es lo mismo que vivir.

Conmueve contemplar el chorro de dólares que corre por todas partes. Afirmando lo que decía con respecto al valor religioso que el norteamericano le concede a la moneda, es decir, al *money*, pensé que esta disposición saludable de gasto pertenecía un poco a lo que Samuel Butler, en su *Erewhon*, llamó el "banco musical". En *Erewhon*, pueblo muy ateo, al parecer, subsistía la rémora de una creencia. Cada día los habitantes de la ciudad depositaban y sacaban, de ciertos bancos, cantidades soberbias de monedas que... no servían para nada. Así, ganar dinero en Norteamérica sólo sirve para verlo pasar entre los dedos. El *tax*, sí, señor, el *tec*, a usted se lo come. (Estoy hablando del norteamericano medio, desde luego). Sin embargo, todos tan felices. ¿Por qué yo mismo me quedo feliz cuando gasto? ¿Por qué?

En el fondo, en cada gasto hacemos un sacrificio a las divinidades áureas del Dinero, del Dios Dinero, salvaje y agresivo como es. De todos los hombres que conozco, es, tal vez, el norteamericano el más dispuesto a ese ritual. Gasta con una esplendidez que debe tener consonancia con el sacrificio. Y por eso, por catarsis, es feliz.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

V

Estoy en el edificio más grande del mundo. Según leo en el historial que me entregan, esta masa de cemento mide treinta y

dos acres. Para decir verdad, mi ignorancia de los estudios de aritmética del tercer año de humanidades, me ha impedido de arranque, convertir la medida acre en hectáreas, que es lo que todo cristiano entiende. El edificio, grande como es, me ha parecido pequeño en su relación topográfica con la medida acre. Todavía no comprendo, y creo que nunca lo comprenderé, por qué el individuo de la gran familia sajona, tan progresista en otros sentidos, se niega a aceptar a las diez millonésima parte del cuadrante terrestre como término de regulación métrica. El sistema decimal es supremamente lógico, porque descansa sobre los diez dedos de la mano, manera concreta y perfecta de contar que hasta los poetas usamos para escribir endecasílabos, por ejemplo. En cambio, los sajones reposan todo su sistema de medida sobre la artificial modalidad de las dieciséis líneas de la pulgada. Abstrusa modalidad que les intercepta un paso coherente hacia las amplias avenidas abstractas del mundo infinitesimal. No sé por qué el genio yanqui, con su exacerbado afán práctico, no ha relegado al olvido la milla y el galón. ¿Será porque todavía en ellos pervive el odio de Pitt contra el incendio del 1793 francés?

No debe ser así. Son héroes norteamericanos los generales Rochambeau y Lafayette. Frente a la Casa Blanca, estos héroes de la libertad lucen sus trajes de la moda rococó, tan poco guerrera, con un gesto que realmente nos emociona a los amantes de la cultura francesa.

Estoy en el edificio más grande del mundo. Ya éste no se encuentra en Naxos, ni en Micena, ni en Luxor. Se halla en la tierra de los Peregrinos, a las riberas del río Potomac, cuya acentuación fonética nos trae a la memoria leyendas indígenas. Ocupa treinta y dos acres de superficie.

Suponiendo que los puntos del horizonte fueran cinco —es—

toy dudoso de que sean cuatro—, esta fábrica elemental de hierro y cemento arroja cinco lanzas contra los puntos de la mirada. Mientras asciendo por sus amplias rampas, pienso que hubo un tiempo en que el hombre construía tan monumentales edificios para honra y prez del dios que lo regía. De esta proeza arquitectónica dan cuenta los templos del antiguo Egipto y presentan más fresco testimonio las tectonías conmovedoras de los aztecas en el México feliz. Los tiempos han cambiado. El ateísmo, no hecho para la masa, impregnó el cerebro del hombre medio y lo reestructuró, dejándolo postrado.

Este edificio, verdadero templo de la modernidad, no está destinado a la celebración de ningún dios conocido, si es que Marte aún tiene adoradores. No sé cómo los norteamericanos aceptan en una ciudad culta, como es Washington, la presencia sombría de estas paredes heladas que ocupan treinta y dos acres, más o menos. El defender la democracia no significa la glorificación de la guerra.

Estoy en el Pentágono.

Para suerte mía, para más tranquilidad de mi imaginación, no confundo el Pentágono, Ministerio de la Guerra, con el gran pueblo norteamericano, a quien aprendí a amar. Este pueblo es tan digno, en su desgracia de estar viviendo un gran destino histórico, que despierta admiración y respeto. Vivir un gran destino histórico involucra horribles responsabilidades. El romano de la época de Trajano se consumía pensando en la guerra de la frontera romana. Así, estos seres ingenuos se consumen pensando en la cuestión del Medio Oriente. Nunca hablan de la guerra. Nunca me han relatado sus hechos heroicos. No tienen la desvergüenza de los personajes que aparecen en las películas de Hollywood. Me costó abundantes circunloquios averiguar que una persona a quien co-

noí mucho, me contara que había sido herido en acción de guerra. No se ve, además, ningún lisiado en las calles. Y las calles están llenas de lisiados de guerra, silenciosos y a la vez orgullosos de su silencio, erguidos en su ortopedia.

El pueblo norteamericano es superlativamente amante de la paz. Algo que les perjudica en manera inmensa es la producción de películas en que aparece lleno de actitudes melísticas. Este pueblo es deportivo, en el mejor sentido cultural de la palabra —deporte viene de puerto, es decir, donde la gente habla y juega—, y, por lo tanto, nada quiere saber de conflagraciones que no pueden ser dirigidas por un árbitro imparcial.

En el Pentágono me toca hablar con los militares profesionales de la Roma moderna. A propósito, los estadounidenses se ríen a gritos de la expresada denominación alegórica. "Somos la Roma moderna", me decía un muchacho, riéndose con la risa sana de cualquier agricultor antiguo. En el Pentágono, siguiendo el hilo del relato, se nos ofreció un almuerzo. Desde luego, muchos discursos.

No hay gente más amante del discurso que los norteamericanos. Cuando recién llegué a Washington me lo advirtieron:

—Hay que andarse con cuidado con estos gringos. Cuando usted menos lo sospecha, a la hora del desayuno, por ejemplo, se mandan la parte hablando de cualquier asunto.

Honra y prez para los pueblos oradores. De estos pueblos oradores, diseminados en las costas mediterráneas, descendemos nosotros, los chilenos, cabizbajos y aprensivos. Pero cuando la reunión fraternal nos reclama, perdemos el natural mutismo y lanzamos cada discurso... Ahora bien, el norteamericano medio es así, vehemente y proclive a las emociones de la amistad. Estos militares

que me han convidado a su mesa, manifiestan tener verdadera vocación por la palabra. En realidad, son encantadores.

El Pentágono es la expresión más sobrecogedora del llamado imperialismo. Se cuenta que una vez entró a su recinto un simple soldado en comisión de llevar un mensaje a alguien preclaro de la jerarquía militar. Como el pobre hombre no estaba provisto de un mapa para guiarse en las rampas, corredores y oficinas, se perdió... Cuando lo encontraron, al correr de los años, ya no era soldado. Era general.

¡Cualquiera se guía en el Pentágono! ¡Cualquiera se guía en el dédalo de pasadizos que se requiere transitar para llegar a gobernar la mitad del mundo!

El militar norteamericano es un profesional convencido y que tiene una alta conciencia, tal debió ser el militar prusiano en la época del Canciller de Hierro, en Alemania. Es decir, usando un término de mi maestro Ortega, es un individuo que está a la altura del tiempo que vive su patria. Como el sentido de la disciplina es ingénita en la comunidad, no tiene necesidad de pensar en la política. Por desgracia, ¡ay!, en Latinoamérica, los cuerpos militares son los únicos que conservan un estricto sentido del orden y es por esa razón que ellos tienen muchas veces que asumir responsabilidades que no convienen para la sana preservación de la disciplina militar. En Norteamérica, los hombres del ejército, en cambio, reposan su sentido del deber profesional sobre una colectividad que jamás le ofrece incentivo alguno para que lo olviden.

VI

Uno de los males tremendos que aqueja a este pueblo es la televisión. La reflexión no me pertenece. Uno de los oficiales oferentes del Pentágono me lo dice mientras me traslada en su coche a la otra orilla del Potomac.

—No —me dice—. Yo no quiero tener receptor de televisión en la casa. No quiero que mis niños se imbecilicen.

Desde luego, la opinión expresada en esa forma es un poco arriesgada. Los programas de televisión son tan idiotas como cualquiera de los que escuchamos habitualmente aquí en Chile. El azar de la fortuna, hace algunos años, me hizo libretista de radio. Entonces me di cuenta, en modo concreto, de la inefable estupidez que reina en la cabeza de los que tienen que proporcionar placer radial al público. Ni más ni menos que la televisión. Si usted quiere o pretende siquiera volcar un ápice de espíritu en la radiación más vale que presente la renuncia de inmediato al gerente.

Me tocó asistir a un programa de televisión en una importante transmisora. Se trataba de Steve Allen, uno de los más potentes astros de este firmamento radial. Es un individuo de lentes, algo parecido a Bob Hope y que hace una comicidad semejante a la de este "partenaire" de Bing Crosby. Por ignorancia profunda del slang que habla o, sencillamente porque no pertenezco al mundo de sus chistes, su gracia no me hace la menor gracia. En cambio contemplo, un tanto ruborizado, el candor del público. Es el mismo que he visto en las salas auditorios de las radios santiaguinas. Colegialas, marineros, empleadas de cafetería.

Es importante, sí, destacar cuál es el carácter de los chistes.

El hombre de lentes, parecido a Bob Hope, sucedáneo de todos los caracteres medios del país, se está riendo de la máquina. No de la máquina misma, claro está, sino del maquinismo,

Cuando en el siglo XVIII apareció la máquina, como consecuencia directa de la actividad filosófica del siglo anterior, el hombre puso el grito en el cielo, acusándola de poseer poderes satánicos. El arte novelístico florecido en el siglo pasado no es sino la mera exposición de esta protesta romántica del europeo justamente asustado por el poder creciente del aparato mecánico. Casi parecería impropio que yo, hijo de la era atómica, protestara nuevamente. Sin embargo, el despuntar de la protesta me empuja en el interior del alma y no lo puedo contener.

Por algo Steve Allen, el cómico más celebrado de la televisión norteamericana, se permite hacer chistes a costa de la máquina. Por ejemplo, de aquella que se encuentra en el Correo Central de Nueva York y que le responde a usted con un gentil "Thank you" cuando le ocurre depositar diez centavos para obtener un sello postal. Indudablemente que al genio de la máquina se le pasó la mano. La gentileza es propia del hombre y nada más que del hombre. Porque es forma de amor.

No obstante, en su afán de placer y confort, el hombre moderno está transgrediendo ya, por decirlo así, fundamentales principios morales. La máquina le ahorra el pensar, el calcular, el defenderse, en una palabra, de las asechanzas de la vida.

La máquina puede convertirlo en un monigote, en un títere. Al defenderlo de la asechanza trivial, el aparato mecánico le destruye los reflejos más connotados. En tal forma es así que el propio inocente barómetro se transforma en un enemigo del hombre. ¿Por qué no presentimos la lluvia como los animales? ¿Por qué no presentimos la tempestad, tal le sucede a las aves cordilleranas?

Sabemos mucho de la ciudad y no sabemos nada del paisaje. La máquina nos roba la actitud refleja contra el frío, calentándonos, y nos despoja de toda defensa natural contra el calor. Es decir, la máquina, en último término, nos deshumaniza. Un mundo inspirado en la idea del confort, idea piadosa y humana, es un mundo que, paradójicamente, corre el destino horrible de deshumanizarse. No es natural que se le guíe al hombre como si éste fuera un demente. El "watch your step" con que la negra del ascensor le cuida a usted el paso es sobrado. Alguien me dice que todas estas precauciones están tomadas para proteger a los niños. Lo reconozco. Pero es que toda la vida norteamericana está hecha para los niños. Adulto como soy, con mis viejas manías y neurosis, aquí me siento algo incómodo.

Sin embargo, este gran pueblo, piadoso y lleno de esperanzas en el futuro, tiene un grave problema, derivado precisamente del amor extremado hacia los niños. A los niños no se les puede mimar. Esto lo sabemos desde la época bíblica. A los niños hay que tratarlos con algún rigor, con el rigor civilizado para con el salvaje. Los norteamericanos, en su deseo de protegerlo, en su deseo de hacerlo feliz, sobrepasaron la ley fundamental de toda pedagogía. El niño no puede ser golpeado. De acuerdo. Me imagino que es feérico un mundo en que el padre no puede levantarle, como decimos acá, la mano a su hijo.

Empero, me voy a permitir contarles una anécdota. Es algo que acaeció hace poco en el mundo feérico en que el padre no puede castigar como en los tiempos de Abraham y el sacrificio de Isaac. Un granjero del medio oeste, o de algún lugar semejante, le prohibió a su hijo que ordeñara la vaca porque ésta aún se hallaba asistiendo lácteamente al ternero. El muchacho desobedeció la orden y el padre, en consecuencia, creyó que podía ejercer la ma-

mus paterna. El derecho romano y divino estaban de su parte. El engreído vástago recurrió a la madre y ésta le dio la razón al papá. Fastidiado, entonces, se volvió hacia el hermano mayor. Este tampoco, al parecer, escuchó su queja.

El niño, profundamente herido, cogió una escopeta y escupió todos los tiros del arma contra el padre, la madre y el hermano mayor. Los tres actualmente reposan en un cementerio de Norteamérica.

No quieran ver pesimismo en lo que acabo de contarles. El hecho sucedió hace poco y conmovió a toda la opinión pública norteamericana.

Personalmente, tengo un poco de susto.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

VII

Una de las contribuciones más valiosas del pensamiento surrealista a la descripción del paisaje y del mundo es, sin duda alguna, aquella que hizo al incorporar el término "metafísica del lugar" al vasto vocabulario de la poesía descriptiva. Pocas ciudades se hacen más merecedoras al término metafísico como Nueva York. Erguida, fundamentalmente, en la isla Manhattan, sobre los dos brazos del río, deja fluir hacia el "downtown" el conjuro de sus avenidas pobladas de gentes y problemas.

El lugar metafísico es aquel en que puede surgir, como desembridado y piafante, el misterio. Hay rincones en esta ciudad que uno presiente malsanos, desde el punto de vista espiritual, como cargados de la perversidad de la jungla. Existen ya, por otra

parte, al igual que los de París, Los Misterios de Nueva York. Uno comprende aquí cómo puede la vida desenvolver a cada momento la más insólita aventura. Mirar una vitrina, poblada de objetos misteriosos cuyo empleo ignoro, es ya una especie de peripécia. A los hombres nos gusta mirar las mercerías y ferreterías. Con una mirada absorta de grave ociosidad, me he pillado muchas veces mirando estos objetos en las vitrinas de Santiago, objetos infinitamente curiosos, como taladros, cautines y alicates. Pues bien, no una sola vez, sino varias, me he sorprendido en la misma contemplación en Nueva York. Pero ahora mirando tiendas femeninas.

Son fascinantes los trajes que aquí se exhiben en una sensual profusión de encajes, sedas y pieles. Uno advierte el sabor de la vida. Para el perfumado cutis de la mujer, este *dressing* que aquí se muestra es un verdadero encanto. No me extraña nada que al aliño de la comida le den el mismo nombre: *dressing*.

Algo que no sabía y que imaginé siempre como una de las tantas ficciones de Hollywood es que la mujer norteamericana tiene un gran *chic*. Lo creía propio e indisoluble de la mujer francesa. Con sumo agrado puedo comprobar mi error, al verlas modosas y gentiles transitar por estas calles cargadas de misterio. Debo reconocer, además, que andar por las calles de Nueva York no es empresa difícil. Por razones que se me escapan, los peatones no tropiezan a la manera nuestra. Ofrece mucho mayor dificultad caminar por la calle Ahumada, que por el Times Square, por ejemplo. Una persona de mucha inteligencia me decía que esto se debe a que el transeúnte en Nueva York va hacia algo, cumpliendo un deber, y el transeúnte hispano, por lo contrario casi siempre devanea. El verbo francés "flamer" lo diría todo.

Si uno llega a tropezar con alguien, no recibe la mirada de

furor con que aquí nos disuelven los sensibles peatones santiaguinos. El hombre o la mujer de Nueva York se da vuelta para suplicarle, con bastante melancolía, por cierto, un perdón que concedemos con placer. Es esto lo que forma el espíritu civil de esta gran urbe. No podríamos decir, desde luego, que exista en Nueva York la misma armonía del tránsito que en la aldea maravillosa que es Washington. No olvidemos que Nueva York, en su esencia íntima, no es ciudad típica de Norteamérica. Nueva York, en su hervor cosmopolita, le pertenece al mundo.

Hace poco me tocó ver un film que pudo llegar a las alturas máximas del cine si no hubiera caído en una especie de empalago sentimental. Se trata de "Jenny", película de Joseph Cotten, el gran descubrimiento de Orson Welles. Nueva York aparece en el film, en una especie de bruma exquisita de poesía y dulce irrealidad. Ahí estaban los lugares metafísicos que palpé con la mirada: El Central Park, el Village, el barrio de Bronx, populoso y tenaz.

Como no soy comerciante, ni amo las cuestiones difíciles que engendra el dinero, poca atención puse en los sombríos edificios del barrio financiero. Pero sí me quedé arrobado frente a la belleza del antiguo cementerio holandés que ocupa una esquina de Wall Street. A unos cuantos metros queda el Consulado General de Chile. Y más allá, el muelle que nos lleva a la estatua de la libertad.

Es curiosa la imaginación del hombre. Esta mujer con su gran antorcha encendida es la libertad. Así concebimos este don abstracto por el que la humanidad ha peleado desde sus orígenes. Así la pensaba Víctor Hugo, de quien se conoce la incapacidad para las ideaciones abstractas. El sublime bardo lo pensaba todo en materia, en formas duras y completas. Desde la cabeza encen-

dida de amor hacia la humanidad voló esta tremenda mujer para venirse a instalar en la bahía del mayor puerto de la tierra. Me he negado, por cierto, a escalar sus entrañas. Me habría parecido una profanación turística. Me quedo a sus pies, hijo de la libertad como soy, tembloroso de una indescriptible emoción.

Pero estoy en el Aeropuerto La Guardia. Breve ha sido mi paso en esta ocasión por Nueva York. Espero que se desvanezca la bruma y que el avión que me conducirá hacia el Estado de Arkansas pueda emprender el vuelo.

Dejaré para el último esta enorme urbe, cuyo encanto y seducción ponen aún en mis palabras una inmensa nostalgia.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

VIII

Cuando me invitan, de acuerdo con el itinerario anteriormente redactado, a visitar el Estado de Arkansas, me imagino, de primeras, que estos funcionarios del Departamento de Estado piensan llevarme a los antípodas, tan lejos me parece que debe estar la concreción geográfica de este nombre exótico. Mientras nosotros pronunciamos la palabra Arkansas en forma grave, siguiendo el ritmo prosódico español, los norteamericanos, por no sé qué extraño afrancesamiento, la pronuncian en forma aguda y cambiando la última letra "a" por una "o" bastante inusitada.

Bien es cierto que el Estado de Arkansas fue descubierto y colonizado por gente venida de la verde Galia. Aquí llegó hace tres siglos el aventurero y adelantado descubridor francés Jean de la Harpe. En el seno ribereño del río Arkansas, uno de los tan-

ros que desaguan su caudal en el Mississippi, encontró una pequeña roca, diferente en su brevedad de las rocas del Gran Río. Con la economía verbal que distingue a los hombres de acción, Jean de la Harpe bautizó el lugar con el simple nombre de "la petite roche". La posterior influencia sajona cambió la denominación en "Little Rock", aunque conservando, como se ve, el sentido elemental del bautizo originario.

Little Rock es la capital de Estado de Arkansas. Situada a más o menos cien millas hacia el oeste de la ribera occidental del Mississippi, Little Rock tiene el orgullo de ser un punto adelantado de la civilización. No podemos olvidar que por estos campos pasó, alucinado y enfermo de poesía, uno de los más grandes descubridores de la clásica hispanidad, el recio Hernando de Soto, acaso el más grande de todos.

A una edad propecta, en que el hombre busca el descanso y la tranquilidad en el hogar, este gigante, con un poderío de imaginación digno de los tiempos homéricos, abandona a los suyos y se lanza a la búsqueda de la fuente de Juvencia, desde antiguo afamada. Es curioso que se haya creído que esta milagrosa fuente de juventud estaba en los Estados Unidos. Ahora mismo, con el avance tenso de la ciencia, no son pocos los que siguen pensando igual, si bien ahora no se la considera como una mera ebullición termal.

La ciudad de Little Rock es una típica creación norteamericana, invadida de árboles por todas partes. El árbol, su amoroso cultivo, está unido a las empresas de un pueblo que consecuentemente tiene un leñador como a uno de sus más grandes héroes. Los árboles inmensos de Norteamérica, entre los que destacó el célebre y verde roble, modelan el cuerpo de un paisaje apto para el trabajo del pionero. Ahora bien, la ciudad de Little Rock descansa a la sombra de árboles que la pintura decimonónica inglesa

envidiaría para sus cuadros. El propio Turner se relamería aquí de gusto.

Nosotros, en cambio, hemos desnudado la ciudad. El pobre transeúnte santiaguino no sabe dónde meterse en los calurosos días de febrero.

Con sus doscientos mil habitantes (es un cálculo aproximativo solamente), Little Rock se jacta de ser un centro de cosmopolitismo racial. Aquí hierve la sangre francesa de los primeros conquistadores junto a la de muchos pueblos que llegaron más tarde a participar en la obra de civilización que la ciudad cumplía más allá del Viejo Río. Este cosmopolitismo étnico se advierte en la gentileza de su sociedad. Aquí, por primera vez, no eché de menos mi incapacidad para expresarme en la lengua de Poe. Puedo hacerlo en francés, en forma casi corriente, con muchas de estas alegres y gentiles damas de la sociedad de Arkansas.

Nosotros, en Latinoamérica (muy fea expresión es ésta, en verdad), cuando se nos ocurre salir de las capitales caemos al vacío cultural. Todo en nuestros países lo detenta la capital política, como si ésta fuera la única digna de los esfuerzos culturales colectivos. Nos hemos ceñido demasiado a la idea de la República indivisible, creada por los hombres del 1789, en París. Esta idea, en el mejor de los casos, no ha sido otra cosa que un atropello constante a los ideales regionales. Con la excepción privativa de Colombia, cada país de Hispanoamérica tiene una sola capital en la que se proyecta, en una especie de haz unívoco, todo el acervo espiritual de la nación.

Little Rock, pequeña ciudad norteamericana del sur, en cambio, cuenta con todas las comodidades de Nueva York, y, además, agrega a éstas el goce de una vida tranquila en que los nervios viven como sumergidos en sedante bromuro. Provinciano como soy,

en el sentido romano de la palabra, aquí siento que mi existencia podría encontrar un destino amplio de felicidad.

Pero soy de allá. Pertenezco al mundo que habla español. En Little Rock, en el seno de esta atmósfera cristalina, puedo reflexionar un poco acerca del destino parejo de estos idiomas, el inglés y el castellano, tan unidos en la consecución de ideales, más o menos semejantes, de libertad y democracia. A través del alto muro que separa a estos campos lingüísticos, se ha filtrado toda clase de expresiones y formas de manifestar ideales de vida. Nosotros, los hispanos, hemos recogido de ellos, los sajones, casi todas las palabras de la técnica. Se entiende que sea así. Mientras ellos inventaban —que inventen ellos, decía Unamuno—, nosotros seguíamos ensoñando, como dándoles vuelta la espalda a las exigencias de la vida moderna. Pero, en tanto, los sajones nos arrebatában palabras también a nosotros, y palabras todas destinadas a expresar ideas de valor. Es nuestro legado al mundo de habla inglesa. Comprendo esta tendencia de los sajones cuando los veo inclinarse hacia mí para preguntarme cómo se dice "I love you" en la lengua de Cervantes.

Los tres capitolios memoriales, por decirlo así, de la ciudad de Little Rock, nos están hablando de la íntima fusión con el pasado que persevera en el espíritu de sus habitantes. Toda fusión con el pretérito indica siempre la existencia de una predisposición hacia la cultura. En dicho sentido, Little Rock es ejemplar. Mediante la conservación de estos edificios, que nada nos dicen de belleza arquitectónica, los hijos de la "petite roche" afinan en una firme roca sus ideales presentes.

¿Dónde está, pues, el norteamericano desarraigado? Confieso que durante años creí en el mito del desarraigamiento norteamericano. Hombres sin raíces fueron, tal lo aseveran múltiples histo-

riadores, los campesinos egipcios de la última época. Desarraigado fue, aunque por otros motivos, el retórico romano de la época de la decadencia latina, que tanto agradaba al desarraigado Verlaine. ¡Pero un pueblo que está haciendo historia, equivocado o no equivocado, tiene que sentir con disfrute la reconfortante médula que asciende por las raíces hundidas en el limo del paisaje!

A estas ideas esenciales nos conduce el espectáculo de esta ciudad de Little Rock, confinada en el paisaje, pero abierta al rumor de la historia.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

IX

El Estado de Arkansas me presenta, bajo el ropaje norteamericano, dos aspectos que han interesado a Chile desde hace más de cien años. Son las mismas faces que muestra nuestra nación ante el sol de la economía y la riqueza. Por un lado, la faz minera, de la industria extractiva; por el otro, la de la agricultura y la elaboración de los productos del campo. Los dos aspectos, sumados, dan al Estado de Arkansas una fisonomía que lo distingue profundamente del Estado de Texas, por ejemplo, su voluminoso vecino de occidente.

En el Estado de Arkansas se produce más o menos el 93% de la bauxita norteamericana. El día del año 1825 en que, por tratamientos químicos especiales, el danés Hans Christian Oersted obtuvo, por la vez primera, el aluminio, se puede decir que comenzó la edad moderna. La historia posterior se ha reflejado constantemente en este metal liviano, que tiene algo de la pluma del

pájaro. Por lo menos, desde la época de la visita del químico Deville al Napoleón odiado por Víctor Hugo, poco después del golpe de Estado que lo llevó al trono.

Muy cercano a Little Rock están situados los yacimientos de bauxita, una de las más grandes riquezas de Arkansas. Tiene algo de lunar el polvillo blanco, antes del tratamiento electrolítico. Ilusionismo de los metales. Quizá porque soy nacido en el verde Sur, en la Frontera araucana, amo muy poco la minería y, por el contrario, le tengo infinito recelo y desconfianza. Los países que viven a la luz de sus resplandores súbitos y variables, puede decirse que viven de ilusiones.

Tuvimos nuestra parte de ilusionismo colectivo en el salitre, y su historia, que comienza con sangre, acabó con duras decepciones. Aunque convencido de la poesía minera —basta recordar que uno de los grandes poetas del romanticismo alemán, Novalis, en cierto modo fue minero—, y del bullicioso folklore que engendra, no veo en la minería una vía segura de aproximación al porvenir. Para suerte suya, los norteamericanos están asistidos por la fuerza incontrarrestable de una agricultura próspera.

Tengo ocasión, como ya lo decía, de conocer el aspecto agrícola del Estado de Arkansas. La agricultura, casi es obvio decirlo, como en todos los Estados del Sur, constituye la principal fuente de ingreso, no tan sólo de la economía, sino que también de la agrídulce formación del carácter. La agricultura es la que hizo posible la aparición de los llamados caballeros del sur, que alcanzaron a vivir una época que, como la de los griegos, descansaba sobre el horrible concepto de esclavitud.

De acuerdo con la línea trazada por el Departamento de Estado, y aunque personalmente no me siento atraído por la vida eglógica, voy de visita a la granja modelo que posee, aquí, en

Arkansas, uno de los Rockefeller. Tampoco me agrada mucho que digamos hablar de estos personajes del mundo brillante del dinero. Al poner el adjetivo brillante confieso que mi mano ha temblado un poco. Desde luego, no tengo el concepto ingenuo de Rubén Darío, concepto de asco formulado a nombre de la poesía por el oro "vil". No creo que haya sido tan vil el oro, si con su adoración constante consiguió arrancar al hombre de las tinieblas de la ignorancia y lo precipitó hacia la luz. Pero mi reconocimiento histórico tampoco me dota de la energía espiritual necesaria para hablar de los multimillonarios de Estados Unidos o de cualquiera otra parte de la historia.

Debo hacerlo, eso sí, guiado como estoy por el propósito de no callar aquella porción de mis impresiones norteamericanas que acaso interesen al público lector. No vean en esto una proclive manifestación de incondicional simpatía hacia el pueblo norteamericano. La verdad es que debo declarar que me sorprendió, de manera indecible, un hecho, aunque avisado como estaba anteriormente de su extraordinaria existencia. El administrador general de la finca de Winrock Rockefeller es un distinguido hombre de color, de tan oscura tez como la de Paul Robeson, y de tan clara percepción intelectual como la del célebre cantante. No es muy común el hecho y, en consecuencia, la primera cosa que se nos ocurre preguntar si no es "porque el señor Rockefeller" lo quiere así que se da al mundo tan extraño fenómeno y, precisamente, en uno de los Estados que de antiguo fueron esclavistas y que derramaron su sangre defendiendo dicha causa. La voluntad o el capricho de un millonario, uno piensa, generalmente son recibidos con unánime acatamiento.

Sin embargo, y este es el hecho extraordinario, no ocurre en esa forma dictada por nuestra natural suspicacia. La relación entre

estos hombres, entre el blanco multimillonario y el agrónomo negro, es de índole natural. Ambos obtienen proficua ganancia de una relación que al principio concebíamos como imposible en una región tan fuertemente atada a las tradiciones.

Si hay algo que pudiera desalentarnos en este viaje por la vasta nación que Lincoln ayudó a formar, es el discutido tema de la segregación racial. El pueblo norteamericano no teme hablar de los sombríos y turbadores problemas que la segregación racial produce, pero sabemos que esa impavidez mental es algo que ha tenido que crear casi a la fuerza, rompiendo poderosas vallas atávicas. Este esfuerzo es digno, por todos motivos, de aplauso. Pero la segregación continúa, y muchos de los ciudadanos de este país, la gran mayoría, por decirlo así, están de acuerdo en que debe ser borrada en forma drástica.

Mientras tanto, el dueño de la finca, acompañado de su leal e inteligente "manager", nos ha ido mostrando la pequeña, pero maravillosa hacienda, en la que todos los adelantos de la técnica componen un delicioso cuadro de nuevo cuño poético. Reconocemos que el mantuano Virgilio no podría repetir sus Eglogas, y que el propio Garcilaso echaría de menos, aquí, a sus pastores, Salicio y Nemoroso. No hay sitio para esta clase de expansiones semiclásicas, expansiones que, sin embargo, dieron golpe feroz a la cerviz de la monarquía en Europa. No olvidemos que los hombres de la Revolución Francesa eran "pastores" amantes de la naturaleza, en el sentido más virgiliano de la palabra pastor. En esta finca, aunque no se ven las ovejas, abunda, por el contrario, el ganado vacuno y de la clase más excelsa. Se trata, nada menos, que del célebre Santa Gertrudis, por cuyas venas circula sangre de viejo abolengo. Son el producto zootécnico de la mezcla de la bestia tejana con la hindú.

La visita ha sido, en todo caso, de fascinante interés. Querría imaginarme el Valle Central chileno y los pequeños valles del Norte Chico poblados de fincas parecidas, en que el saber científico aunado al ingenio concretan visiones paradisiacas y ancestrales. Como veís, me sigue hostigando la idea que irradian los santos telúricos del agro.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

X

Después de atravesar, mediante la presteza inaudita de un avión, muchos grados de longitud en la gran ruta del oeste y de cruzar por una de las avenidas laterales de la ciudad de San Francisco, llegamos a Palo Alto, villa situada a unas treinta millas de la gran urbe californiana. Estamos a tres horas astronómicas de Nueva York y ha sido necesario cambiar de nuevo los relojes, operación que ya hemos hecho al llegar a la capital de Arkansas.

La denominación del encantador villorrio a que llego, fatigado y ahído de sensaciones, obedece al igual que otros lugares de la tierra a perseverantes creaciones míticas. En este caso, el mito fue un gran árbol emplazado en las proximidades del Santa Clara Valley. Su botánica esbeltez, que lo hacía surgir como a un gran mástil en la floresta, dio origen al nombre de Palo Alto, que lleva ahora la población allí agrupada en el gozoso clima de California.

En un comienzo es conmovedor advertir la abundancia de nombres hispánicos que diseñan y configuran esta tierra acariciada por las olas del que podríamos llamar "mare nostrum", el inmenso y lunar Pacífico. Según leyendas sumergidas en los conoci-

mientos más ancestrales de la humanidad, esta órbita en que mueve sus aguas el océano más grande del planeta fue ocupada en un tiempo por nuestro satélite, antes que se desprendiera del costado materno. Leyendas sé que son, pero me recrea recordarlas en la aromática prestancia de este clima, tan lleno de sutiles evocaciones hispanas.

Cualquiera creería, me dice Ronald Hilton, Jefe del Departamento de Español de la Universidad de Stanford, que aquí en California vive una minoría española aplastada por el peso enorme del mundo sajón.

En realidad, uno está tentado de creer que en esta región las denominaciones ibéricas podrían estar vinculadas a algo parecido. San Antonio, San Francisco, Palo Alto, Santa Clara... Todos estos nombres nos hablan en forma directa al oído del corazón y contribuyen a engreirnos un tanto. En verdad, por estas tierras pasaron muchos hermanos nuestros, anónimos y aventureros, que yacen actualmente envueltos en la capa de su humus feraz. Muchos chilenos, en la época del *rush* del oro, llegaron a California, a la encantadora comarca en que Sutter perdió una fortuna por culpa del áureo metal. Entre estos chilenos, uno de los más grandes de todos, nuestro Vicente Pérez Rosales, cuyos trabajos y empresas varias son motivo de constante admiración. No puedo menos que recordar su nombre, sinónimo de lo mejor de nuestra raza, cuando camino por estos sonrientes lugares, amagados en un tiempo por la fiebre de la riqueza.

Mas esto no es todo. En Palo Alto, limítrofe a la población, funciona una de las Universidades que más interés ofrecen para nosotros, los pertenecientes a la familia hispánica. El Departamento de Español no sólo cuenta con numerosos alumnos, sino que, al través de los vínculos que ha establecido en los países de habla

castellana, constituye un valioso lazo de unión entre las colectividades hispánicas y sajonas.

La historia de la Universidad de Stanford pone a prueba nuestra capacidad de proyectar la ternura inmensa en el alma. Esta capacidad de proyección sentimental es la que nos hace comprender la esencia íntima de los héroes y los santos, ciudadanos simples como somos, horros de heroísmo y santidad. Stanford University es el resultado de un voto hecho en Roma por el senador Lelan Stanford, cuando en los días finiseculares la crueldad de la muerte le arrebató a su único hijo de quince años de edad.

Observamos con emoción los edificios que conservan poderosos rastros de la luminosidad mediterránea que el acongojado padre tanto amó. De esto ya hace más de medio siglo; pero perdura su memoria en la imaginación de las gentes que habitan los claustros de la Universidad.

Entre los trabajos a que se ha comprometido el espíritu que reina en esta casa de cultura, en el espiritual "campus" que la forma, destacamos la obra del Centro de Investigaciones Científicas de Stanford. Visitando sus diversos departamentos, comprendo hasta qué punto la ignorancia del estado actual de la investigación en el orden de las ciencias físicas me priva de un deleite que podríamos designar, sin violencia alguna, de poético. Es indudable que la parte más fresca y más fructífera de la imaginación del hombre es la que se dedica actualmente a la ciencia: sus descubrimientos y hallazgos han dejado, con mucho, atrás al arte. En las profundidades del mundo infinitesimal, el hombre ha conseguido crear un edificio estelar formidable que la poesía envidia.

Es aquí donde veo una máquina, aludida en crónica anterior, que ha logrado, con la complejidad del arte que la mueve, conturbarme. Destinada a una de las casas bancarias más grandes de la

Unión, la máquina recibe el cheque, lo contabiliza, entrega el saldo de la cuenta corriente y lo devuelve, escéptica, cuando no existe necesaria provisión de fondos para efectuar el pago. Alguien me sopla al oído, que lo único que falta es que dé aviso al notario y a la policía. Todo esto lo realiza este desborde de la fantasía mecánica, mediante el uso de cerebros electrónicos debidamente preparados para su sórdido ejercicio. Debo confesar que no pertenezco a la legión más o menos romántica de los que claman contra la máquina. Descansamos en ellas y, en cierto modo, son también hijas de Apolo.

En Stanford, simultáneamente, experimento el extraordinario placer de conocer una auténtica hija de Apolo. Ha logrado rescatar esos rayos que en los tiempos de la lucha de Aquiles y Agamenón produjeron entre los aquivos "desdicha tanta", tal diría el padre Homero, y rescatándolos con avaricia los entrega convertidos en energía mecánica a los hombres. Se trata de una máquina solar, maravilloso aparato que logra levantar el nivel de nuestro entusiasmo hasta la altura del azul firmamento californiano.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

XI

Una grave meditación suscita cualquiera comparación o paralelo que se establezca entre el desarrollo del idioma español y del idioma inglés. Según tengo entendido, y en eso concuerdan muchos eruditos, que no lo afirma un simple cronista como yo, el idioma castellano ha quedado rezagado con respecto de la lengua inglesa en todos aquellos órdenes relacionados con la reali-

dad ofrecida por el mundo moderno. Flexible y tenaz para interpretar elevados estados de goce espiritual o de trascendencia religiosa, nuestro idioma carece de la misma flexibilidad y tenacidad para captar virtualmente la Era Atómica, caracterizada por su grandioso maquinismo y su enojosa rapidez. Es así como ha ido perdiendo trecho considerable en los ámbitos del planeta. Motivo de condolencia, y no de poca, es advertir cómo el maullido sajón —y así llamaba Ortega y Gasset al inglés— nos ha ganado terreno, desplazando la sonoridad exhaustiva del idioma de Cervantes. Algunos eruditos concuerdan en pensar que esta paralización de su desarrollo se debe en gran parte a las Academias y a las gramáticas que "fijan", sin darle esplendor positivo. La lengua inglesa, en cambio, ha crecido espléndida, desmadejando ávidas raíces en las profundidades del mundo moderno, y atropellando muchas veces la índole misma de su pasado clásico.

La lengua "yanquee", muy parecida a la inglesa, ha superado a ésta en habilidad para capturar las complejidades ofrecidas por el sentido nuevo que impuso a la vida el actual desarrollo industrial y económico. No nos importe que descuelle escasamente como lengua estética —lo cual, por otra parte, es falso—; impórtenos, por el contrario, su extraordinaria flexibilidad para formar nuevas palabras y para adiestrar sus verbos en usos y empleos inusitados. Las lenguas se construyen a base de este descuido verbal; no son sino instrumentos puestos a disposición del sentir. Y el sentir cambia a cada paso, según la vida derive hacia uno u otro lado.

El habla parecida al inglés que emplea el norteamericano está provista de ingente energía para expresar en forma económica todo lo que un individuo corriente puede y quiere, además, decir dentro del angosto cauce que le reserva la vida. Sin embargo, aun-

que nos parezca paradójal, esta lengua económica, alquitarada y casi exangüe, es la más apta, hoy por hoy, para expresar las altas emociones de la poesía. El inglés ha seguido por caminos distintos, el áureo reflejo del idioma francés, curiosamente podado por la filosofía abstracta del siglo dieciséis. ¡Y ya sabemos lo que en el terreno de la literatura produjo el francés durante la luminosa centuria del ochocientos!

Aquí, en Palo Alto, he podido conocer un esfuerzo aún mayor de simplificación. La simplificación idiomática del inglés es lo que le ha brindado márgenes extensos de expansión terráquea. Es el único idioma que tolera el hecho, inaudito para el castellano, que se le hable mal. Es su destino ser un idioma de marineros y puertos. No tomen en sentido peyorativo esta frase. El hecho es excelso, porque lo ayuda a impregnarse de sentido planetario. En este fenómeno curioso, son los norteamericanos, por sobre los ingleses, los que más han aportado simplicidad. Por eso hoy es vehículo universal de entendimiento humano. Pues bien, estos hombres del Centro de Investigaciones de Stanford han estirado la goma a un extremo sobrecogedor. Para mí toda ansia de establecer fusión humana a través de las palabras, que dicha ansia esté condenada al fracaso, es respetable. El ensayo esperantístico es respetable en su afán de confeccionar lazos concretos en una humanidad separada y hostil. No me refiero, empero, al esperanto.

Me refiero a la interlingua, último ensayo de fusión humanística por medio del idioma. Mi decidida y ardiente adhesión a la poesía encuentra hoy un espejo donde mirarse. Desde luego que esta misma adhesión poética se encarga también de separarme de la interlingua.

Pero veamos, primero, lo que este ensayo es y representa. Nació del propósito de crear una "scientific language", añorando

acaso la operancia pretérita del latín, antigua vinculación de la sabiduría y que hoy sólo sirve para las relaciones eclesiásticas del catolicismo.

La interlingua es el fruto de los trabajos del "Stanford Average European" y cumple con el cometido de dar a las lenguas romances, derivadas del bajo latín, un regato común de afluencia. Pero es mejor que dé un ejemplo, sacado del Boletín N° 5 del "Research for Industry" referido a la máquina solar que en crónica anterior evocaba. El siguiente párrafo me ahorra innecesarias explicaciones:

"Ben que le calor del sol esseva usate per le homines in le distante passato pro evaporan aqua marin e obtener sal, ben que illo esseva usate pro aperir le porta de templos e pro resolver statuas, le applicacion practic in iste campo ha paucio progredite, e isto in despecto de nostre avantiata tecnologia moderne".

La poesía, en la época de Apollinaire, también trató por su parte de desembarazarse de las cadenas que aún ahora la atan, servilmente, a los lenguajes particulares de la humanidad. Quiso erigir el pecho nueva brillante sirena, para encaramarse en la cresta de la ola, allí donde aún reina solitaria la música de la procela. Ensayo condenado al fracaso es, pues, la interlingua creada por los estudiosos de Stanford. ¡Pero qué hermoso es, con todo, intentar algo así!

Un pueblo uncido a esta clase de preocupaciones no tiene nada que ver con la desdichada imagen que recibimos de parte de su poderío. Han constituido un imperio triunfante, avasallador y, al parecer, incontenible. Siento que estoy situado al otro lado de la línea divisoria del tremendo juego; pero no puedo dejar de reconocer que este poderío está acompañado de fina espiritualidad. Un pueblo que ha producido a Poe y Henry James, por coacción o

no, esconde, en su entraña, poderes que escapan a una somera evaluación partidista. Así, la industria que han levantado las laboriosas manos de Norteamérica reposa en la cumbre del saber teórico e intelectual del pasado; y no podemos, por lo tanto, divorciar teoría de aplicación práctica del pensamiento puro. El centro investigador de la Universidad de Stanford me ayuda a comprender cuán aparente es la contradicción, alimentada por la ignorancia, entre el juego, muchas veces, ilusorio del filósofo y la faena siempre certera del fabricante. Ambos están unidos por una corriente nerviosa, invisible para la vista profana y cargada de prejuicios.

Ahí está la poesía de la vida, en la visión potente de esta mezcla y fusión entre el pensamiento puro, el afán desinteresado, y el prurito industrial, tremante de interés.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

XII

Hiere el blancor de la edificación —esbelto abanico abierto sobre las playas del Pacífico esmeralda— y hie.e la imaginación evocar la armonía de su nombre, tan lleno de resonancia seráfica. Es el nombre que menos le corresponde a esta ciudad orgullosa de su destino, de su belleza y del cosmopolitismo de sus calles. Es tan orgullosa, que, endulzando la natural amargura del recuerdo, se engríe del terremoto que la asoló hace cincuenta años en un aciago mes de abril. Los diarios están llenos de referencias a la fecha infortunada. Evoco, al acaso, una melodía puesta en boga por la película de Clark Gable y Jeannette Mac Donald, sobre el sísmico estrago. Cuando le expreso a un norteamericano el núme-

ro de víctimas que nos dejó el último terremoto chileno, abre los ojos asombrado y cree sin duda que estoy desvariando. En esto, señores, no nos gana nadie.

La ciudad de San Francisco, tanto como Shangai y Valparaíso, está ligada a ensueños de carácter exótico. Respiramos el perfume de pebetero que contiene el exotismo, al caminar por las calles de esta brillante ciudad. Desde luego, en cuanto nos dispensan de ciertas obligaciones sociales, hemos partido hacia el "China Town", como llevados por perversa fruición de abandonar el mundo que tanto amamos, el mundo de más acá de los Urales. Sin duda, me mueve a este gesto la lozanía de la infancia tan fecundada por relatos y películas de insólita peripecia.

He dejado atrás, pues, la maravilla occidental de la ciudad, para ingresar al mundo escondido en el Barrio Chino. Como no conozco el oriente, la visión me pesca desprovisto de la legítima defensa que concede el conocimiento. Ingenuamente, dejándome llevar por el propio arrebató de lo desconocido, me incorporo al feérico repertorio de tiendas, pagodas chinas y pintorescas construcciones que dan sentido al nombre que recibe el barrio en el mundo entero, llevado por las alas de la fama. Lo demás, es decir, sus habitantes, no son chinos, a pesar de los ojos oblicuos, de la tez amarilla y del idioma que hablan en la tierna familiaridad de sus hogares. Estos chinos... en su gran mayoría son norteamericanos que jamás vieron la tierra de origen de sus padres o abuelos.

La milagrosa condición de Francia según el decir de George Meredith en su "Canto a Francia", es que ha sabido recoger lo mejor del mundo para devolverlo como propio y mejorado. Es la base de la cultura francesa y de todas las culturas grandes. Es lo que hizo la Grecia antigua y es lo que está haciendo, a su manera, la moderna Norteamérica. Con una diferencia caudal y violen-

tísima. Su cosecha en el trigal de la ciudadanía del mundo no ha sido siempre afortunada. Nación joven, ha actuado con la impetuosidad de la juventud, sin la cautela que ponen las viejas culturas europeas. He aquí su fuerza. Norteamericaniza aun a los malvados, a aquellos que no pudieron soportar otras tensiones culturales. Estos orientales que pululan, vestidos a la vieja usanza de la época de los mandarines, tienen la certidumbre exacta de pertenecer a este mundo y no al otro situado bajo el sol naciente. Japoneses, chinos y griegos, confundidos todos en una sola gavilla, introducen sus raíces recónditas en el subsuelo del idioma y del espíritu que lo anima.

Descuiden. No pienso lucir galas descriptivas para evocar el "China Town". No podría de ninguna manera cometer la imprudencia de interrumpir mi propio ritmo mental evocativo, diseñando pedrerías, cortinajes y cornisas. El recuerdo en sí mismo tiene la potencialidad del sueño, en cuyo ámbito, hasta el más leve sentimiento adquiere la fuerza de la pasión. Percibo que si me pusiera a detallar, la pasión que me inspira el recuerdo se esfumaría como el vago vaho de un pebetero. No. Prefiero recordar la fecha inscrita en una casa, la primera que se construyó en San Francisco, y que está emplazada en el corazón mismo del "China Town". En 1836, fecha que nos habla de la navegación a vela y de la eclosión romántica hacia lo desconocido: primeros vagidos de la poderosa irrupción de la cultura occidental sobre el que llamábamos anteriormente el Mare Nostrum. En 1836, San Francisco era todavía parte integrante del mundo hispánico. Sólo en 1846 tomaron posesión de ella los Estados Unidos.

No sólo es la ilusión a que creemos asistir cuando presenciamos la euritmia del Golden Gate, ni la longitud del Bridge Bay, ni la gracia del que atraviesa actualmente el río Sacramento, ni

tampoco la joya fatídica de Alcatraz, dispuesta en la piel cerúlea del golfo; es, también, la necesidad íntima de desahogarme lo que me impele a pensar acodado en el pretil de una de sus innumerables colinas. ¿Qué es Estados Unidos? ¿Qué conjunto de voluntades armónicas, azares decretados por el Hado y circunstancias varias lo llevaron a ocupar el lugar que hoy ocupa en la historia? Es un problema histórico, bien lo sé, imposible de dilucidar mediante la reflexión, así como el mero método no nos habilita para entrar en la esencia del destino greco-latino, pongo por caso. Es más que reflexión ardua lo que se requiere para interpretar un destino: es sentimiento e imaginación. Estados Unidos me obligaría a despojarme de prejuicios que aún actúan dentro de mi ser y que lo llenan, substanciándolo con su biberón como a un rorro. Ante lo que no conocemos, ante lo que aún no ha colonizado el ojo vigilante del pensamiento, somos niños otra vez y recuperamos algo de la perdida puerilidad. Hecho privativo de la niñez es la frescura de la imaginación. Al ver, tendido bajo mis pies, desde lo alto de la colina, el hacinamiento intrincado de casas que representa la gran ciudad californiana, he creído aprehender un poco de su espíritu cuando recuerdo la fecha 1836, inscrita en una de las más viejas casas del "China Town". San Francisco, luminoso y abierto a los dos hemisferios. Allende el océano que ahora tiembla bajo el ocre del sol poniente, hay otros pueblos, otras formas de ser y otras instigaciones morales para la conducta. Pero San Francisco, como una madre joven y tierna, los recibe a todos.

—¡Si usted hubiera conocido Estados Unidos antes de la guerra! —me decía alguien—. ¡Fue la gran época de la libertad!

Ante el peligro de la guerra y de la expansión comunista, fenómeno indudable, los Estados Unidos han debido sacrificar, al parecer, muchas de las adherencias de la libertad. Pero, en su for-

ma ciudadana y regocijada, el sentido de la libertad subsiste en el norteamericano. De dicho sentir da testimonio, como ninguna otra, la ciudad de San Francisco y, posiblemente —siendo esto meramente presuntivo—, el Oeste en general.

Estoy en el día en que este pueblo —un tiempo ciudad alegre y confiada— recuerda la fecha en que los poderes terráqueos lo inmolaron. Es el día del "earthquake", terremoto parecido al que azotó a su hermana del Pacífico, nuestro Valparaíso, en el mismo año y con cortos meses de diferencia. Al bajar hacia el barrio de los Pescadores, en uno de esos encantadores tranvías tirados por cables, no me sorprende, pues, ver al pasar el nombre de nuestro primer puerto chileno inscrito en la esquina de una calle. La calle que lleva el nombre de Valparaíso, por vaga analogía, me recuerda a muchas de las que suben y bajan las faldas de los cerros porteños. ¡Oh, la época de los veleros románticos!

EL MUNDO NORTEAMERICANO

XIII

No hablaré extensamente de la ciudad de Oakland, situada en el extremo del gran puente que atraviesa la bahía de San Francisco. No hablaré de ella porque apenas si la vi de paso, al través de los cristales del automóvil municipal que me conduce, guiado por la mano experta del chófer del Alcalde. Es un día brumoso, que hace poco honor al clima de California y que ha dado motivo, en consecuencia, para inocentes bromas de parte de mis huéspedes. Sin embargo, el orballo —léase, mejor, niebla poco densa— presta a las ciudades una hidalguía inglesa que muchas ve-

ces éstas de naturaleza no poseen. Además, los puerros sin neblina —léase, mejor, orballo— se transforman en balnearios. Siento horror indecible por los lugares de veraneo, en cuyo clima mollar se descubren los peores hábitos de falta de educación en el ocio. La humanidad está siempre tan ocupada, tan inmersa en pueriles faenas, que cuando toca el somatén del descanso se descubre por lo general grosera y descuidada. Amo, no obstante, los puertos, con sus embarcaciones pasadas a brea y alquitrán, y con el humo de las cuantiosas chimeneas y el perfume casi solar del aceite. En esta bahía se respira parecido al mar de Jack London.

¿Y cómo no? En la ciudad de Oakland, la piedad norteamericana mantiene un santuario al autor de "La llamada de la selva". Es un pequeño figón destartado. Aquí, en la atmósfera cargada del único cuarto, frente al prócer mesón, disipaba su tedio este hombre magnífico que tantas alegrías nos granjeó en la niñez.

En San Pablo Avenue abrió este figón, hace ya cerca de cien años, un sencillo hombre venido de Filadelfia. Y quiso el destino que los ámbitos humildes fueran realzados por la presencia de London. No puedo dejar de sentir un dulce estremecimiento al pensar que sobre estas mesas desvencijadas, en cualquiera de ellas, la mano temblorosa por el fuego de la inspiración trazó los rasgos de "The Sea Wolf", "Call of the Wild" y "John Barleycorn", por sólo nombrar éstas, únicamente.

El "Last Chance Saloon" abrió sus puertas también para Robert Louis Stevenson, el autor de los maravillosos relatos de "Las noches árabes". ¿Quién no recuerda al famoso doctor Jeckill y sus nocturnos avatares? El relato, al igual que todos los grandes, ha descendido al nivel de las masas. Todo el mundo habla de Mr. Hyde, que guardamos bajo la gualdrapa de la buena educación, y

todos nos estremecemos de angustia cuando por los extremos de los dedos del guante comienzan a despuntar las uñas de la bestia.

¡El Salón de la última Oportunidad! ¿Por qué el hombre ha dado siempre nombres mágicos a los bares? En este pequeño refugio, el joven London confiaba a John Heinold, su propietario, el fruto que le regalaban sus sueños de escritor en ciernes. Cuando bebo del vaso que su propietario actual, el hijo del amigo de London, me ofrece, creo revivir en el regusto del whisky un muriente resplandor del pretérito.

Este es también, a su manera, un santuario, acaso tan exquisito como otro que visité más tarde en la ciudad de Lima. Los escritores, cuando cumplen como London y como Stevenson, honradamente la misión que el destino les encargó, son, también, aunque por veras extraviadas, santos de gran progenie espiritual. Intervienen por nosotros ante las potencias invisibles y nos proveen de energía suficiente para cumplir la tarea que nos hemos voluntariamente impuesto. No debemos olvidar que norteamericano fue el más grande de los poetas modernos, el sombrío Edgard Allan Poe, santo que fue para Baudelaire y para Mallarmé. Este último aprendió inglés "nada más que para leer mejor a Poe", según lo asevera el doctor Mondor, su mejor biógrafo.

Después que evocamos las sonrientes imágenes de los dos escritores mencionados, el Alcalde nos conduce al País de las Maravillas. A todo esto, el fino y portuario orballo ha dejado su lugar a una lluvia tenue. El País de las Maravillas queda situado en el Parque Municipal de Oakland. Se trata del "Fairyland". Este, a su vez, es un santuario. Pero no ya dedicado a incensar un pasado excelso, sino, por el contrario, destinado a abrir las puertas de marfil y ébano, tal diría Nerval, del incierto porvenir. ¡Oh, la niñez!

Los norteamericanos guardan algo del candor del niño cuando fabrican maravillas como éstas.

La mayor parte de los relatos del folklore infantil del mundo está aquí representada, a una escala que, no molestando al hombre de mediana talla, para los niños debe ser colosal. Los cuentos de "Mother Goose", la Mamá Oca, han encontrado aquí, en este respirable lugar de sueño, la tectonía que le imaginábamos a los cinco años. Si yo, con mis cuarentitantos auestas, me emociono, ¿qué no le ocurrirá al niño cuando llega a este país de las hadas?

No obstante, debemos considerar que la propia familiaridad imaginativa del niño con lo sobrenatural, libre aún de las imágenes abstractas que regulan la inteligencia adulta, quizá los libere de la emoción que yo siento. Esta no es otra cosa que una lejana protesta y repercusión tardía de lo que no pudo ser y pudo haber sido. Los niños en Chile éramos un poco adultos y no poseíamos parques así. Pasará mucho tiempo todavía para que disfruten de esta concreción de sueños que aquí observo al advertir que me encuentro junto a la casa de "Los tres chanchitos". Allí está el lobo malo, espiando con su mirada de alcohólico a los ingenuos habitantes de la endeble mansión. Más allá está el enorme zapato que servía de albergue a la dama anciana que vivía al amparo de su cuero acogedor.

Los niños en Norteamérica han conquistado un lugar de privilegio. Nunca vi los harrapiezos simpáticos que en Santiago nos invaden las calles hasta la madrugada en una especie de febril hormigueo. Bien es cierto que nosotros formamos parte de un continente subdesarrollado. Podría escribir miles de tonterías retóricas del mismo jaez.

El Fairyland de Oakland es una puerta de escape hacia el mundo maravilloso de la infancia, mundo de lágrimas súbitas y de son-

risas caudales. Me dicen que en la ciudad de Los Angeles existe un parque semejante a éste, y que lo supera por la extensión y la grandeza de sus construcciones. Yo conservo algo de la inocencia que en este paisaje de encanto resplandece cuando me doy el gusto de dirigirme una carta a mí mismo desde el pequeño Correo que aquí existe. La carta me espera a mi regreso a Santiago, y, al abrirla, recuerdo un poco de la emoción que sentía aquella lluviosa tarde pasada en Oakland...

EL MUNDO NORTEAMERICANO

XIV

El siglo XVII es el tiempo dorado de los chalecos. Equilibraban con el raso de su atuendo la mecánica del vestir un tanto maltratada por el femenino encaje de la garganta. En el siglo XVIII el chaleco se acorta y en ese constante desmedro ha llegado a ser lo que es ahora, la prenda más breve del ropaje masculino. El hombre medio de Norteamérica tiene decidida aversión por el chaleco. Prefiere llevar la camisa desnuda sobre el pantalón ceñido por el brillante cinturón de cuero. Así expresa inconscientemente su adhesión a la época del cowboy. Es una "old fashion", una moda antigua que lo vincula a los años de la colonización del Oeste. Aquí, en Denver, camino de la gesta colonizadora del pasado siglo, "where the west begin", donde se abre la ruta del seductor oeste, es bueno pensar en la manera que tienen de expresar los norteamericanos, aun con el ritmo expresivo de la ropa, su solidaridad con los tiemposidos.

Corrientemente oponemos dos términos que en su inocente

virtualidad, acaso no estén tan divorciados como los imaginamos en forma superficial. Cuando decimos revolución, palabra familiar a los pueblos de Hispanoamérica, creemos que este concepto implica desdén absoluto por todo aquello que dice relación con la tradición. ¡Es muy posible que no sean sino los rostros paralelos de una gran águila bifronte!

Es, no obstante, algo que ofrece dudas el hecho de que los pueblos de Hispanoamérica tenemos propensión y simpatía por el término revolución. Nos seduce la palabra y la "sentimos". Ella crea en nuestro espíritu una tendencia exagerada a execrar el pasado y a considerar que las cosas que vendrán serán mejores que aquellas que forman nuestro paisaje presente. El agrariolaborista, el radical y hasta el mismo liberal de vieja receta manchesteriana creen ser revolucionarios, y machacan con insistencia en valores que se juzgan periclitados. En nuestro país, esto ha constituido una verdadera enfermedad. Calcúlese la boga que podría tener el Partido Comunista si aprovechara racionalmente esta inclinación de nuestra alma.

El norteamericano medio no "siente" la palabra revolución, no le despierta simpatías, ni lo llama a la euforia. Se inclina por el concepto tradición, donde puede descansar de la tremolina actual. Si se piensa bien, de la energía tradicional de un pueblo y de un pretérito rico en valores, se puede obtener casi tanta fuerza revolucionaria como del mismo concepto revolución. Estos conceptos crean en nosotros, en la médula del espíritu, una amalgama sentimental. Y ésta se expresa en las diversas modalidades de la conducta humana, como en la del traje que recordábamos más arriba. El chaleco lleno de atuendo del personaje contemporáneo de la Princesa de Cleves no habría podido sostener el énfasis del Juramento de la Pelota. Entonces aparece, para canalizar la orato-

ria romántica sobreviviente, el chaleco que viste el Werther en la portada de la primera edición de su historia. Asimismo, el colonizador debió suprimirlo para llevar a cabo su inducción en el desconocido mundo del Oeste. Y esta tradición se concreta en la vestimenta actual del hombre medio de los Estados Unidos.

En Denver me toca visitar una Universidad católica. Es un pequeño plantel destinado al cultivo del alma femenina. Lo atienden finas y sabias monjas de la Congregación de Loreto. En todos sus aspectos, este College no ofrece diferencia notable con los de la misma índole que existen en el resto del país. Pero el hecho de que sea católico, y no atendido por gente seglar, le añade un particular interés.

Los sesenta millones de católicos existentes hoy en los Estados Unidos van a coadyuvar indudablemente en la cohesión nacional. A mi modo de ver, gran parte de la fuerza expansiva de la nacionalidad norteamericana, de su incursión por el resto del planeta, se debe al inmenso aporte del catolicismo. En materia de credos confesionales, he mantenido siempre una actitud liberal. Creo que las divergencias son en muchos casos más aparentes que reales. Pero, en todo lo que se refiere a la esencia misma de la religión católica, no he podido mantener igual actitud. Acaso porque la religión católica arrastra en su caudal copiosa contribución cultural y porque ella, en un tiempo ya preterido, significó la única posibilidad de fusión entre los pueblos. Con todo, los sesenta millones de católicos en Norteamérica forman un poderoso factor de cohesión espiritual, a que no pueden aspirar el resto de las religiones del país, disidentes y más o menos beligerantes entre sí. La circunstancia de haber constituido minoría, durante siglos, concede al católico sajón una potencia enorme. Más o menos la mis-

ma que podemos observar en nuestros protestantes domésticos, llenos de un fervor y de una energía verdaderamente admirables.

Denver, capital del Estado de Colorado, es tierra de metales preciosos. El áureo reflejo de la torre del Capitolio estatal así lo está anunciando al extasiado viandante. Y es tierra paradisíaca para los relatos de aventuras que seducían a Karl May.

Where the west begin, con las luces verdes de su iluminación municipal, nos está hablando de la esperanza de muchas pupilas hoy ahuecadas por la tierra y que en un tiempo se abrieron llenas de asombro ante el porvenir.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

XV

La reducida proporción que diseña a las ciudades chicas nos permite ver, aun sin quererlo, cosas, individuos y detalles que escapan a la mirada cuando ésta tropieza con los altos muros de la urbe. Así yo, aquí, en Grand Island, Nebraska, miro, olfateo y conozco aspectos que en la gran urbe que es New York, acaso no habría alcanzado a percatar. Las ciudades pequeñas de Norteamérica son su sal. La vida en ellas, aunque sobresaltada en el rémansi, desciende tranquila hacia la mar, que es el morir. No crean que estoy de chunga. Si le robamos el calificativo de muerte a la vida, ésta pierde su sentido. La suma actividad, el empacho alígero con que trota la gente de la urbe, es un mentís, una arrogancia falsa, una postura ridícula. Prefiero, para mí y mi propia situación, el paso calmado, casi artístico, de estos habitantes del pequeño pueblo. Además, en estos contornos risueños, en donde aún la

naturaleza da su toque decisivo, y no el edificio, y no la fábrica de ladrillo o cemento, los hombres tienen tiempo, tiempo en el sentido metafísico, de mirarse unos a otros y, por consiguiente, de contemplarse a sí mismos. No hay maravilla comparable a la de saber que dentro de uno mismo habita un desconocido con quien se puede todos los días entablar una conversación siempre supe-
rable.

La educación desde los tiempos de Sócrates adelante, no ha tenido otro objeto que dar a conocer al individuo este arduo yo interior, lozano, equívoco muchas veces, pero siempre libre y cargado de potencias. En Grand Island me llevan a lo que podríamos llamar un Liceo, una escuela de segunda enseñanza, lo que aquí en Norteamérica denominan el High School.

El High School es mixto, asisten a sus aulas los dos sexos sin ninguna separación convencional, lo que los acredita bastante. Ya mucho ha hecho la biología en dicho sentido para que la sociedad, en seguida, con ánimo engañoso, cargue la tinta de la diferencia. Es preciso que desaparezca el misterio de la separación entre el hombre y la mujer. Es preciso aventar la polvareda del mito del Eterno Femenino que condujo a Goethe y a San Agustín a los mayores excesos de juventud. Es preciso que tanto el muchacho como la muchacha adquieran la conciencia de que la aventura amorosa no es difícil, sino imposible.

La visita al High School me reporta conocimientos contradictorios. Desde luego, me asombra que los maestros norteamericanos se esmeren en proporcionar al educando caudales de saber práctico que a mí me parecen lindantes con lo absurdo. No diviso la importancia que tiene una clase destinada a enseñar al alumno cómo debe vender o comprar... En dicho sentido, la escuela rom-

pe el nivel clásico de la pura moral y se desborda sanguíneamente sobre el amplio mar de la trapacería.

Cuando Jean Arp, el gran amigo de Vicente Huidobro, aseguraba que el mundo es un lugar en que, constantemente, los vestidos se desvisten y los desvestidos se visten, en ese mismo instante, me permití asegurar, a mi manera, que el mundo es un lugar dividido por un gran mesón. La cuestión principal de la vida es saber colocarse a uno u otro lado de la vital barrera divisoria. Los que están detrás siempre sabrán engañar a los que están adelante. Pues bien, yo, sin pretenderlo, desafiando inconscientemente a los hados, siempre he estado frente al mesonero del destino, gastando mis ansias, derrochando mis esperanzas.

¿Para qué, entonces, enseñar a vender o ganar?

Hablo de un Liceo al referirme a Grand Island, porque la ciudad pequeña tiene la virtud de darnos a conocer a los adolescentes de un país. Allí ellos destacan y juegan a la vida. La simplicidad aparente del existir aldeano los descuella y realza, cosa que no permite la urbe con su complejidad adulta y, muchas veces, cansina. Por algo, ciertas novelas de índole romántica, empeñadas en subrayarnos sentimientos de adolescencia, se vuelcan en el charco lunático de la aldea. Werther habría hecho el ridículo en París. Sus sentimientos son, en forma neta, provincianos. Por otra parte, todo clasicismo es provinciano. Y Goethe, también, con él.

Debe ser por eso que he permitido que me lleven a visitar un colegio de segunda enseñanza. Por lo general, soy poco socrático y la adolescencia, con sus turbadores problemas, no me interesa. Menos aún, estos muchachos del High School norteamericano, tan dirigidos, tan enderezados a ser partes alícuotas de un medio humano monótono y parejo. Al norteamericano, como a todo

ser culto, le encanta producir la monotonía, el clacisismo, en una palabra, de una multitud que marcha solidaria. Su Liceo, a mi modo de ver, está destinado exclusivamente a producir republicanos o demócratas, ciudadanos que marchen al unísono, que no introduzcan variaciones en el ritmo social unánimemente aceptado como legítimo.

Nuestro Liceo, en cambio, se esmera en producir pequeños Lenines. El plantel de segunda enseñanza hispanoamericano pretende que cada alumno sea un disidente, un discrepante. Esto no puede ser, porque el hombre disidente debe pagar a cada rató su disidencia, cargando con la responsabilidad terrible de no ser como los otros. La carga humanística que el Liceo hispano, copiado de la escuela alemana y francesa, deposita sobre el adolescente, lo hace creer a éste que es un ser diferenciado, individualizado y calificado. Engaño feroz es éste. La diferencia no se adquiere por medio de los libros. Seducidos por esa falsa apreciación, el muchacho sale a la vida con unas ínfulas que cualquier Goethe, ya que hablamos de este genio, envidiaría. El High School norteamericano procede en otra forma. No quiere diferenciar al muchacho, sino que, al contrario, lo quiere incorporar al medio social.

Los Liceos, las Universidades, ni siquiera los conventos, se han hecho para los hombres que llevan en su frente el signo de la desgracia, o sea, el estigma de la *diferencia*.

Dejad, pues, que estas lindas muchachas de pelo ensortijado, de gruesas medias en las piernas y boina erguida hacia el aire, corran por las calles de la pequeña ciudad, perseguidas por los robustos muchachones vestidos con los colores del club deportivo favorito. Son la sal y la pimienta de la vida norteamericana. Al contemplarlos tan unidos, tan fusionados en el ideal colectivo, pienso que en realidad, con Norteamérica, la historia tendrá para rato.

XVI

Al referirse a Kansas City, Missouri, alguna gente avisada me había dicho que se trataba de una ciudad caracterizada por la elegancia de sus mujeres y por el ambiente de fino cosmopolitismo que reina en sus calles. No me habían exagerado en absoluto al hacerme esas aseveraciones mis informantes. Kansas City, en realidad, aunque situada en el corazón mismo de los Estados Unidos, acuerda el sonido de sus avenidas con el ritmo universal. Y sus mujeres son muy "chic" para vestir.

Pero no es esto, por lisonjero que sea recordarlo, el aspecto que más interesa. No debe escapar a ningún lector el hecho paradójal de que mi Estados Unidos, el país norteamericano que yo evoco, vive un poco al *ralenti*, desfigurado por mi propio hábito mental. Al escribir sobre el mundo que hemos visto, no hacemos otra cosa que escribir sobre nosotros mismos. La mirada, inconsciente, se cierra, y se abren claros los ojos del espíritu. Yo he, de adrede, rebajado el ritmo del existir norteamericano, templándolo de acuerdo con mi propio instrumento captador de imágenes. Por otra parte, creo muy poco en el recetario estadístico tan en boga en la actualidad. Ni creo, tampoco, en la objetividad.

En nombre de la llamada objetividad, mendaz y caprichosa como todo lo que brota de la inteligencia, podría asegurar fantasías inicuas y pensar acaso que los abundantes kilómetros que separan a Kansas del mar la confinan a una atmósfera local. Pero no es así. La ciudad más grande del Estado de Missouri contiene una prosperidad arrebatadora que la induce a un papel imperialista.

Hace poco, el gigante Alcalde Barlett, que rige el destino de

esta urbe, nos visitó, encabezando a un grupo de hombres de negocios de la ciudad. Me tocó verlos actuar en su propia tinta: periodistas del "Kansas City Star", comerciantes e industriales. Fueron nuestros huéspedes en la ribera del río Misouri.

He nombrado el "Kansas City Star", enorme rotativo de gran tirada y prestigio. Lo de la tirada no nos llame la atención, El "Arkansas Gazette", por ejemplo, en la ciudad de Little Rock, lanza a la circulación más de cien mil copias cotidianamente. Allí están los paquetes de diarios amontonados en un escaparate de la esquina, sin que nadie los vigile. Uno deja el dinero en la escudilla dispuesta al lado del montón, coge un ejemplar y parte. El dinero permanece toda la noche allí sin que nadie lo profane con la mezquina codicia. En Kansas, ciudad con carácter de urbe, a pesar de que apenas tiene seiscientos mil habitantes, dicho método supongo que ya no puede adaptarse. Escuchamos, pues, el pregón gritado por los vendedores de diarios. Gran parte de éstos se distribuyen, sin embargo, en las localidades norteamericanas, por muchachos del colegio. No importa que estos niños pertenezcan a familias acomodadas o no. El trabajo, de acuerdo con el credo generalmente aceptado, no deshonra y más bien prueba la nobleza. El mundo capitalista, desde el momento en que logró el brutal desarrollo que ahora advertimos, se dedicó a glorificar una idea que en otros siglos no tenía ningún crédito. Velázquez se habría escandalizado si alguien le hubiera dicho que "trabajaba" una tela, Rubens, lo mismo.

La verdad es que el hombre ha trabajado siempre. Aquí en Kansas contemplo dicha glorificación, adoración y alabanza en el gran buey totémico que levanta sus cuernos sobre un plinto colosal, frente a la confluencia de los ríos Kansas y Misouri, ríos cargados de historia ambos. A muchos puede parecerle un chiste lo

que a mí me parece conmovedor y signo, reflejo y expresión de la piedad norteamericana. El gringo es piadoso. Si el buey ha sido el principal acarreador de la riqueza regional, ¿por qué no levantarle una estatua? No es la única estatua dedicada a animales que he visto en Estados Unidos. En el Central Park, de Nueva York, hay una dedicada al más fiel amigo del hombre. ¿Y por qué no?

En la ciudad de Kansas asisto a una sesión de la Municipalidad en el City Hall. La preside, como es natural, el bondadoso y gigantesco Alcalde, quien nos dirige un extenso discurso. Ya he dicho en ocasión anterior que los norteamericanos se pirran por la oratoria. No hay nada que les encante más que levantar así sea un vaso de agua y endilgarnos cariñosas parrafadas. Como comprenderán muy bien, el Alcalde aprovecha la oportunidad y sale perfectamente del paso al hacer recuerdos minuciosos de los países que visitó en su gira por Sudamérica.

No creo faltar a la verdad, cayendo en una especie de patriótico ilusionismo, al suponer que la parte dedicada a Chile en su discurso fue la más calurosa. Nos dijo que en breve recibiría la visita de la Alcaldesa de Santiago, señorita Del Canto, y que entonces él la sentaría en el sillón edilicio más importante de la ciudad y que él se encargaría de oficiar como mero Jefe del Protocolo.

Pero no todo es delicia en este pícaro mundo. A seguidas, y pillándome desprevenido, me anuncian para hablar a nombre del grupo de periodistas sudamericanos invitados. Confieso que soy parvo y poco elocuente. Mi persuasiva es escasa y si me hubiera tocado defender a "La mujer X", ésta, de seguro, habría sido condenada. No obstante, la vehemencia de la situación me urge, y salgo de ella a grandes brazadas casi a punto de ahogarme. Es claro, y con la impudicia que nos caracteriza a los escritores, me va-

lí de algunos recuerdos cinematográficos. Pensé, para hablar bien concreto y directo, en algunas películas de "cowboys". Lo demás fue tarea fácil.

Asistí a una sesión del Departamento de Derechos Humanos, dependiente de la Municipalidad. Se trata de algunos casos de segregación racial presentados en el Estado de Misouri. Se lee una comunicación enviada por los católicos de Kansas. Amenazan suspender un congreso programado para la gran ciudad de Kansas si la segregación vuelve a repetirse.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

XVII

Cuando digo que Kansas City es una urbe y aseguro que, por lo tanto sobrepasa el lindero espiritual que reconocemos mentalmente cuando pronunciamos la palabra ciudad, esto lo digo con algún sentimiento de pesar. La urbe, en el sentido más spengleriano del concepto, engendra pocos gestos culturales dignos de ser traspasados al mármol o al retrato. Crea ritmos impersonales y tiende a voltear la dignidad de la persona, señera e individualizada. Es por eso que algunos ignorantes no entendieron en forma exacta lo que quise decir cuando expresé que la íntima modalidad de todo clasicismo es provinciano. No hay ápice de ánimo peyorativo en dicha frase, sino que, todo lo contrario, un deseo de afirmar mi fe en la fuerza de la tierra y del paisaje.

Una señora me dice, en una especie de éxtasis de amor por su Kansas City:

—Qué bello sky-line tiene la ciudad.

Nosotros en español no poseemos una expresión que ponga de relieve como este "sky-line" la tierna admiración que suscita la contemplación del rascacielos y de la línea que traza en el terso firmamento. Confieso que los rascacielos me dejaron decepcionado. No hay en ellos nada que los distinga profundamente, cualitativamente diría mejor, de la construcción piramidal. La revolución que operaron el gótico y la catedral de la Edad Media es mucho más profunda. Es semejante a lo que hace el bailarín cuando por medio de un ejercicio respiratorio produce en el espectador la impresión de que cae más lento que cuando da el salto. El edificio del gótico nos da esa misma impresión de vuelo. El rascacielos, por desgracia, no nos produce el mismo éxtasis y sólo sentimos un poco de mareo físico con su contacto visual. Señores, me quedo con las ciudades chatas.

Sin embargo, es preciso admirar el esfuerzo de los arquitectos norteamericanos por proveer al rascacielos de un sentido cultural. No son los antipáticos cajones que han surgido, impertinentes y sórdidos, en las calles santiaguinas, edificios desprovistos de todo adorno y manifestación de espíritu. El arquitecto de allá se esfuerza por impregnar a la utilitaria construcción de un aéreo y desinteresado revoque espiritual.

Es interesante recordar lo que ha sido esta región, desde la época romántica, la situación que ha ocupado en los sueños humanos desde el romanticismo a esta parte. Fue la savia que recogió Chateaubriand recorriendo el medio oeste norteamericano, la que produjo la fulminante eclosión romántica. Sin la presencia de Norteamérica, esta fulminación espiritual acaso no se habría producido. No olvidemos que Atala era norteamericana. Ella canalizó filosófica y materialmente el hondo sentido de aventura que residía, de acuerdo con lo que expresa Paul Hazzard, en la menta-

lidad del siglo dieciocho. Los contemporáneos de Werther usan bota, espolín y látigo. Son hombres de a caballo. Jinetes espirituales dispuestos a lanzarse ávidos de pasión geográfica sobre el mundo desconocido que Lafayette ayudó a liberar. La llegada de Benjamín Franklin marca en Europa una fecha de importancia suma.

Ahora la región se desborda sobre el mundo. El paisaje que prestó verdor y lozanía a las marchitas hojas del pensamiento europeo se erige actualmente como protagonista de la historia. ¡Un paisaje hasta ayer desnudo de todo! Esto es tal vez lo que no podemos comprender los "latinos"; nos negamos a reconocer la evidencia de que Norteamérica, desprovista como es de pasado cultural poderoso, esté viviendo su propia aventura histórica. Solazamos nuestra impotencia en sueños seculares y no falta el poeta que escribe sobre ruinas que nada tienen que ver con nuestras vivencias actuales. Pero, a toda costa, aún a sabiendas de que mentimos, nos regocija imaginarnos descendientes de incas, aztecas o araucanos. Nos sentimos, y ese sentimiento es real y actuante, más ancianos y, en consecuencia, más exquisitos que los norteamericanos. A veces hablamos de desaparecidos abuelos familiares y creemos que el ser chileno, por ejemplo, es un privilegio inaccesible para el mero gringo.

Cuando me ocurre hablar entre amigos, sobre Norteamérica, noto siempre que les alegran ciertas formas de discrepancia que tengo yo con la vida de allá. Esperan que subraye la honda diferencia aparental que nos separa y no que exprese la semejanza que existe entre ambos pueblos. ¿Por qué? Tal vez en esto influya enérgicamente la política observada en un tiempo por Estados Unidos.

Con todo, debemos reconocer que las diferencias son aparentes y, por lo tanto, franqueables. Lo que decididamente nos falta

es conocernos más y derivar de este conocimiento una mejor voluntad.

Es lo que más falta. La buena voluntad.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

XVIII

La vida es siempre el mejor espectáculo. Distintos negocios mueven a hombres y mujeres, contrayéndolos a desempeñar un papel determinado, haciéndolos personajes, en una palabra. Sin embargo, pagamos por ver el desarrollo de asuntos dramáticos en los teatros y nos encanta saber que el placer que recibimos allí es sólo producto del arte. La peripecia, muchas veces inverosímil, nos recuerda un poco a la que hemos presenciado en la vida que bulle afuera.

El gran espectáculo de Nueva York está complementado en forma suntuaria por teatros, cinemas, museos y gimnasios, fuera de los clubes y de los dancings. Están materialmente acaparados estos espectáculos por los turistas que pasean por la gran ciudad, desorientados y hambrientos de sensaciones.

No pude escapar a la seducción de asistir a una función del Cinerama. Muchas veces he dicho que pertenezco a la primera generación realmente formada por la influencia cinematográfica. He seguido con minucioso interés el ascendente progreso del llamado Séptimo Arte, y confieso que entre las satisfacciones que me ha brindado la vida, ocupan las que me concedió el cinematógrafo un lugar destacado. No obstante, el Cinerama, si bien asume una fuerza expresiva incomparable con la del cine corriente, no logra con-

vencerme. Considero que cuando un arte desarrolla demasiado el poder de su técnica, pierde mucho del encanto del gesto simple de su etapa original. Este afamado Cinerama nos suministra un mundo demasiado parecido al real. Inconsciente echo de menos los recursos ingenuos de la época primitiva del cine. Siempre las artes son productos de una convención establecida. Una pintura desbordante del marco no podría entenderla y, desde luego, ya no sería pintura. Veo en el Cinerama las Siete Maravillas del Mundo. Sin salir de Nueva York, tengo la certidumbre, por ejemplo, de haber paseado por las ruinas del Acrópolis de Atenas.

De mucho mayor interés y valer son los Museos, en donde la riqueza del dólar, aunada al buen gusto, han reunido los verdaderos prodigios del pincel y la pintura. Estas obras no son norteamericanas, por cierto, pero pertenecen ya, por derecho de huéspedes eternos, al mundo de Norteamérica. Ellas están influyendo directamente en la formación de las mentes juveniles y adobando, por decirlo así, la salsa de su alma. No puede ser una mera casualidad que aquí, en los Estados Unidos, haya conocido, en contemplación directa de los originales, al Greco y a Vermeer, extremos opuestos de mi inclinación por la pintura. El maestro metafísico, lleno de sueños del más allá, junto al maestro del objeto, conmovido por la ternura de la cosa humilde. Como comprenderán muy bien, no me extenderé en la descripción de estos Museos extraordinarios: la National Gallery of Art, de Washington; el Metropolitano, de Nueva York, y el afamado Museo de Arte Moderno. Me contentaré con hacer una observación de paso. El Museo norteamericano está instalado en edificio expresamente construido con el objeto de dar hospedaje al arte. No sucede lo mismo, en la gran mayoría de los países de Europa.

En hablando de arte, bueno es que les cuente que vi pasar

por la Quinta Avenida al famoso Salvador Dalí, especie de Cellini moderno, y casi tan desvergonzado como el renacentista personaje. Iba rodeado de colegialas que le pedían autógrafos. Pocos días más tarde vi su último cuadro. "The Lost Souper", una última cena. Comprendo que se necesita pechuga, como decimos en Chile, para acometer las dificultades de una creación en que triunfó Leonardo señeramente. Deben ser las erguidas antenas de los bigotes las que captan las ondas de esa osadía.

En el Museo de Arte Moderno visito la exposición de Toulouse Lautrec y, poniendo un poco de distancia, en Kansas City, la exposición chilena, llevada hasta allá gracias a los esfuerzos de Armando Zegri.

En todo caso, en Nueva York cuento con la asesoría espiritual del poeta chileno Rosamel del Valle y de su encantadora esposa. Ellos son los que me han trazado un ideal itinerario en mi recorrido por el barrio del Village, dentro de la actividad "bohemia" de la gran capital. En la atmósfera del Village, cerca de la Universidad de Nueva York, sea porque allí viven artistas y estudiantes, adquiero una libertad que sólo Chile de ordinario me permite. ¿Por qué el arte tiene algo de latino? Supongo que me he dado a entender suficientemente y que, al expresar la palabra latino, el lector ha comprendido que me refiero a estos falsos latinos que habitamos la América hispana.

El barrio latino, cerca del Harlem, en cambio, no me agrada mucho. Descubrimos demasiado nuestros defectos en la manera de vivir. Es el único barrio de Nueva York que presenta un aspecto descuidado y en que veo perros sueltos por las calles. Pienso un poco en las calles de nuestras ciudades al verlos. En una ventana veo un anuncio que me despierta el interés: "Aquí se cor-

ta el pelo a latinos", reza el insólito aviso. ¿Por qué no a sajones? Es misterioso el anuncio, a la verdad.

Les contaba a mis compañeros de viaje que en un colegio de segunda enseñanza la maestra les estaba hablando a sus alumnos de las hazañas del pueblo latino, de Julio César, etcétera, y cuando los alumnos nos habían conocido, presentados como latinos por la profesora, se habían jurado no seguir estudiando historia de Roma. Como latinos, somos, en realidad, bastante decadentes.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

XIX

La palabra "selter", refugio o escondite, colocada cuidadosamente a la entrada de algunas puertas nos está anunciando que este mundo estuvo en guerra y que puede estarlo en cualquier momento. Líbreme Dios de hacer el elogio de la guerra, pero también me libre del pecado de execrarla demasiado, tal lo hacen algunos pacifistas a la violeta que me sé. El contacto con el peligro de la guerra ha hecho la grandeza de los pueblos, ha sido la oportuna punción por donde se derramó su capacidad de sacrificio y la suma de sus virtudes. De aquí que todas las doctrinas que inspiran su edificio en el concepto paz terminen por debilitarse y por caer exangües al lado del erguido concepto bélico. El mismo Cristo, con la persuasiva extraordinaria de haberse declarado Hijo de Dios, no trajo paz, sino guerra, según él mismo lo manifestaba.

No obstante, según pude comprobarlo en muchas oportunidades, el pueblo norteamericano poco o nada quiere saber de la

guerra. Nunca he visto un tema más tabú que éste. No hay pizca de fanfarronería en esta gente que sufrió el enorme peso de la planta de Marte, pisoteado y herido durante años en los climas candentes del Oriente.

Las explicaciones más o menos obvias que se dan para explicar los conflictos bélicos modernos, ya todos las conocemos. Sin embargo, es bueno recordar, por lo menos para la gente de mi edad, con qué placer recibimos algún día la noticia de que la guerra es el producto de "los imperialismos en lucha". Cuando descubrimos esa verdad, nos pareció que era absoluta y trascendente, que servía como de comodín histórico para explicarlo todo, incluso las más misteriosas acciones humanas. En todo error hay siempre encapsulado un ápice de verdad. Lo frase, aunque ambiciosa, no es del todo mala, por lo tanto, y en parte todavía nos sirve para comprender siquiera el resplandor de los fenómenos. El día que sepamos con entera claridad el motivo central que dirige las acciones humanas, ese día acaso no ocurría nada.

El hecho de que norteamericanos y rusos estén hoy día divididos, separados y distanciados por doctrinas, formas de conducta social y de creencias políticas, no debe asombrarnos. La historia nos presenta hasta el hartazgo ejemplos de separaciones análogas que introducían profundas cisuras entre pueblos que más tarde marcharon unidos. La amistad anglo-francesa, no lo olvidemos, es una creación casi reciente.

La gran división establecida entre los pueblos norteamericano y ruso es más bien de carácter aparente, no toca la profundidad. Esta profundidad permanece ajena a las veleidades exteriores del vaivén político y carece de valor decisivo para la creación de la historia futura de la humanidad. No pongo en duda que la visita de los granjeros rusos al Estado de Kansas debe haber de-

jado un poco asombrados a los granjeros del medio oeste norteamericano. En último término, un granjero es granjero más que nada, seducido o no por la gestión programática del Partido Comunista. Lo propio debe ocurrirles a los eslavos cuando llegan a conocer a individuos de la democracia norteamericana.

Por otra parte, considero con algo de sentimiento que los dos caminos, el que arranca de Washington, y el que parte de Moscú, están trazando para el itinerario futuro del hombre una dirección análoga. Los mundos aparentemente en lucha están trabajando por conseguir lo mismo. El único que sale perjudicado es el individuo.

Me explico. En las civilizaciones materiales, inspiradas en las exclusivas relaciones construidas por la abstracta razón, el hombre termina por caer en lo específico y pierde en consecuencia su relación personal con los poderes del destino. Por algo los católicos verdaderos creen que la libertad sólo se obtiene mediante la relación con Dios. En el instante en que se produce dicha relación, el hombre adquiere conciencia verdadera de lo que constituye su "diferencia", su ser íntimo y diferenciado. En la relación del hombre con el Estado, en cambio, no hay necesidad de descubrir dicha diferencia. El Estado nos atrapa, nos nivela, nos hace pagar impuestos y nos asigna un escalafón casi siempre equivocado.

La grande y poderosa clase media norteamericana y la gran masa del pueblo ruso se están metiendo cada día más en la atmósfera de un mundo nivelado, regulado y calculado por la estadística y la razón. Comprendo que los norteamericanos vuelvan el rostro hacia Dios para buscar en Él la verdadera libertad, la íntima y personal, aquella que no puede dar ninguna doctrina política... El riesgo de perder la relación personal de llegar a constituir una multitud de himenópteros indiferenciados, es bastante grande.

Ortega y Gasset, con su poderoso genio, lo anunció hace algunos años. Modestamente, no hago sino glosarlo en esta pequeña meditación, penúltima sobre el pueblo norteamericano.

EL MUNDO NORTEAMERICANO

XX

No podría dejar callado mi sentimiento en esta hora de la partida. Si habla alguna vez el sentimiento es en las horas del adiós; Jorge Isaacs y Núñez de Arce constelados. Ay de mí, decía Rimbaud, la hora de la fuga es la hora de la muerte... Todo sentimiento de adiós es una expresión de muerte. Yo no quiero moverme de Nueva York. Es increíble la facilidad con que he acostumbrado mis nervios a la exagerada prontitud de la gran urbe. Descanso apenas. Quiero vivir sus amaneceres y también sus crepúsculos. Siento que amo el resplandor que proviene desde el océano. No hace falta ser inmigrante para amar la placentera esplendidez de su polen. Polinizado estoy en ideas por la gestión innumerable de sus calles y avenidas que trazan dentro de Manhattan una geografía intraducible a otras ciudades.

Al irme, comprendo que una de las más grandes experiencias de mi vida la he tenido en este país. Es una experiencia que me ha puesto en contacto con el llamado "imperialismo", fruto de todos los odios de mi adolescencia. Ya veo que muchos se frotan las manos cuando digo esto: imperialismo. Pero no se equivoquen. No piensen que voy a poner un acento demasiado sombrío en las frases que irán a continuación. Pertenezco a la raza de aquellos que "no tienen nada que perder y un mundo por ganar". Si

no he sido comunista es porque he creído que estos señores se ponen entre mi yo personal, lleno de inquietudes, y el destino. Allá ellos si quieren socializar la riqueza. Me alegraría, en todo caso, por los que no tienen nada, si una distribución equitativa ocurriera.

Estoy con la idea de democracia, idea fresca que creo susceptible de renovación, porque parto de la base de que yo, y nada más que yo, puedo ser testimonio del destino. Si cada hombre del orbe pensara igual, no habría ensayo considerable de colectivización. En la idea de la invulnerabilidad de la persona, de su riqueza no distribuible, descanso. Cualquier ensayo, comunista o no, de pulverización del destino personal, lo juzgo despreciable.

Nueva York me abruma. Es lo único que puedo decir después de estos días de libertad sobre el planisferio de sus calles. Al recorrerlas, con una "folía" turística, inigualable acaso, doy por vencidas las resistencias musculares de mis piernas y comprendo, acaso apenadamente, que jamás voy a develar el misterio de la gran urbe. Es la misma pena que me atraganta cuando salgo del Metropolitano, el Museo más grande del mundo. Lloros, acaso, sí, lloros... mas no llantos.

Pero no es ocasión de llorar. Aunque vea que la libertad se aleje, con su estatua máxima en el planeta. Me acercaré de nuevo al mundo de Hispanoamérica, donde casi no se divisa su antorcha. Con la conciencia del chileno cívico que soy, hijo de esta democracia que es lo único que luzco ante los sajones, no me importa que la divina mujer se desvaneza en la bruma. Esto me lo digo entre lágrimas. No querría dejar de ser chileno para tener el placer que tengo al llegar a Valparaíso, y sin estatua alguna conmemorativa, cuando me encuentro de nuevo con la libertad.

Es sorprendente un hecho que casi me arranca exclamaciones

de asombro al principio. El hijo de la gran democracia de Lincoln ignora que nosotros los hispanoamericanos, en gran mayoría, no sabemos de libertad. Esto lo digo por mi cuenta y de acuerdo incluso con los editoriales liberales del gran diario liberal que es el "New York Times". Si hay algo que me duela en el alma es el fenómeno de la dictadura. Y si hay algo que me levanta el espíritu es el recordar que pertenezco a una nacionalidad en donde los dictadores todavía jamás han prosperado.

No sé de política. Pero cuando leo en los diarios el "caso de De Galíndez" me siento revulsionado. Comprendo el sonrojo de los americanos. A ellos les parece igualmente escandaloso el asunto. Dan ganas de llorar, mis queridos compatriotas... Sí, ganas de llorar lágrimas impotentes ante el muro más próximo que tenemos delante.

¡Oh!, Estados Unidos, si no he podido expresar lo mucho que me despertó en interés y amor la vehemencia de tu gente, es poco lo que he dicho. Pero pido de ti algo, a cambio de la filial ternura que te ofrezco.

Que te conviertas en el verdadero y auténtico defensor de la idea de libertad, cuna de sus más primigenios ideales.

Y que seas, permanentemente, y en todos los lugares del planeta, el defensor constante de la libertad. Ella eleva su antorcha, divino personaje, en el ámbito de la bahía que el ritmo del barco va alejando, poco a poco, de mi vista.

EPILOGO

TEOFILO CID EN ESCORZO

Desembarazado del tóxico que permite el crecimiento y la formación de un *happy few* o de un *scholar*, Teófilo Cid (1914-1964) vivió tan sólo para pensar por cuenta propia. Vino de Temuco, de Concepción, de Talca, y se hizo un devoto surrealista hasta que dejó de creer en la vigencia del movimiento. "El surrealismo —escribió— hizo crisis el año 39, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial y cuando André Breton, su fundador, se trasladó a USA, donde la escuela llegó a ser tan inoperante que la vieja aspiración surrealista de llegar a la liquidación de las formas morales fue abandonada. Es la tragedia de todas las escuelas poéticas que después de haber sido movimientos vitales se transforman en fórmulas académicas".

Con obstinación fue, día a día, poniendo las cosas en su lugar, batallando contra la frivolidad y defendiendo con obstinación la validez y actualidad de sus puntos de vista. Asido de los límites, como un ángel guardián del conocimiento, lanzaba al voleo entre quienes le acompañaban, en la calle, en el café Sao Paulo, en un bar de la calle San Antonio, en el cine Miraflores, su idea de Mallarmé, algunos recuerdos de juventud, las lecciones de Balzac, los prime-

ros libros, Dumas, Ponson du Terrail, Gaboriau, Verne, las mutilaciones del tiempo, la fruición del Gran Salto y el orden permanente de lo dilemático.

Hombre de letras por excelencia, en qué extraño laberinto fue perdiendo sus ligazones con el mundo próspero, sus vínculos con la regularidad, su relación con los seres no corroídos por la angustia. Las conjeturas abundaron. ¿Fue acaso que un día deseó "poner las cosas en su lugar", como acostumbraba a decir? ¿O uno de esos amores que, como los de *Pablo y Virginia*, terminó en un fracaso o en la muerte? ¿O, de algún modo, los problemas que trata en su *nouvelle El Tiempo de la Sospecha* (1952) eran reales, tocaban a algún pariente próximo?

¡Quién lo sabe!

Hacia 1940, vestía como un dandy y laboraba en el Ministerio de Relaciones Exteriores. De pronto, "el temor de afrontar solitario, con el propio pecho, los embates de la existencia" (1), le borró de un manotazo la beatitud. Se conminó a prescindir de consignas, a desestimar las sollicitaciones del mundo exterior. Devino escéptico lúcido que creía en el inminente drama histórico que acechaba al escritor.

Sin ambages, echó por la borda los pasos próximos: matrimonio, profesión, rentas de lucro, relaciones sociales y, sin titubeos, se alistó en una causa singular: la de la literatura, a todas horas. De ahí, contando con los dedos de las manos a los verdaderos poetas, partía una abominación

(1) Ortega y Gasset, "Epílogo sobre el alma desilusionada".

de los figurones, de los corruptos y de aquellos que carecían de ingenio, simpatía o pensamiento, sin modestia. "Miserable", como lo ha recordado Enrique Lafourcade (2), pasó a ser uno de sus adjetivos predilectos. O bien, una oración que tenía el nivel de una catilinaria: "Cuando los mariscales hablan, los pobres cabos escuchan" (3).

Mientras iba por Ahumada hacia el café, con la misma dignidad con que Wellington marcharía a ajustar las cuentas con Napoleón, ponía énfasis en ignorar a esa masa innúmera e ineficiente que hacía la ruta de los Bancos, el camino de Santiago de las especulaciones, de los alegatos o del lugar común. "Morros levantados, cierto aire despreciativo en el pliegue de la boca, párpados grandes, aplastando la mirada, hombros hacia atrás, el pecho un tanto en bomba" (4), preparaba alguna peroración contenida y eficaz que podía pasar de la narración pura a la imprecación. "Cada cosa en su lugar, mi amigo. Los perros orinan en los postes, los deshollinadores limpian las chimeneas y los escritores, escriben".

"Exorcista contumaz del empleado público" (5), no perdía ocasión de denigrarlo, rechazando aún sus atenciones y alargando una mano para poner a su alcance verdades elementales, pero atentó, además, a señalar, según ad-

(2) Teófilo Cid, *El Secreto Espanto de la Poesía*.

(3) Mario Ferrero, "Irremediablemente Nocturno". *La Nación*, 15 de agosto de 1965.

(4) Filebo, "El fantasma de Théophile". *Las Últimas Noticias*, 20 de junio de 1974.

(5) Enrique Lafourcade, *Teófilo Cid. El Secreto Espanto de la Poesía*.

virtieron Adorno y Max Horkheimer (6), esa ninguna diferencia que hay entre el destino económico y el hombre mismo en ciertos lugares. Mientras el bar era acunado por los embates del dominó y por los ruidos que los masticadores se esforzaban en prodigar, Teófilo Cid se iba purificando en un mundo que era colorido y homogéneo, dejando atrás esa noche oscura del alma que, a las tres de la madrugada, en alguna oportunidad, lo colocaba entre el charleston y las lágrimas, entre Gardel y la alegría de recuperar un pasado doloroso y denso. Sus noches eran celebraciones, ritos, actos y sólo en contadas ocasiones adquirían esa tonalidad inherente a los cumpleaños y ágapes de Francis Scott Fitzgerald, que describiera John dos Passos como "velorios normales".

Rodeado por poetas jóvenes, pero dignos; por amigos de otros tiempos y por esos "ángeles guardianes que eran los gásters y vendedores viajeros" (7), fue lo que fue: un hombre que, a sabiendas, se autodestruyó, porque, de la misma manera que un bonzo se autoinmola para lograr la atención sobre los problemas que aquejan al mundo, él "buscó en una especie de abyección la ascética protesta. Caminaba con los zapatos rotos y la cabeza echada atrás, elegante en medio de su miseria, inteligente y fino dentro de su cuerpo y del abrigo raído" (8). Un día, luego de decir

(6) *Dialéctica del Iluminismo*. Editorial Sur, Buenos Aires, 1969, pág. 251.

(7) Jorge Teillier, "Teófilo Cid el naufrago de la noche". *Plan* N° 14, junio de 1967.

(8) Juan Tejeda, "Cid". *Las Últimas Noticias*, 24 de junio de 1964.

“pero qué país de insensatos. Se presentan cien poetas a un concurso literario”, partió hacia el hospital, como el joven Rimbaud. Comenzaba el invierno, ese extraño invierno solitario de 1964, con una luz débil e imprecisa. Fue adelgazando, proyectó visiones, pero no arregló su vida, diciendo algo como “en los nidos de antaño, no hay pájaros ogaño”. Murió como lo que era, un “dandy de la miseria” (9), un escritor lúcido, solitario, que enriqueció a quienes le conocimos, poniéndonos en el lugar que nos correspondía, ni más allá ni más acá. Fue su gran lección...

ALFONSO CALDERÓN

(9) Guillermo Afías.

INDICE

	Págs.
El fantasma de "Théophile"	5
"Hasta Mapocho no más"	9
Reflexiones sobre mi generación	12
Reflexionando acerca de mi generación I	16
Reflexiones acerca de mi generación II	19
Reflexiones sobre mi generación III	22
Reflexiones sobre mi generación IV	25
"Andar con los monos"	28
Carta del café	33
Elogio de la pobreza	37
Cuarenta años, sí, mi vida	40
Por qué escribo	43
Era del Salón Colorado	45
San Agustín, filósofo del amor	47
La fama de la cigarra	51
Penélope ya no teje	54
Gente tranquila	56
Confesión del atardecer	59
El mes de María	62
Chileno básico	65
Esas niñas del Folies	68
Literatura para niños	71
Villancicos de Navidad	74
La lucha de las generaciones	78
¿Bromas de inocentes?	81
Año Nuevo, Vida Nueva	84

Ritual de la calle Ahumada	88
San Sebastián de Yumbel	91
Perseverancia de la Alameda	93
Propaganda del sueño	96
Adoradores del celuloide	98
El mundo balzaciano	101
Adiós, Monsieur Cornejo	104
Psicología infantil	108
Domingo de Ramos	111
La madre	114
Psicología de las pensiones	117
Aniversario de Carlos Gardel	121
Personajes inolvidables	125
¡Oh!, fugitivo instante... ..	128
El arte de leer	131
Otra vez la primavera	135
La voz y el micrófono	138
La fiesta que no tendremos	141
Invitación al viaje	144
Reflexiones del humo	148
El cara de gallo	151
Ei verbo pelar	154
Mira hondo en el espejo	158
Fspejo, Sésamo, ábrete	162
Remanentes escolares	165
La melancolía de Nemo	169
El hombre y el prestigio	172
La busca del tema	175
Reflexiones del suicidio	179
Los milagros de la libertad	182
Vivamos nuestra edad	186
Preparativos de Año Nuevo	189
Felicitaciones	193
El crimen de Lisselotte	196

Este año escolar	200
Rostros en el muro	203
El naranjo del patio	206
Libros olvidados	209
Vida, pasión y muerte del folletín	212
La muerte del cómico	215
El que llega contando	218
Poor "Pussy Cat"!	221
El ateo del pueblo.....	224
Antaño, la Navidad	226
La Pascua de los viejos	229
La Convención de Año Nuevo	233
El surrealismo y Chile	236
Excesos de psicoanálisis	239
La culpa de Pilatos	243
Elogio de la noche	246
Reverberación de rostros	249
Transmisión del pensamiento	253
Joan se casa de nuevo	256
Luz de marzo	260
Reflexiones del matrimonio	263
El hombre de la ventanilla	266
Los misterios del llavero	269
Emblemas juveniles	273
Vejamen del azar	277
Mister Chile	280
Cuestión de sueños	282
El bárbaro ilustrado	284
El blasón de Balzac	288
Balzac y Proust	290
Evocación de Máximo Gorki	293
José de Espronceda	297
Juan Ramón se nos ha ido	306
Libros y ediciones	303

Alma de bohemio	307
La carrera literaria	311
Literatura de misterio	314
André Gide y el héroe moderno	317
La impertinencia de Rimbaud	322
Exilados del paraíso	325
Respondo a una carta	328
Nombres de grupos	331
La carrera literaria	334
La carrera literaria	338
El mundo norteamericano, I	341
El mundo norteamericano, II	346
El mundo norteamericano, III	350
El mundo norteamericano, IV	355
El mundo norteamericano, V	359
El mundo norteamericano, VI	364
El mundo norteamericano, VII	367
El mundo norteamericano, VIII	370
El mundo norteamericano, IX	374
El mundo norteamericano, X	378
El mundo norteamericano, XI	381
El mundo norteamericano, XII	385
El mundo norteamericano, XIII	389
El mundo norteamericano, XIV	393
El mundo norteamericano, XV	396
El mundo norteamericano, XVI	400
El mundo norteamericano, XVII	403
El mundo norteamericano, XVIII	406
El mundo norteamericano, XIX	409
El mundo norteamericano, XX	412
Epílogo. Teófilo Cid en escorzo	415